

# CUÉNTAME CÓMO SUCEDIÓ...

RELATOS  
INDEPENDIENTES

3



ERIKA JENNEL

Cuéntame cómo sucedió...  
Relatos independientes 3  
Erika Jennel

Una nueva oportunidad

Quédate conmigo

El amor soy yo

Una historia de amor



1ªEdición: Abril, 2019

*Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.*

*No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.*

Una nueva oportunidad

## Capítulo 1

Ya estaba montada en el avión. No había vuelta atrás porque la decisión ya estaba tomada. Dejaba atrás veinticinco años de mi vida viviendo bajo el techo familiar. Me habían ofrecido un puesto de trabajo en Roma por un año. Ni siquiera lo pensé. Se lo comenté a mi familia y, aunque les daba pena que me fuese de España por un año, comprendían que era una oportunidad única.

—Ciao — dijo una voz masculina.

Levanté la cabeza para comprobar que era un chico que se iba a sentar al lado de mí, pero, ¿por qué me decía adiós? ¡Ni que yo me fuese a mover! Mira que era guapo aquel chaval, pero me puso de mal humor.

—No, no me voy a mover, este es mi sitio asignado — dije sonriendo irónicamente.

—No le dije que se fuese — dijo con ese acento italiano tan sensual.

—Me has dicho Ciao...

—Es un saludo. ¿Qué tiene de malo? — dijo sonriendo mientras se sentaba.

—Ciao es adiós...

—Ciao es una palabra italiana y se usa como saludo o despedida indistintamente — dijo guiñando el ojo a la vez que se quitaba el sombrero de paja que llevaba y le quedaba tan bonito. Ahora dejaba al descubierto una media melena preciosa.

—Pues siempre entendí que era a modo despedida.

—Se nota que no has estado en Italia y que es la primera vez que vas a ir.

—Sí, pero imagino que me dará tiempo a terminar hablando hasta italiano ya que vengo por un año.

—Wow, eso es genial, imagino que vas a una casa compartida con gente que conoces — dijo de forma amigable buscando la complicidad de mis respuestas.

—¡Qué va!, alquilé un estudio pequeño para mí sola. Lo bueno es que me lo paga la empresa — apostillé poniendo una sonrisa de oreja a oreja.

—Interesante todo esto que me dices. Muy interesante — murmuró como si estuviese dándole vueltas en la cabeza a una idea.

—¿En qué estás pensando? — pregunté con extrañeza.

—Bien, te voy a dar la tarjeta de mi restaurante donde está mi número, tienes que ir a probar mi mejor pizza, una pizza hecha a leña. Dicen que es la mejor de toda Italia. La primera vez que vayas invita la casa y ya verás cómo repetirás — volvió a guiñar el ojo mientras me daba la tarjeta con un aire muy seductor.

—Perfecto, si estoy invitada, fijo que voy, ¿es tuyo el restaurante o eres el encargado? — me estaba gustando hablar con aquel chico que parecía un buen conversador.

—Es mío, herencia de mi padre. Trabajó allí durante muchos años e hizo de aquel horno un lugar de referencia gastronómica en muchas guías turísticas. Eso no es fácil, créeme — manifestó con orgullo, mirándome a los ojos.

—¡Qué bien! No debe ser fácil — apunté yo con intención de que se sintiera cómodo y siguiera hablando conmigo.

—Por cierto, me llamo Alessandro.

—Yo soy Amanda — esboqué una sonrisa.

Me encantó aquel nombre, pues me recordaba a una de mis canciones favoritas de Lady Gaga. “Alessandro” era un nombre sugerente y sutil, un nombre que enamora y, sobre todo, si aquel joven era lo más parecido a un actor de cine. Y lo era. Sus facciones armónicas, su mentón levemente pronunciado y sus ojos oscuros no dejaban lugar a dudas.

Pero yo no podía pensar ahora en ligar con un tipo del que no conocía casi nada y en un momento en el que debía preocuparme de otras cosas mucho más importantes. Iba a vivir en un país que no conocía, lejos de casa y de mi familia.

Aunque siempre me he adaptado perfectamente a las nuevas situaciones, ahora, por un tiempo, iba a ser una extraña en un lugar que me resultaría hostil durante las primeras semanas. Era lógico y eso no debía inquietarme.

Pero aquel chico ... Alessandro... me estaba poniendo nerviosa y, cuando digo “nerviosa”, no me refiero a un estado de ansiedad preocupante, sino más bien a un estado de excitación que iba creciendo según pasaban los minutos.

—¿De qué trabajarás? — preguntó con interés, arrugando sus labios carnosos.

—Estudié Turismo y me ha contratado una empresa receptora de españoles para diferentes traslados, sobre todo al puerto de Civitavecchia donde han de coger sus cruceros. También me encargaré de recibir a los viajeros que vienen para una estancia en Roma. Creo que voy a estar bastante entretenida — acabé riendo sin dejar de mirarlo a aquellos ojos negros y rasgados.

—Me parece muy interesante. Estoy seguro de que es un trabajo muy divertido y ameno. Prepárate para trabajar mucho porque Roma es un río continuo de gente. Además, el turismo es una fuente de ingresos muy importante para la ciudad — comentó Alessandro con seriedad mientras yo presentía que mi vida había cambiado ya desde el momento en que me embarqué.

—Bueno, también llegará en cada grupo el típico quisquilloso que se queja de todo. Y eso es lo peor de esta profesión: mantener la paciencia y ser lo más diplomática posible cuando la gente se impacienta por cualquier motivo.

—Claro, entiendo, pasa lo mismo en el restaurante. Lo bueno es tener clase para resolver ese tipo de conflictos con el mejor talante posible. Y no es fácil. Es rara la semana que algún cliente no me saca de quicio con excusas tan tontas como que la pizza está fría o que la salsa está demasiado salada. Al final, acabo por no cobrarles para que se tranquilicen y no presenten ninguna reclamación — dijo con un tono irónico.

—Pero se están aprovechando de ti, Alessandro. Como se corra la voz, van a ir a tu restaurante a comer gratis a todo el que se le ocurre — añadí yo con estupefacción.

—No. No es frecuente. No pasa todos los días. Por suerte, la mayor parte de los clientes están deseando probar mis platos y tengo siempre una lista de espera. Algunos turistas reservan semanas antes — dijo con orgullo.

—Lo que me cuentas es fantástico, Alessandro. Me alegro mucho por ti. Ahora ya no tengo ningún pretexto para no ir a probar tu comida. Si tienes esas listas de esperas, es que la comida debe ser exquisita — comenté yo haciéndome la tonta, como si fuera una estudiante quinceañera —. Sí, espero que, cuando vaya, no me pille con uno de esos días de mal humor. En esos días no hay Dios que me soporte y exploto enseguida por cualquier cosa — dije encogiendo los hombros y riendo.

—Una mujer con carácter — rió el también.

—Tampoco es para tanto. Estaba bromeando, Alessandro.

—Me quedo más tranquilo. Aunque las españolas tenéis fama de ser mujeres muy pasionales. Las italianas también, ¿sabes?

—Estoy muy ilusionada y esta conversación me está animando. Dejo atrás a mucha gente que quiero — comenté con cierto tono de tristeza, como si buscara en aquel chico un poco de cariño.

Pasamos todo el vuelo charlando y cierto es que el tiempo pasó rapidísimo. Parecía que lo conociese de toda la vida. Alessandro era tan

seductor y guapo que hacía que estuviese constantemente babeando. No quería que se diese cuenta, pero yo creo que, tarde o temprano, me iba a descubrir.

Me costaba mucho disimular. No sabía fingir. Maldita sea pues lo que no quería en aquel momento era asustar Alessandro con una frase o con un gesto que pudieran interpretarse como una forma de seducción o de algo más radical como el acoso.

Aterrizamos en Roma a la una de la tarde y salí a por las maletas junto a él.

—¿Cómo vas hasta el alojamiento? — me preguntó amablemente.

—Cogeré un taxi — dije espontáneamente.

Siempre había sido una persona extrovertida y muy simpática. Acababa de llegar a un país que no conocía y ya había hecho un amigo, y qué amigo, por Dios.

—Para nada, Amanda. Me viene a recoger uno de mis empleados. Te llevaremos hasta tu alojamiento, pero antes pasaremos por mi restaurante y te invitaré a comer — me soltó también de forma espontánea.

—Pues la verdad que hoy no tengo mejor plan, así que aceptó encantada.

Estaba emocionada, muy emocionada. Si hubiera sido una mala compañía, Alessandro no me habría invitado a su restaurante. Aunque parezca una tontería, sentía mariposas en mi estómago. No podía quitar ojo de aquel rostro y su olor dulce a perfume me estaba dejando desarmada. Nunca he creído en el amor a primera vista.

Siempre pensé que era cosa de las películas de amor, especialmente de las malas películas de amor. Pero quizá sí que existía ese amor a primera vista, el flechazo. De todas maneras, debía ser prudente.

No sabía qué clase de hombre era Alessandro por muy atractivo que fuese. Quizá era uno de esos hombres acostumbrados a conquistar con facilidad, sin ninguna clase de compromiso después de hacer el amor con una mujer.

A lo mejor era de esos hombres que mantienen varias relaciones sentimentales al mismo tiempo. Los italianos no tenían fama precisamente de

ser hombres de una sola mujer. Odiaba esos prejuicios. Pero, ¿quién era en realidad Alessandro?

Salimos de la terminal y ya estaba fuera un coche esperándolo. Quien conducía nos saludó efusivamente. Se notaba enseguida que era un amigo de toda la vida, aparte de uno de sus trabajadores. Alessandro me presentó a Luca que se veía que era muy simpático.

En poco tiempo, llegamos al precioso restaurante, situado en una de las calles traseras del Coliseo Romano. Bajamos por unas preciosas escaleras y, cuando vi aquel lugar en el sótano de aquel edificio, me quedé prendada. Era un restaurante bonito el que tenía, verdaderamente bonito. La decoración mezclaba la tradición con la modernidad.

Motivos cinematográficos como carteles de cine y fotografías de la actriz Sophia Loren estaban colgados de unas paredes lisas y blancas que aportaban claridad al espacio. Había una gran barbacoa de piedra al fondo donde un cocinero se encargaba de preparar las pizzas.

Una puerta lateral, cerca de la barra, daba a la cocina que se podía ver a través de un ventanal abierto, con un marco y una repisa de ladrillos toscos, que era donde esperaban los platos para ser servidos antes de que se enfriasen.

—Todo esto es precioso — dije sin dejar de mirar a mi alrededor mientras me sentaba en la mesa que me había señalado Alessandro.

—He hecho algunas reformas pero he mantenido la esencia de mi padre en todo eso — hizo un gesto con la mano, abarcando todo el restaurante.

—No me extraña que el negocio tenga éxito, solo por la ambientación, ya merece la pena venir.

—Gracias — hizo un gesto de asentimiento con la cabeza —. ¿Vino?

—Sí, gracias.

Se marchó y lo vi saludar a varios de sus trabajadores por el camino. Minutos después volvió con una botella de vino tinto.

—Te va a encantar — tomó asiento frente a mí —. Y me he tomado la libertad de pedir por ti. Espero que te guste todo.

—Soy de buen comer — reí.

—Me alegro, porque seguro que volverás aquí muchas veces — dijo en tono misterioso mientras me servía una copa de vino.

—¿Y sueles viajar mucho? — pregunté por cambiar de tema, me iba a poner más nerviosa de lo que ya me ponía.

—Sí, intento siempre hacerlo por placer pero viajo por trabajo más veces de las que me gustaría.

—¿Y eso?

—Intento que el restaurante siempre esté entre los mejores y me gusta conocer diferentes culturas — dijo a modo de explicación.

—Oh, entiendo — probé el vino —. Vaya, perfecto.

—Lo sé — me guiñó el ojo y yo reí, como se decía en mi país, ese hombre no tenía abuela, seguro. Ya él solo se bastaba para elogiarse a él mismo.

—La verdad que me siento algo aliviada por haberte conocido, estaba muy nerviosa por estar sola aquí — reconocí —. Eso no significa que te vaya a molestar cada dos por tres, claro.

—Hazlo si quieres — dijo riendo —. No es ninguna molestia, me tienes para lo que necesites, no dudes en llamarme. Apunta mi número.

Saqué el móvil y lo hice, le di mi número y eso me hizo sentirme algo más tranquila.

—¿Preparada para comer?

No me dio tiempo a contestarle cuando ya empezaron a traer diversos platos con todo tipo de pizzas. Vaya, me quedé alucinada.

—¿Estás loco? — pregunté mirando boquiabierta tanta comida.

—¿No eras de buen comer?

—Señor... — ya había comenzado a sudar.

Alessandro me miró y se rio a carcajadas. Y yo sonreí y empecé a probar todo lo que había traído. La comida era buenísima, y yo estaba a punto de explotar. Ni cuenta me había dado de cuánto había comido o bebido, me sentía tan relajada con él que era como si el tiempo se hubiese detenido.

Me gustaba mucho ese chico y la manera de mirarme que tenía, aunque a veces me sentía demasiado observada por él, era extraño, como si me estudiase el rostro.

O eso, o yo estaba muy cansada e imaginaba cosas.

Cuando me di cuenta de la hora, me despedía rápidamente de él. Alessandro se ofreció a llevarme al apartamento que había alquilado y se lo agradecí, me sentía tranquila estando a su lado. Puede parecer una estupidez, pero así era.

Entramos al edificio donde estaba mi apartamento y Alessandro le explicó al conserje, en italiano. Este me dio las llaves y la bienvenida a la ciudad y Alessandro me acompañó hasta la puerta.

—Tienes mi número, no dudes en llamarme — me dijo antes de que metiera la llave en la cerradura.

—Claro. ¿No quieres pasar? — pregunté por cortesía, se había portado muy bien conmigo, era lo menos que podía hacer.

Estaba claro que yo no había prestado atención en el colegio cuando te decían que no hablaras con desconocidos. Pero Alessandro tenía algo especial que me daba confianza y yo solía fiarme bastante de mis instintos.

—No, este momento es solo tuyo. Es un placer tenerte aquí, Amanda. Espero verte pronto.

—Gracias — me acerqué y le di dos besos y él se marchó después de regalarme una preciosa sonrisa.

Entré en el apartamento y suspiré. Comenzaba una nueva etapa de mi vida. Y había comenzado mucho mejor de lo que pude imaginar.

## Capítulo 2

Desperté de aquella primera noche en ese apartamento y desperté sola. Lo primero que me vino a la mente fue la imagen de Alessandro. Curiosamente echaba mucho de menos a mi familia y a mis amigos, pero ahora mis pensamientos estaban fijos en aquel joven italiano.

Más de una vez me había enamorado y, aunque mis relaciones no habían llegado a buen puerto, sí que había experimentado algo parecido a eso que llaman amor. De hecho, algunas de mis parejas duraron varios meses. Pero lo que yo estaba sintiendo por Alessandro no se parecía en nada a eso. Me temblaban las manos, mi corazón se aceleraba enseguida que lo imaginaba y sentía que un sudor frío recorría mi espalda a cada instante.

Me duché y, al vestirme, no dejaba de pensar en cada una de las conversaciones que habíamos tenido desde que subí al avión y el azar hizo que me encontrase con él. Antes de comenzar a conocer la ciudad, llamé a casa. Necesitaba hablar con mis padres, sobre todo con mi madre, que era quien peor estaría llevando mi ausencia. Estábamos muy unidas y su dedicación a mí estaba inspirada en un sentimiento de afecto difícil de explicar con palabras, una sintonía con mi carácter que nos hacía especiales. No era una relación de madre a hija la que manteníamos, sino más bien era la relación de dos amigas. Nada más marcar el número de teléfono, mi padre se puso al aparato.

—Amanda, ¡qué alegría! ¡Cómo vas, hija!

—Bueno, papá, estoy muy bien, pero hasta que no empiece la semana que viene en el trabajo, no sabré en realidad si he tomado la decisión correcta — dije con un tono de incertidumbre que mi padre enseguida notó.

—No debes preocuparte por eso. Tampoco estás tan lejos de casa. Si el trabajo no te convence, te vuelves. Lo comprenderemos perfectamente. Te voy a pasar a tu madre, que lleva desde que te fuiste sin parar de llorar.

—Mamá, no me hagas esto. No te puedes poner a llorar. El hecho de

imaginarte así me destroza por dentro — dije yo con un tono inocente en cada una de mis palabras.

—Te echo mucho de menos. Hace dos días te tenía en casa y ahora mira dónde te has ido, hija mía — dijo ella con un tono de desesperación que me rompía el corazón.

—Mamá, no me he ido en misión humanitaria a Afganistán. Estoy en Roma, en una de las ciudades más bonitas del mundo, y voy a trabajar como guía turístico, que es para lo que he estudiado. Sabías que, en cualquier momento, podía pasar.

—Ya, ya lo sé, pero te echo tanto de menos. Acostumbrada a verte todos los días aquí. Y ahora desapareces de repente — seguía mi madre sollozando mientras hablaba.

—Mamá, no seas una niña. Al final me voy a enfadar y vas a conseguir que lo pase mal aquí —dije yo con un tono seco y cortante.

Finalmente, se calmó y pudimos hablar de nuestros sentimientos. Como siempre había hecho, me deseó suerte y me suplicó que la llamara todos los días. Quería saber cómo me estaba yendo por Roma. Mi madre sabía que yo tenía recursos y estrategias para salir adelante, pero siempre había estado mimándome desde que nací.

De hecho, podría considerar que en algún momento estuve sobreprotegida, aunque la rebeldía estaba en mí y yo hacía lo que me daba la gana con mis amigas y sin que ninguno de ellos se enterara. No eran cosas graves, pero mi madre y mi padre creían que yo no había tenido ningún romance en el instituto ni en la universidad.

Es cierto que nunca les presenté a ninguno de mis novios, porque no había nada serio en esas relaciones. Ahora sentía algo por ese joven italiano, Alessandro, que era diferente a lo que yo había experimentado tiempo atrás.

A punto estuve de confesarle a mi madre que había un chico que me estaba gustando mucho. Pero, ¿cómo iba a hacer algo así? En primer lugar, habrían puesto el grito en el cielo. ¿Cómo se me ocurría enamorarme de alguien nada más llegar a Roma? ¿Estaba loca o qué?

En segundo lugar, yo no estaba segura de mis sentimientos hacia ese chico. Podría tratarse de un tonto nada más, de un juego estúpido de seducción sin importancia donde cada uno de nosotros intentaba demostrarse a sí mismo que podía ligar con cualquier persona que se le pusiera delante.

Bajé a la calle a desayunar ya que no tenía nada en la despensa. No me quedaba más remedio ese día que ir a hacer la compra.

Quería empezar a preparar la que iba a ser mi nueva vida durante esa semana porque hasta la siguiente no me incorporaría a mi nuevo trabajo. Ahora estaba sobrecogida por aquella ciudad, por sus escenarios, por su luz natural reflejada sobre los edificios, obras de arte diseminadas en diversos espacios que se abrían a amplias avenidas o que se estrechaban hasta desaparecer en un enjambre de callejuelas donde bullía la vida.

Estaba en Roma, en la ciudad eterna. A poco que caminaras, ya sabías por qué. La historia antigua se mezclaba con el presente, con mi presente, con el mío y el de Alessandro.

Mire el móvil varias veces con la esperanza e ilusión de recibir un mensaje por parte de Alessandro. Me senté en una terraza a desayunar. Me pedí un capuchino. No podía quitármelo de la cabeza. No era capaz de pensar en otra cosa que no fuese él. Intentaba centrarme en el ir y venir de personas que hablaban sin cesar con ese acento italiano.

Parecía que estaban chillando todo el tiempo. Qué razón tenían todos aquellos amigos que habían viajado a Italia antes que yo. El café estaba riquísimo. Cada sorbo de aquel capuchino me elevaba. Jamás había probado uno así y mira que había estado en muchas ciudades. Pero aquel sabor suave y dulce se mezclaba con un aroma áspero, como a guisantes, que te hacía mirar al mundo, al menos en mi caso, con una alegría y una emoción indescriptibles. Me vais a llamar loca por decir eso de un simple capuchino, pero no puedo faltar a la verdad.

Seguramente Alessandro tenía algo que ver con que yo sintiera esos aromas al tomarlo en esa ciudad donde Audrey Hepburn se montaba en una Vespa junto a Gregory Peck en Vacaciones en Roma. Yo me sentía como aquella princesa que interpretaba la actriz americana.

Tras aquel desayuno, me fui al supermercado que había más cercano e hice una buena compra ya que no disponía en la casa de nada. Tras dejar las cosas colocadas en alacenas y armarios, volví a salir a la calle a buscar una tienda de motos Vespa. El buenazo de mi padre me había regalado el dinero para

comprar una. Sería el mejor vehículo para moverme por aquella gran ciudad.

Nada más llegar a la tienda había una de color rosa, preciosa, la más coqueta de todas. Me enamoré de ella. Sabía que esa sería la mía. Pregunté el precio y era el mismo que aparecía por varias webs de Internet, así que decidí comprarla. En un momento tuve arreglados todos los papeles y salí de allí motorizada, nunca mejor dicho.

Pregunté a uno de los empleados de la tienda cómo podía llegar para al Coliseo que era donde tenía el restaurante Alessandro. Quería darle una sorpresa y comer allí, pero esta vez me había propuesto ir como clienta y no como invitada, así que me tomé el atrevimiento de volver a verlo. Muchos turistas y viandantes se quedaban boquiabiertos mirándome en mi Vespa.

Me sentía como Audrey Hepburn, sin duda. Era la princesa Anna que, cansada de sus obligaciones y de su vida en palacio, decide fugarse por Roma como un ser común, de incógnito. A mis padres les encantaba el cine clásico y, desde pequeña, no hice otra cosa que ver toda esa clase de películas. Llegué hasta allí. No me creía que hubiera sido capaz de manejarme de esa forma por la ciudad, como si ya no fuera una turista torpe y dubitativa. Parecía que hubiese nacido en la Via del Corso.

Justo cuando iba a aparcar en la puerta, noté que me estaban mirando y era él que venía andando hacia el restaurante. Me sonrojé.

—Ciao, guapa. ¡ Qué alegría volver a verla por aquí!

—Tenías razón, me dijiste que, si probaba el restaurante, volvería. Aquí estoy como clienta — dije sonriendo mientras me quitaba el casco y mentía como una bellaca ya que lo que quería de verdad era verlo a él

—¡Genial! ¿ De dónde sacaste la Vespa? — dijo mientras me daba dos besos y un abrazo.

—Recién la compré, un regalo de mi padre —dije con orgullo.

—Perfecto, te dará mucha libertad para moverte por este caos de ciudad. Demasiados turistas, pero mejor así. Me encanta este caos — dijo mientras señalaba con la mano para que pasase al interior del restaurante.

Bajamos y una vez allí me hizo señas para que lo siguiese. Abrió una puerta y entramos a una parte en la que nadie suele entrar, un lugar exclusivo para él, una especie de salón con una preciosa mesa, un sofá y una televisión. Lo tenía preparado para no tener que ir a su casa aquellos días que tenía que quedarse en su restaurante por algún motivo.

Enseguida apareció Luca y Alessandro le dio órdenes para que trajese una lasaña, una ensalada especial de la casa y una botella de vino.

—Hoy vas a probar otra de nuestras especialidades — dijo a la vez que me guiñaba un ojo.

Esa habitación que tenía una mayor altura daba a otra calle. Por una ventana, podíamos ver el exterior con su constante afluencia de gente.

—No debías haberte molestado. Solamente venía a comer y no a que tuvieses que estar pendiente a mí. Además, no hace mucho que acabo de desayunar. Me voy a poner como una vaca.

—No. Eres una mujer preciosa, Amanda —dijo con una voz suave y tersa.

—Insisto, Alessandro, no deberías haberte molestado —mi voz temblaba, pues me estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—No es ninguna molestia, Amanda. Además me vale para despejar un poco mi mente de tanto trabajo, aunque tengo un buen equipo que se encarga de atender y preparar todo perfectamente. Me gusta estar pendiente a que no falte ningún detalle. Es el secreto del éxito, saber delegar, pero no bajar nunca la guardia.

—Lo entiendo. Como debe ser. Hay que mirar por el negocio siempre.

Luca volvió a entrar con una botella de vino y dos copas. Sonriendo, volvió a salir por la puerta y a dejarnos de nuevo solos. Estaba en una nube, encerrada en aquella habitación con él, con Alessandro. Me daban ganas de agarrarlo, llevarlo al sofá y liar la de Dios.

Estuvimos charlando sobre la ciudad de Roma y las posibilidades que tenía como entretenimiento. Aunque yo nunca había estado hasta ahora aquí, sabía que tenía mucho por descubrir ya que era una de las ciudades más antiguas del mundo. Su arquitectura era fundamental para entender la cultura europea.

Tras esa deliciosa comida, me propuso ir a tomar un café a la Plaza Navona, así que le entregué las llaves de la Vespa para que condujese. Me monte atrás, me agarré a su cintura y fuimos hasta esa preciosa plaza que llamó mi atención nada más verla.

Era un lugar que había estudiando detenidamente por Internet y me había parecido que tenía mucho encanto. Ahora, al verla en directo, pude comprobarlo de primera mano.

Se me saltaron las lágrimas al ver las fachadas del Palazzo Pamphili y de la iglesia de Santa Inés en Agona. La plaza no había perdido ese carácter de mercado antiguo, pues estaba llena de gente que se movía constantemente, echándose fotos junto a las fachadas y portones de los edificios, o junto a las fuentes que dominaban aquel espacio mágico donde Alessandro ahora no dejaba de mirarme con sus ojos cautivadores y llenos de fulgor.

— No te muevas — me dijo.

Fruncí el ceño mientras él sacaba el móvil del bolsillo. Un momento después me di cuenta de que estaba tomándome fotos y me puse roja.

—Ay, no hagas eso — dije avergonzada.

—Es una imagen preciosa, mira — se acercó a mí y me enseñó la foto.

—Uy, no, borra eso — me quejé al ver mi cara emocionada.

—No — me guiñó el ojo —, venga, vamos a por ese café — me pasó el brazo por los hombros y nos acercamos a una preciosa cafetería que había cerca.

—Lo que me llama la atención — dije cuando tomamos asiento — es que todos los locales son preciosos.

—No, no es tan así — rio —, es por la zona, esto está lleno de turistas, pero ya conocerás la ciudad.

El café no estaba muy bueno, para qué mentir, pero era todo un espectáculo tomarlo allí. Yo seguía encandilada con aquella ciudad, cada vez estaba más contenta de haber tomado la decisión de irme a pasar un año allí.

Volvimos a dar un paseo antes de marcharnos en la Vespa. Alessandro volvió a conducir y paró en la puerta de su restaurante. Me senté para conducir la moto yo en ese momento y me despedí de él con un gran abrazo y dándole las gracias de nuevo por todo.

Llegué a casa con una sonrisa estúpida en mi cara. Estar con Alessandro me hacía sentir bien, me quitaba esa soledad que sentía por echar de menos a mi familia y toda mi vida en general.

Pero estaba segura de que ese año que iba a pasar en tierras italianas, sería inolvidable.

Cuando estuve a punto de dormirme, le mandé un mensaje.

“Gracias. No sé cómo agradecerte tu compañía.”

Me contestó casi en el instante.

“Te repito que no tienes nada que agradecerme, pero sí sabes cómo hacerlo.”

Miré con cara extraña el móvil, sin entender a qué se refería. Le contesté siendo sincera.

“No te entiendo. ¿Qué quieres decir?”

“Volver a verte, con eso saldas tu deuda.”

Vaya... Me dejó sin palabras y con la sonrisa de idiota en nivel extremo. Le di las buenas noches y me acosté abrazando la almohada.

¡Cuánto me gustaba ese chico!

Sí, Italia me tenía deparada muchas sorpresas, estaba segura de eso.  
Volver a ser una quinceañera era una de ellas.

### Capítulo 3

No puedo negar que esa semana antes de ponerme a trabajar fue inolvidable. Sería una tonta si negara algo así. Esa semana tuvo un nombre en mi vida. A esa semana la llamaré siempre Alessandro.

Roma ayudaba a que yo me fuera encariñando de aquel joven tan atento y pulcro en los detalles más insignificantes.

Estaba cayendo en los brazos de un auténtico galán. Me estaba enamorando de uno de esos actores italianos que yo veía en las películas y que me parecían hombres fascinantes, llenos de orgullo, de atrevimiento, capaces de seducir con una mirada o con una sola frase.

Alessandro me recordaba a Marcello Mastroianni, más joven, y yo, junto a él, tampoco puedo negarlo estaba viviendo mi particular dulce vida.

Comía con él, tomaba café con él, cenaba con él. Alessandro era la persona que me estaba abriendo a esa ciudad llena de rincones exquisitos, de misteriosas leyendas y cuentos populares.

A mí, como guía, me interesaba todo aquello porque sería una forma de destacar en mi trabajo: el hecho de conocer la Roma invisible me ayudaría a diferenciarme de otros colegas españoles que, durante los primeros años, se limitarían a los circuitos acostumbrados, circuitos que aparecen en cualquier libro de viajes o en cualquier página de internet hecha por un aficionado.

Alessandro se había criado allí y sabía que Roma era la ciudad eterna, no solo por su arquitectura, sino también por su pasado legendario, por sus tradiciones, por sus gentes, por su comercio y por esa atmósfera mágica que untaba cada piedra.

Por las mañanas hacía lo mismo que hice el primer día que desperté en mi nuevo apartamento. Me duchaba, me vestía y luego llamaba a casa.

Mi madre no podía evitar llorar cada vez que escuchaba mi voz, algo que me entristecía profundamente, pero que también me irritaba, y mi padre se limitaba a emitir monosílabos. Era un hombre mucho más sereno y menos pegado a mí. Además era una persona mucho más realista. Sabía que aquello que estaba haciendo era para labrarme un futuro con aspiraciones a lograr uno de mis mayores sueños: montar mi propia agencia de viajes.

Mi madre, sin embargo, era más cobarde y más introvertida. Siempre

había sido una mujer reacia a los cambios y a las nuevas sensaciones. Por esa razón, aquel matrimonio funcionaba bien. Era una pareja que había conseguido el equilibrio emocional desde el primer momento en que se conocieron.

Después de hablar con ellos, me montaba en mi Vespa, que guardaba en un pequeño almacén subterráneo, cuyo alquiler no era excesivamente caro, y allí salía yo, la nueva Audrey Hepburn, a sumergirme en aquella ciudad que hervía de gente, de mucha gente, a buscar a Alessandro.

Yo creo que él también se había acostumbrado a verme y, si no lo hubiera hecho así, como lo estaba haciendo en ese momento, seguramente le habría extrañado y no habría dudado en llamarme. Al menos, así pensaba yo. Porque siempre había sido una mujer soñadora.

Mi imaginación no tenía límites y quizá esa fuese una de las razones por las que ninguna de mis anteriores relaciones llegó a funcionar.

Pensaba que un hombre era algo más, que una relación amorosa debía ser como en las películas que yo había visto junto a mis padres, romances llenos de seducción y de encantamiento. Ahora era diferente.

Porque estaba en Roma, porque tenía una Vespa como Audrey Hepburn, porque iba a trabajar en aquello para lo que había estudiado y porque Alessandro era lo más parecido a esos hombres que una tiene en mente y que espera que algún día irrumpen en su vida.

Era aquel nombre, Alessandro, el que no paraba de repetir en mi cabeza constantemente, como si fuese una oración. ¿Estaría obsesionándome demasiado? ¿Estaría enferma? ¿Me tomaría aquel joven por una loca? ¿Pensaría que estaba acosándole yendo a buscarlo todos los días?

Pero él también había entrado en ese juego y, si no le hubiese interesado mi compañía, jamás me habría invitado a su restaurante ni habríamos conversado durante tanto tiempo, ni me habría invitado a café, ni me habría enseñado la ciudad.

No creo que se tratara de ser solamente amable. Alessandro tenía otras intenciones conmigo seguramente. Me comía la cabeza con una facilidad pasmosa. Era increíble cómo aquel tipo estaba consiguiendo lo que ningún otro hombre había conseguido en todo este tiempo: obligarme a montar en una Vespa por toda Roma para buscarlo a su restaurante. Si mi madre me viese, no sé qué haría. Y ya no digo mi padre. Eran muy conservadores y tradicionales en ese sentido. Llegué a la puerta de su restaurante y curiosamente siempre

había gente.

Alessandro tenía razón en todo lo que me había dicho. Su restaurante tenía una fama internacional y siempre tenía lista de espera. Me alegraba de que a un tío como él le fueran bien las cosas.

Tenía bastantes amigos de su edad que habían intentado toda clase de negocios en España y la puta crisis los había conducido a la bancarrota.

Otra de las virtudes de Alessandro era la pasión que le ponía a todo lo que hacía. Además era sabedor de todo tipo de recetas y técnicas culinarias. Aún recuerdo una conversación uno de esos días de aquella semana.

Ciertamente me estaba tomando un exceso de confianza con aquel chico que no me había tomado antes con ningún otro. Pensaba yo también que si le hubiera molestado mi presencia, Alessandro habría buscado mil excusas para evitarme. En cambio, había sucedido todo lo contrario y era esa actitud la que me hacía imaginar que él también sentía algo por mí.

—¡Cómo me alegra verte, Amanda!

—Yo también me alegro, Alessandro. Hace un día precioso y he dado una vuelta con la Vespa por el centro. Y luego me he dicho: ¿dónde voy a comer mejor que en el restaurante de mi amigo? —dije con aire teatral.

—Ah, has tenido una gran idea y veo que te manejas por la ciudad con una facilidad admirable. No sabes lo que ha ganado Roma contigo. Ya tenemos otro monumento — dijo irónicamente guiñándome un ojo.

—¡Qué tonto eres! — exclamé yo mientras colocaba la moto en la acera, junto a la entrada de su restaurante.

—No es ninguna broma. Hablo en serio. No es fácil encontrar una chica tan guapa y simpática como tú. No sé si te lo había dicho ya alguna vez —siguió halagándome con un brillo espléndido en sus ojos.

—Eso se lo dirás a todas, ¿verdad?

—No pienses mal. No soy de esos italianos que van por ahí conquistando

a mujeres de otros países. No me va ese rollo — puso una cara seria cuando me soltó eso.

—No te lo tomes a mal, Alessandro. Solamente estaba bromeando.

Me di cuenta de que no había sabido encajar el golpe que le había propinado con mis palabras. Me estaba equivocando con él. Alessandro no parecía ser el típico chulo italiano que va de ligue en ligue, aprovechándose de las mujeres.

Me estaba equivocando con aquel chico, sin duda. Entré al restaurante con él y me senté en la barra. Luca estaba rondando por allí y me dio los buenos días. Vi que Alessandro hablaba con los cocineros. El restaurante estaba lleno. Un ambiente acogedor y familiar facilitaba que se comiera tan bien allí.

—¿Te está gustando Roma por lo que veo? — preguntó Alessandro, que se sentó junto a mí en la barra.

—Sí. Mucho. Creo que no me he arrepentido de escoger este trabajo — dije yo automáticamente.

—Yo no me arrepiento de que lo hayas hecho— aquel piropo hizo que me sonrojara.

—Cuando me dices esas cosas, me pongo muy nerviosa, Alessandro.

—Lo sé. Por esa razón, lo hago.

—Muchas gracias por ponerme nerviosa — dije yo con ironía y guiñándole un ojo.

—Vamos a comer macarrones a la carbonara. Lo hacemos con una receta tradicional que casi nadie conoce en Roma. Es una receta que mis abuelos trabajaron durante muchos años hasta dar con una textura y unos aromas únicos — dijo él haciéndose el interesante conmigo.

Luca nos buscó una mesa y nos sentamos. Me sentía especial. Hace unos días estaba aburrida en mi casa, quedando con mis amigas de toda la vida para hacer las mismas cosas de siempre. Y ahora estaba en el centro de Roma, comiendo en un restaurante exquisito con un joven guapísimo, que era además un triunfador. No me lo podía creer.

—Estoy deseando probar esos macarrones. Mi madre los hace también genial — dije en aquel momento espontáneamente.

—En España, no sabéis cocinar la pasta — dijo con vanidad Alessandro.

—¿Estás diciendo que mi madre no sabe cocinar? Mi madre hace unas paellas y unos guisos que están para chuparse los dedos — comenté repentinamente yo, pues me habían ofendido aquellas palabras un tanto groseras.

—No te lo tomes a mal. Lo único que estoy diciendo es que no sabéis cocinar la pasta. La comida española es extraordinaria. Lo sé por experiencia. Estuve un año en Bilbao en una escuela de cocina. Por esa razón, hablo español correctamente y, por esa razón, coincidimos en el avión. Tengo amigos cocineros en España — dijo Alessandro con cierto aire de nostalgia.

—Pensaba que estabas de vacaciones y que conocías el español por la gran cantidad de turistas que tienes en el restaurante todos los días.

—La verdad es que aprendemos toda clase de idiomas en este sitio. Hay que manejarse también en chino y en japonés. Los meses de verano no recibimos otra cosa, además de polacos y rusos —dijo esbozando una leve sonrisa.

—¿Por qué dices con tanta seguridad que no sabemos cocinar la pasta? — pregunté con intriga.

—Mira, por varias razones. Generalmente se cometen muchos errores tontos que estropean estos platos, Amanda. La pasta es más delicada de lo que parece.

—Pero ponme algún ejemplo —insistí al mismo tiempo que escuchaba con atención.

—Los españoles, entre otros, no son conscientes de que la pasta tiene sabor por sí misma, la buena pasta, claro. A veces se inundan los platos con salsa para que la pasta sepa, y eso es un error. La salsa debe regar, aromatizar, acompañar a la pasta. La salsa a veces convierte la pasta en una sopa.

—No me había dado cuenta, pero es verdad — apostillé yo poniendo cara de tonta.

—Otro error es hervir la pasta con poca agua. Hay que hervir la pasta con agua abundante y probarla antes de sacarla. No se le puede echar aceite a la pasta cuando está hirviendo — se notaba que sabía muy bien lo que decía.

—Claro, pero se echa aceite para que no se pegue —añadí yo justificando ese error.

—La pasta no se pega si se hierve con agua abundante y se mueve. El aceite mata el sabor del almidón y quiebra la textura de la pasta. Bueno, estos son algunos errores. No quiero aburrirte más.

—No me estoy aburriendo, en serio. Me parece muy interesante todo lo que dices. Lo voy a poner en práctica cuanto antes — comenté yo sin fingimiento, porque verdaderamente me estaba resultando apasionante los secretos para cocinar la pasta.

Enseguida nos sirvieron los macarrones. Fue un bocado excepcional. Los macarrones estaban duros, pero, al meterse en la boca, se deshacían con la salsa suave y delicada, llena de matices.

—¿Te gustan, verdad?

—Alessandro, no he probado una cosa más buena en mi vida y no es por hacerte un cumplido —dije yo emocionada.

—Lo sé. Sé que están riquísimos. ¿Te cuento una cosa?

—Sí, por favor.

—Mira, Amanda, tengo clientes que hacen tres y cuatro horas de vuelo para pedirme este plato. No vienen a Roma a ver el Coliseo, vienen a probar y repetir mis macarrones — susurró acercando sus labios carnosos y sensuales a mi oído.

—Es fascinante. Yo lo haría. Si tuviera dinero, volaría todos los fines de semana a probar tus macarrones — dije yo con aire infantil.

—¿Solamente vendrías a probar mis macarrones? —aquella pregunta me excitó enseguida. Me volví a poner roja y bajé la mirada, concentrándome en saborear aquella maravilla de plato.

Después de comer, seguimos charlando en español y luego un poco en italiano, pues tenía que aprenderlo rápidamente. Me había dado cuenta de que con mis años en la Escuela Oficial de Idiomas no era suficiente para manejarme bien en aquella lengua.

Aquella semana me llamó Alessandro y todos los días repetimos el mismo ritual. Estaba claro que a mí aquel chico me gustaba cada vez más y un sentimiento recíproco leía yo en aquellos ojos que brillaban al hablarme sobre Roma y sobre ese otro mundo tan desconocido para mí, que no era otro que la pasta italiana.

## Capítulo 4

Después de una semana por Roma patrullando a mis anchas, ese día me tocaba presentarme en el trabajo, así que desayuné tranquila en el apartamento y luego cogí la Vespa y me dirigí hacia la oficina de mi puesto laboral.

Me recibió un chico muy guapo y simpático. Pensé que me estaban poniendo por el camino hombres muy sexis. Aguanté la risa solo de pensarlo.

Me estuvo explicando toda la mañana en qué consistía mi trabajo y dónde me recogerían para ir a por los turistas que llegasen a este país, me dieron un gráfico con mis horarios e itinerarios. Aluciné ya que trabajaría cuatro días a la semana y apenas cinco horas cada jornada.

Mi primera recepción sería al día siguiente. Abandoné la oficina emocionada. Por primera vez tenía un trabajo que se adaptaba a lo que yo había estudiado en la universidad. No tenía que verme forzada a dar clases particulares o a repartir publicidad para sacarme unos cuantos euros. No. Eso se había acabado ya.

Dos horas más tarde, tras hacer unas compras, me dirigí hacia el restaurante de Alessandro. Me recibió con su simpatía natural. Al verme llegar, esbozó una preciosa sonrisa, de esas que seducen, y me abrazó fuertemente.

— ¿Qué tal tu primer día de trabajo? — me preguntó con entusiasmo, esperando una respuesta optimista.

—Genial, me han dado los horarios y creo que voy a ser la que menos trabaje de este país — reí cuando terminé de decir la frase.

—Chica, vienes a robar de forma privilegiada el trabajo de los italianos.

—Suerte de que necesitaban una española, Alessandro,...

—Son listos — dijo guiñando un ojo.

—Me han dado el uniforme. Creo que me veré rara con él.

—Estarás preciosa — volvió a guiñar el ojo

—¡Exagerado! — exclamé con un ímpetu que sonaba a comedia.

—Vamos, hoy te invito a comer en otro lugar con mucho más encanto.

—Perfecto. Pero me extraña que digas eso. Comer o cenar en tu restaurante es un lujo y no lo digo por halagar — dije mientras le daba las llaves de mi moto.

Condujo un buen rato y salimos de la ciudad. Terminamos en un precioso parque en el que había un restaurante con una terraza decorada con mucho gusto. Intentaba imitar algunas fachadas de la Plaza Navona.

Aquel comedor acristalado rodeado por un bosque verde, donde los pinos y los carrascos oscurecían el follaje, era idílico. Quería tomar fotos, pero Alessandro me dijo que lo hiciera después.

Me ordenó que disfrutara el momento, aquella ensoñación, aquel rincón del paraíso, y tenía razón. Aquel lugar, junto a él, bebiendo un exquisito Chianti era una experiencia parecida a habitar en un sueño del que nunca quisieras despertar.

Estaba comprobando por mí misma que Italia tenía dos caras, la turística, la que todo el mundo conocía por las películas y por la televisión, y otra Italia, oculta, recóndita, llena de sensaciones que trascendían lo agradable. Era la Italia que jamás se borra de tu mente, la Italia inolvidable y ahora comprendía mucho mejor la eternidad de Roma.

Rápidamente nos asignaron mesa, pidió una botella de lambrusco y una carne que era especialidad de la casa, además de una ensalada tutti di mare.

—Me encantas — dijo mientras me agarraba la mano sobre la mesa y la acariciaba mirando fijamente a mis ojos.

—Me estás poniendo colorada — no se me ocurrió decir otra cosa, pues estaba verdaderamente muy emocionada.

—Qué antipática eres, te digo algo bonito y no me respondes de la misma manera — dijo sonriendo.

—No era mi intención, Alessandro. A veces intento ser excesivamente prudente. No quiero parecer una mujer arrebatada o demasiado impaciente. Me encanta lo que me has dicho. Me emociona sinceramente. No puedo explicarte con claridad lo que me ha sucedido estos días. Apareces en mi avión, llego a Roma y me siento como en casa, y, de repente, esta amistad, nuestra amistad, que parece que, según pasan las horas, se va convirtiendo en algo mucho más serio — dije con serias dificultades, pues la emoción me estaba bloqueando cada vez que intentaba elegir las palabras correctas.

—Yo no lo llamaría serio precisamente. Creo que es algo hermoso y yo debo decírtelo ahora que te tengo delante, antes de que desaparezcas— intervino

—Tú también me encantas. Pero yo no voy a desaparecer. Te prometo que no voy a desaparecer de tu vida — dije mirando al suelo avergonzada.

En ese momento, tomó mi barbilla con su mano para que lo mirase a la cara, a sus ojos rasgados, llenos de una profundidad en la que perderse.

—Quiero que no dejes ni un día de venir a verme, ¿ me lo prometes, por favor?

—Bueno, tú también puedes venir a verme —dije yo recreándome en la belleza de esos ojos.

—Tienes razón, dime qué puedo hacerlo y , cuando quieras, aparezco a tu lado y no hay nada más que hablar — parecía un niño cuando se dirigió a mí de ese modo, pero qué niño más guapo.

—Pues ya lo sabes, tú también puedes ir a verme a mi casa. Me encantaría que lo hicieras —añadí con aire sensual, invitándolo a que esa visita no sería un simple encuentro entre dos amigos que se echan mucho de menos.

—Por cierto, ¿cómo tienes el fin de semana?

—Pues trabajo el viernes a las siete y termino a las doce. Ya no tengo que

volver a trabajar hasta el lunes a las cuatro de la tarde. Este trabajo es un chollo, Alessandro.

—¿Me dejas proponerte un plan? — la pregunta que formuló sonó a sorpresa agradable.

—Claro, no tengo más nadie con quien matar mi tiempo en este país — dije muerta de risa.

—¡Qué mala eres! Aún así te propongo que el viernes a la una te recoja en tu casa y te vengas conmigo a pasar el fin de semana a Florencia. Iremos en mi coche. Quiero enseñarte esa preciosa ciudad. Prometo devolverte sana y salva el lunes por la mañana — comentó lleno de ilusión.

No me podía oponer a aquella invitación, pues estábamos hablando de Florencia, y de Florencia con Alessandro. Si alguna de mis amigas me viera, se moriría de la envidia.

Estaba pensando precisamente en Carolina, que siempre alardeaba en nuestro grupo de los chicos que la llamaban, de sus contactos en las redes sociales y en los rollos de verano que había tenido cuando había pasado los veranos en Irlanda. Era una buena amiga, pero se ponía muy pesada con el tema de los tíos.

—¡Wow, Florencia! Acepto ¿Dónde dormiremos? — pregunté sin saber muy bien por qué.

—Déjame mirar en mi casa con tranquilidad esta noche. Quiero averiguar la ubicación de unos apartamentos donde me quedé una vez con unos amigos. Estaría genial alojarnos allí ya que está cerca del Ponte Vecchio y de todo lo más importante —respondió haciéndose el interesante. Me encantaba que hablara así, tan serio y tan formal.

—No quiero que te veas en la obligación, Alessandro, de llevarme a ningún sitio. Por ahora estoy bien en Roma. Podemos hacerlo en vacaciones o en otras fechas y con más tranquilidad.

— No. Si no me cuesta nada. Además, por estas fechas, el flujo de gente en

Florencia disminuye un poco. Creo que tendremos suerte. Necesito que veas Florencia y ya te explicaré por qué — su última frase me resultó enigmática.

—Vale, perfecto, pues cuando lo decidas me lo comunicas para pagar mi parte o nos dividimos los gastos. Tú pones el coche y yo, el alojamiento. ¿Te parece bien? — pregunté.

— No sé qué estás diciendo. Te voy a invitar a Florencia. Soy yo el que va a invitarte. Tú no tienes que pagar nada — dijo con seguridad y frunciendo el ceño para transmitir seguridad.

—No me gusta abusar de nadie y me toca pagar. No quiero que hagas eso. No me gusta que te gastes tanto dinero en mí. Me siento incómoda —manifesté con voz temblorosa.

—Lo que tú digas, preciosa. ¿Para qué vamos a discutir si vamos a hacer lo que yo diga?

—Vale, con la condición de que otro fin de semana lo preparo yo y tienes que aceptar. Seré yo la que te invite.

—Perfecto, me parece justo, iré dónde me digas.

—¿Estás seguro? — pregunté con intención de provocarlo, pues sabía que le gustaba ese juego entre nosotros.

—Si no son más de cuatro días, me puedes llevar al fin del mundo...

—Tú lo has dicho, te mantendré informado — dije muerta de risa mientras agarraba mi copa para darle un trago.

La luz amarillenta iluminaba las hojas verdes y rizadas de algunos matorrales y los árboles, testigos mudos de nuestro encuentro, con sus torcidos troncos alargaban sus sombras hasta el interior del restaurante. Sin darnos cuenta, nos estábamos fusionando con la naturaleza.

—Veremos si eres capaz de sorprenderme....— dijo mientras servía en mi plato la ensalada que había acabado de traer el camarero.

—¿Me estás retando? — preguntó con una hermosa sonrisa.

—¿Yo? No — mentí —. Es solo que ya tengo ganas de que llegue ese día.

—Vas a disfrutar, te lo aseguro — me guiñó el ojo.

—Imagino... — dije sonriendo.

Y lo imaginaba, en ese momento decenas de imágenes no aptas para menores pasaron por mi mente. Me estaba entrando un calor horrible y me bebí de un tirón la copa. Lo que solo hizo empeorar las cosas, porque empecé a ponerme más que roja.

—¿Estás bien? — preguntó preocupado.

—Pues claro — carraspeé —. Nada por lo que preocuparse.

—Mmmm...

Sonrió y yo temí que me hubiera leído la mente o hubiera dicho algo en voz alta que lo intimidara. Solía meter la pata cuando no controlaba mis emociones y decía las cosas sin pensar.

Después de la comida, paseamos un rato por los alrededores. Yo me paraba a hacer decenas de fotos y Alessandro y yo nos hicimos varios selfies juntos.

Cuando llegué esa noche a casa y me acosté, suspiré pesadamente. Me gustaba demasiado ese chico y a veces tenía la impresión de que yo a él también, pero no hacía nada por acercarse.

Ya estaba volviendo a imaginar demasiado, así los días que pasarían para el viaje se me harían eternos.

Eternos fue poco. A veces creía que no iba a llegar nunca el momento de ir a Florencia.

Las horas en el trabajo pasaban rápidamente y daba igual si trabajaba de mañana o de tarde. Estaba a gusto con lo que hacía y contenta por disfrutar con mi trabajo.

Dependiendo de mi horario, comía o cenaba con Alessandro. Lo había cogido ya como casi una costumbre y a él parecía encantarle también. Así que todos los días estaba con él en el restaurante y después dábamos un pequeño paseo.

El miércoles era bastante tarde cuando me dejó en la puerta de casa. Aún no había subido a verla y me encantaría que lo hiciera.

—¿Subes? — pregunté tímidamente.

—Es tarde, Amanda.

—Alessandro, voy a creer que te da miedo entrar en mi casa.

—No, no es eso, es solo que no quiero molestar.

—Oh, vamos, arriba — lo empujé para que entrara en el edificio y lo hizo riendo.

—Vaya, parece que llevas toda la vida viviendo aquí — dijo momentos después cuando entramos por la puerta de mi estudio.

—Necesitaba hacerlo acogedor — sonreí tímidamente, quizás me había pasado un poco con la decoración, era tan exagerada como mi madre.

—No, no te molestes, está precioso.

—Gracias. Siéntate y te sirvo una copa.

—No quiero molestarte, Amanda — de repente parecía intimidado por mi presencia.

—No me gusta que seas tan correcto, Alessandro. Relájate un poco.

Parece que no estás cómodo aquí conmigo.

—No es eso. Lo que sucede es que mañana madrugas y no quiero que la falta de sueño te haga flaquear en el trabajo.

—¿Estás hablando en serio, Alessandro? Pareces mi padre — bromeé.

Nos sentamos los dos en el sofá. Intenté que me contara más sobre lo que tenía planeado pero fue inútil. Estaba contenta y cómoda con él, como puedes sentirte con un gran amigo, pero yo lo veía a él con otros ojos.

Alessandro era muy correcto. Me miraba y me daba a entender que le gustaba, como ya me había dicho, pero no hubo ningún acercamiento entre nosotros. Estaba pensando en si tirarme al cuello de él y besarlo.

Menos mal que se fue pronto, pensé, riéndome, mientras intentaba dormir.

El jueves trabajé de mañana y almorcé en el restaurante de Alessandro. Me despedí pronto de él porque tenía que preparar las cosas para el fin de semana.

Era ya de noche cuando terminé y le mandé un mensaje.

“Todo listo, ansiosa porque llegue el fin de semana.”

“Me encanta que escribas eso. No te puedes imaginar lo ansioso que estoy yo...”

Y con esa frase me quedé dormida, ni le respondí. Florencia iba a ser un buen destino.

## Capítulo 5

Esa mañana trabajé muy ilusionada. Cuando terminé, me fui directa a mi casa a cambiarme de ropa. Un rato después ya estaba Alessandro tocando el timbre de la puerta.

—¡Vamos, bambina, que estás muy lenta!

—Y tú muy exigente — dije mientras salía y cerraba la puerta.

—¡Qué guapa estás! Me encantas — dijo Alessandro con unos ojos luminosos.

—No empecemos. Me ruborizas cuando me dices cosas así. Y, como lo sabes, no paras de hacerlo — dije yo fingiendo que estaba ofendida.

—Me gusta cuando sacas ese carácter.

Me cogió la pequeña bolsa de viaje y la llevó hasta el coche para meterla en el maletero. Luego me abrió amablemente la puerta del copiloto con una sonrisa bastante sensual que ya me estaba haciendo babear como una idiota. Jamás pensé que algo así me podía pasar, pero es que se trataba de Alessandro y cualquiera que lo conociese en persona entendería a lo que me refería.

—¿Preparada para pasar un loco fin de semana con este italiano ?

—Más que preparada, como te pongas tonto, te doy duro — dije con sorna e ironía.

—No creo que seas capaz...

—Anda, mira hacia adelante no nos vayamos a matar.

—Moriríamos juntos como dos tontos enamorados —siguió con esas

frases llenas de una cursilería insoportable que a mí me hacían reír.

—¿Quién dijo que yo esté enamorada de ti?

—Los ojos son el espejo del alma y los tuyos hablan por sí solos — dijo mientras conducía.

—¿Qué sabrás tú lo que hablan mis ojos? — intervine con intención de provocarlo nuevamente.

—Lo sé, ¿me equivoco? Dime si me equivoco, por favor.

—No te pienso contestar... — guiñé el ojo y saque una sonrisa irónica, llena de complicidad.

—Entonces me estás dando la razón, no hay más nada que hablar.

—Sí, la razón del loco — dije muerta de risa.

—Me matas como no esté en lo cierto — insistió, porque esperaba que yo le dijera que lo amaba sinceramente.

El camino fue muy divertido. No paraba de buscarme con sus preguntas y sus intervenciones, y yo con mi carácter español me divertía contestándole. Paramos a comer en una pequeña fonda y allí volvimos a reírnos el uno del otro. Estaba claro que los chistes, las bromas y las chanzas formaban parte de un lenguaje que los dos utilizábamos para gustarnos cada vez más. No podía comer mucho, porque estaba muy nerviosa.

No sólo era el viaje con Alessandro, sino también el hecho de que iba a visitar una de las ciudades más importantes del mundo por su valor arquitectónico. No me hacía a la idea de que yo estaría alojada en esa ciudad en la que nobles y artistas habían cambiado la historia del mundo con su visión del arte.

Llegamos a Florencia tres horas después. Me llamó la atención ver el Ponte Vecchio nada más llegar. Aparcamos el coche y subimos al apartamento que había alquilado Alessandro. Era espectacular porque las vistas daban

hacia el puente. El apartamento tenía una pequeña cocina y un gran salón, además de un dormitorio con baño incluido.

—¿No había otro con más habitaciones? — pregunté muerta de risa.

—No hay problema, si quieres, duermo en el sofá...

—Yo también puedo dormir en él...

—Estás fatal, debe ser el bocadillo que nos hemos comido por el camino.

—Venga, va, dejemos las cosas y enséñame este divino lugar —dije con aire solemne, demostrándole que estaba feliz, verdaderamente feliz.

—Adelante — dijo dándome una palmada en el culo que me cogió de improviso.

—Oye, tienes las manos muy sueltas —le regañé sin dejar de sonreír.

No quiero que mi historia se convierta en una mera guía turística en este momento. ¿Qué podía decir yo en este instante de Florencia que ya no estuviese escrito en miles de libros? Sencillamente, diré que aquella ciudad siempre la recordaré junto a Alessandro. No me importaba en aquellos días el valor del tesoro cultural que se alojaba en aquellas plazas y calles, erosionadas por el paso del tiempo.

La decadencia de aquel lugar era una decadencia hermosa, romántica, donde las cúpulas y la grandiosidad de algunos pórticos contrastaban con la oscuridad y la antigüedad de sillares, cimientos y torres. Podría decir que estaba alucinada, pero sería faltar a la verdad.

Era Alessandro quien me tenía fascinada. Muchos guías deberían aprender de las enseñanzas que me transmitía a cada paso que dábamos. Estaba claro que no era ni la segunda ni la tercera vez que visitaba Florencia. Me propuso que visitáramos la Biblioteca delle Oblate y me sorprendió que fuésemos a una biblioteca.

Pero me dijo que allí servían un café extraordinario y así fue. Nos sentamos en la planta baja, junto al espléndido claustro del edificio. El aire

tibio en aquella atmósfera sosegada, que se interrumpía de vez en cuando por las voces de algunos grupos de turistas, inundaba mis pulmones y sentía que flotaba al lado de Alessandro.

En una película, El Indomable Will Hunting, había aprendido del psicólogo, interpretado por Robin Williams, que no basta con saber sobre las cosas, sino que lo importante es respirar con ellas, saber sentir las, saber que están ahí para ti.

Y Florencia lo estaba para mí, y aquel hermoso claustro, y aquel hombre simpático y cuya belleza natural me había sumergido en un encantamiento del que difícilmente podía librarme.

—¿Te está gustando el viaje? — preguntó él.

—No puedo contestar ahora mismo —respondí con voz temblorosa.

—¿Estás enferma? ¿No te encuentras bien? Dime qué te pasa —había preocupación en el tono de sus palabras.

—Necesito estar callada, Alessandro.

—Dime qué te pasa, por favor.

—Voy a llorar. Solamente quiero llorar.

—¿Estás triste? ¿He hecho algo que te ha ofendido? — preguntó muy preocupado.

—Sí, lo has hecho todo.

—Ando muy perdido, Amanda. Ando muy perdido.

—Mira. Te voy a confesar una cosa. Estoy feliz y no me importa que sea Florencia. Estoy feliz contigo y podría estarlo en cualquier sitio siempre que estuvieras tú — dije más relajada, pero sin poder contener las lágrimas.

Alessandro calló durante unos instantes como si hubiese pasado un ángel.

Me miró y me besó en la frente. Entendía lo que me pasaba y creo que él sabía que iba a pasarme esto.

Había previsto ese viaje para que yo sintiera esa forma de amar las cosas, de amarlo a él, una forma diferente a la que yo había conocido. La luz de la tarde moría en aquel claustro y las voces a nuestro alrededor se apagaban.

—No era mi intención que te sintieras así, Amanda.

—Mientes, Alessandro, sabías que me iba a pasar. Sabías que yo iba a sentir esta alegría.

—Eso tiene un nombre, Amanda — me susurró.

—¿Cómo se llama? No me gustan los acertijos. Dímelo, por favor.

—Se llama “Síndrome de Stendhal”.

—¿En qué consiste? — pregunté intrigada.

—Stendhal fue un escritor francés del siglo diecinueve que visitó Florencia. Al ver la belleza de la ciudad, enfermó. Comenzó a sudar, su corazón se aceleró y las alucinaciones junto con el vértigo no pararon de acosarle durante su estancia en la ciudad. Parece ser que todo ocurrió cuando el escritor abandonó la basílica de la Santa Cruz —me explicó con serenidad intentando encontrar una razón a lo que me estaba pasando en aquel momento.

—Eres fantástico. No conocía esa historia. Me dejas sobrecogida.

—Quería que lo supieras. Para mí esta ciudad es muy importante también. Siento algo a lo que sintió Stendhal y a lo que estás sintiendo tú en este momento. Es lo que trataba de decirte el otro día cuando te propuse visitar la ciudad.

—¿Por qué? — pregunté con miedo.

—Fue el último viaje que hice con mi hermana Sofia.

—¿El último? ¿Tenías una hermana?

—Sí, estaba enferma de cáncer. Tenía treinta y cinco años. Ya no podía caminar. Y quise que viera Florencia por última vez. Le encantaba esta ciudad, sobre todo, ver la puesta de sol sobre el río Aarno desde el Puente de la Santa Trinidad — su voz se tornó gris y sombría.

—No sabía nada. Lo siento, Alessandro.

—No pasa nada. Pero tenía ganas de contártelo. Era importante para mí que lo supieras. No todo ha sido tan fácil en mi vida.

—Me dejas sin palabras. Estoy consternada, Alessandro.

—Te creo, Amanda. Y me emociona mucho que sientas la felicidad en este lugar.

—No es este lugar, Alessandro, es este lugar junto a ti, junto a tu forma de ser, junto a esos recuerdos amargos que me has contado. Son esas cosas las que me hacen sentir especial. Puede ser que Florencia tenga algo que ver, pero no lo sé. Estoy embriagada. Te pareceré una cursi, pero es así.

—No me pareces una cursi. Cuando murió mi hermana Sofia, regresé a esta ciudad y todo había cambiado a mi alrededor. La ciudad era diferente sin Sofia, ¿sabes? — dijo rompiendo a llorar.

—No me hagas esto, Alessandro. Salgamos de aquí. Quiero ver toda la ciudad y quiero celebrar este viaje por todo lo alto. ¿Me lo prometes?

—Claro. Vamos a la Plaza de la República y mañana veremos la Galería de los Uffizi. Si te gusta el arte, lo disfrutarás como nadie.

—Me encanta el arte y siento vergüenza de no haber venido a Italia mucho antes. Pero la situación económica en casa ha condicionado mucho mis salidas al extranjero. Muchas veces estudiaba sin saber muy bien por qué lo hacía.

Muchos de mis compañeros de universidad habían recorrido medio mundo y yo era una estudiante de Turismo sin apenas haber salido de casa.

—Bueno, ahora no te quejarás. Vas a conocer Italia como la palma de tu mano —dijo Alessandro más animado.

—Eso sí que es cierto — afirmé también más animada, lejos de esa feliz nostalgia que me había invadido.

—¿Por qué estudiaste Turismo entonces si no habías viajado apenas?

—Porque quería hacerlo y los idiomas siempre se me habían dado muy bien.

—Y ahora estás aquí, es lo único que importa. No pensemos más por hoy en el pasado, vamos a disfrutar de esta preciosa ciudad, ¿ok?

Le di un gran abrazo, cada vez sentía más por él. Y el que se hubiera sincerado así, contándome ese episodio tan amargo de su vida, me hacía admirarlo. Era muy valiente, sobre todo para mostrarme sus sentimientos, no todo el mundo conseguía hacerlo.

Pasamos todo el día recorriendo la ciudad, Florencia, para mi gusto, tenía mucho más encanto que Roma. Aunque esta última era una ciudad espectacular, Florencia era diferente. Tenía algo que te hacía sentir como en un sueño, algo difícil de explicar.

—Todo esto es como un sueño, Alessandro, así no voy a poder dormir — dije emocionada y un poco histérica, pegando saltos en el sofá cuando, por la noche, ya estábamos en el apartamento.

—¿No estás cansada? — rio.

—No, estoy más que eso, estoy agotada. Pero la ciudad es preciosa, yo me quiero quedar aquíiiiiiiii — puse cara de pena y seguí saltando sobre mis rodillas.

—Para, que me mareas — dijo riendo y me agarró para que me quedara quieta.

No sé qué hizo o qué hice yo, pero acabé casi encima de él, yo y mi falta de equilibrio, para no variar.

Me agarré a su cuello instintivamente y, cuando levanté la mirada, lo vi, mirándome fijamente.

—Perdón — dije avergonzada.

—¿Por qué? — puso sus manos alrededor de mi cintura, sin soltarme.

—Yo... — tragué saliva — ¿Te hice daño?

—No — sonrió.

—Oh...

—¿Quieres hacerme daño? No te veía en el roll de ama — dijo con cara seria.

—¿De ama? Oh, no... — negué con la cabeza cuando lo entendí.

—¿Sumisa entonces?

—Sí. Digo no. ¿Por qué estamos hablando de esto?

—¿No lo sabes?

—Pues verás, soy demasiado corta mentalmente a veces — me encogí de hombros, mi corazón iba a dos mil por hora.

—No lo eres tanto — sonrió.

Y me besó y fue espectacular.

Sus manos comenzaron a acariciar mi espalda hasta llegar a mi trasero, donde se detuvieron hasta que el beso se intensificó y lo agarró con fuerza.

En ese momento toda mi vergüenza desapareció, estaba deseando estar con él, por fin iba a hacer realidad todas las fantasías que había tenido desde que lo conocía.

Empezó a quitarme la ropa lentamente, cambiamos las posiciones y me contempló desnuda, tumbada en el sofá.

—Esto va a durar menos de lo que me gustaría — dijo con una sonrisa pícaro.

—Ya repetiremos — sonreí yo a su vez.

—Eso ni lo dudes.

Se quitó la ropa y lo contemplé a placer, él se quedó de pie y quieto unos instantes mientras mis ojos vagaban por su cuerpo. Cuando volví a mirarlo a los ojos, tenía una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—¿Todo bien? — preguntó.

—¿No tienes vergüenza?

—Ninguna. Y espero que tú tampoco la tengas conmigo.

—Ahora mismo estoy por salir corriendo — admití.

—Sí, el verbo correr me gusta — dijo con doble sentido.

Puse los ojos en blanco en plan teatrero, él rio y se tumbó encima de mí. Nos besamos y nos acariciamos, todo era muy dulce pero se notaba el deseo que existía entre los dos.

Cuando entró dentro de mí, eché la cabeza hacia atrás, y mi orgasmo llegó rápido, poco después el suyo.

Nos quedamos abrazados y dormidos un buen rato. Nos levantamos más tarde y, tras tomarnos un té caliente, nos fuimos a la cama.

Fue una noche larga e intensa en la que no pudimos dejar de tocarnos ni un

instante, acabamos completamente agotados.

## Capítulo 6

Desperté ese sábado entre sus brazos, me miró y me dio un beso en la coronilla.

—Buenos días, bella ragazza.

—Buenos días, Aless.

—Vamos, te voy a preparar un gran desayuno.

—Me parece una idea genial, me he levantado hambrienta.

—No me extraña. Yo también lo estoy — dijo con ironía.

—Estoy agotada, pero tengo que levantarme ya. No quiero perder ni un minuto de este día —comenté ilusionada.

Aless se había encargado de, el día anterior por la mañana, hacer toda una compra para desayunar los dos días, además de algunas cosas para picar cuando estuviésemos en el apartamento.

Preparó un café expreso para cada uno. Se había encargado de llevar su cafetera de Nespresso pues decía que la acompañaba en todos los viajes. Nunca se desprendía de ella, parecía el propio George Clooney que se jugaba la vida por un café Nespresso.

Mientras iba calentando las tostadas, yo estaba en la mesa sentada mirándolo, me parecía demasiado sexy y estaba babeando de ver cómo me preparaba el desayuno.

Un rato después nos metimos en la ducha. Lo hicimos con intención de volver a amarnos apasionadamente. Y así sucedió. De nuevo le salió la fogosidad y terminamos allí desatando nuestra pasión, nuestros instintos más primarios. Alessandro me tenía en constante tensión sexual, así que me volví a abandonar a él y disfruté de ese sensual momento.

—Necesito vestirme — estaba en la habitación con la toalla alrededor de mi cuerpo y con los brazos cruzados.

—¿Y? — dijo él eligiendo la ropa como Dios lo trajo al mundo.

—No sé, que me dejes — necesitaba intimidad en ese momento, no sabía por qué pero estaba avergonzada, cosa estúpida. A veces pensaba que era bipolar. No había otra explicación.

—No estás de coña, ¿no?

—No — respondí secamente.

—Amanda, acabo de follarte en la ducha, por no explicar todo lo que hemos hecho ya, ¿de qué demonios estás avergonzada?

—Es estúpido, pero no sé, me siento insegura — confesé.

—Venga, amore, no te pongas así, me doy la vuelta y no miro.

—Mirar tu culo no ayuda mucho — reí al final —, pero quédate así, bonita estampa.

Me vestí rápidamente y nos arreglamos para irnos. Alessandro me daba confianza, pero una parte de mí no se abría del todo, por miedo a sufrir, quizás. ¿Sería uno de los síntomas de ese síndrome de Florencia o síndrome Stendhal? No lo creo. Pero no estaba cómoda.

Bajamos a pasear por la ciudad. Tenía tantos atractivos turísticos que te hacía vagar sin rumbo fijo, sin necesidad de mapas. Llegamos hasta el Mercato Centrale, un edificio modernista, rodeado de un mercadillo permanente que está enfocado al turismo, ya que venden bolsos y otros objetos de piel de los cuales la Toscana presume.

Entramos luego a otro mercado que se veía perfectamente que estaba dirigido a la gente de Florencia, masificado de productos del campo de la Toscana además de algo de pescado. Me encantó pasear por su interior y ver

el movimiento que allí se sentía. Paramos en un puesto que vendía unos bocadillos de tripa y los probamos. Estaban deliciosos.

De allí nos fuimos a la Plaza de la Señoría a tomar una cerveza en una de sus muchas terrazas.

—No puedes comerte un helado a la vez que te tomas una cerveza — me dijo mirándome con cara de asco.

El negocio junto a la cervecería era una heladería y se me había antojado un helado con triple bola de limón.

—Existe la cerveza de limón — dije como si nada.

Sabía que el rebujo no sería muy bueno, pero mis antojos eran mis antojos.

—¿Y? — preguntó sin entender.

—Pues que el helado es de limón.

—Estás como una cabra.

—Gracias — sonreí y lamí mi helado.

—No vuelvas a hacer eso — dijo con voz ronca.

—¿El qué? — volví a lamer el helado, sabía muy bien cómo hacerme la tonta cuando quería.

—Como lo hagas otra vez, te meto en el baño.

—No serías capaz — dije con los ojos como platos.

Y lo hice, volví a lamer el helado.

Me agarró de la mano para levantarme de la silla, forcejeé tanto pensando adónde me llevaba que el helado se estampó contra su pecho.

—Oh, mierda — me reí a carcajadas, la gente me miraba y se reía conmigo.

—Amanda, te voy a matar.

—Lo sé, pero antes espera.

Saqué el móvil y le hice una foto. Se puso tan serio que yo cada vez me reía más. Lo vi sacar la cartera y dejar un billete en la mesa.

—Tienes diez segundos de ventaja — dijo muy serio.

—¿Para?

—Correr.

Y tanto que corrí, hasta que me alcanzó y me apretó contra él.

—Estás loca pero me encanta — dijo antes de besarme—. Venga, vamos a algún sitio a limpiarme y donde pueda tomarme esa cerveza.

Después de unas cervezas nos fuimos a pasear por el Ponte Vecchio de nuevo. Esta vez me paré en una joyería en la que había unos pendientes de oro, que me llamaron mucho la atención ya que tenían incrustados como cristales, así que entramos a preguntar.

—Son 180 euros — dijo el joyero mientras lo ponía delante de mí.

—¿Me los puedo probar?

—Claro, toma un espejo.

Aless me los vio puestos y luego miró al joyero

—Nos lo llevamos, cóbreme — dijo mientras sacaba la billetera.

—No, Aless, esto lo pago yo, por favor — dije con voz apurada mientras le daba los pendientes al joyero para que lo pusiese en la cajita.

—Cóbreme — dio su tarjeta ignorando a mi súplica

El joyero lo preparó todo con mucha delicadeza , nos entregó la bolsita con la caja que contenía los pendientes , Aless la cogió y salimos hacia afuera.

Me sentía como Julia Roberts en Pretty Woman. Todo lo que estaba viviendo era irreal. En cualquier momento me caería de la cama y despertaría de uno de los sueños más dulces de los que podía disfrutar cualquier persona.

—No debiste hacerlo...

—Cuando te los veas puestos, te acordarás siempre de mí — guiñó su ojo.

—En serio, era un antojo mío, debí de pagarlo yo.

—No seas pesada, Amanda — dijo mientras me apretaba entre sus brazos y me daba un beso en la mejilla

Me encantaba que fuese así de cariñoso y, en nuestros largos paseos, pese a su simpatía y al tono bromista de algunas frases, podía comprobar en sus ojos, leer en su interior, que no estaba feliz. Pensaría en Sofía, pensaría en su hermana a la que acompañó hasta aquí, como una hermosa forma de despedirse de ella. Y eso también me encantaba de él, que fuera capaz de emocionarse con el recuerdo de alguien que había significado tanto en su vida. Fue muy valiente al contarme eso. Roma era una ciudad en la que habíamos sido felices, pero Florencia nos estaba ayudando a conocernos de verdad.

Después de toda la tarde paseando nos fuimos al apartamento a cenar, pues habíamos comprado unas pizzas por el camino.

—¿Qué haces? — pregunté cuando dejó la caja de pizza en la cocina y me prohibió el paso.

—Vamos al dormitorio.

—¿Para qué? Aless, tengo hambre.

—Y yo — me agarró y tiró de mí.

—No, que tengo hambre de pizza.

—Sí, sobre todo en eso estaba pensando yo. Llevo todo el día queriendo follarte, Amanda. Después comeremos.

—Se te va la cabeza — reí —, después lo haces si quieres, pero déjame comer.

—Y comerás — rio y me guiñó un ojo.

—¿Dónde está tu ternura y tu caballerosidad? — pregunté con intención de hacerlo reír.

—No me provoques, Amanda. Te gusta mucho provocarme — se rió mientras me empujaba.

—Me sorprendes, Alessandro. Eres imprevisible.

—No mientas, Amanda. Sabes que, si hemos traído las pizzas, no es para comerlas mientras vemos los informativos — volvió a ser sarcástico con aquel comentario.

—Estás peor que yo. Eres un salido.

—Calla, si lo estás deseando. No me seas ahora monjil.

—Mon...qué, Alessandro.

—Monjil — repitió.

—Menudo vocabulario. Hacía años que no escuchaba esa palabra. ¿La aprendiste en Bilbao? — comenté yo riendo, mientras él me iba desnudando con prisa, como si fuese un depredador.

Cenamos en la cama y nos quedamos dormidos después de volver a hacer el amor.

Por la mañana nos fuimos directos a la calle a desayunar. Antes nos tomamos un expreso en el apartamento, pero queríamos hacer el buen desayuno en una terracita.

Pasamos todo el día de bares, tomando cervezas. Me lo pasaba muy bien a su lado, parecía que fuese un novio de toda la vida, pero Alessandro y yo solo éramos dos amigos, aunque yo sentía una pasión desmesurada hacia él. Nos sentíamos atraídos y disfrutábamos juntos, ya quisiera yo que fuese mi pareja, solo de pensar que algún día no podría estar con él me ponía muy triste. Vistamos finalmente la Galería de los Uffizi. No fue fácil conseguir entradas.

Cuando vi las obras de Miguel Ángel, Rafael y Leonardo da Vinci me entraron ganas de llorar. Estaba ante unas obras que hasta hace poco solamente podía ver por Internet o en mis libros de los años de carrera. Ahora estaba delante de mí. Sus colores, sus figuras, aquellas texturas llenas de color y de vida me hicieron llorar, y entonces Alessandro volvió a susurrarme: es el síndrome de Stendhal.

Por la tarde fuimos a la casa y nos quedamos allí hasta por la mañana que salíamos de vuelta hacia Roma.

Me quedé dormida rápidamente, estaba cansada. Pero Aless tenía otra idea en mente y de madrugada me despertó mientras su lengua jugaba con mi sexo.

El orgasmo fue instantáneo y yo me desperté de una sentada. Ahora no iba a dejarlo dormir a él, me tocaba devolvérsela.

Caímos rendido dos horas después. Si seguíamos a ese ritmo, nos iba a dar algo.

Desperté temprano y preparé el desayuno antes de que Aless se levantara, me daba lástima marcharme de allí, pues ese fin de semana tan bonito a su lado estaba tocando su fin. En un rato estaríamos de vuelta a la rutina, esa

rutina que diariamente era muy amenizada por él, pero que no me permitía estar todo el día como lo habíamos hecho en este precioso fin de semana.

La vuelta al coche era de forma muy cariñosa. No paraba de tocarme la mano mientras la otra la tenía en el volante.

Al llegar a mi casa, me acompañó hasta dentro para despedirse de mí.

—Te voy a echar mucho de menos — dijo mientras me abrazaba.

—Jo, parece una despedida.

—No, Amanda, pero echaré de menos estar las veinticuatro horas contigo.

—Yo también — dije mientras lo abrazaba fuertemente.

—Mañana te espero para comer en el restaurante.

—Vale.

Cerró la puerta y parecía que me habían abandonado como un perro. No sé por qué razón empecé a llorar como una niña pequeña. Ese momento había sido doloroso. Me había dado mucha pena separarme de él aunque fuese solo por unas horas.

Deshice la bolsa de viaje y comencé a prepararme para ir a trabajar. Tenía que montarme en el autobús en el que iría al aeropuerto a recoger a los turistas que había que trasladar hasta Civitavecchia para coger su crucero.

El tiempo pasó volando. Por la noche llegué a casa y me preparé una ensalada que había comprado en la tienda de abajo. Estaba agotada y necesitaba dormir. El fin de semana en Florencia y tantas emociones juntas me habían hundido en una clase de sopor y de cansancio del que tardaría varios días en recuperarme.

Justo antes de dormir recibí un mensaje de mi niño.

“Durante esta tarde te he echado mucho de menos. Mañana te veo preciosa, descansa.”

Me hizo soltar una sonrisa.

“Mañana estaré allí, no te librarás de mí tan fácilmente.”

## Capítulo 7

El martes trabajaba de tarde, así que aproveché para dormir un poco más. No tenía problemas en madrugar. De hecho mi madre siempre se encargaba de que lo hiciera, pero ese día tenía ganas de vagar un poco más en la cama, así que ni siquiera puse el despertador.

Dormiría todo lo que necesitara. Cuando dije antes que había sido una niña mimada en muchas ocasiones, me refería a este tipo de cosas. Me gustaba quedarme en vacaciones en la cama hasta muy tarde y mi madre no me reprendía.

Refunfuñé cuando el timbre de la casa sonó. Me daba la impresión de que era temprano y no tenía ni idea de quién podía ser, no conocía a gente allí salvo...

Me levanté de un salto, me miré en el espejo y me adecenté el pelo. Salí del dormitorio casi corriendo y me golpeé el dedo chico del pie contra la esquina del sofá. ¡Qué dolor!

—Me cago en mi p\*\*\* madre — gemí, me mordí el labio y aguanté para que los lagrimones no cayeran por mis ojos.

El timbre volvió a sonar y abrí la puerta.

—Vaya, no te recordaba con esa cara al despertarte — rio Alessandro al verme. A saber qué cara tendría —. ¿Estás bien? — preguntó después de darme un beso en los labios y entrar. Llevaba una caja de una pastelería en las manos.

—Me golpeé — gemí de nuevo.

—¿Cómo?

—El sofá, que está donde no debe, casi me da un infarto cerebral — fui a la cocina a preparar café.

—No te estoy entendiendo nada — puso los dulces en la mesa y me hizo mirarlo a los ojos.

—Pfff... Que iba a abrirte la puerta pero el sofá se puso en medio y mi pobre dedo del pie... — me quejé señalándolo.

—Eres una dramática — rio a carcajadas —. Solo es un pequeño golpe.

—Lo será para ti, macho man italiano, no para mí, creí morir del dolor.

—Oh, vamos, ¿qué dejarás para cuando paras?

—¿Perdón? — dije con los ojos abiertos como platos — No pienso parir nunca jamás. ¿Y por qué demonios estamos hablando de eso?

Él volvió a reír y me dio un beso en la cabeza. No me gustaban los niños. Odiaba a los niños. Pero yo creo que era tan solo una pose. Cuando tuviera alguno, mi opinión cambiaría seguramente. Mi madre me lo decía muchas veces. Te podrán gustar más o menos los niños, pero, cuando tienes a los tuyos, solamente tienes ojos para ellos.

—Perdón por venir sin avisar — dijo mientras desayunábamos.

—No, puedes venir cuando quieras. Y lo sabes. De hecho, me encanta que lo hagas.

No quería decirle que el golpe que me había dado era porque estaba encantada, excitada, de que llamara a mi puerta. Era así de estúpida y nadie podrá negar que el amor es estúpido demasiadas veces. Y, en esta ocasión, con Alessandro, no era ninguna excepción.

—Te echaba de menos — dijo mirándome intensamente a los ojos.

—Y yo a ti...

Nos miramos unos segundos a los ojos en silencio, aquellas palabras habían sonado a mucho pero yo sabía que no significaban nada. Nos llevábamos bien y habíamos tenido un sexo increíble, pero nada serio, al menos que hubiéramos hablado. Además, me daba la impresión de que Alessandro era un alma libre en ese sentido, no que fuera un picaflor, pero sí que no era de los que se comprometían.

Y joder, iba a darme de tortazos a mí misma. Éramos amigos con derechos, ¿por qué estaba pensando en algo más serio?

—¿En qué piensas? — me preguntó y me sacó de mi ensoñación.

—En nada.

—Amanda, empiezo a conocerte, le das demasiadas vueltas a esa cabecita, solo disfruta del momento.

—No, pensaba en mi familia — mentí.

—Los echas de menos, ¿verdad?

—Sí, claro, aunque aquí estoy bien, todo es aún extraño.

—Bueno, tienes un año por delante todavía. Ya veremos qué piensas después.

—¿A qué te refieres?

—A nada, quizás te guste esto para quedarte a vivir o sales corriendo, eso no se sabe.

Se levantó de la silla y me tendió la mano.

—¿Vamos a salir corriendo? — pregunté muerta de risa, me levanté y le di la mano.

—Espero que te corras, sí — se rio.

—¡Alessandro! — le reñí pero me estaba muriendo de la risa, no se podía ser más bruto.

—¿Para qué crees que he venido? — me llevó de camino hacia mi dormitorio.

—Pensé que eras tan buena gente que me invitabas a unos deliciosos dulces para desayunar.

—Oh, eso... Ya, eran la excusa.

—¿Para qué? — pregunté siguiéndole el juego.

—Habrás visto que no he comido ninguno.

—Cierto — me hizo sentarme en la cama y tumbarme de espaldas segundos después.

—No suelo desayunar sin haber tenido sexo — se tumbó encima de mí.

—No sé si me gusta lo que acabo de escuchar.

—Por eso no suelo desayunar nunca — me dio un beso en el cuello.

—Eso mejora algo... — gemí cuando agarró mi pecho con la mano.

—¿Siempre tienes algo que decir? — dijo entre risas.

—Soy una cotorra, sí. Si hicieras bien tu trabajo, no estaría hablando ahora mismo.

Y ya no pude volver a decir nada más, hizo su trabajo perfectamente.

Pasamos la mañana en la cama, tomamos una ducha y fuimos a su restaurante a comer. Nos despedimos cuando me tuve que ir al trabajo sin

quedar para vernos al día siguiente. Llegué a casa tan agotada esa noche que ni tiempo para pensar tuve.

El jueves trabajé por la mañana, almorcé en el restaurante sola porque Alessandro había salido a arreglar algunos asuntos referidos con el negocio y no se encontraba allí. Pasé el día en casa haciendo llamadas telefónicas a la familia y amigos. No pude evitarlo y llamé a mi querida Carolina, la vieja amiga del instituto que solamente sabía presumir de los novios que ha tenido.

—No me lo puedo creer, Amanda. ¿Un italiano?

—Sí, se llama Alessandro y estoy encantada.

—¿Me llamas después de estos meses para restregármelo por la cara? —preguntó con un tono de enfado que iba en aumento.

—Claro, hace mucho tiempo que no hablábamos. ¿Para qué te iba a llamar? —le respondí con descaro, esperando que me colgara en ese instante.

—Tía, eres una cabrona. Me encantas. Siempre me has encantado y sabía que ibas a llegar muy lejos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mosqueada.

—Tía, estás trabajando en Roma y sales con un italiano. ¿Qué más quieres? ¿Es verdad lo que dicen de los italianos? Que follan muy bien —dijo Carolina con sorna.

Colgué sin despedirme. Carolina era una imbécil, aunque la auténtica imbécil era yo por haberla llamado, por haberle querido vacilar a ella. Y resulta que me había vacilado ella a mí. Tomé aire. Me relajé y llamé a mi madre como era costumbre para mí cada mañana.

La última vez que la llamé casi rompo el móvil, me tenía de los nervios. No paraba de repetirme que a ver si el año pasaba pronto, que necesitaba que volviera, que me echaba de menos.

Lo peor era que me entristecía escucharla porque yo también los

extrañaba, pero también era cierto que me encontraba muy a gusto en Italia y esa experiencia me estaba viniendo muy bien.

—Mamá, ¿cómo vas? ¿Estás más calmada que ayer?

—Sí, hija, sí. Un poco más calmada. Quiero que me entiendas, Amanda.

—No. No puedo entenderte. Eres muy egoísta. No es fácil para mí estar aquí, aunque no lo creas —dijo con voz enérgica.

—Lo sé. Tu padre no para de regañarme. Dice que me va a llevar al psicólogo como siga así —dijo ella con voz temblorosa.

—Mamá, cambiemos de tema, por favor.

—Está bien, hija.

—Tengo que contarte una cosa muy importante.

—Dime, hija.

—Pero no quiero que te lo tomes a mal, que te conozco.

—¿Te han despedido del trabajo?

—Mamá, por favor. No es eso. En el trabajo estoy genial y el jefe y mis compañeros están muy contentos conmigo.

—Entonces, ¿qué ha sucedido? —preguntó con ansiedad.

—He conocido a un chico y es un buen chico.

—¿Es italiano?

—Claro, mamá. Es italiano. Se llama Alessandro y tiene un restaurante. Es

un cocinero extraordinario.

—No me lo puedo creer. ¿Has tenido que irte a Italia a echarte novio? No me gusta lo que me cuentas, Amanda.

—Por favor, no es nada serio, pero estoy feliz con él. Y quería contártelo.

Pensaba que iba a ponerse histérica, pero no le desagradó la noticia. No estaba entusiasmada con la idea, pero se alegraba por mí, porque sabía que yo ya no estaba sola en Roma y que estaba echando raíces en una ciudad que parecía tan hostil cuando decidí marcharme de España.

Alessandro apareció a la hora de la cena con comida que traía recién hecha del restaurante. Hablamos largo y tendido mientras comíamos. Destapamos un Cianti.

—Me encanta este vino —dije yo haciéndome la experta.

—Es un buen vino. Una de las mejores cosas que tiene Italia después de ti —volvía a agasajarme con intención de hacerme reír.

—Eres ya previsible, Aless.

—No jodas. Pensaba que era cada vez más ingenioso.

—Pues no. No lo eres. Ya te veo venir —dije haciéndole muecas con mi boca.

—Siento que a veces, Amanda, no estás cómoda conmigo.

—No digas tonterías —dije yo cambiando el tono de mi voz, pues me sorprendió aquella frase.

—Tengo esa impresión desde que estuvimos en Florencia, Amanda.

—Tengo miedo, Aless, eso es lo que pasa. Tengo miedo de que esto se acabe, de que te vayas un día y ya no aparezcas. Tengo miedo de que no

quieras comprometerte conmigo.

—Ha pasado todo muy rápido también para mí, Amanda. No te lo vas a creer. Después de la muerte de mi hermana Sofía, no he querido salir con nadie. Estaba muy unido a ella y su muerte me ha hecho un hombre más vulnerable y distante. Ha sido contigo con quien he despertado de mi tristeza — dijo con emoción.

—¿Cuánto hace de la muerte de Sofía? — pregunté conteniendo las lágrimas.

—Hace más de un año. Y fue duro para todos. Me refugié en mi trabajo y has sido tú la que ha hecho que la alegría y la ilusión volviesen a mí y a mi vida —dijo con serenidad.

Cenamos e hicimos el amor varias veces y me quedé pensativa en la cama cuando se marchó. Lo mismo de siempre, me encantaba y sentía algo muy fuerte por él pero no sabía qué había entre nosotros. Y aunque no quería comerme la cabeza, no podía evitarlo.

Mientras se vestía, continuamos hablando.

—Siento haberte hecho daño, Amanda.

—No me tomes en serio. A veces exagero mucho las cosas y se me nota en la cara.

—No quiero que te lleves una mala impresión de mí, yo también tengo miedo a comprometerme.

—¿Por qué?

—Porque no quiero perderte. Me da miedo que una relación seria lo mande todo a la mierda. No sé si me explico —dijo con gravedad en el tono.

—No tiene por qué ser así, Aless.

—Estamos bien así y no quiero atarme a ti, y llevarme una desilusión si algún día decides dejarme. Sería un golpe duro, muy duro. Y, por otro lado, temo defraudarte si convives conmigo, Amanda.

—No podemos predecir el futuro.

—Por esa razón, prefiero dejar las cosas como están. No te lo tomes a mal, por favor.

Luego vino el portazo seco y rotundo, como si fuese una despedida.

## Capítulo 8

Salí de trabajar feliz porque él se venía a pasar el fin de semana conmigo a mi casa. Me monté en mi Vespa. Iba feliz, como siempre, de camino a ese pequeño y coqueto apartamento que había pensado re decorar en unos días. De repente, me di cuenta que estaba volando por encima de un coche que se había atravesado. El vehículo se había saltado un STOP.

Caí y mi cuerpo dio en el suelo. Supe enseguida que había sido un golpe fuerte. Apenas veía nada, solo escuchaba chillar a mucha gente a mi alrededor.

Cuando abrí los ojos unos focos me cegaban. Escuché las voces de los médicos y pude observar unas batas blancas que se movían a mi alrededor. Estaba confusa, muy confusa y tenía un fuerte dolor en las sienes.

Comenzaron a hablar conmigo y, cuando comprobaron que estaba mejor, abrieron la puerta y pasó Alessandro. Al verlo comencé a llorar mientras él se acercaba a mí para abrazarme.

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? — pregunté sollozando.

—Comprobaron tu móvil y vieron que era el número que más utilizabas, así que me llamaron.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí ?

—Unas tres horas, pero no te preocupes por nada que yo te cuidaré. Ahora debes descansar. No te apures. No voy a separarme de tu lado. ¿Me oyes? ¿Me entiendes? — sus palabras me dolían, porque pude comprobar el horror en la cara de Alessandro.

—Quiero irme al apartamento. Quiero salir de aquí — decía con un débil hilo de voz.

—Pues parece que va a ser imposible. Creo que te quedas todo el fin de semana aquí metida y, por supuesto, vas a tener que aguantarme porque no me pienso moverme de tu lado hasta que te den el alta — dijo con voz amable, aunque su rostro seguía desencajado.

—Me duele todo el cuerpo, Alessandro.

—Tranquila, no tienes ninguna rotura. Solo un fuerte golpe en la cabeza. Por esa razón, tienes que permanecer en observación durante unos días. Con el gotero y los antiinflamatorios que te van a meter, estarás nueva en breve — dijo intentando tranquilizarme.

—Por favor, Alessandro, no llames a mis padres. Si mi madre se entera, le da un infarto —comenté con preocupación.

En ese momento, sonó el teléfono y era mi madre. Lo cogí como si nada pasase, pero rápidamente me dijo que tenía la voz floja, que algo me pasaba y le conté que estaba con un poco de fiebre y constipada, que ya había ido al médico y me había recetado medicamentos. Seguí mintiéndole y añadí que el médico me había aconsejado que pasase el fin de semana relajada porque así me recuperaría enseguida. No se quedó muy convencida. Intenté fingir lo mejor que pude y tranquilizarla en la medida de lo posible.

—¿Seguro que no te sucede nada, hija?

—Mamá, no seas exagerada. No. No me pasa nada —me dolía mentirle,

pero era lo mejor en aquel momento.

—¿Quieres que papá y mamá cojamos un avión y vayamos a verte? — preguntó con toda la intención de llevar esa idea a cabo.

—Mamá, no voy a llamarte más, como sigas así.

—Tenemos dinero ahorrado así que, ahora mismo, no es un problema — dijo con voz de víctima.

—Guarda ese dinero. Que no me entere yo que te lo gastas ahora en venir a verme. Dentro de unas semanas estaré de vacaciones y volveré a España — intentaba razonar con ella.

Los mareos y los vértigos iban y venían, y yo cada vez me sentía peor. Mi madre no paraba de darme la vara y yo me estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Me estás ocultando algo, verdad? Te conozco desde hace mucho tiempo. No me mientas. No mientas a tu madre, Amanda.

—Mamá, no tengo once años, así que haz el favor de tranquilizarte.

—Está bien, pero que sepas que no me quedo tranquila.

—Como siempre. Eso no es extraño en ti —dije yo mientras no dejaba de respirar hondo. Parece que estaba de parto.

—Te quiero, hija.

—Y yo, mamá.

—No tardes en llamar, por favor.

—Si llamo todos los días.

—Sí, pero hoy no me has llamado a la hora de siempre y me he preocupado —dijo ella astutamente.

Las madres tienen un sexto sentido y la mía sabía que algo grave me había pasado. Menos mal que todo había quedado en un susto.

Alessandro bajó un momento ya que no había traído ropa ni algunos enseres que eran necesarios para que pasara los días que hicieran falta a mi lado. Aquel chico tenía el cielo ganado y todo lo que estaba haciendo por mí era propio de una gran persona que era lo que me había demostrado desde el día que lo conocí.

Cuando subió lo primero que me preguntó fue el teléfono del trabajo y se encargó de llamar para avisar de que estaba en el hospital y que iba a tener un tiempo de baja. Ya le mandaríamos el lunes el parte, le dijeron que no me preocupase por nada, que me recuperase en el tiempo que fuese necesario. Era tranquilizador escuchar eso.

Empecé a reír como loca al descubrir que Luca había comprado también ropa interior para mí. Estaba claro que por encargo de Alessandro. Lo mejor es que el tío no había escatimado en dinero: dos wonderbras y unos tangas de lencería exquisita para ponérmelos debajo de una bata blanca.

Menudo desperdicio. Ya me encargaría yo más adelante de lucir estas prendas con algunos vestidos a los que había echado el ojo en una tienda cerca del restaurante de Alessandro. Al margen de aquella anécdota de la que nos estuvimos riendo varios minutos, me percaté de que Aless estaba tremendamente asustado.

—No me pasa nada, cariño.

—Lo sé, pero he sentido por un momento que te perdía.

—Ha sido un golpe jodido. Me duele todo el cuerpo —dije yo sin darle demasiada importancia.

—El conductor se saltó un STOP. Iba borracho —dijo Alessandro con resentimiento.

—¿Lo han detenido?

—Sí. Lo han detenido enseguida. Estas cosas suelen pasar en Roma. Demasiado tráfico, demasiada gente y demasiados irresponsables, Amanda.

—No quiero verte así. Ya está todo arreglado.

—No es eso — dijo Alessandro con la cara enterrada en sus manos.

—¿Qué pasa, cariño? — pregunté con dulzura.

—Pensaba que te perdía. Como perdí a Sofía.

—No quiero verte así —empecé a llorar.

—He sentido que la historia volvía a repetirse.

—Pero no ha sido así, Aless. Los médicos me han dicho que pronto me darán el alta — sollocé mientras hablaba.

—Perdona si me ves así, Amanda. No he podido evitarlo. Debería ser yo quien te animara a ti y ahora, sin embargo, eres tú quien me anima a mí. El mundo al revés — comentó con tristeza.

—Te comprendo perfectamente, pero ya ha pasado todo. Por cierto, ¿Y mi Vespa?

—Destrozada, Amanda.

—No me lo puedo creer. Era un regalo de mi padre —dije apenada, pero volviendo a sonreír.

—Eso lo solucionaremos rápidamente.

—Sí, por favor. Quiero volver a ser Audrey Hepburn en Vacaciones en Roma. Pero, ¿encontraremos una de color rosa?

—Claro que la encontraremos y te prometo que volveremos también a Florencia — dijo emocionado, como si su corazón rebosara de entusiasmo y de alegría de repente.

El fin de semana estuvo todo el tiempo colmándome de atenciones y de mimos. No me dejaba hacer nada. Solo le faltaba mear por mí. Estaba demasiado pesado, pero me gustaba que se comportara así.

Era una forma de comprometerse conmigo, algo que temía profundamente. El hecho de que me hubiese visto en el hospital le hizo reflexionar sobre nuestro futuro juntos, aunque él no se atreviera a decirme nada todavía.

—Alessandro, puedo hacer las cosas por mí misma.

—De eso nada, Amanda. Estoy aquí para cuidarte.

—No quiero que dejes el restaurante solo. Me preocupa tu negocio, ¿me has escuchado?

—Sí, te he escuchado. Pero te quiero demasiado, Amanda.

—Bueno, ¿ahora te sale el poeta que llevas dentro? Me recuerdas a Marcello Mastroianni en La dolce vita.

—Eres una cabrona, ¿lo sabes, verdad?

—¿Te puedo hacer una pregunta, Aless?

—Sí, claro. Dispara.

—¿Qué opinaría tu hermana de mí? — pregunté con timidez.

—No opinaría. No te dejaría ni a sol ni a sombra. Estaríais todo el día juntas y los fines de semana nos iríamos a Florencia — dijo emocionado.

—Parece un cuento de hadas, Aless.

—Lo es. ¿Acaso no has estado viviendo un cuento de hadas?

Mi madre no paraba de llamar y decir que si necesitaba que viniese a Italia lo hacía corriendo. Le volví a decir que no se preocupase, que en breve iría algún fin de semana o por vacaciones. Yo miraba a Alessandro mientras se lo decía y le señalaba con el dedo indicándole que él se vendría conmigo.

El lunes por la mañana llegó el doctor y la enfermera y me dieron el alta con un parte de baja de diez días hasta que me volvisen a ver. Salimos de allí corriendo hacia una cafetería a pegarnos un gran desayuno.

—Gracias por todo, Alessandro — dije mientras movía el café.

—De eso nada, aún me tienes que aguantar diez días porque no pienso separarme de tu lado hasta que no te den el alta. Quiero asegurarme de que no te da ningún mareo ni nada por el estilo y que además te pille encima sola. Ni hablar. Te toca aguantarme. Podemos pasar estos días en tu casa o en la mía, o fifty fifty — dijo convencido mientras untaba la mantequilla en el pan.

Se me caía la baba con solo escucharlo.

—Mejor en la mía, así estoy en mi terreno — dije muerta de risa ante su mirada seductora.

Una vez que desayunamos, nos fuimos a su casa a recoger ropa y objetos personales para esos días. Luego pasamos por un supermercado y llenamos un carro para no tener que movernos de casa.

Se encargó todos los días de todo, absolutamente todo, desayuno, comida cena. Limpió la casa. No se le daba mal. Sabía muy bien lo que hacía. Más de una vez le había tocado hacer una limpieza profunda del restaurante.

No me dejaba hacer nada, incluso me enfadaba con él porque parecía que estaba muriéndome y yo cada día me sentía mejor. Y Roma era la responsable de mi recuperación. No solo el bueno de Alessandro.

## Capítulo 9

Esa mañana me dieron el alta, Alessandro volvió a su rutina y yo a mi trabajo para entregar el fin de la baja, me recibió una compañera y me pasó al despacho del director el cual me comunico que habían roto mi contrato ya que estaba en periodo de prueba y la empresa necesito contratar otros servicios urgente pues era por muchos días, en ese momento se me cayó el techo encima y salí de la oficina casi sin hablar, al llegar a la calle comencé a llorar como una niña chica y pidiendo taxi y me fui al restaurante de Alessandro.

—¿Qué pasó, bella? — dijo mientras me abrazaba al verme llorar.

—Me han despedido — dije entre sollozos.

—Oh no, pero no llores, preciosa.

—Todo el esfuerzo e ilusión por venir aquí se han esfumado.

—No digas eso bonita, seguro que en pocos días ya estás trabajando en otro sitio.

—Lo tengo difícil, me falta el idioma, solo podría trabajar de receptivo turístico, me veo en pocos días volviendo a España.

—No digas eso pequeña, vámonos por ahí a que nos dé el aire.

Salimos del restaurante y nos fuimos andando para la zona del coliseo, él no dejaba de abrazarme en ningún momento y de intentar decirme cosas que me consolasen, pero solo el pensar lo a gusto que estaba en aquella ciudad con mi trabajo, con Aless y que todo pudiese irse a la mierda, me partía el corazón.

Pasamos toda la tarde juntos y no hablamos nada del tema ya que se lo pedí por favor, luego por la noche me dejó en mi casa con un gran abrazo y

quedé en ir a verlo por la mañana, además tenía que pasar por el taller a recoger la moto que ya estaba arreglada por parte del seguro contrario.

Me pase hasta las tantas llorando ya que no le veía solución en estos momentos a mi vida y sabía que iba a tener que volver a España ya que no podía estar allí gastando todo el dinero que había ahorrado durante bastante tiempo y que también me habían dado mis padres.

Después de estar hasta las tantas meditando llegué a la conclusión de que tenía que volver, no podía quedarme ahí a costa de todo, así que mientras desayunaba llamé a mi madre y le conté lo que había sucedido y me dijo que me fuese lo antes posible, pero le dije que aprovecharía al mes de la casa ya que estaba apagada, además que tenía que vender la Vespa y dejarla allí.

Estaba con el corazón roto no podía creer lo que me estaba sucediendo, fui al taller a recoger la vespa, luego pasé por el trabajo a que me diesen la liquidación, estuve seria y seca y salí de allí rápidamente.

Me fui a la Fontana de Trevi, me tomé un café frente a ella mirándola, era preciosa, toda una obra de arte, justo enfrente en un lado había una capilla donde las rejas estaba toda llena de candados que eran de las parejas o personas que ponía uno y pedían un deseo, así que fui a comprarlo y lo puse mientras que con lágrimas en los ojos pedía que no se fuese de mi camino Alessandro.

De allí me fui a buscarlo al restaurante, íbamos a comer en mi casa, cuando lo recogí ya salía con unas bolsas y unos tupper de comida preparada.

Nos pasamos la tarde abrazados en el sofá, casi todo el tiempo estuvimos en silencio, parecía que nos arrancaban la vida, la cruel realidad se había encargado de hacer para que nos separásemos.

—No quiero que te vayas — dijo mientras me tocaba el cabello.

—No me queda otra...

—Intenta buscar trabajo, haz un esfuerzo.

—Me recorrería todo Roma a pie buscándolo si supiese que lo iba a encontrar, pero los dos sabemos que eso es imposible.

—Nada es imposible en el mundo.

—Lo sé pero miré en internet por si veía algo y estaba cosa bastante jodida.

—Encontraremos una solución — dijo mientras me abrazaba fuertemente y besaba mi mejilla.

Por la noche cuando se fue me quede muy pensativa, no paraba de darle vueltas al asunto de encontrar un trabajo pero si no era de turismo para recibir a españoles ¿ qué otra cosa podía ser ?

Por la mañana desayuné y luego me fui con la Vespa a varias oficinas de turismo y agencias que había por la ciudad y entregué currículums en todas ellas con la esperanza de que alguna me llamase antes de final de mes.

Así me tiré los siguientes días, desesperada porque el teléfono sonase pero nunca lo hizo y mis padres me compraron un billete de avión para dentro de dos días.

Esa misma mañana fui a entregar la moto ya que tenía un comprador y me lo ha pagado bastante bien, pero ya poco dinero con respecto a lo que yo había pagado por ella.

Alessandro me recogió en la Plaza España, yo estaba mirando las redes sociales en el móvil sentada en tan emblemáticas escaleras, de repente reconocí su silbido y al levantar la cabeza me lo encontré viniendo hacia mí con un gran ramo de flores, que me entregó nada más verme.

En el ramo había un sobre que me apresuré a leer con lagrimas en los ojos.

“Quiero hacer mi vida junto a ti, cuidarte, formar una familia. Quiero que te vengas a vivir conmigo, quiero tenerte para siempre.”

Lo mire a los ojos y le di un gran abrazo.

—Quiero que me digas que aceptas Amanda dijo agarrándome la cara con sus dos manos y mirándome fijamente.

—Pero no quiero ser un estorbo en tu vida

—Si lo fueras no intentaría frenarte, quédate conmigo, te necesito.

—No me sentiré bien si estoy de mantenida en tu casa

—Amanda pues me ayudas con el restaurante y te ganas un sueldo

—¡Eso es trampa!

—Eso es que te quiero y sé que conmigo no te faltará de nada

—A mis padres los mato de un disgusto si le cuento que me voy a vivir con un italiano y no vuelvo a España

—Déjame acompañarte dentro de dos días y hablamos con ellos, luego volvemos, pero no me dejes Amanda, no lo hagas — dijo apretándome fuerte contra él.

—Esto es una locura Aless, pero la quiero vivir contigo.

—No te arrepentirás

—Lo sé, estoy completamente segura

—Pues sigue a tu corazón, ese es el que manda en la felicidad de nuestras vidas

—Ya lo estoy siguiendo.

Dos días después estábamos de camino a España para hablar con mis padres y explicarle toda la situación, se sorprendieron al verme aparecer con él, ya había avisado que iba con alguien, le contamos nuestra pequeña pero intensa historia, veía la cara desencajada de mi padre pero aceptaron los dos con la esperanza de que nos fuera tan bien cómo les había ido a ellos.

Estuvimos unos días allí, mis padres cada vez tenían más feeling con él,

Alessandro quedó encantado con Málaga, decía que de más mayor tenía que comprarse una casita aquí para vivir unos meses del año.

Volvimos a Roma con toda la ilusión del mundo y el prometiendo a mis padres que me cuidaría cómo lo harían ellos, aunque prometieron venir a Italia pronto.

Quise devolverle a mi padre el dinero de la Vespa que había vendido pero no me lo permitió, me dijo que me lo quedase para lo que me hiciese falta.

En el avión Alessandro iba muy contento.

—Eres mi mujer, estoy completamente feliz — dijo acariciando mi mano.

—Tampoco te pases que no nos hemos casado.

—Dónde manda el corazón, no manda una firma en un papel.

—Tienes razón cariño, estoy encantada de ser tu mujer.

—Además, he visto en los días que he pasado contigo que Roma es una ciudad que te hace sentir cómoda.

—No me disgusta, pero lo que la hace especial eres tú.

—No te imaginas la ilusión que me hace compartir mi vida contigo.

—Lo mismo que a mí Alessandro, lo mismo.

Aterricé por segunda vez en la ciudad de Roma, pero esta vez con muchísima más ilusión que la anterior y mira que la primera vez que vine fue de forma muy animada.

A llegar a su casa Alessandro descorchó una botella de vino, puso música de fondo mientras servía las copas de manera muy seductora.

Se vino hacia mí como una copa en la mano y con la otra me agarró por la cintura y me pego junto a él, comenzó a moverme al ritmo de la música y a cantarme por Eros Ramazzotti en italiano muy flojito en el oído.

Al rato caímos rendido en la cama abrazados como si se nos fuese a

acabar el mundo, me quedé rápidamente dormida entre sus brazos, estaba agotada del viaje y de todo lo que había trascendido mi vida en los últimos días.

Por la mañana me desperté y no estaba en la cama, fui a la cocina y estaba preparando el desayuno.

—Buenos días, bella ragazza — dijo mientras se venía hacia mí para darme un abrazo.

—Buenos días, cariño, qué bien huele a Café.

—Ahora mismo te preparo uno, siéntate.

—Gracias.

—¿Qué tal has dormido tú primera noche en tu nueva casa?

—Genial, como una reina.

—Así me gusta que te sientas.

—Por cierto, Aless, he pensado en mandar currículum a los hoteles.

—Olvida ya eso, cariño, me vas a ayudar a mí con el restaurante.

Me entró un ataque de risa, estaba completamente segura de que él no sabía delegar, a que yo le decía que para hacerme sentir bien, me iba a tener en el restaurante haciendo dos tonterías un rato y listo.

—Tú tómatelo a risa que como coja el restaurante yo por banda, al final lo voy a regentar mejor que tú.

—No te comas la cabeza, reina, empieza a disfrutar y acoplarte a esta nueva vida, poco a poco seguro que puedes ir haciendo cosas en el restaurante, pero no te agobies ahora mismo por eso.

—Medio mantenido, lo que siempre he criticado — dije poniendo ojos en blanco,

—Te puedes permitir el no trabajar, ya sabes que conmigo no te va a faltar de nada, eres muy cabezota.

—Solo quiero ser útil,

—Lo eres más de lo que piensas Amanda que no se te olvide, solo te digo que ahora puedes relajarte una temporada y acostumbrarte a esta nueva vida.

—Lo intentaré.

Fuimos a comer al restaurante, además, él quería revisar algunas cosas, Luca nos felicito por nuestra nueva vida en común, se le notaba que lo decía de corazón, al igual que era evidente que quería mucho a Alessandro.

La tarde la pasamos en un supermercado haciendo una buena compra para la casa, él era como yo, le gustaba tener la despensa bien cargada, nos reímos mucho por aquellos pasillos del supermercado ya que me ponía nerviosa de los rápido que iba comprando y metiendo de todo en el carro.

Los primeros días me adapté bastante bien a la casa y fui colocando mis cosas y cogiendo ritmo de limpiarla, aunque la verdad que Alessandro hacía mucho e intentaba colaborar al máximo posible, tenía un fácil manejo en el hogar.

## Capítulo 10

Un año después...

—¿Otra vez, Amanda? Alessandro se va a enfadar — la voz de Luca sonó detrás de mí, pegué un bote y se me cayó la carpeta.

Todos los papeles en el suelo y yo sin poder agacharme.

—Lo siento — dije cuando el pobre hombre se agachó a recogerlos.

—No importa. Me preocupa más que te vea aquí.

—Me ve aquí todos los días, no entiendo dónde está el problema — me encogí de hombros.

—¿Quieres que te recuerde que no quiere que hagas nada?

—Sí, claro, como si hiciera falta — Luca se levantó y me dio los papeles, comencé a ordenarlos —. Si es por él, me quedo siempre en casa sin hacer nada. Solo comiendo y comiendo — resoplé.

—En tu estado es normal — rio él.

—¿Comer?

—No, que te cuide.

—Una cosa es que me cuide, otra que me trate como una inválida. Estoy embarazada, no enferma.

—Estás embarazada de su hija.

—¿Y? ¿Eso le da derecho a pensar que tengo que andar en una burbujita de cristal? Demasiado que no trabajo y estoy en casa, que no se queje o...

—¿O qué?

Me giré y le sonreí a Alessandro.

—Hola, amor — dije de repente de buen humor, como si antes no hubiera estado despotricando sobre él.

—Hola, amor... Ya — se acercó y me dio un largo beso en los labios, hasta que Luca carraspeó y nos dijo adiós —. ¿Qué haces aquí?

—Tengo los papeles listos, vine a traerlos.

—No tienes que preocuparte por eso, en realidad no tienes que preocuparte por nada. Si lo llego a saber, no te dejo ayudarme con el papeleo.

—Oh, claro, porque estoy embarazada y tengo que estar en cama — dije irónica.

—Lo siento, Amanda, sé que estoy obsesivo, pero aún recuerdo lo mal que lo pasé cuando tuviste ese accidente — dijo con voz triste —. Casi te pierdo y pensar que puedo perderos... a la niña o a ti...

—Eh, cariño, mírame — cogí su cara entre las manos — No tienes que pensar así, eso pasó y hay que olvidarlo. Fue duro, sí, lo sé, para todos, pero tenemos que dejarlo atrás. La bebé y yo estamos perfectas.

—Lo siento.

—No, no hay nada que sentir.

—Te amo demasiado, Amanda, no puedo perderte.

—No lo harás.

Me acerqué a él y lo besé. Sabía cuáles eran sus miedos pero también que tenía que superarlos. Creía que hasta que la niña no estuviera en nuestros brazos, él no iba a respirar tranquilo.

—¿Has desayunado? — preguntó cuando terminó el beso.

—Un zumo de naranja.

—Señor, dame paciencia.

—Bueno, no te enfades, esperaba desayunar contigo.

—Sí, a las doce de la mañana. Anda, vamos antes de que me den ganas de azotarte.

—Bueno, si es en el sexo, todo se puede negociar — bromeé.

—¿Sí? Te recordaré esas palabras — dijo riendo.

Mi vida con Alessandro era “casi perfecta”, como la de toda pareja enamorada podía ser. Con nuestros problemas típicos pero éramos felices.

Nuestra convivencia juntos era sencilla y la complicidad que teníamos era una gran aliada en nuestra relación.

Desde mi vuelta a Roma, no nos habíamos separado. Y desde que supo que estaba embarazada, apenas me dejaba tiempo a solas y a mí no me importaba, al revés, me encantaba estar con él todo el día.

Aunque a veces se pusiera en modo hombre de cromagnon.

El día que supo que el bebé sería niña, ya fue el colmo. Lloró a lágrima viva conmigo y, desde entonces, no me dejaba hacer nada.

Ambos estábamos deseando que nuestra pequeña naciera para llenar de alegría, más aún, nuestras vidas.

La íbamos a llamar Sofía, como la hermana de Aless. El día que le dije que así sería, se emocionó, diciéndome que no había podido hacerle mejor regalo y yo entendí lo que me decía.

Mis padres también se habían vuelto locos con la noticia, iban a tener una nieta.

En pocas semanas llegarían a la ciudad para pasar el último tiempo de mi embarazo junto a mí y yo estaba deseando que llegaran.

Estaba tumbada en la cama, mirando por la ventana las luces encendidas de la calle, Alessandro dormía y el silencio era absoluto. Pensaba cómo había cambiado mi vida desde ese momento en el avión cuando, un chico con un sombrero, apareció en mi vida. Quizás antes, cuando decidí aceptar ese viaje ese cambio de vida.

Sonreí pensando que, después de todo, hice bien en correr riesgos. La vida a veces te da oportunidades y está en ti cogerlas o no. Recordé la cita de William Shakespeare, mi escritor favorito, cuando dijo: El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.

Sí, tenía razón, yo arriesgué y acabé ganando. Quizás la vida se trataba de

eso, de correr riesgos. Porque, si quieres ser feliz, siempre hay que arriesgar.

Quédate conmigo

## CAPÍTULO 1



Ay, Señor, otra vez no...

Era la frase de siempre, lo primero que decía cuando llegaba a mi lugar de trabajo.

Todos los lunes me despertaba diciéndome: “Victoria, una sonrisa, comienza una nueva semana y esta vez no habrá problemas”.

Y lo hacía, de verdad. Me despertaba temprano, tomaba una ducha y salía de mi habitación preparada. Con mi habitual ropa de trabajo, leggins negros, camisa negra, tacones negros...

Sí, trabajar horas de pie, en una pastelería de lujo, no impedían que yo llevase a cabo mi lema “Antes muerta que sencilla”.

A lo que iba, que me pierdo....

Me recogía mi larguísima melena rizada y morena en un moño y me maquillaba sutilmente, lo suficiente para resaltar mis ojos grises. No me gustaba mucho el maquillaje y tampoco es que lo necesitara, había heredado un buen cutis.

Cuando entraba en la cocina, mi padre, quien aún no había entendido que yo ya estaba cerca de rozar la treintena, me tenía preparado mi desayuno: café, zumo de naranja, tostadas y una fruta.

Podía con todo, menos con la fruta. Nunca me había gustado, la repudiaba, y tampoco hacía el esfuerzo por comerla.

—Buenos días, cariño, ¿cómo has dormido? —preguntó mi calvo favorito.

Así lo llamaba yo, cariñosamente. Me acerqué a él e hice lo mismo que hacía desde que era pequeña, le di un beso en la calva.

—Es lunes —dije como respuesta a todo.

—Vamos, este lunes será diferente —era su intento de animarme, como cada día.

—Sí, lo sé —me mentí a mí misma, porque sabía que no sería así. Aunque intentara engañarme, ese lunes sería un problema, como todos. Problema que se solucionaría el miércoles, el viernes me iría a casa pensando que el próximo lunes todo estaría bien, para que ese día llegara y me diera en las narices con que todo se jodió de nuevo-. Papá, no me voy a comer el plátano. No me gusta. Es más, odio el plátano —puse cara de asco y lo eché a un lado.

—Odias toda la fruta. Pero tienes que comerla, te guste o no.

—Mmm... —dije ignorándolo- ¿Y mamá?

—Es lunes...

—Sí, ya sé que es lunes. ¿Pero dónde...? Oh, espera, ¿en el médico? —  
resoplé.

—Como cada lunes —suspiró él.

Se sentó frente a mí con su café y desayunamos en silencio. Tenía 28 años y vivía con mis padres por elección. Tenía un trabajo estable, un buen sueldo, pero no me gustaba estar sola. Además, ellos ya eran mayores y prefería hacerles compañía.

Eso y porque, para qué nos vamos a engañar, yo era un desastre en la cocina. Podía ser la mejor pastelera del mundo, pero a la hora de comer... No sabía hacer ni un huevo frito.

Como decía, vivía con mis padres. Ya estaban los dos prejubilados. Eran una de esas parejas que tardaron años en poder tener hijos, cosas de la genética, y cuando llegué, me quedé sola, y ya ellos habían pasado la treintena, así que no hubo hermano posible.

Mejor para mí, me gustaba mucho la tranquilidad como para soportar a un hermano pequeño. Aunque a veces deseaba haberlo tenido, alguien de mi edad para poder contarle mis cosas. Así que cuando lo necesitaba, llamaba a la loca de mi mejor amiga, Alberto, y con ella que me desahogaba.

No, no me he equivocado. He dicho Alberto y amiga, es que tiene mucha pluma ella.

Y yo siempre me he llevado mejor con el género masculino, para amistad, porque en temas relaciones...

—Vicky, el zumo.

La voz de mi padre me sacó de mi ensoñación. Levanté la mirada, observando sus cansados ojos grises, con esas cejas blancas, con esa mirada tan parecida a la mía.

—Papá, odio la fruta —dije como una niña pequeña.

—O te lo tomas sola, o te lo doy yo.

Resoplé y empecé a beberlo. Poco a poco, no tenía ganas de echar todo afuera.

Mi madre... Por ahí iba.

Era la mejor madre del mundo, la mejor cocinera, la mejor en todo. Pero lo más hipocondríaco del mundo.

Todos los lunes tenía algo, no sabía cómo lo hacía, pero la cuestión era que tenía que ir al médico a que la vieran. El pobre hombre pensaría que estaba loca, tendría ganas de perderla de vista.

Yo creo que por eso cambiaba tanto de médico, porque ninguno aguantaba las neuras de mi madre.

—Seguramente hoy no venga a comer —le dije a mi padre mientras me levantaba y cogía mi bolso y mi abrigo.

—Si vas con esa idea, está claro que no vendrás. Es el Karma.

—El Karma o su prima, a saber. Solo estoy siendo realista.

—Tienes que confiar, no siempre va a ser igual.

—Así llevamos 3 meses, y yo no soy muy positiva.

—Hija —empezó y yo ya sabía que me tocaba escuchar el sermón de los lunes-, todo en esta vida es la actitud. Si vas con alegría y esperando lo mejor, eso tendrás. Pero si vas negativa, pues lo malo llegará.

—Claro que sí, tienes razón —era mi respuesta de siempre, porque ¿qué iba a decirle? ¿Discutir porque yo pensaba diferente? Entonces el sermón del lunes se alargaría más de la cuenta, ya lo tenía comprobado. Que tengas un feliz día, mi calvo favorito.

—Tú también, preciosa.

Le di un beso y salí de casa. No sin antes coger aire en cantidades descomunales.

Cuando puse un pie en la calle, lo solté del todo.

Vamos a por otro lunes, Vicky, pensé.

Y miedo, eso era lo que sentía cada lunes. Un miedo de dos pares de...

Cogí el metro dispuesta a llegar cuanto antes al trabajo, ojalá ese día sin incidentes.

Vivía en Madrid y el transporte público era lo mejor. Sobre todo, para llegar al centro de la ciudad. Cada vez que tenía que ir en mi pequeño escarabajo, me ponía nerviosa. Porque la gente pensaba: “Tienes un Mini, es un coche pequeño, como su propio nombre dice, es más fácil aparcar”. Claro

que sí, decía yo, ignorando la escasa lógica de ese argumento.

En Madrid, condujeras lo que condujeras, era imposible aparcar. Así que, a lo seguro, el metro.

Me bajé en mi parada, contenta y en parte asombrada porque, hasta ese momento, todo estaba yendo bien. Cero altercados, nada raro, nada...

Casi me como el suelo al meter el tacón en un agujero.

Joder...

Me incorporé como pude, agradecida de que hubiera tenido los reflejos de agarrarme a una farola que, gracias a Dios, estaba por allí en medio, en oro momento habría estampado mi cara con ella por no verla.

Respiré profundamente, y empecé a intentar sacar el tacón de la ranura donde estaba metido.

Pero el jodido tacón no salía.

Gruñí, sin importarme quién me escuchara. Ya empezaba la tortura, sí, demasiado tranquila había estado yo.

Pero el endemoniado tacón no salía.

En ese momento vi a un chico agachado tocando mi pie.

Maldición, ¿por qué me pasaba eso a mí? Tenía que sacar el pie atrancado y estamparle el tacón en la cara, por tocarme.

Y eso hizo él, liberar mi zapato, claro que, sin tacón, este se había roto.

Se levantó y lo miré.

—Creo que esto es tuyo —dijo riéndose, ofreciéndome el dichoso tacón roto.

Planté el pie, con el zapato, o lo que quedaba de él en el suelo, quedándome coja, y cogí lo que me daba.

Lo agarré con fuerza, diciéndome mentalmente que no podía, en ese momento, tirarlo y ponerme a chillar.

—Gracias —dije irónicamente. Para mí, era el culpable de la rotura de mi zapato, seguro que yo sola lo habría sacado sin romperse.

—Lo siento, o lo rompía o no salía —se disculpó el bombón.

Porque eso era, un bombón. De chocolate, sí. Madre mía con el mulato, con sus ojos negros, con esa boca que era un pecado, con ese cuerpo que...

Para, Vicky, el tacón.

—Claro que sí —dije. Era mi respuesta a todo, o al menos cada vez que quería mandar a alguien a la mierda y no podía.

—Que tengas un feliz día —dijo antes de marcharse.

Guapo y gilipollas, lo sabía. Si es que era un imán lo que yo tenía. Chico guapo, imbécil integral, además de creído y de ir de sobrado y de infiel. Había tenido demasiadas experiencias con tipos de esa clase para saberlo.

Por eso, solo salía con feos.

Hasta que los dos últimos feos me engañaron también. Con dos adefesios, pero eso era peor aún para mi ego.

En esos momentos yo decía: tengo que tener un problema, no queda otra.

El problema era que tenía un imán para los gilipollas, ni más ni menos.

Mejor soltera, o hacerme lesbiana, o meterme a monja, o solterona de por vida. Cualquier cosa mejor que un hombre.

Me solté de mi farola, que a ese paso ya le cogía cariño, y seguí caminando.

Vi el letrero de la pastelería, Dulce Vita, ya no podía pasarme nada en tan pocos metros.

Pero el Karma, o quien estuviera ahí arriba cada lunes esperando a hacer de las suyas, me la tenía jurada.

La cuestión es que yo no sé qué ocurrió. Yo escuché el pito de una bici, me moví pensando que la bici venía por detrás y tenía que pasar. En ese movimiento empujé a alguien, que se tropezó con una escalera que había mal colocada y, sin saber por qué, tenía un cubo de agua, cubo que acabó directamente en mi cabeza.

Me lo quité, cual gorro, y chillé al notarme toda empapada. De agua fría, helada. Joder, ¡que era febrero! Hacía un frío horrible.

Lo primero que vi cuando mi cabeza estuvo libre fueron unos ojos negros. Como un deja vú.

—Tú... —fue todo lo que dijo antes de descojonarse.

Inflé mis mofletes, intentando contenerme.

—¿Tú me tiraste el cubo? —pregunté entre dientes.

—No —dijo entre risas—, me empujaste y yo me tropecé con la escalera y...

En ese momento, el mulato de la mala suerte y yo miramos arriba. Había

un hombre subido en esa escalera mirándonos.

—Y casi me matan —dijo enfadado—. Si la escalera no llega a tener la estabilidad que tiene, la hostia me la meto. Porque no podéis prestar atención cuando andáis, ¿verdad? —gruñó.

Pero bueno, lo que faltaba. Me tira el cubo a mí y encima es él el ofendido.

Fui a dejar de lado toda mi educación, les pedí perdón a mis padres mentalmente por lo que pensaba soltar por mi boca y cogí aire.

—Lunes, ¿verdad?

Miré al otro lado al reconocer la voz. Ahí estaba Alberto, a mi lado. Mi amiga, la loca, la única que me ayudaba siempre. Lo miré y me dieron ganas de llorar.

Puse un puchero, era la tristeza pura.

—Vamos, amore, vamos a quitarte esa ropa. Oh, cariño, no te pongas así —dijo casi llorando él también.

—Maldito lunes —me quejé.

—El Karma, cariño, el Karma. ¿Y tú quién eres?

Cuando Alberto hizo esa pregunta, en ese tono, me dieron ganas de meterle. Iba dirigida al mulato, sin duda, pero eso no era importante ahora. Claro que Alberto veía un hombre guapo y ya se perdía.

—Yo soy... —empezó el guaperas, ofreciéndole la mano.

—Es la calamidad. La mala suerte, ¡no lo toques! —dije histérica, dándole a mi amiga un manotazo en la mano.

El chico me miró con las cejas enarcadas.

—¿No serás tú la de la mala suerte? —preguntó muy serio.

—¿Yo? Mira, porque tengo mucha clase, si no... —agarré a mi amiga y tiré de ella para entrar en la pastelería ,por la puerta de atrás ,eso sí; Espero no volver a verte nunca!

—¿También es un placer para mí haberte conocido? —y siguió andando, dándome la espalda.

—¿Has visto qué culo? —Alberto me miró y me hizo la pregunta con los ojos abiertos como platos —Pero no es gay, pena.

—¿Puedes pensar en otra cosa que no sean los tíos?

—No, tengo que pensar doble, por mí y por ti. Ser Cupido no es un trabajo fácil —entramos en la pastelería, por la puerta de la cocina, y fui a coger una muda de ropa que siempre tenía allí, por si acaso.

—Pues deja de buscarme pareja. Yo no quiero hombres, estoy muy bien sola. Así que deja de intentar nada.

—Pero la última cita que te preparé no estuvo mal —dijo muy satisfecho consigo mismo.

—No —dije irónica, mirándolo—, el psicólogo que me dijo que debería de estar internada en una clínica.

—Porque le tiraste un café a la cara, normal que te lo dijera.

—Eso fue después de llamarme loca —me defendí—. Y me da igual, deja de intentar buscar a nadie. No quiero a nadie, estoy muy bien sola.

Abrí la puerta del baño y me quedé mirando a mi amigo, algo me había llamado la atención de repente. Lo observé, su delgado cuerpo encorvado, mordiéndose el labio al darse cuenta de que yo me había dado cuenta, sus enormes ojos azules pestañeando sin parar, como hacía siempre que se ponía nervioso. Era, además de mi amigo, mi empleado, el encargado de mi pastelería, esa que me había costado la vida levantar.

—¿Dónde estás? —pregunté y él sabía a quién me refería.

—Bien, esto... —empezó y se calló.

—Es lunes, Alberto, con eso te lo digo todo. Y mira cómo estoy —intenté ponerme recta, pero un tacón menos lo hacía imposible—. No tengo ganas de gilipollecés. ¿Dónde está?

—Mandó un mensaje hace un rato que no podía seguir el ritmo y que lo

dejaba.

—Que no podía seguir el ritmo...

—Sí —se mordió el labio de nuevo.

—¿Yo qué soy Hitler?

—Nooooo...

Miré a los demás empleados y todos negaban con la cabeza.

—¿Entonces cuál es el problema? ¿Por qué todos se van? —insistí, derrotada ya. Iba a ponerme a llorar y no quería.

—Cariño, no todos aguantan este ritmo frenético de trabajo. Y cuando te dan las neuras... Bien, no eres de las que dices las cosas bien —dijo Alberto suavemente.

—¿Me estás diciendo que trato mal a mis empleados?

—No —dijo rápidamente—, solo que algunos quieren que les hablen como si fueran de cristal y se fueran a romper. No te comprenden.

—Claro que no...

Me encerré en el baño, me quité la ropa, me sequé con una toalla y me puse la nueva.

Antes de salir suspiré.

Me había costado mucho esfuerzo montar mi pastelería y que fuera una de las más conocidas de la ciudad. Cuando mi ex me dejó tirada con el negocio, decidí comprarle su parte y hacerme cargo sola. Alberto aprendió todo lo referente al negocio y, como estaba en paro, estuvo meses conmigo, intentando levantarlo, sin cobrar.

Pero a todos los pasteleros que encontrábamos para llevar adelante esto junto con nosotros, ya que yo no podía estar solo haciendo dulces, nos dejaban.

Sin explicaciones. Con un mensaje o simplemente no venían.

Sabía que era un poco dura como jefa, pero jamás los trataba mal. Solo que a veces decía las cosas a mi manera y ellos querían que los tratara como a las rosas.

Y yo tenía mi carácter, pero no tenía problemas con nadie. Solo que no soportaba a quienes venían como Divas, y punto.

Puse la mano en la manilla de la puerta, respirando profundamente.

Por esto tenía los lunes, ahora a buscar a alguien como pastelero jefe, como le llamábamos.

Y lo encontraría el miércoles, y el viernes, cuando pensara que todo estaba bien... Pues pasaría el fin de semana y otro lunes igual.

Maldición.

Abrí la puerta, Alberto me esperaba.

—Está bien, pongamos el anuncio de nuevo.

Y, sin más palabras, me puse manos a la obra, dejando otras cosas de lado. Ahora lo importante era que todos los dulces que se necesitaban, estuviesen listos.

Solo rezaba porque el próximo pastelero no me fallara.

## CAPÍTULO 2



Martes por la mañana.

Estaba hasta los ovarios de la rutina. Debía luchar contra mi propio Karma. Me levanté con un dolor de cabeza impresionante, joder. Mi padre ya me estaba llamando desde la cocina. Tenía el desayuno preparado. Y la fruta. Este hombre no se cansaba nunca. Me mimaba demasiado y, a veces, aunque era mi padre y lo quería mucho, resultaba bastante odioso y pesado.

—¿Qué mala cara tienes, hija?

—Es la cara de un martes, papá.

—Hija, tienes que sonreír a la vida. Eres empresaria. Regentas una pastelería. Tienes que ser simpática con tu clientela.

—Papá, no me des la brasa. Yo hago lo que puedo. Al que no le guste mi cara que se vaya a otro sitio a comprar pasteles.

—Esa no es la actitud, Victoria.

—No me llames Victoria, papá.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Papá, Victoria me hace vieja. La gente me conoce por Vicky.

—Vicky, Vicky, Vicky, ...parece el nombre de una cualquiera.

—¡¡¡Papá !!!No seas grosero. Es un nombre precioso.

—Ya tienes mejor cara. Con solo provocarte un poco, ya eres otra.

Lo miré fijamente, con mi taza de café entre las manos, y no pude evitar sonreír. Por muy odioso y pesado que resultase a veces, era encantador. Y, para aguantar a mi madre, no quedaba otra que ser así y mirar a la vida con ese sentido de humor del que él hacía alarde.

—Por cierto, ¿dónde está mamá?

—Tu madre está durmiendo. Le dolía mucho la cabeza.

—¡Qué raro! —exclamé con ironía.

—No te rías de tu madre. Es una mujer débil.

—Si tú lo dices...

— ¿Por qué siempre estás enfadada con el mundo, Victoria? Me cuesta cada vez más hablar contigo.

Podía decirle a mi padre que estaba más que enfadada por varias razones:

*a) Porque no follaba en mucho tiempo;*

*b) Porque los tíos que habían salido conmigo habían sido un auténtico fraude;*

*c) Porque necesitaba que alguien me encerrara en un hotel durante una semana y no me sacara de la cama, alguien que se pareciera a Brad Pitt, por supuesto;*

*d) Porque nada de lo que había dicho anteriormente se iba a cumplir ni en mis mejores sueños,*

*e) Porque mi pastelería daba muy pocos beneficios y yo siempre estaba de mala leche con los empleados.*

Esas eran algunas de las razones por las que estaba enfadada con el jodido mundo. Pero esas barbaridades no se las iba a decir a mi padre.

Habría dicho él: “Pero, ¿qué clase de hija he criado?”. Para colmo, mi lunes había sido una suma de calamidades: el tacón, un cubo de agua sobre mi cabeza y un día de mierda en la pastelería donde apenas hicimos caja para cubrir gastos.

Para colmo, necesitábamos a un nuevo trabajador. Alberto y yo no podíamos estar en el horno y atendiendo en el mostrador. Madre de Dios, qué desastre. Pero, bueno, lo importante es que era martes y ya quedaba menos para el fin de semana.

En la maldita hora que monté la pastelería. Tenía que haber hecho como algunas de mis compañeras de instituto, que se casaron con tíos que tenían y siguen teniendo pasta. Y, aunque ellas tenían más cuernos que un ciervo, les daba igual. Mientras el Maserati corriera, ellas eran felices. Pero yo no era de esa clase de chicas. Yo tenía mejor cuerpo que ellas, más soltura al hablar y, cuando me ponía mi Wonderbra, los coches se paraban y los taxistas me cantaban saetas.

Nunca supe sacarle partido a mi físico, porque, aunque no lo parezca, a mí me gustaban los problemas, meterme en jaleos, buscar a tipos que no necesitaban ponerse una careta en Halloween. Me gustaba joderme a mí misma. Era masoquista. Y la pastelería era una forma de practicar el masoquismo como lo era vivir en casa de mis padres como si aún tuviera doce años.

Necesitaba un cambio en mi vida. Pero esas cosas, pensaba, solamente pasan en el cine y en las novelas de amor. Y mi vida no tenía pinta de que fuese a cambiar mucho hasta que, esa mañana, al llegar a la pastelería, me encontré con Alberto que sonreía como un bobo.

—Vicky, tenemos nuevo chico en la oficina

—¿Qué dices? No estoy de humor.

—Tú nunca estás de humor. Pero este nuevo trabajador te va a encantar.

—¿Dónde está? No lo veo.

—Está dentro, amasando.

—Pero, ¿qué dices? Sin que yo lo haya entrevistado, lo pones a trabajar. Alberto, no puedes saltarte las normas. Estás cada día peor de la cabeza.

—¿Ya empiezas, Vicky? ¿Qué iba a hacer? Te retrasabas y ya sabes lo que cuesta encontrar a alguien que pueda echarnos una mano en la pastelería.

—Que hubiese esperado —dije yo cada vez más enfadada.

—Me ha dicho que tenía otra entrevista de trabajo. Además, es un chico que me ha transmitido confianza enseguida.

—Lo que ha pasado es que te ha gustado su culo, ¿verdad?

—¿Por qué me consideras tan superficial? No negaré que soy una loca, pero tengo dos dedos de frente y me gusta mirar a los hombres a los ojos, no solo a su paquete.

Estaba por estrangularlo allí mismo. ¿A quién habría contratado la loca esta?

—Voy a matarte, Alberto. Me va a tocar echarlo de la cocina antes de haberlo entrevistado. Te has precipitado, como haces con todo —mi tono de enfado era bastante significativo.

—Me estás jodiendo el día de parte de mañana. No quería decírtelo, pero

¿sabes por qué no entran a nuestra pastelería?

—¿Por qué? —pregunté airada.

—Porque dicen que los pasteles los hace una loca y que a saber de qué los ha rellenado.

—Me voy a cagar en...

—No blasfemes. Es de mala educación, Vicky. Yo solo te estoy diciendo lo que la gente va soltando por el barrio. Que estás loca, loca, loca —enfaticó.

—¡¡Se van a comer todos una mierda ¡¡ !!!Y tú ,el primero!!

Una señora que iba a entrar en ese instante se dio la vuelta al ver la escena. Yo estaba nerviosa, porque Alberto, aunque tenía un corazón noble, conseguía sacarme de quicio.

—¿Estoy loca? Alberto, aparta. Voy a entrar en el horno y a echar al tipo que has decidido contratar. Yo me encargaré de todo y, si tengo que cerrar la pastelería, la cerraré. Me iré a la cola del paro como todo el mundo.

—¿No te das cuenta de que no puedes ir por la vida así?

Lo empujé y casi se cae de bruces contra el suelo. En ese instante, entré al horno y lo vi. Era el mulato, el mulato que, aquel lunes, me había traído tan mala suerte. Iba a pegarle un grito y a mandarlo a la mierda. También es

casualidad, con lo grande que es la ciudad, que aquel tipo hubiese aparecido por mi pastelería.

Pero no grité ni lo eché. Estaba furiosa, es cierto, y también estaba excitada. ¿Por qué? No sé qué me pasó, pero me fijé enseguida en sus manos dentro de la masa. Vi la fuerza de sus manos penetrándola. Sus dedos la acariciaban para hundirse en el interior de aquella mezcla de harina y levadura. La trataba con cariño y con fuerza. El mulato no se había dado cuenta de que estaba yo ahí. Parecía muy concentrado en su trabajo, demasiado concentrado. Sudaba. Sus manos no cesaban de apretar y estirar.

Lo peor vino después. O lo mejor, según se mire.

Abandonó las manos de la masa y, buscando un poco de frescor para su cuerpo, se quitó la camiseta con un movimiento lento, como si fuese a hacer allí mismo un striptease para mí sola.

El torso firme y sus abdominales marcados me impidieron hablar. Estaba extasiada. Se giró para coger un delantal y pude ver, en su espalda desnuda, un enorme tatuaje maorí, cuyo dibujo se perdía bajo aquellos pantalones ajustados. Su piel húmeda y aquellos músculos tensos y trabajados durante años en el gimnasio me hicieron babear. Madre de Dios, era un Adonis.

¿Qué estaba pasándome? Encogí las piernas. Quería seguir viendo aquel espectáculo. ¿Y así fue que volvió a introducir sus dedos en la masa blanca? Quién fuera aquella masa para ser tocada y penetrada de esa forma?

De repente, giró su cabeza y advirtió mi presencia.

—Hola, perdona. Me he puesto a amasar. Lo echaba de menos.

—¿Eres tú? —pregunté risueña.

—Sí, soy yo. A ti también te he reconocido. El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

—Sí, lo es. Me he retrasado y no he podido atenderte, pero ya veo que te sabes desenvolver muy bien con la masa.

—Sí, me encanta hacerlo. Me enseñó mi madre.

—Es una pena que nos conociéramos ayer de la forma que lo hicimos.

—No te preocupes. A veces atraigo a la mala suerte.

Mientras conversábamos, él seguía imprimiendo su fuerza y notaba que su respiración se entrecortaba al hablar. No puedo mentir si digo que toda clase de fantasías sexuales se me estaban pasando por la cabeza.

—Ya está lista esta masa para los pancakes —dijo con tono firme.

—¿Conoces el oficio? —pregunté con voz temblorosa.

—Sí, lo conozco. Mi madre y mi abuela tenían una panadería en Vallecas. Y me enseñaron. Pero la vida me llevó por otros derroteros y comencé a trabajar de albañil con apenas dieciocho años. De vez en cuando ayudaba en

la panadería. Luego llegó la crisis. La panadería fue embargada y yo perdí mi trabajo como albañil.

—Puta crisis —dije yo amargamente.

—Sí, puta crisis. Ahora busco empleo de lo que sea.

Y pensé para mí misma que aquel bombón, como lo había llamado Alberto el día anterior, podría trabajar de gigoló y se forraría.

—No sé si cumplo con los requisitos —dijo mientras recuperaba el aliento y me penetraba... con sus ojos.

No seáis malpensados.

Yo no sabía qué decir. Lo veía disciplinado, amable, correcto y estaba para llenarle el cuerpo con crema pastelera y empezar a lamer. Pero esos pensamientos no podían afectar a una decisión objetiva y cabal. Necesitaba a alguien que me ayudara en el horno y no estaría mal tenerlo algunos días de prueba para ver cómo se desenvolvía en el trabajo y dentro de aquella pastelería, con la loca de su jefa y con Alberto, que lo iba a acosar seguramente todo el rato.

—No sabes dónde te metes —comenté yo irónicamente.

—Necesito el dinero... perdona si te tuteo. No sé tu nombre —dijo acercándose lentamente y quitándose el delantal.

—Soy, soy... Vicky. Me puedes llamar Vicky —tartamudeé.

—Encantado, yo soy Kevin

Me dio dos besos en la mejilla. Y ahí estaba aquel cuerpo, sin nada, delante de mí, mirándome como si, entre nosotros, existiese química. Quizá eran imaginaciones mías, quizá estaba yendo demasiado lejos y aquel chico solo intentaba ser amable.

—Perdón, voy a ponerme la camiseta. Estaba acalorado —dijo él mordiéndose los labios.

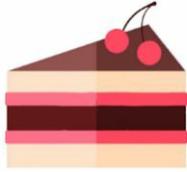
—No te preocupes. No pasa nada, Kevin.

Tuvo que notarlo. Tuvo que notar que mi voz temblaba, que yo estaba perdida en mi particular universo de placer al mirar sus pectorales y otra cosa que estaba más allá de aquellas abdominales de acero. Más allá, no. Más abajo...

—Kevin, necesito ir un momento al aseo. Ahora, hablamos.

No debo decir lo que hice en el aseo, pero salí nueva. Aquel martes, sin duda, se planteaba diferente.

## CAPÍTULO 3



Me cambié de bragas. Lo necesitaba. Me vais a llamar bruta, pero es que el mulato, perdón, Kevin, me había puesto a cien.

Mi Karma estaba cambiando. Por fin. Me había olvidado del mulato de la mala suerte y ahora tenía, ante mis ojos, en mi pastelería, conmigo, a aquella magnífica obra de la naturaleza que solo sabía amasar y amasar, y sudar delante del horno mientras se cocían los pasteles.

Eran las doce y Alberto solo sabía meterse conmigo. Estábamos los dos en el mostrador. En todo lo que llevábamos de mañana, solamente habían entrado dos parejas de ancianos y unos niños maleducados que me intentaron engañar con las monedas. Como era de esperar en mí, los mandé a la mierda y ellos me amenazaron con decírselo a sus padres.

—Estás muy callada, Vicky —dijo Alberto con ironía.

—Sé por dónde vas, pero que sepas que yo no me fijo en el físico.

—No, claro. Eres una monja. Pero si tienes otra cara...

—Alberto, para. No empieces.

—A mí también me pone mucho, Vicky.

—A mí no me pone nada —mentí.

—Pero, ¿cómo se puede ser tan mentirosa? Si te he visto cómo le hablabas. Estabas contadísima delante de él.

—No digas tonterías y deja de meterte conmigo, por favor.

—Además, ¿qué estabas haciendo en el aseo? Porque has tardado un tiempcito.

—¡¡Ya está bien, Alberto!! —grite— ¿No puedo cagar tranquila en mi pastelería?

—Hija, halaaaa, qué bruta. Puedes hacer lo que te dé la gana. No aguantas ni una broma. Pero entiendo que estés nerviosa.

De nuevo me daban ganas de estrangularlo allí mismo. Alberto no se callaba ni bajo el agua. Lo peor es que yo le entraba al trapo.

—¿Por qué iba a estar nerviosa?

—Por ese cuerpo. ¿Por qué va a ser? Maldita sea.

—Alberto, he de reconocer que Kevin es un chico atractivo, pero yo busco en un hombre otras cosas.

—Sí, claro, Vicky, buscas las mismas que yo.

—No me trates como una mujer superficial.

—Pero si no es nada malo que Kevin te guste. ¿A quién no? Si no fuese hetero, yo me lo tiraría.

—¿Quién sabe? A lo mejor no le gustan las mujeres.

—No creo. No lo veo con hombres. A ese le gustan las almejas. Eso se huele enseguida.

—¿Ahora quién es la bruta?

Mientras nos metíamos el uno con el otro, entró una señora de unos cincuenta años con un abrigo de visón. Parecía una señora distinguida y se notaba, por su indumentaria y su peinado, que aquella mujer tenía el dinero por castigo.

Al mismo tiempo que entraba, Kevin salía con una bandeja de hojaldres con nata que Alberto y yo habíamos dejado preparados la tarde del lunes. Allí estaba él, con sus ojos de cielo y con esa piel de ébano que hipnotizaba. Menos mal que llevaba la camiseta.

Alberto me guiñó el ojo en señal de complicidad. Cuando la señora lo vio,

no pudo evitar hablar.

—¿Qué chico más guapo, por favor?

—Gracias, señora —dijo Kevin en un tono amable.

—¡Y qué educado! Me encantas.

—Gracias, de nuevo, señora.

—No me llames señora. Haces que me sienta como una vieja.

Mientras yo observaba la escena, pensaba que, si no hubiera sido por los miles de euros que llevaba de cirugía estética encima, aquella mujer la habría confundido con la momia de Tutankamón.

—Me puedes llamar Consuelo, guapo.

—Eres muy amable, Consuelo, y bienvenida a nuestra pastelería. Espero que disfrutes de nuestros dulces —añadió Kevin sonriendo.

Alberto no le quitaba ojo a nuestro nuevo empleado. Estaba babeando. Como yo lo estaba haciendo también en ese momento. Aunque no os lo creáis, sentía celos, muchos celos. Consuelo estaba ligando con mi mulato. Yo estaba deseando que Kevin volviese al horno a seguir penetrando con sus dedos la nueva masa.

—¿Eres nuevo por aquí? —preguntó la señora un tanto descarada.

—Sí, es mi primer día de trabajo —contestó Kevin.

—No me lo puedo creer, pues, hijo, deberían ponerte en el escaparate. Seguro que la pastelería se llenaría de gente.

—Consuelo, me vas a sacar los colores.

—Digo la verdad. Anda, ponme dos pastelillos de chocolate.

Sin que nos preguntase nada, Kevin se puso a servirle a la señora. Allí estábamos Alberto y yo como dos estatuas. Alucinábamos. Además de un estupendo pastelero, Kevin era simpático y atento con la clientela. Vaya un chollo de empleado.

—Se te ve fuerte, Kevin —dijo la señora con intención de ligar descaradamente con MI Kevin.

—Sí, hago bastante ejercicio en el gimnasio, Consuelo.

—Se te nota en esos brazos que tienes.

—Consuelo, por favor, no siga. ¿Qué van a pensar mis jefes?

—¿Puedes enseñarme tu bíceps?

—Claro, sin problema.

Alberto y yo seguíamos alucinando. Yo pensaba que Kevin, en algún momento, iba a cortarse y a largarse de allí. Pero, no. Kevin se arremangó y enseñó su enorme bíceps a la mujer del visón que, ni corta ni perezosa, se puso a tocar el brazo de mi nuevo empleado.

—Está muy duro, Kevin —susurró ella.

—Sí, eso dicen. Trabajo bastantes horas a la semana en las pesas.

—No hace falta que lo digas. Tienes unos músculos impresionantes. Anda, ponme también dos hojaldres.

—Enseguida, señora.

Alberto me miraba estupefacto y yo seguía paralizada. Los celos me comían por dentro. Yo no quería pensar que eran celos, pero no puedo mentir. Eran celos. La atracción física de aquel cuerpo había producido en mí un efecto cautivador que me hacía sentirme cada vez peor.

Estaba a punto de coger de los pelos a la Consuelo y sacarla a rastras a la calle.

—Kevin, ¿me enseñas el otro brazo?

—Claro, Consuelo, es igual que este —dijo Kevin orgulloso.

—Ya, pero me gustaría comprobarlo por mí misma. No es fácil encontrar chicos como tú por esta zona, a no ser que...

La muy cerda estuvo a punto de decir: "... a no ser que pagues". Seguro que la tal Consuelo era de esas viudas que se van los sábados por la noche al Gigoló Club a poner billetes de veinte euros dentro de los tangas de tíos macizos con el cuerpo aceitoso.

—Es verdad. Es igual que el otro. Es muy duro —comentaba ella babeando mientras sus dedos arrugados acariciaban la piel de MI Kevin.

—Sí, ya se lo dije. Son muchas horas de gimnasio.

—Hijo, si lo tienes todo igual de duro, tu novia tiene que estar feliz —añadió Consuelo sin pudor alguno.

Alberto se dio la vuelta para reír y yo ya no aguanté más. Consuelo no vio ni el primer hojaldre ni el segundo, porque los dos hojaldres rellenos de nata se estamparon en su cara de muñeca hinchable.

—Pero, ¿qué haces, loca? —exclamó ella horrorizada.

—¿Qué hago? Váyase a buscar un gigoló a la vuelta de la esquina. En la Plaza de España, hay muchos. Y puede elegir. ¿Cómo se atreve a comportarse así con uno de mis empleados? —argumenté con ira.

—La señora solo quería ser simpática —intervino Kevin asustado.

—Tú, cállate. ¡Que toda la culpa la tienes tú! —le grité como una posesa.

—¿Yo? ¿Solo he tratado de ser amable?

—¡¡Sal de aquí inmediatamente!! —ordené con los ojos inyectados de sangre.

Kevin se marchó con la cara triste. Sus ojos vidriosos delataban que me había excedido. Alberto intentaba calmar a la señora. Yo la había jodido bien con Consuelo y con mi nuevo empleado. Ojalá me hubiese fulminado un rayo allí mismo. Para colmo, había manchado el visón de la señora. Me calmé un poco y me dirigí a ella de buenos modos para pedirle perdón. No sirvió de nada. El daño ya estaba hecho.

Consuelo montó en cólera y me cogió de los pelos con aquellas manos huesudas que parecían zarpas. Alberto no podía separarnos. Al final, tras caer las dos al suelo y rodar como dos croquetas, aquella bruja me soltó. Su abrigo de visón no estaba para llevarlo a la tintorería, sino que estaba para llevarlo directamente al cementerio.

—Esto no va a quedar así. Te voy a denunciar y no vas a tener para pagar lo que te van a reclamar mis abogados. ¡Cerde! ¡Loca! —gritó mientras se alejaba de la pastelería.

—Ya te advertí yo que, en el barrio, te habías hecho famosa.

—No sé qué me ha pasado, Alberto. No sé qué me ha pasado —repetí mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿No sabes que te ha pasado? Te has puesto como una leona cuando la

señora se ha puesto a coquetear con nuestro Kevin.

Kevin, mierda. Le había gritado. Lo había humillado allí delante de una clienta con mi actitud indecente y grosera. Tenía que entrar al horno y pedirle disculpas e intentar explicar algo que no tenía explicación alguna. Tenía que inventarme algo, pues había ridiculizado a un buen trabajador que solo intentaba ser amable. Para una venta importante que teníamos aquella mañana, voy yo y la espanto. Y, aún encima, la señora dijo que iba a denunciarme.

Mi cabeza era un caos. Alberto me lamía las heridas de mis manos. Pero yo estaba realmente avergonzada. Me dirigí rápido a buscar a Kevin. Lo encontré en el horno. Estaba apoyado en una bancada de madera donde disponíamos las bandejas de pasteles y dulces antes de meterlas en el horno.

—Kevin, perdóname. No volverá a pasar.

—Victoria, el que lo siente soy yo —musitó amargamente.

—No digas eso. He perdido los papeles por completo.

—No te preocupes. Me he dado cuenta de que este trabajo no es para mí.

—Por favor, Kevin, no te puedes marchar ahora. Te necesito. Me has demostrado en muy pocas horas que eres la persona que estaba buscando —supliqué.

—No creo que sea así. Nadie me había avergonzado de esa forma en ninguno de mis trabajos anteriores.

No sabía qué contestar. No sabía cómo convencerlo. Sonaba música en la radio. Alberto se quedó en el umbral mirando toda la escena.

—Te prometo que no volverá a pasar.

—Lo siento. Debo irme. Me he equivocado de sitio.

En ese momento, me miró a los ojos. Se lamió los labios con intención y se quitó la camiseta. La hizo un guiñapo y la arrojó en un rincón.

De nuevo volví a fijarme en su tatuaje y, cuando se giró, para ponerse una camiseta limpia, pude observar que su piel oscura y húmeda destacaba sobre aquellos abdominales que ahora vibraban con la tensión.

En silencio, no me dijo adiós. Cogió su mochila y se marchó.

—Alberto, acompáñalo —dije.

Mi amiga obedeció y yo, entre confusa y excitada, opté por encerrarme en el aseo a llorar. Y, después de llorar varios minutos, pensando en su cuerpo, me senté en el váter y me puse a soñar con aquel mulato. No pude evitarlo. Mis manos descendían lentamente hacia mi fruta prohibida.

En la radio, mientras tanto, sonaba una canción del grupo Maná.

*Sola... Sola en el olvido*

*Sola... Sola con su espíritu*

*Sola... Sola con su amor el mar*

*Sola... en el muelle de san Blas.*

*Su cabello se blanqueó  
pero ningún barco  
a su amor le devolvía.*

*Y en el pueblo le decían  
le decían la loca  
del muelle de san Blas.*

## CAPÍTULO 4



Estaba derrotada. Abatida. No sé cómo demonios explicarlo. Kevin se había ido de la pastelería y me había dejado tocada.

No sabía dónde meterme. La tarde del martes la pasé llorando a solas, intentando que Alberto no me viera. Lloraba en los rincones y dentro del aseo. No lloraba solo por el despido voluntario de Kevin, sino por todo lo que estaba siendo mi vida hasta ahora.

Aunque intentara ocultarlo, Alberto no era tonto y se me notaba en la cara que yo estaba más que fastidiada. Aquel mulato se había marchado de mi lado. Aquel gigoló, porque tenía un cuerpo que quitaba el hipo, había sido humillado por mí delante de Consuelo, la vieja del visón, y había tomado la firme decisión de dejar su puesto de trabajo.

Yo estaba dispuesta a contratarlo. Yo estaba dispuesta a todo... Para, Vicky, para, que te vas del tema. No pienses en Kevin como si fuese tan solo un objeto sexual, piensa que es un hombre con sentimientos.

Eso haré. Disculpadme, queridos lectores, si me excito al hablar de Kevin... Mierda, otra vez me está pasando, pero es que aquel chico estaba para untarlo de mantequilla y caramelo líquido para, a continuación, empezar a

lamerlo todo despacio, muy despacio. Vale, pero aquí.

Voy a seguir con mi triste historia, porque no se puede llamar de otro modo.

La noche del martes no cené. No hablé con mis padres. Me encerré en mi cuarto y encendí la tele. Estaba jodida. No quería ver a nadie. No quería ni mirarme en el espejo. Para colmo, no sé qué demonios pasó aquella noche en los canales de televisión, que solamente estaban dando comedias románticas y anuncios de ropa interior masculina. Y menudo interior.

Mi Kevin. ¿Qué estaría haciendo ahora ese mulato? Seguro que estaría sobre algún escenario bailando sin parar, desnudándose lentamente mientras unas señoras, parecidas a Consuelo, no pararían de decirle guarradas y de meterle dinero, mucho dinero, en su tanga.

Mientras yo intentaba olvidar a ese hombre, mi madre entró sin llamar a mi habitación. Me daba mucha rabia que hiciera eso. Pensaba que su hija era todavía aquella loca adolescente que cerraba la puerta cuando invitaba a algún amigo a merendar. Ojalá tuviera ahora algún amigo con el que encerrarme a merendar en mi cuarto. Sí que íbamos a merendar, sí, le iba a merendar yo una cosa que...

— ¿A ti qué te pasa? —preguntó mi madre con cara de pocos amigos.

—No me pasa nada. Estoy agotada.

—Tienes que cenar.

—Mamá, no me apetece. Ya he picado por allí —dije yo un tanto contrariada.

—No me gusta esa actitud, Victoria.

—Mamá, deja de molestarme. Quiero dormir. Mañana tengo que madrugar para abrir la puta pastelería.

—Pero, ¿qué maneras de hablar son esas? —exclamó escandalizada.

—Por favor, ¡¡déjame!! —grité.

—Vale, vale, vale. No te voy a castigar. Ya eres mayorcita. Pero estás cada día peor. Y mientras vayas con ese tal Alberto no se te va a acercar ningún chico.

Mamá, ¿de qué estás hablando?

—Todo el mundo dice que Alberto es gay. ¿Qué haces tú yendo con un gay?

—Mamá, trabaja conmigo. Lo sabes de sobra y claro que es gay. ¿Pasa algo? —respondí con un gesto retador.

—No me gusta ese chico. No me gusta que trabaje en la pastelería. No te convienen amistades de ese tipo.

—Mamá, cállate ya un poquito. Alberto es una persona muy importante en mi vida. Y me da igual si es gay. Es mi amigo.

—Hija, si lo que digo es que me gustaría verte con un novio. Tu padre y yo queremos una nieta.

—Si no fueras mi madre, ya te habría lanzado el despertador a la cabeza.

—No seas violenta, Victoria. Quería preguntarte algo.

—Si es sobre la pastelería o sobre novios, ni se te ocurra.

—No, es que no encuentro en tu cajón una minifalda y un top que te ponías hace unos meses.

Me quedé un tanto extrañada al escuchar a mi madre.

—Creo que están en el segundo cajón. ¿Para qué lo quieres?

—Estoy ordenando el altillo y quiero ordenar tu armario para que tengas más espacio. Entro y lo cojo —dijo con decisión.

Y así fue que mi madre entró a mi cuarto. Abrió el segundo cajón de mi armario y se llevó varias prendas.

Se despidió y no insistió más en que cenara, pero me aconsejó que yo no debía seguir con esa actitud tan retadora. Mi madre, la hipocondríaca, hablaba de actitud, ella que se pasaba horas durmiendo y siempre argumentando que tenía unas jaquecas terribles.

Pero, en cierto modo no le faltaba razón. Mi vida era una mierda. Tenía una pastelería que no marchaba. Mi amigo era un gay que tampoco encontraba el rumbo en su vida y el único trabajador que había tenido hasta ahora, simpático, atractivo y profesional, había huido de mí tras mi comportamiento de auténtica imbécil.

Aquella noche no dormí. La ansiedad oprimía mi pecho. Me acordaba muchísimo de Kevin. ¿Me había enamorado? No, yo creo que no. Yo creo que me había puesto cachonda como nadie me había puesto antes y la excitación me estaba durando demasiado tiempo.

De repente, alrededor de las tres de la madrugada, escuché unos pasos en el pasillo. Me levanté y abrí la puerta con cuidado. Para mi sorpresa, vi a mi madre que se iba a la calle vestida con mi minifalda y mi top. No estaba soñando. Me pellizqué en el brazo. Era mi madre, vestida como Pretty woman, que abandonaba mi casa. Sí, la hipocondríaca, parecía tener una doble vida.

Mi padre roncaba. Supuse que no se enteró de lo que estaba haciendo mi madre. Volví a mi cama y me puse a dormir. Podía haberle preguntado a mi madre adónde iba así, pero algo me detuvo a hacerlo. Quizá, la ansiedad, la tristeza, mis pocas ganas para seguir adelante. Ya me enteraría.

A las siete sonó la alarma para levantarme y yo había pasado toda la noche viendo la tele tienda. Me había comprado un colchón de agua para la cama, una máquina para hacer abdominales y una crema de baba de caracol que te dejaba la cara mejor que la que le había quedado a Consuelo con aquella cirugía para momias.

Mi padre me había preparado el desayuno. Café, huevos, plátano, zumo de naranja y cereales con leche. Lo mejor es que, al lado de la leche, me había puesto el edulcorante. Para no engordar, claro.

—Papá, no voy a comerme todo eso.

—Hija, es que te veo desanimada —dijo él con amabilidad.

—Pero, engordarme como si fuese un cerdo no es la solución.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada, es esta vida. No sé qué demonios hacer con la dichosa pastelería.

—Creo que debes cerrarla —me soltó de repente con seriedad.

Nunca lo había visto así. Sus ojos se ensombrecieron y su frente arrugada revelaba que estaba verdaderamente preocupado.

—No sé qué hacer, papá. Pero creo que no sería mala idea ahora que lo dices.

—Cada día que te levantas te veo más hundida. Abriste el negocio con mucha ilusión, pero veo que no sabes cómo sacarle partido a esa oportunidad.

—No sé hacerlo, papá. Quizá lo mejor sea cerrarla y buscarme la vida fuera de este país, como han hecho muchos de mis amigos —comenté yo amargamente.

—Haz lo que quieras. Pero no quiero verte más con esa cara —sentenció.

—Está bien. ¿Y mamá?

—Durmiendo. Está durmiendo —dijo mi padre confiado.

No sé si debía decirle algo. Pero me daba pena que se enterara de que su matrimonio era un fraude. Mi madre salió aquella noche con una de mis minifaldas y uno de mis tops. ¿Adónde demonios iría? ¿Se dedicaría mi madre

al oficio más antiguo del mundo? No quería ni imaginármelo.

—Papá, anoche, ¿no notaste nada raro en la cama?

—¿En la mía?

—Claro, no va a ser en la cama del vecino.

—No, la verdad es que no. ¿Hubo algún terremoto? Tengo un sueño muy profundo y no suelo despertarme. Por suerte, nunca he padecido de insomnio. Tu madre le encanta que duerma como un lirón.

“No me extraña”, me dije yo. Terminé de desayunar. Me duché y, sigilosamente, me asomé a la habitación de mis padres. Allí estaba ella, la Julia Roberts del vecindario, durmiendo profundamente. ¿Qué clase de vida secreta llevaba mi madre? ¿Por qué salió anoche de casa, vestida de esa manera?

Volví a mi cuarto para arreglarme. Las palabras de mi padre sobre el futuro de la pastelería me hicieron reflexionar. No podía dejarme derrotar. Un negocio es una oportunidad, así que me puse un vestido bonito y decidí salir a la calle con la cabeza bien alta, orgullosa de mí y de mi trabajo. Salí a la calle. El cielo estaba limpio. Su azul cálido iluminó mis ojos. Sonreí, pese a la mala noche que había pasado. Me había puesto un vestido rojo. Dicen que los colores vivos levantan el ánimo. Era hora de comerme el mundo. Era hora de demostrarle a mi padre que yo podía hacer que esa pastelería fuese la mejor pastelería de la ciudad. El día iba a ser perfecto. Lo iba a conseguir.

Di un paso firme. Y pisé una mierda de perro.

Empecé a blasfemar. La gente que cruzaba por mi lado se apartaba

espantada. Uno de mis zapatos favoritos había hundido su suela en una enorme mierda de perro. El perro tenía que ser un caballo. Nunca había visto una mierda igual.

Me puse a arrastrar el zapato por la acera para intentar limpiarlo. Pero no sirvió de nada. Ya empezaba de mala hostia mi querido miércoles. Monté en el metro. La gente no me miraba a los ojos, sino a mis preciosos zapatos a los que una mierda de perro había condenado a una muerte segura enseguida que llegara a la pastelería. Iban a acabar en el contenedor de la basura. Cincuenta euros tirados de aquella manera. Qué asco de mí y qué asco de vida.

Caminé durante unos minutos. Como siempre, llegué tarde. Alberto ya había abierto la pastelería y se estaba poniendo un café.

—Hola, princesa.

—¿Princesa? Una mierda —exclamé con angustia.

—Pero, ¿qué te ha pasado?

—No me hables. Salgo de mi casa con este vestido precioso, sin otra intención que comerme el mundo y, nada más salir del portal, piso una mierda.

—Eso da buena suerte, Vicky.

—Aún encima de cachondeas de mí, ¿verdad?

—Te lo juro. Pisar una mierda trae suerte.

En ese instante, no pude contenerme. Demasiada tensión acumulada. Me quité el zapato manchado y se lo tiré a la cabeza. Pero Alberto fue hábil y

esquivó el golpe.

—¿Estás loca? ¿Querías matarme?

No supe qué contestar. Me senté en una silla y enterré mi cara entre mis manos. Estaba desolada, estaba triste, acabada. Una mierda de perro ya me había jodido el día y lo que es peor, al igual que el día anterior, no fui capaz de controlar mis impulsos y casi le abro la cabeza a mi mejor amigo con mi zapato.

—¿Qué te pasa, Vicky?

—Alberto, lo siento. Estoy perdida. Creo que no soy capaz de llevar este negocio. Creo que debemos cerrarla.

—Te he dicho antes que pisar una mierda traía suerte —dijo él con ternura.

—No empieces con el temita. Ahora no tengo ganas de bromear ni de insultarte, maricona —musité yo con ironía.

—Mira. Quiero que entres al horno.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho ahora? ¿Qué has roto?

—No he hecho nada. Solo quiero que te acerques. Te espera alguien.

Me levanté sin gana ninguna y, arrastrando los pies, crucé el umbral de la cocina, y lo vi. Ahí estaba de nuevo. Era Kevin. Con una enorme sonrisa.

Sudaba. Sin camiseta. Con su delantal cubriendo aquel torso de hombre corpulento.

—Hola, Vicky. No debí hacer lo que hice.

—Kevin, no, no, no tienes que disculparte. Fui yo la que se comportó como una grosera —tartamudeaba.

—Sí, pero yo no tenía que haber atendido a aquella señora ni presumir de mis músculos en un mostrador de alimentos —confesó con tristeza.

—No vamos a discutir. Me alegro mucho que estés aquí, de verdad —mi voz sonó risueña e infantil.

—Alberto me llamó anoche y me convenció de que volviera.

—No sé qué haría sin él, sin mi Alberto —murmuré.

Durante unos minutos, estuve observando cómo Kevin amasaba sobre el poyo. Concentrado en su trabajo, no se daba cuenta de que yo lo estaba desnudando con la mirada.

Alberto reía en el mostrador. Algunas clientas entraban en ese instante a la pastelería. Salí a atenderlas. Sonaba música en la radio. Después de servir unos hojaldres y unos pasteles, volví al horno. Kevin seguía trabajando sin camiseta y con sus vaqueros ajustados.

—Vicky, sé que no debería trabajar así. Pero paso demasiado calor aquí dentro —me susurró acercándose a mí.

—No te preocupes. Me gusta verte así —me atreví a decir espontáneamente y con toda la naturalidad del mundo.

Kevin se calló. Me miró con ojos luminosos. Y, automáticamente, me fui al aseo y no a llorar precisamente. En efecto, pisar una mierda trae suerte.

## CAPÍTULO 5



Otra vez lunes...

Y otra vez el maldito miedo.

La semana anterior terminó bien. Kevin parecía que se iba haciendo a la pastelería y tenía mucho don de gente. Pero claro, era lunes y a ver cómo demonios no iba a levantarme asustada.

Cada día que lo veía sufría un calentón que aliviaba en el cuarto de baño de la pastelería o en el de casa.

¿Y si llegaba y resultaba que él no volvía? Como todos...

No, eso no podía ser cierto. Kevin estaba a gusto allí. Y ya se había marchado una vez y había vuelto.

Y yo había dejado de ser la nazi en mis horas trabajo.

Gemí y me tapé la cara con la almohada. Sí, había dejado de ser la jefa nazi para convertirme en una colegiala que babeaba por las esquinas al ver a tremendo mulato.

Se me estaba yendo de las manos, eso no podía seguir así. Porque bueno, yo podía babear por un tío, eso nos pasa a todas alguna vez en la vida. Pero es que me estaba comportando como una verdadera idiota.

Y yo no era eso. Yo no quería a los hombres, no los necesitaba. Eso tenía que terminarse, de raíz.

Me levanté, decidida a tratar a Kevin como uno más y a quitarme las tonterías de la cabeza.

Más que nada porque eso ya no era atracción solamente. Era una obsesión. Solo pensaba en Kevin y en sexo, ya no prestaba atención en nada más.

Decidida a ignorarlo ese día, llegué a la pastelería. Al abrir la puerta, fruncí el ceño. ¿Había llegado sin incidentes? No podía ser, era lunes.

—Buenos días, amore.

—Buenos días, Alberto. ¿Qué día es hoy?

—¿Bebiste? ¿Le echaste coñac al café quizás? ¿Tu padre quiso emborracharte?

—Mi padre... —me callé de repente— ¿Hoy es lunes? —pregunté de nuevo.

—Me estás asustando —la loca de mi amiga se puso una mano en el pecho — claro que es lunes. ¿Estás bien? —vino hasta mí y me tocó la frente.

—Quita —le di un manotazo—, solo es que todo es muy raro. Mi padre no me puso fruta.

—¿Qué?

—Nada, déjalo —y me fui con el ceño fruncido.

Me cambié de ropa y me puse el uniforme, ese día no tenía nada que hacer fuera y haría pasteles. Un poco más tarde, Kevin apareció por la puerta de atrás. En parte suspiré de alivio al ver que no me había dejado tirada. Pero por otra parte... Ya comenzaba a babear, tenía que terminar con eso de raíz.

¿Cómo? Pues a saber, volvería a ser la misma nazi de siempre, no me quedaba de otra. O simplemente lo ignoraría .Sí ,eso haría.

—Buenos días —saludó el mulato.

—Hola —dije con una enorme sonrisa. Mierda, eso no era lo que tenía pensado. Así no, Vicky, así no.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, gracias.

—¿Y qué tal te has levantado?

—Bien, gracias.

—Ya... ¿Y qué tal está tu perro?

—Bien, gracias.

Cogí una de las bandejas dispuesta a pasarme el día preparando todo tipo de pasteles y pasar de él. Pero era inútil. No dejaba de pensar en mi mulato.

Ahí estaba. Delante de mí, con su cuerpo macizo y ese tatuaje del que no se veía fin. Tenía de nuevo un calentón como todos los días de la semana pasada. Aquella figura se había convertido en una especie de hombre inalcanzable, pero, cuya presencia me excitaba constantemente, y eso se me notaba en la cara.

Alberto no podía dejar de bromear con el asunto.

—Vicky, te gusta, ¿verdad?

—Déjame tranquila y ponte hacer inventario de lo que tenemos que comprar. Creo que nos hemos quedado sin muchos ingredientes —dije con tono serio.

—Ahora lo haré, pero dime una cosa: te gusta, ¿verdad?

—No me gusta. Ya te lo he dicho muchas veces. Es un chico muy guapo, pero sobre todo valoro su gran profesionalidad.

—Hija, qué tonta te pones. Solamente quiero sacarte una sonrisa y te pones en plan jefa y no hay quien te guante.

—Pues ya sabes dónde tienes la puerta si no quieres que te aguante.

—Me callo ya. Pero solo te pido una cosa, Vicky.

—Venga, ¿qué quieres ahora?

—Cuida de ese chico y no la vayas a cagar. Desde que está en la pastelería, nuestras ventas han aumentado, ¿sabes?

—No hace falta que me lo digas. Ya te he dicho que es un buen profesional y es cierto que los pasteles saben más ricos.

—No, lo que pasa es que tenemos más clientas que entran para verlo a él y, con ese pretexto, compran pasteles.

—Me estás enfadando, Alberto. Vamos a ponernos a trabajar. Y déjate de estupideces.

Mientras ordenaba unos pedidos que teníamos para unos restaurantes, me di cuenta de que Kevin trabajaba como una fiera en el horno. Sus músculos tensos destacaban sobre aquel cuerpo oscuro y húmedo por el sudor. Me encantaba ver cómo sudaba, cómo se esforzaba por hacer su trabajo de aquella manera. Era un obrero eficiente y estaba tan, tan ... mmmm. No, otra vez, venía el calentón. Volví a apretar las piernas.

—Tía, es que se te nota mucho.

—¿El qué ,Alberto?

—Que te gusta. Estás más salida que el picaporte de una perrera. El pobre lo tiene que notar.

—Lo que te pasa a ti es que estás celoso.

—Es un golpe bajo, Vicky. Eso es un golpe bajo. Ahora ya no te voy a hablar.

—Has sido tú el que ha empezado.

En ese instante, entró una clienta, cuya cara me era familiar. Sí, aunque no os lo creáis, Consuelo, con un nuevo abrigo de visón, entró a la pastelería. Iba acompañada de dos amigas, dos señoras que debían pertenecer al Club de Amigas del bótox y la silicona, porque no parecían momias, sino el padre de las Kardashian. Las tres me miraron como si quisieran fulminarme. Pero no lo hicieron, gracias a Dios.

Recordaba todavía la pelea que nos echamos por culpa de mis celos, por culpa de que ella se pusiera a tontear con mi mulato.

—Buenos días, queremos doce hojaldres con nata —dijo ella con tono serio.

—Enseguida, señoras —intervino Alberto, mientras yo me hacía a un lado.

—No, queremos que nos sirva el pastelero. No queremos que nos sirváis vosotros —añadió Consuelo con descaro.

—Pero, no podemos hacer eso. Nosotros somos los dependientes en el mostrador —dijo Alberto cargado de razones.

—Venimos a hacer un pedido muy importante para una fiesta y nos gustaría que nos sirviera ese joven. Si no es así, nos marcharemos.

Yo estaba más que jodida. Habría salido del mostrador y habría cogido a aquellas tres brujas y les habría metido una escoba por el... perdón, Vicky, así no. Así no. Me contuve y, tragándome mi orgullo, llamé a Kevin, quien salió enseguida.

Ahí estaba el Adonis delante de ellas, sin camiseta, con su delantal puesto, menos mal. Pude ver los ojos de ellas que se abrieron como platos al ver al muchacho de aquella manera.

Kevin se quedó un poco cortado al principio. Pero reaccionó con buen humor y les atendió mientras Alberto y yo nos mirábamos incrédulos. Me convenía estar callada, porque a Consuelo, además de agarrarla de los pelos, le dejé su abrigo de visón hecho una piltrafa. Me convenía tener la boca cerrada no fuera a ser que me denunciara finalmente. Sin que quitaran ojo del cuerpo de mi mulato, de vez en cuando, Consuelo me lanzaba una mirada acusadora, como si, en su fuero interno, estuviese además disfrutando de aquella situación al obligar a que Kevin se prostituyera de aquella forma delante de ellas.

Yo estaba muy jodida así que desaparecí de allí y me fui al horno. Salpiqué con harina la masa que estaba trabajando Kevin y me puse a amasar. Desde allí podía escuchar las risas de aquellas brujas y las frases amables que mi mulato soltaba por aquella boca sensual y húmeda que más de una vez había imaginado que, algún día, llegaría a besar. Pero solo eran malditas fantasías. De repente, se hizo el silencio. Yo seguía amasando y entonces noté sus manos en mi cintura.

—Sigue haciéndolo, Vicky, lo haces muy bien —me susurró al oído.

Sus manos me cercaban. Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja. No hubo más... por ahora. Pero fue suficiente para que yo me pusiera a temblar, para que mi piel me erizara, para que mi pulso cardíaco se aceleraba de forma incontrolada.

Kevin tenía que sentir que mi reacción ante su presencia era la de una mujer que está ansiosa de ser amada. Pero mi mulato estaba claramente jugando conmigo y eso no me gustaba. Quería que fuese yo la que cayera en su trampa, pero eso no era justo.

Sus manos apretaban suavemente mi cintura. Intentaban deslizarse más abajo. Hacían el ademán, pero, de repente, se detenían para volver a su punto inicial. Yo estaba más que excitada. Me habría encantado echar mi cabeza hacia atrás y haberlo besado.

Mis pechos no cabían ya en mi sujetador. Mis pechos iban a reventar. Mi respiración entrecortada fue la única respuesta a aquella frase que una vez más volvió a pronunciar.

—Sigue haciéndolo así, Vicky. Con más fuerza. Que tus manos entren hasta el fondo... de la masa —susurró con una voz nada maquinal, sino cargada de sensualidad y con la intención de cautivar y arrastrarme hasta el infierno.

No se lo iba a poner fácil. Kevin estaría esperando a que yo me diese la vuelta y lo besara, y le lamiera el pecho, sus abdominales, que le desabrochara el pantalón y me pusiera a jugar con su manga pastelera, aunque

fuesen las diez de la mañana, aunque Alberto se asomara a ver aquel espectáculo, aunque la pastelería se llenara de clientes en unos pocos minutos, como no había sucedido nunca.

Aguanté.

Bravo, Vicky. Con disimulo, aparté sus manos y me separé de la masa. Estaba jodida. No se atrevió a dar el siguiente paso. Me puso caliente como una perra y ahí se quedó.

Me lavé las manos y pude ver que él sonreía, y pude ver también que el delantal tenía una extraña elevación a la altura de su cintura. Algo que guardaba dentro de sus pantalones se había alegrado al verme allí, en aquella posición, amasando lo que Kevin sabía hacer mejor que yo.

—Lo siento. Solo quería ayudarte un poco —dije yo nerviosa.

—No te preocupes. Me gusta que estés cerca —añadió él con una voz tersa y suave.

Estaba claro que quería conquistarme, que quería ligar conmigo, que su manga pastelera apenas aguantaba dentro de sus jeans ajustados.

—No es la primera vez que me pasa – dijo él mientras volvía a hundir sus manos en la mesa.

—¿El qué?

—Que las mujeres me acosen. No tienes por qué ponerte celosa con las clientas.

—Oye, chaval, no alucines. No quería tener problemas con esa momia del visón. Estuvo a punto de denunciarme por tu culpa, ¿me oyes?

—Perdona, no quería decir eso.

Aquella subida de ego que había tenido Kevin no me gustó nada. Lo que menos falta me hacía en ese momento era un presuntuoso.

—Kevin, no me gusta esa actitud de machito arrogante.

—No estoy mintiendo. A mí no me importa satisfacer a las clientas.

—Mira, chaval, esto es una pastelería, no un club de striptease. Lo he tolerado porque temía que me denunciaran, pero tú tienes que limitarte a hacer pasteles y punto. Para eso te pago, ¿me oyes?

—Está bien. Entendido. Pensaba que tenía más confianza contigo para contarte las cosas.

—¿Confianza? Nada. Porque seas un chico guapo y te dediques a ir al gimnasio, y a quitarte la camiseta cuando te plazca, no tienes que pensar que el mundo gira a tu alrededor. Y, si las mujeres te acosan, pregúntate por qué es. Eres un provocador.

—No hace falta que me hables así.

—Hablo como me da la gana que, para eso, soy tu jefa.

—Sí, pero eso no significa que debas faltarme al respeto.

—Deja de tutearme. Ahora te vas a dirigir a mí como usted.

No sabía qué me estaba pasando. Me había vuelto irascible. Creo que la tensión acumulada durante todo este tiempo estaba volviéndome loca y lo peor es que Kevin iba a pagar los platos rotos. Podía ver que su rostro sonriente mudaba en un rostro serio, lejos de esa luz que lo caracterizaba.

—¡¡Estoy harta de todo!! —estallé.

—Pero, ¿qué te pasa?

—¡¡Ni te acerques¡¡ !!Todos los tíos sois iguales¡¡ !!Todos!!

—No le aguanto más, señorita Victoria.

De repente, como hiciera aquel lunes fatídico, pero, ahora con un enfado monumental, se quitó el delantal y lo tiró al suelo. Se puso la camiseta. Adiós torso desnudo, abdominales y tatuaje.

—Me voy. No puedo trabajar así.

Pasó por delante de mí y su olor mezclado a sudor y a perfume hizo que mi

cuerpo se encogiera. Pero, como estaba airada, no le supliqué. Preferí que se marchara, preferí que se dedicara a calentar a otras tías, que ligara en otros lugares donde sus jefes o sus jefas se lo permitieran.

Alberto no daba crédito.

—¿Otra vez? Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó confuso.

—Nada. No soporto a hombres como ese. Es un chulo, un presuntuoso. No quiero a alguien así en mi trabajo.

—No puedes hacer eso de nuevo, Vicky. Es un profesional muy bueno. No vamos a encontrar a otro como él. La pastelería está llena de gente gracias a Kevin.

—Me da igual. Se ha acabado. Se ha acabado todo. No quiero saber nada de esta pastelería. Vamos a cerrar. No voy a convertir mi negocio en un lugar de striptease.

Comencé a hiperventilar. Con aquella actitud había arrastrado a Alberto a la ruina y también a mis padres. Había hecho saltar por los aires mi propia esperanza. ¿Qué me quedaba ahora? Lo de siempre. Buscar a otro empleado. No iba a ser fácil. Y mi mulato se había ido, mi Kevin, con el que yo fantaseaba a lo largo del día, el único que había despertado en mí sensaciones que hace años no había experimentado. Mejor dicho, que nunca había experimentado. Aquella tensión sexual, en vez de canalizarla con un buen polvo, había sido canalizada a través de una riña estúpida que de nuevo volvía a alejar a Kevin de mí.

—Loca, me costó mucho convencerlo para que volviera y de nuevo tus celos nos dejan en la estacada —el tono de las palabras de Alberto era triste y desolador.

No le faltaba razón. En un último instante desesperado, salí corriendo a buscarlo, a buscar a mi mulato. Pero ya no estaba. Sentí, sin embargo, que había pisado algo blando a los pocos metros de salir de la acera.

No quise comprobar qué era. No hacía falta. Lo suponía. Otra mierda de perro. La luz del sol me daba en la cara y un suave viento que cruzaba la avenida secaba mis primeras lágrimas.

## CAPÍTULO 6



La había jodido bien. Y, ahora, vuelta a casa. Ahora a explicarle a mis padres que yo no podía seguir con la pastelería. Me estaba hundiendo en la miseria. Mi mulato se había marchado con razón y ahora yo no tenía otra cosa que hacer que pudrirme en el dormitorio de mi infancia y adolescencia o hacerme el harakiri. ¿Sería una de esas solteras que acabarían cuidando de sus padres hasta que alguien cuidara también de ella?

Triste vida. Pero no podía esperar otra cosa a partir de ahora. Cuando llegué a casa, dije “hola” y me metí en mi cama. No tenía ganas ni de mirarme en el espejo. No me puse el pijama. No cené.

Encendí el televisor de mi cuarto y me puse a ver una de esas series televisivas donde los protas no paran de follar y son asquerosamente felices al final del episodio.

Después comenzaría la tele tienda y de nuevo volvería a dejarme un puñado de dinero en cremas, suelas para los zapatos y fajas para cuando mi cuerpo empezara a marchitarse. Qué pena. Qué mala suerte había tenido con

los hombres. Era una muchacha bien guapa, pero mi malhumor había espantado a hombres que seguramente merecían la pena, aunque no fuesen Brad Pitt.

Recuerdo a un tal Brian que lo empujé del coche a patadas mientras nos dirigíamos a un pequeño hotel a las afueras de Madrid a pasar el fin de semana. Aquel tipo, sin apenas conocerme, no se le ocurrió otra cosa que darme un beso en la oreja metiéndome la lengua hasta el fondo mientras yo iba al volante. Automáticamente, con el coche en marcha, salió disparado. Creo que no le pasó nada porque el pobre Brian no llegó a salir en el periódico, algo que me alivió.

Recuerdo otra vez que salí con un tal Alfredo, al que le metí una patada en los huevos, cuando me enteré de que seguía chateando con su ex novia, una tipa más fea que un mono, pero que estaba forrada de pasta.

Por cierto, hablando de dinero, en casa, nunca escaseamos de caprichos. Y mi padre cambiaba de coche con frecuencia. Mi madre, que se pasaba las horas de la mañana durmiendo, tenía una cuenta de ahorros con varios ceros. Era una de esas cosas en las que no reparas hasta que me sucedió lo que voy a contar ahora.

Sí. Mi madre tenía una cuenta con varios ceros, mi madre, que salía por las noches con mi ropa de adolescente a no sé dónde. Pronto lo descubriría. Quizá eso explicaba que, pese a las pérdidas de dinero en la pastelería, mi padre siempre respondía con un nuevo cheque. Aquí había gato encerrado y yo había empezado a mosquearme, especialmente cuando vi a mi madre con la minifalda y el top.

Esa noche, después de cerrar la pastelería, de pisar una mierda al intentar alcanzar a mi mulato, volví a no dormir y, de nuevo, mi madre me preguntó por una ropa que hacía miles de años que no me ponía.

Como era de esperar, sobre las tres de la mañana, escuché de nuevo sus pasos y que abría la puerta para marcharse. Me dieron ganas de seguirla, pero estaba agotada y bastante triste con lo de mi mulato para comenzar una aventura nocturna en la gran ciudad.

Esa semana en la pastelería fue un desastre. Las clientas se olieron que mi mulato ya no trabajaba allí y dejaron de venir. Ahora sí que nos hundíamos y Kevin no dejaba de reprochármelo.

Si me hicieras más caso, estas cosas no nos pasarían.

—Cállate ya, por favor.

—Vicky, mírame y mírate, aquí estamos cruzados de brazos. Cuando mejor iba el negocio, no se te ocurre otra cosa que espantar a nuestro mulato que estaba siendo las gallinas de huevos de oro.

—Me vas a hacer llorar, Alberto.

—No es mi intención. Pero me jode que no seas capaz de controlarte. ¿Has pensado visitar a un psicólogo? Te podrá ayudar con eso.

—Alberto, si quieres que te mande un poquito a la mierda, solamente tienes que pedírmelo.

Después de esta conversación, por no llamarlo de otra manera, se hacía un silencio donde los dos nos quedábamos abotargados, sumidos en el aburrimiento, y donde veíamos pasar a la gente sin que nadie se atreviera a entrar en nuestro negocio.

De nada valían los hojaldres, nuestros pastelitos, nuestras empanadas y nuestras tartas. No estaba Kevin y Kevin, aquel mulato, era lo que le daba vida y gracia a aquel negocio. Por lo menos así fue durante la semana que estuvo trabajando.

Mierda de vida.

Tengo que confesar que, aquellos días sin Kevin y su torso desnudo, lo único que rompía la monotonía eran los gritos de Alberto. Aquellos gritos tenían diversos motivos.

—¡¡Ahhhhhhhhhhhhhh!!

—Pero, ¿qué pasa, Alberto?

—¿Qué pasa? Una tragedia.

—Habla. Estaba en el horno y me has hecho salir.

—Mi uña. Me he roto una uña fregando un vaso.

—Vete a la mierda. Menudo susto me habías dado.

—Qué fina, hija. Tus padres te fecundaron una noche de tormenta, ¿verdad, Vicky?

Fue un jueves. Sí. Recuerdo que sucedió un jueves. En vistas de que no entraba nadie a la pastelería, aquella tarde cerré temprano. Le pagué a Alberto que me dio un beso en los labios y se marchó feliz, moviendo el culo como un pato.

Pese a lo mal que iba el negocio, siempre había dinero en la cuenta. No me lo explicaba. O tal vez sí. No quería pensar a lo que se dedicaba mi madre por la noche. Supuse que era mi padre el que, con la intención de que no cerrara definitivamente mi pastelería, se encargaba de ingresar dinero de manera continua.

Llegué a casa. Dije “hola” y me fui a mi cuarto. Me miré en el espejo y pude comprobar que mi rostro era el rostro de una derrota lenta y agónica. Me eché sobre la cama y, sin saber cómo, me dormí vestida. Entre sueños, escuché que mis padres me llamaban para cenar, pero me di la vuelta y seguí durmiendo.

Sobre las tres de la madrugada, me desperté y vi que mi madre, delante de mi espejo, se había puesto un Wonderbra que yo me había comprado el año anterior, y uno de mis tanguitas. En vez de pegar un grito del susto, cerré los ojos simulando que dormía.

Mi madre aparentaba menos edad de la que tenía. Yo había heredado su cuerpo. Cintura estrecha, buenas tetas y un culo respingón que quitaba el hipo.

Como ella siempre iba en bata por la casa, dejé de apreciar la hermosura de su cuerpo según fui cumpliendo años. Pero era una mujer hermosa. Salió de mi cuarto con mi ropa interior.

Yo no pude evitarlo. Me lavé la cara. Me cepillé los dientes. Sabía que mi madre iba a salir de nuevo, así que esperé a escuchar sus pasos. En efecto, la escuché que caminaba y que abría la puerta para salir furtivamente de casa.

Sin que ella se percatara, yo la seguí. Mientras ella bajaba por el ascensor, yo bajé por las escaleras. En el portal, un taxi la esperaba. El coche arrancó. Por suerte, un taxi pasó en ese momento también para mí. Puta suerte. Me monté y le dije que siguiera el vehículo que avanzaba delante de nosotros.

A los diez minutos, el taxi de mi madre paró. Mi taxista, obedeciendo, hizo lo mismo. Pagué y sigilosamente seguí sus pasos. En una calle cerca de Serrano, vi que mi madre, la hipocondríaca, entraba en un club de señoritas ligeras de ropa, el Bada Bing.

Yo alucinaba. Con un abrigo oscuro hasta los tobillos, se hizo paso entre la gente que esperaba y desapareció. Yo me puse a la cola y, al cabo de media hora, logré entrar. La cola estaba formada fundamentalmente por hombres y el portero, al principio, se me puso un poco pesado.

—¿Por qué vas sola, nena?

—Porque soy una mujer independiente.

—No te he visto nunca por aquí.

—Pues a lo mejor, me vas a ver más a menudo —dije yo con un aire de rebeldía que recordaba a mi juventud, cuando tenía que pelearme con todos los porteros de Madrid para entrar en las discotecas.

Finalmente, accedí. Y ahí estaba yo en un antro donde la música techno estaba a todo volumen. Grupos de tíos y mujeres con camisetas ajustadas, tan ajustadas que iban a explotar en cualquier momento, patinaban por la pista con bandejas de copas. Una ligera braguita dejaba al descubierto sus piernas largas y delgadas.

De repente, me entró un tío con traje negro y corbata.

—¿Buscas trabajo?

—No, perdón, buscaba a una persona.

—Aquí, nena, todas las noches se buscan a muchas personas.

—No voy a molestar. Me marcho enseguida. Creo que me he equivocado de lugar.

—Tienes buenas tetas. Si quieres trabajar aquí, dímelo. Ésta es mi tarjeta. Aquí tienes mi número de teléfono.

En aquel instante, me dieron unas ganas de pegarle una patada en los huevos a aquel gorila. No sé todavía cómo me frené. Pero lo hice. Buscaba a mi madre. Estaba segura de que había entrado aquí.

En un pequeño escenario, un grupo de jóvenes que estaban celebrando una despedida de soltero, jaleaban a una figura esbelta que no dejaba de moverse. Se abría de piernas, se ponía de rodillas y arqueaba su espalda para exhibir la belleza de su cuerpo delante de aquellos babosos con diademas de pollas y tetas en sus cabecitas huecas.

Al principio, no le di importancia a la escena. Lo que tenía claro es que mi madre trabajaba allí y me estaba entrando una ansiedad terrible con solo imaginarlo. Pero lo peor fue cuando me di cuenta de que la mujer que estaba sobre aquella tarima era mi madre, la hipocondríaca.

Casi me da un infarto. Era ella. Con mi tanga y mi sujetador. Con un cuerpo atlético que, pese a sus cincuenta años, podría ser la envidia de muchas veinteañeras. La goma del tanga estaba forrada con billetes de veinte euros que le ponían los muchachos. Más de uno recibía bofetadas y puñetazos de mi madre cuando alguna de aquellas manos intentaba tocar donde no debía.

Pero el espectáculo no acabó aquí. De repente, del fondo del escenario, apareció un hombre que iba a bailar con mi madre. Era un hombre cuya apariencia, me resultó familiar. Joder y tan familiar. Era Kevin, mi mulato. Allí estaba bailando con mi madre, abrazándola y elevándola como si fuese un número de Dirty dancing.

Volví a pellizcarme para ver si estaba soñando. Pero no. No era un sueño. Me moría de la vergüenza. En ese instante en que debía haber muerto de la impresión, sentí un manotazo en mi culo. Un tipo que pasó por mi lado se tomó esa licencia. Automáticamente, me giré y le di un guantazo que sonó por

encima de la música. No contenta con ello y dolida por lo que mis ojos habían visto, me lancé sobre el tipo y me puse a golpearle. Una agitación general vibró alrededor. Un círculo de hombres y mujeres nos rodearon hasta que dos gorilas me cogieron de la cintura y me echaron fuera del recinto.

Yo grité en mitad de la calle. Desesperada y desolada con toda aquella situación, me fui a casa. Ahora ya sabía a qué se dedicaba mi madre, ahora ya sabía de dónde salía el dinero de aquella cuenta y los coches que conducía mi padre.

¿Mi padre?

¿Sabría mi padre algo de esto? ¿Y quién era Kevin en realidad?

Ahora estaba más perdida que nunca y no me quedaba otra que mantener una larga conversación con mi madre. Tenía derecho a saber y tenía derecho a buscar a Kevin otra noche en el Bada Bing para que también me diera explicaciones, para convencerlo de que su futuro no estaba en aquel lugar, sino en mi pastelería.

Mi vida no iba en serio. Mi vida era una broma pesada porque era una farsa. Mi madre era una stripper y mi mulato, un gigoló. Mi padre era un hombre sereno que roncaba por las noches y mi mejor amigo era un tal Alberto que no me había perdonado que, por mi mal humor, Kevin se marchara de nuestra pastelería, ofendido y sin ninguna intención de regresar.

Pedí un taxi. Miré al cielo antes de subir. Las estrellas brillaban y de nuevo mis preciosos zapatos habían pisado una mierda, una enorme mierda

que no sé si habría de traerme suerte.

## CAPÍTULO 7



Ni qué decir tiene que llegué al día siguiente al trabajo hecha un desastre. Encima de todo, el Karma seguía jodiéndome a mí.

¿Pero por qué, Dios? ¿Qué había hecho en otra vida para merecer eso? Algo muy malo, seguro, porque no era normal lo que me pasaba.

Llegué al trabajo, sí, llegué por poco. Porque con la tontería de la noche anterior, me acosté a las tantas esperando a mi madre, a la cual no vi, pero de esa noche no pasaría que me contara todo. Así que, ¿qué hice? Se me ocurrió coger mi coche, mi perfecto Mini, el cual todavía estaba pagando, y a ese paso me jubilaría pagándolo, para ir a trabajar.

Y claro, el Karma. Ahí estaba él, para reírse un poco más de mí.

El coche llegó con un golpe. No fue mi culpa, pero tenía un golpe. Su precioso faro trasero destrozado...

Y si eso no fuera suficiente. La policía me multó minutos después por circular en esas condiciones.

Estarían recolectando ya para la paga extra de verano o a saber.

—¿¡Por qué!? —grité antes de salir del coche, jalándome del pelo, cual

loca.

Entré en la cafetería y...

Silencio.

Nada...

Ni un alma, ni una mosca, Alberto con el móvil, mirando Facebook, seguro.

—Dame la dirección de Kevin —ese fue mi saludo.

—¿Perdón? —Alberto levantó la mirada— Buenos días a ti también, ¿se te estropeó la plancha del pelo?

—Vete a la mierda, Alberto.

—Pero hija, qué mal humor. Te van a salir arrugas, una úlcera, se te van a caer los dientes y eso sin contar que te pondrán una camisa de fuerza a este paso.

—Que te vayas bien rapidito a la mierda y dame la dirección.

—¿Qué dirección?

—¿Tú me escuchas cuando te hablo? —empezaba a desquiciarme.

—A veces lo intento, pero la verdad es que suelo ignorarte.

—Gracias por tu sinceridad —dije sarcástica—. La dirección de Kevin.

—No tengo su dirección.

—Oh, claro que la tienes. Para algo te encargas de tomarles los datos a los trabajadores para contratarlos.

—¿Para qué la quieres?

—Voy a buscarlo.

—¿Para que vuelva? —preguntó emocionado.

—La verdad es que pienso traerlo de las orejas si es necesario.

—¡Yupi!

Y así, tan fácil, me la dio. Y así, tan idiota, volví a seguir mis impulsos sin pararme a pensar. Pero joder, el negocio estaba cayendo empicado de nuevo, si tenía que soportar a ese gigoló de pacotilla, lo haría. Al menos hasta que encontrara otro.

Y así fue como llegué a su casa en taxi, poniéndome miles de excusas, diciéndome que era por trabajo, hasta que...

Abrió la puerta.

El guantazo que le di fue pequeño, ni siquiera le dio tiempo a abrir la boca. Un derechazo, con el puño cerrado, en toda la cara.

De algo me tenía que servir tanta ira, pensé.

—¿Pero qué haces? ¿¡Estás loca!?! —chilló.

—Loca... Y más loca que me vas a ver, gigoló de pacotilla.

Hala, ya salió la verdadera razón por la que fui a buscarlo.

—Con mi madre. ¡Nada menos que con mi madre!

—¿Pero qué dices? —jaló de mi brazo y me metió en la casa— Mira, Victoria.

—Vicky —dije entre dientes.

—Vicky. No sé de qué estás hablando.

—Ah, ¿no? ¿Bada Bing no te suena?

—Sí, claro que me suena. Es un trabajo, lo necesito, no tengo por qué avergonzarme.

—Ya sabía que no eras trigo limpio. Eres un degenerado, un tío que cobra por que lo vean, porque lo toquen, por...

—No lo digas —se acercó demasiado a mí, amenazante—. Cobro por hacer striptease porque tengo que pagar y comer.

—Y por eso te dejas manosear por tías salidas, viejas verdes —se me hincharon las aletas de la nariz—. Joder, ¡con mi madre!

—¿Pero qué madre? —preguntó desesperado.

—¡Te vi anoche bailando con mi madre! —chillé.

Y él hizo lo que menos esperaba. Abrió los ojos como platos y empezó a descojonarse.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó incrédula.

—No... Esto... Sí —y volvió a morirse de la risa.

—Eres un imbécil —fui a darme la vuelta para irme.

—No, espera, no te vas. Primero me vas a decir, ¿qué demonios hacía tu madre en un club de striptease? —la sonrisa en su cara.

—A ti te lo voy a contar.

—Está bien, algún día lo harás. Entonces vamos a lo importante —se acercó demasiado a mí, pegando nuestros cuerpos—. ¿Para qué has venido a mi casa?

Empecé a temblar, al menos interiormente. Estaba demasiado cerca, mierda, mi mente ya volaba con todas esas fantasías que había ido teniendo todo ese tiempo atrás.

—Vine a pedirte que volvieras a la pastelería —carraspeé y giré la cara.

Kevin cogió mi barbilla con sus dedos y me hizo mirarlo de nuevo. Ya no sonreía, al revés, estaba serio. ¿Era deseo lo que veía en sus ojos?

—¿Para qué has venido, Vicky?

—Ya te lo he dicho —tragué saliva. Joder, ¿se había acercado más o era cosa mía?

—La respuesta es no —sus labios muy cerca de los míos—, ya puedes irte.

Y era lo que tenía que haber hecho, si fuera normal, claro. Pero no sé qué ser me poseyó en ese momento. Algo maligno, seguro, el ángel del pecado y la decadencia, de la lujuria, a saber.

Pero hice lo contrario. Hice lo impensable. A la mierda las consecuencias, yo ya no podía más con esa tensión.

Me abalancé sobre él, literal, casi caemos al suelo, menos mal que tuvo reflejo y se movió, o nos movió para poder apoyar su espalda en la pared.

Allí mismo, en el pasillo.

Dios... Ese tío sabía besar. Ya había cogido por completo el control, una mano en mi nuca, dirigiendo. La otra llegó a mi culo y me pegó a él, mostrándome su erección. La discusión lo había puesto tan excitado como a mí. O se había despertado así, no me importaba.

Mis brazos alrededor de su cuello, mis caderas moviéndose, estaba desatada pero no quería que el beso terminara.

Separamos nuestras bocas para coger aire. Me quedé unos instantes mirándolo a los ojos, hasta que la cordura se implantó en mi cabeza.

Mierda, ¿qué había hecho?

Imagino que vio el pánico y la vergüenza en mis ojos. Me agarró por la cintura para que no me moviera y nos cambió las posiciones. Ahora era yo la que tenía la espalda pegada en la pared.

—Déjame —dije con la respiración entre cortada.

—¿Para qué has venido, Vicky? —preguntó con voz ronca.

—Ya te lo dije.

—Para eso podías haberme llamado por teléfono. Pero no, viniste a mi casa —miró mis labios y yo no pude evitar pasar mi lengua por ellos. Ese hombre me tenía loca perdida.

—Tengo que irme. Por favor...

—¿A qué le tienes miedo? —preguntó ,ignorándome.

—¿Perdón?

—¿O son celos?

—¿¡Celos!? ¿¡Pero tú quién te crees?

—Yo nadie. Solo un idiota al que, sin saber por qué, le gustas.

—Eres un gigoló.

—Ahora, aquí, soy un hombre que te desea.

—Eso le dirás a todas.

—Entiendo... —negó con la cabeza— No soy lo bastante bueno para ti.

—No digas estupideces. ¿Y por qué demonios estamos hablando de esto?

—No lo sé —se separó de mí—. Ya puedes irte.

¿Así de fácil?, me pregunté .La verdad que la conversación era un poco extraña.

—¿Por qué lo haces?

A veces me gustaría ser menos curiosa o impulsiva, pero necesitaba saberlo.

—Solo es un trabajo, nada más.

—Te estoy ofreciendo uno y lo rechazas.

—Está comprobado que tú y yo no podemos trabajar juntos, ¿no?

—Sí, en eso tienes razón.

—Sí, yo no trabajo con cobardes.

Volvió a poseerme el demonio. Fui a darle otro guantazo, pero su mano fue más rápida esa vez y me paró.

—Eres una cobarde, Vicky y lo sabes.

—Suéltame —dije con rabia.

—Todo ese genio, todo ese cinismo, ese mal humor... ¿Crees que la gente no se da cuenta que es una manera de rebelarte contra lo patética que es tu vida?

Lo dijo en un tono tan duro que me dolió, pero no iba a darle el lujo de llorar delante de él.

—Eres un idiota —escupí.

—Sí, lo soy. Porque además había decidido darte una oportunidad.

—¿Pero de qué hablas?

—Alberto me llamó hace un rato y me explicó lo mal que estaba la cosa. Iba a ir, como si fuera cosa mía, a pedirte trabajo. A rebajarme si lo quieres ver así. Para ayudarte.

—¿Por qué harías eso? —pregunté sin entender nada— ¿Qué me estaba perdiendo?

—Eres tan ciega que no ves lo que tienes delante de las narices, ¿verdad? Te vi anoche, te vi en ese local. Vi tu cara. Vi el dolor en tus ojos. Vi que me equivoqué, que no tenía que haberme ido. Pero no de tu trabajo, si no de tu vida.

—Tú nunca has estado en mi vida.

—No. Pero sí en tu mente, ¿verdad? Pero claro, yo soy eso, un tío con un buen cuerpo con el que pasar un rato. En realidad, o en tus fantasías, nada más. Nunca has querido mirar más allá.

—Eso es mentira.

—¿Lo es? ¿Para qué has venido hoy? ¿No ha sido para acostarte conmigo?

Intenté soltar mi mano de su agarre.

—Yo no soy así —me dolían sus palabras. Sí, sexualmente era un imán para mí, pero yo jamás pensé en utilizarlo. Vale, en mi mente sí, pero no lo iba a hacer.

—Estás devorándome con la mirada.

—No estoy haciendo eso —aparté la mirada.

Y ese hombre estaba loco, por completo. Vi con el rabillo del ojo cómo se quitaba la camiseta. Mierda, estaba perdida, empecé a sudar.

—¿Qué haces? —pregunté con un hilo de voz.

No respondió, cogió mi mano y la puso en su pecho, haciendo que lo acariciara.

—Esto es lo que necesitamos para poder empezar de cero.

Y después de eso, nuestras bocas batallaban de nuevo, nuestras manos se volvieron locas, nos tropezamos hasta caer sobre la cama de su dormitorio, llegamos allí en unos segundos. Desesperados. Yo al menos, me había desatado.

Ese hombre era más que una obsesión y ya no podía parar.

Los dos desnudos, tumbados, nuestros cuerpos sudando, las piernas entrelazadas.

Eso era el cielo.

Cuando entró dentro de mí me miró a los ojos. Ahí me di cuenta de varias cosas. Primero que aquello era perfecto. Segundo, que en su mirada me mostraba que eso no era simple sexo con una más para él. Y tercero... mierda, no sabía cómo había pasado, pero él no era tampoco solo sexo para mí.

Entonces todo se ralentizó, como a cámara lenta: los besos, las caricias, cómo me penetraba. Ya no era solo sexo, si no mucho más. Había algo especial entre nosotros, como un hijo que tiraba de ambos.

Era imposible, no nos conocíamos. Yo estaba completamente loca.

Cuando terminamos, nos miramos a los ojos. Los suyos mostrando tanto. Los míos...

—No —dijo al reconocer el miedo en mi mirada— no te arrepientas de esto.

—Kevin, yo... —fui a disculparme, estaba desconcertada, no sabía qué había pasado allí, pero yo estaba más que loca, solo había sido un polvo.

Me miró unos segundos más y salió de mí.

—Márchate —dijo muy serio.

Y eso hice. Me vestí lo más rápido que pude y me fui corriendo de allí.

Llegué a mi casa y me encerré en mi dormitorio. Le dije a Alberto que me encontraba indisputada, que se encargara de poco. No le di tiempo a preguntar, le colgué la llamada antes de que pudiera ni siquiera coger aire para hablar.

Ignoré a mis padres, apagué el móvil, no me preocupé ni de mi coche, aparcado cerca del trabajo.

Me había acostado con Kevin, había cumplido mis fantasías. Pero me sentía una mierda.

Porque lo había tratado como si fuera eso, un trozo de carne, un hombre para pasar un rato.

Y le había hecho daño al hacerlo.

Pero más daño me había hecho a mí, porque la verdad era que no sabía ni cómo, ni cuándo, ni por qué, pero ese hombre me importaba. Y yo la había jodido.

Mierda...

¿Me había enamorado de él?

## CAPÍTULO 8



Pasé. Olímpicamente pasé de volver a la pastelería en los siguientes días. Le dije a Alberto que hiciera lo que le diera la gana, él lo haría bien. Apagué el móvil y me encerré en mi habitación.

Cuando mi madre me hablaba para saber si estaba viva, me hervía la sangre. Ese era otro tema que tenía que solucionar.

Victoria, sal de tu habitación.

¿Veis? A eso me refería ,la escuchaba y se me revolvían el estómago. Mi madre en un club viendo a los tíos cachas desnudándose. El mundo estaba completamente loco y yo no sabía qué iba a hacer.

Y ella venga a desesperarme, a tocar la puerta. Y otra vez...

Y me cabreé. Me levanté de la cama y abrí la puerta de mala leche.

—Joder, ni Ana, la hermana de la princesa de Frozen tenía tan mala cara al despertarse —ese fue los buenos días de mi madre.

—¿Desde cuándo conoces Frozen? No, espera, ¿desde cuándo dices joder? —gruñí.

—Victoria, tenemos que hablar.

—Y tanto que tenemos que hablar. Entra.

—No, a la sala. Tu padre no está. Y esto huele a leonera.

La miré con los ojos entrecerrados, pero la seguí. Mi padre no estaba, así que esa iba a ser mi oportunidad.

Me senté en el sofá, al lado de ella, y fui directa a la yugular.

—¿Pero qué demonios hacías en un club de striptease?

Su cara era un poema.

—¿Cómo sabes eso? —me preguntó con los ojos muy abiertos.

—Te vi. Maldita sea, te vi. Ahí, magreándote.

—Victoria...

—Ni Victoria ni mierda. Mamá, joder, que estás casada.

—¿Estás pensando que engaño a tu padre?

—Nooooooo... A ver qué demonios ibas a hacer en un club de esos. No, prefiero no saberlo —fui a levantarme, pero me agarró de las manos y me hizo sentarme de nuevo.

—Verás, no era esto de lo que quería hablar contigo, pero tendré que hacerlo.

—Y tanto que lo harás —me crucé de brazos esperando una explicación.

—Tu padre sabe que voy allí.

Me quedé mirándola, con cara de incrédula, por ahí sí que no iba a pasar.

—Mamá, por dios...

—No es lo que piensas. Solo llevé varias noches a algunas amigas para que el local se llenara.

—No estoy entendiendo nada...

—Verás, es por Kevin.

¿Pero qué demonios le estaba ocurriendo a todo el mundo? Mierda para mí ,tenía que ser la fruta, no quedaba de otra. Los malditos plátanos, o las naranjas o las peras o...

Me puse a llorar, de rabia y de impotencia. ¿Había dicho Kevin o yo

estaba más que obsesionada?

—¿Qué has dicho? —pregunté con lágrimas en los ojos.

—Que intentaba ayudar a Kevin.

—A Kevin...

—Sí.

—¿Y de qué mierdas conoces a Kevin? —no era muy adecuada la pregunta para mi madre, pero es que me estaba tocando las narices. No ella, la vida, el Karma, a saber, qué. Qué aburrido tenía que estar Dios...

—Kevin es un chico que conocimos tu padre y yo, trabajaba en la cafetería donde desayunamos.

—¿La que cerró?

—Sí. Se quedó sin trabajo y bueno... Lo ayudé a encontrar uno.

—De stripper...

—Sí.

—Mira, mamá. Yo no sé qué está pasando aquí, pero ni en una novela escrita por los escritores más locos que te puedas imaginar, podría pasar esto.

—Tienes que perdonarlo.

—¿¡A quién!? —no me estaba enterado de nada.

—A Kevin—dijo mi padre desde la puerta, lo miré pestañeando sin cesar. Si no tengo ni idea de lo que estáis hablando... —empecé— ¿Qué está pasando aquí?

—Ya es hora de que tu hija sepa la verdad —dijo mi padre, muy serio.

¿Sabéis lo que es pensar que una está loca? ¿Sí? Pues yo también, porque en ese momento yo estaba claro que lo era.

Porque a ver, recapitulemos.

Mi vida era una mierda, sí, eso os lo conté. Entonces me pasan miles de desgracias y un chico se pone en mi camino y me ayuda a sacar un tacón, etc, etc, ¿os acordáis? Pues eso.

Después ese mismo chico aparece en mi pastelería, trabajando, siendo el pastelero perfecto. Como perfecto era él. No para mi mente, porque me la tenía bien jodida desde el principio, pero sí para mi deseo sexual. Era un moja bragas de primera.

Trabaja conmigo, se va. Me lo encuentro en un club como gigoló, mi madre está allí, ahora me dice que...

No estáis entendiendo nada, ¿verdad? Pues yo tampoco.

—Creo que será mejor que las cosas se queden como están —dijo mi madre, con voz suave, como evitando que yo saltara y pudiera morderla si me contaba.

—No, es hora de que lo sepa. Se ha enamorado de ese chico, ¿es que no lo entiendes? —preguntó mi padre enfadado— La que has liado y lo peor es que yo te he ayudado. Mi hija no me lo va a perdonar nunca y con razón. Maldita manía de meternos en su vida.

—Papá...—gemí—¿Qué está pasando aquí?

—Tu madre... Lleva meses aliada con Alberto, buscándote citas.

Yo no estaba loca, yo tenía una imaginación increíble. Y estaba soñando y eso era una pesadilla, seguro.

—¿Qué?

—El psicólogo, el dentista, el albañil... Todos, todos, los sacó tu madre de una página de contactos donde ese hizo un usuario con tu foto para buscar pareja.

—No puede estar pasando esto —negué con la cabeza.

—Me di cuenta tarde, lo supe cuando la oí hablar con Kevin. Siempre me decía: este es el último intento, pero eso nunca ocurría.

—Y tú la ayudaste —lo acusé.

Mi madre permanecía en silencio, yo era incapaz de mirarla a la cara.

—Kevin solo tenía que ayudarte en el negocio, nada más. No planeé nada. Pero el pobre chico nos llamó cuando lo dejó, diciéndonos que estaba empezando a sentir cosas por ti y que tenía que irse —siguió mi padre—. Nos llamó después de que estuvieras en su casa y está destrozado.

—Os estáis quedando conmigo, ¿verdad?

—No —dijeron los dos a la vez.

No dije nada porque no estaba entendiendo nada. Me levanté lentamente, los dejé allí y me fui a mi habitación. Cerré de un portazo y me senté en la cama a llorar.

Quería dormir, quería despertarme y ver que todo era un sueño, o una pesadilla, algo que le diera sentido a todo lo que me habían contado. ¿Pero qué sentido iban a darle si no tenía ninguno? No, todo era una simple broma, un sueño, yo estaba dormida, eso no estaba pasando. Me iba a levantar y no habría pasado nada.

Sí, eso pasaría.

Y al levantarme, lo que vi fue a Kevin sentado a mi lado en la cama.

El grito que metí fue pequeño. Le tiré la almohada, empecé a chillar como una posesa, me levanté y le tiré todo lo que encontraba por el camino. ¿Una

lámpara; ¿Pues una lámpara!

—¿Pero ¿qué haces, loca? Deja la lámpara... —dijo calmado, o intentando calmarme, como si yo fuera un terrorista o un secuestrador.

—¿Pero ¿tú quién eres?

—Kevin.

Tus muelas, Kevin. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? Oh, mierda. Eres un asesino en serie, ¿verdad? Oh, dios mío, ¡ayudadme!

Chillé con toda la fuerza con la que pude. Él saltó por encima de la cama y jaló de mi brazo, haciéndome caer. Forcejamos un poco hasta que consiguió ponerse sentado encima de mí, con una mano agarraba las mías y con la otra tapaba mi boca.

—Voy a quitar la mano, lentamente. No chilles o te juro que te amordazo, ¿OK?

Asentí con la cabeza, estaba acojonada.

La quitó lentamente y me quedé allí, esperando a que hablara.

—Tus padres saben que estoy aquí —yo no quise ni piar, dejaría que la pesadilla terminara—. Me dijeron que te contaron. Tenemos que hablar, Vicky.

—No tengo nada que hablar contigo, te acostaste conmigo por dinero, ¿no?

—¿Qué? ¡No! —exclamó horrorizado.

—¿Entonces qué demonios está pasando aquí?

—Tus padres me tienen cariño, decidieron ayudarme a encontrar trabajo. Pero lo único que conseguimos fue como gigoló. Justo mi primer día, comencé en la pastelería. Ella me mandó allí al saber que tú volvías a necesitar personal.

—Pero lo que me contaste de tu familia...

—Es cierto. Todo es cierto. Como es cierto que tu madre me ofreció que intentara tener algo contigo, pero me negué. Porque sí, Vicky, ese era su plan desde el principio, pero no me di cuenta.

—Todo ha sido una farsa...

—No, lo nuestro no lo ha sido. Solo te oculté algunas cosas. Y que conocía de ti más de lo que pensabas, nada más.

—Me habéis engañado. Todos me habéis engañado – comencé a llorar.

—Me enamoré de ti, Vicky, esa es la única verdad.

Negué con la cabeza. No, no me creía nada. Eso era una broma de la cámara oculta. Nada era real.

—Vete —dije con rabia.

—No —negó con la cabeza.

—Necesito pensar en todo esto, Kevin, por favor.

—Cuando salga de aquí, vas a volver a ponerte la coraza. No vas a entender nada porque no quieres hacerlo. Como no has querido entender que tú te enamoraste de mí igual. Fuera un plan de tu madre o no. Lo hiciste.

—No, yo no siento absolutamente nada por ti.

—Deja de engañarte, Vicky, deja el miedo, el odio, el rencor. Abre tu corazón, escúchalo.

—Lo nuestro, lo único que yo he sentido por ti, ha sido deseo sexual. Te usé, con eso tengo suficiente —dije para herirlo.

Y vi cómo lo hice. Sus ojos mostraron todo el dolor que estaba sintiendo, cuánto le habían dañado mis palabras, pero me daba igual. Él era un hipócrita, un engaño, una simple mentira.

Se levantó de encima de mí y se marchó, sin volver a mirarme, cabizbajo, triste...

Anda y que le dieran mucho por...

Lloré, lloré desconsolada. Porque nada era una pesadilla, todo era cierto.

Mi madre, intentando ayudar a alguien. Mi madre, quien tenía un perfil en una página de contactos con mi foto y mis datos. Mi madre, quien había liado a un tío para que se metiera en mi vida.

¿Para qué?

Para joder, seguro. Porque así no ocurre. El amor no se fuerza.

Y la jodida verdad era que yo me había enamorado de él, de una mentira. Joder, odiaba mi vida.

Me derrumbé en la cama, jurando que esa sería la última vez que se reían de mí.

¿Y el perdón ?Eso no era posible

## CAPÍTULO 9



Estaba perdida, dolida, malhumorada. Hasta el mismísimo coño de mí misma, llevaba varios días sin hablar con mi madre, a mi padre tres cuartos de lo mismo, me levanta por las mañanas y me iba hasta por la noche, pasaba algunos ratos en la pastelería, pero aquello se me hacía insoportable, sobre todo, cuando me enteré que Alberto también estaba compinchado con mis padres.

Echaba mucho de menos a mi mulato, ya no me encerraba en el baño, ahora me veía como una muerta viviente recordando a Kevin por todas las esquinas.

Era lunes, estaba esperando que me pasara la desgracia del día, pero mejor pensé que se acabó, que, a partir de ahora, las cosas se iban a repartir, hoy le tocaría a Kevin, se me habían cruzado los cables, iba a joderlo en el sentido que fuera.

Cogí mi mini abollado, me dirigí directa a su casa, en el fondo lo necesitaba, me daba rabia reconocerlo, pero era así.

Llamé al timbre después de esperar a que se me pasase la llantina que tenía en esos momentos.

—Hola Vicky —dijo asombrado al verme apoyada en el quicio de la puerta—. Pasa, por favor. —dijo apartándose a la vez que yo le metía un manotazo que terminaba de llevarlo a la pared, entre como Pedro por su casa.

—¿Eres un poco violenta no? —preguntó aún pegado contra la pared.

—¿Yo? ¿Violenta? Jamás abras conocido alguien tan dulce como yo — solté para que se enterara y le quedara claro.

—Eres tremenda Vicky —cerraba la puerta negando con la cabeza. - ¿A qué has venido?

—A tocarte los cojones... —dije tan pancha.

—Ya veo...

—Pues eso —me senté en el sofá con los brazos cruzados.

—Pensé que cabía la más mínima posibilidad de que hubieses recapacitado.

—Por eso estoy aquí, creo que te dije bien poco para lo que te merecías —joder, cómo me estaba pasando, pero a la mierda que se currara el ganarme.

—¡Tú estás loca!

—No me toques la moral, Kevin...

—¿Yo? Eres tú la que has venido a mi casa a insultarme.

—Hombre, al menos soy buena gente, mejor en tu casa, en la calle no está bonito...

—¿En serio has venido hasta aquí para esto? No me lo puedo creer—  
negaba con la cabeza apoyada contra la pared, frente al sofá en el que estaba  
yo sentada.

—Ni que hubiera venido andando, te recuerdo que tengo coche.

—¡Ya está bien! Reconoce de una vez que sientes por mí ,que has venido  
por qué me echas de menos, deja de jugar a algo que te está haciendo daño y  
también me lo hace a mí —dijo con dolor y con una razón increíble, pero que  
me costaba admitir.

—Eres un poco chulo y creído ¿No?

En ese momento se abalanzó hacía mí y fue directo a la boca, quise  
apartarlo, no lo permitió y caí rendida a aquel beso que, en el fondo, iba  
buscando.

—Kevin... —puso su mano en mi boca callando.

—No digas nada, no lo hagas, piensa antes de hablar, sé que has sentido lo

mismo que yo con este beso —dijo con los ojos brillante, me miraba fijamente, necesitaba que cambiara mi aptitud.

Volvió a besarme al ver que no le contestaba, luego se apartó y me cogió de la mano, agachado de cuclillas frente a mí.

—Te amo, Vicky, sé que eres loca, contestona, a veces, muy borde, pero sé que en el fondo eres una grandísima mujer, llena de sentimientos muy nobles.

—¿Yo borde? —dije mientras le producía una sonrisa.

—No tienes remedio —negaba con la cabeza—. Pero me encantas.

—Pero Kevin...

—No hay peros, Vicky. Vamos levanta, quiero enseñarte que la vida es más bonita de lo que imaginas.

—¿Tú te crees que soy ciega? —pregunté refunfuñando de nuevo.

—¡Vamos! —me jaló para levantarme.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras lo seguía.

—Ya te lo he dicho, quiero enseñarte el mundo.

—¿¿¿Que nos vamos de viaje???

—Viaje el que te voy a meter como no te calles —dijo agarrándome la mano y cerrando la puerta.

—¡No me callo!

En ese momento me cogió por la cintura, en plena calle, me pegó contra él y comenzó a comerme todos los morros.

—Cada vez que hables, te taponaré la boca de esa forma —guiñó su ojo y volvió a jalar de mí.

—¿¿¿Dónde vamos??? —volví a preguntar para ver si era verdad que cada vez que hablará me iba a taponar la boca.

Lo volvió a hacer, para mi suerte, lo volvió a hacer.

—Espero que esta vez te haya quedado claro.

Asentí con la cabeza, ruborizada, pero me daban ganas de volver a preguntar, por cierto, reventé de nuevo.

—¿¿¿Me vas a decir adónde vamos??? —

Esta vez me apretó más fuerte contra él, el beso era perfectamente eterno, quise separarlo en más de una ocasión, estábamos en plena calle, pero eso a él le daba igual, estuvo un buen rato hasta que ya lo empujé.

—¡Vale, ya me callo!

—Menos mal que lo has entendido —dijo guiñándome el ojo mientras soltaba una sonrisa pícaro.

Llegamos a su coche, me abrió la puerta del copiloto y unos minutos después, ya estábamos rumbo a fuera de la ciudad.

Tiró para la sierra de Madrid, después de un rato en silencio y viendo que cada vez estábamos más alto, paró el coche y me quedé impresionada con las vistas que desde allí se divisaban, estábamos en medio de la nada, no entendí que hacíamos ahí, hasta que me agarró por la cintura y se puso tras de mi rodeándome, dejándome frente a esas impresionantes vistas en medio de la nada.

—¿Qué sensación tienes aquí frente a todo esto, Vicky? —preguntó en voz flojita.

—Me siento muy chiquitita...

—¿En serio?

—Sí —dije en voz flojita viendo todo aquel infinito, sintiéndole respirar en mi oído.

—Así me sentía yo, así, no encontraba un punto fijo, veía infinito, pero no te encontraba, me sentía muy chiquitito en el mundo, solo, así, donde ves todo, pero no lo que realmente te falta, así es como te amaba, en el silencio de la nada....

Mis lágrimas no tardaron en aparecer, él me giro y me dio un beso, un largo beso, allí los dos juntos, en medio de la nada, donde me di cuenta de todo, sobre todo de que lo amaba...

## EPILOGO



Un año después.

Me apoyé en la barra para mirar a mi mulato. Estaba atendiendo a la clientela con su sonrisa en la cara. Pero con camiseta debajo del delantal, eso sí.

Desde la visita que le hice a su casa, Kevin y yo no nos habíamos separado.

Su casa, la que ahora era la nuestra.

Desde el momento en el que abrí mi corazón y vi que estaba enamorada de él y que no tenía remedio, decidí ir a por todas. Y eso hice el día que, aunque no de la mejor manera, aparecí en la puerta de su casa.

Como os decía, desde aquel día fuimos inseparables, pero mantuvimos la relación en secreto unos días, más que nada por joder a mis padres, merecían una lección.

Pero duró poco porque, aunque lo intentara evitar, no podía esconder la felicidad que sentía por estar con mi mulato, por darnos a los dos la

oportunidad de tener algo.

Todo fue eso, una oportunidad.

Pero los sentimientos estaban ahí, habían florecido demasiado rápido y acabamos, en pocas semanas, por irnos a vivir juntos.

Ahora trabajábamos juntos en la pastelería y el negocio, por primera vez, iba viento en popa.

Apoyé la cabeza en la palma de mi mano y seguí mirándolo.

Estaba más que enamorada de él, era más que una obsesión, era más que adoración. Kevin se había convertido en mi vida y yo en la suya.

Los momentos que pasábamos juntos se nos hacía eternos a ambos, pero nuestra relación era sana, sólo que la época de enamorados y pegajosos 24 horas nos estaba durando más de la cuenta.

Me separé de la barra y entré en la cocina para preparar algunos dulces que empezaban a hacer falta. Con todo listo ya, cuando metí las manos en la masa que había preparado, noté algo extraño.

Saqué la mano con el objeto en cuestión. Era un sobre. Me limpié las manos e intenté abrirlo sin mancharme. En él había una especie de carta.

“Ahora estarás con el ceño fruncido y cagándote en todos los demonios por haberme cargado la masa de los pasteles, pero espero que cuando termines de leer esto, no quieras ahorcarme precisamente.

Cuando tu madre me propuso entrar en tu vida, me negué, pero al verte supe que ya estaba jodido, que, al aceptar el puesto en la pastelería, ya no habría vuelta atrás, me iba a enamorar locamente de ti.

Si, fue como un presentimiento.

Ese día, como te expliqué cuando me dejaste hablar, te seguía, no fue una casualidad que apareciera, aunque los desastres sabemos que fueron de tu

cosecha. Así que no me quedó más remedio que decir sí, e ir a, al menos, tenerte cerca. Tus ojos y tu mala leche ya me habían hechizado.

Pero bueno, no vamos a volver al pasado, lo importante es que ambos hemos decidido pensar que era el destino y no teníamos elección.

Y dirás que a qué viene todo esto...

Veras, amor. Porque eso es lo que eres, mi amor. El primero y el único. Y eso nunca va a cambiar.

Cada día que pasa, me enamoro más y más de ti, aunque no entienda cómo eso es posible.

No te diré mucho más, sólo que abras mejor el sobre y saques lo que hay dentro antes de seguir leyendo..."

Hice lo que me dijo y saqué el anillo que había dentro del sobre. Un anillo algo preciso, de oro blanco y, en vez de un diamante o cualquier detalle lógico, un zafiro en forma de Donut.

Me reí a carcajadas sin poder evitarlo.

Cogí la carta de nuevo y seguí leyendo.

... Original soy, eso seguro.

Nuestra historia no es normal, nunca lo fue, no iba a serlo el anillo de pedida, ¿no te parece?

Porque eso es lo que es, mi forma de preguntarte: ¿quieres casarte conmigo?

Ahora solo mira para atrás y respóndeme."

Hice eso, miré hacia atrás y asentí con la cabeza mientras las lágrimas corrían por mis mejillas sin control alguno.

Salí corriendo y me abracé a él mientras le decía cuánto lo amaba y él me

decía lo mismo.

No, nuestra historia no había sido normal pero el amor que sentíamos el uno por el otro era innegable.

Adoraba a ese hombre y, en ese momento, lo único que pude hacer fue dar gracias a mi madre por meter las narices en mi vida.

A mi madre y a todas las madres metiches del mundo. A veces acertaban.

Lo que fuera... Llevaba una alondra felicidad con mi mulato y, a partir de ese momento, nos esperaba toda una vida como marido y mujer.

Ese día salimos antes del trabajo, cogidos de la mano y...

Pisé una mierda.

No, no podía ser cierto, maldito Karma...

Pero lo era. Me quedé parada mientras Kevin no paraba de reírse. A mí, en ese momento, reírme era lo último que podía hacer. Sobre todo, cuando me di cuenta de que, con la tontería de la carta, no le había dicho a Kevin que iba a ser padre.

Y había pisado una mierda, claro, bonita manera del Karma de decirme que iba a casarme gorda como una foca.

Hice lo que tenía que hacer, me reí a carcajadas. Si tenía que ir gorda a la boda, iría, porque estaba segura que no había otra forma de ir mejor que esperando un hijo de mi amor.

Lo agarré de la mano y le di un beso, deseando llegar a casa, hacer el amor y contarle que, además de mi esposo, sería el padre de mi hijo.

¿Qué me depararía el Karma ahora?

El amor soy yo

# Prólogo

Por fin... Suspiré cuando vi la pantalla del ordenador encenderse y una enorme sonrisa se formó en mi cara.

Había tenido un día bastante ajetreado, entre la cita médica a la que había ido por la mañana y que había decidido aprovechar que estaba fuera para arreglar unos asuntos que tenía pendiente con mi abogado, había perdido por completo el día.

Así que lo primero que había hecho nada más entrar por las puertas de mi casa había sido encender el ordenador portátil.

Mientras encendía, tomé una rápida ducha caliente y me preparé un sándwich de pollo. Me acomodé en mi sofá favorito y me eché una manta por las piernas, era Octubre y ya empezaba a refrescar cuando se ponía el sol.

Revisé la bandeja de entrada de mi correo electrónico mientras cenaba y, cuando terminé, coloqué el portátil sobre mis piernas, decidida a empezar a escribir.

— ¿Sí? —resoplé al contestar a la llamada. Ni siquiera había mirado quién era.

—Bueno, veo que estás de buen humor—dijo irónica—. Venga, dime qué te pasa.

—Hola, Lucía —sonreí de nuevo mientras saludaba a mi mejor amiga.

—Vaya, eso está mejor. ¿Qué te dijo el doctor, Sofia? —preguntó yendo directa al grano.

—Todo está bien, no te preocupes. Solo era una revisión rutinaria —le volví a explicar por décima vez, pero así era Lucía, siempre preocupada por mí—. Y los documentos que tenía que firmar también, todo en orden —le dije antes de que me preguntara.

—Pues me alegra escuchar eso —dijo y yo puse los ojos en blanco, se lo había explicado decenas de veces, de hecho habíamos hablado varias veces por WhatsApp ese día y le había ido contando las cosas—. Iba a acercarme a tu casa pero se me hizo tarde en la oficina—dijo con voz triste. Lucía solía pasarse por casa casi todos los días para estar conmigo, ya que yo no era de salir mucho. Echábamos unas risas mientras tomábamos un café y liberábamos un poco el estrés del día a día.

—Oh, no te preocupes, tengo mucho trabajo—respondí deseando que con eso dejase de hablar y pudiera ponerme a escribir. Adoraba a mi amiga pero necesitaba mi momento de soledad mientras sacaba todo lo que tenía en la cabeza ese día

—Como si eso fuera nuevo... ¿Nos vemos mañana? —preguntó, pero sonó más a una orden.

—Nos vemos mañana —confirmé.

— Está bien, pero no trabajes mucho —me dijo antes de tirarme un beso y colgar el teléfono.

Me hizo gracia esa frase, sobre todo ese día cuando aún no había hecho nada más que encender el ordenador. A ese paso no acabaría la novela nunca.

Le quité el sonido al móvil y lo dejé encima de la mesa. Abrí el documento de texto y resoplé un rato después cuando vi que no podía centrarme.

Me levanté a hacerme un té caliente y me lo tomé en el porche mientras miraba cómo anocheecía.

Vivía a las afueras de la ciudad de Cádiz en una chalet con un enorme jardín. Había comprado esa casa unos meses antes cuando cansada del bullicio de la ciudad, decidí buscar algo solitario en donde pudiera trabajar con más calma.

Era escritora y, aparte de adorar la soledad, la mayoría de las veces la necesitaba para poder enfrascarme en el trabajo.

Toda mi vida había girado en torno a los libros, mi madre había sido escritora también y me había inculcado su amor por las letras, así que después de terminar mi grado en Filología y Literatura Hispánica, decidí probar suerte y escribir mi primera novela.

Las cosas no me habían ido mal, sino todo lo contrario. Así que desde hacía unos 4 años, me dedicaba solo y exclusivamente a escribir.

Y estaba feliz, tenía una vida que me encantaba, a mis 28 años había conseguido mucho más de lo que nunca hubiese esperado, la casa la había reformado completamente y todo estaba perfecto.

Todo excepto la soledad...

No sabía qué me pasaba últimamente, había tenido que visitar al doctor en varias ocasiones porque me sentía decaída y tenía miedo de que fuese anemia o algo peor. Era lo malo de ser escritora, tener una imaginación enorme.

Me habían hecho varias pruebas y todo estaba bien, me dijeron que podía

ser un poco de estrés y que debería de trabajar menos y tomarme algo de tiempo libre. Pero tenía una novela que terminar, mis lectores no eran de esperar mucho, querían saber ya el desenlace, así que tenía que poder un poco más.

Me terminé de tomar el té y viendo que no iba a ser capaz de poder centrarme y que mejor sería dar ese día por perdido en cuanto a escribir, cogí la tablet, una manta que siempre tenía preparada para tumbarme en el sofá del porche y me puse cómoda. Busqué una película divertida para ver y distraerme, pero seguía costándome.

No sabía por qué, pero esos últimos días, la soledad me estaba pesando más de la cuenta.

Tal vez necesitaba algo nuevo en mi vida, pensé mientras cerraba los ojos y me quedaba dormida.

# Capítulo 1

---

Desperté dispuesta a aprovechar ese día al máximo escribiendo la novela en la que estaba sumergida en esos momentos, necesitaba dejar volar mi imaginación y desarrollar todo lo que tenía en la mente desde hacía tiempo.

Me preparé un expreso después de darme una buena ducha, salí al porche a tomármelo, me gustaba hacerlo revisando las redes sociales y haciendo un seguimiento de las ventas de mis novelas, un rato después decidí coger el coche e ir a comprar pan para atrincherarme todo el día en casa.

Fui hacia la baguetería donde solía comprarlo, conforme me acercaba para aparcar pude ver de nuevo al chico del día anterior, en la puerta del comercio, con un cartel que decía:

***“No me gusta pedir, pero tengo hambre.  
Gracias.”***

Su mirada era preciosa, se notaba que no era de este país, su aspecto hacía presagiar que era de algún país del norte de Europa, tenía una mirada muy noble y notaba que le daba vergüenza estar en esa situación.

Me bajé del coche y me dirigí hacia él.

— Buenos días.

— Buenos días. ¿Cómo estás? —dijo en un castellano muy gracioso por la mezcla de idiomas.

— Bien, gracias. Me preguntaba si te apetecía tomar un bocadillo de estos que hacen aquí calentitos de tortilla con alioli.

— Perfecto, muchas gracias — dijo con voz tímida.

— ¿Una coca cola para acompañarlo?

— No, con el bocadillo es más que suficiente, ya tengo yo agua que cogí en una fuente de la calle de atrás, no se tome más molestias.

— Ahora salgo.

Entré con la sensación de que su mirada transmitía que era una persona que estaba sufriendo demasiado, el vivir en la calle y tener pocos recursos hacía que su aspecto fuera más dejado, pero se notaba que era un chico de unos 35 años aproximadamente, con una preciosa mirada y con una cara especialmente bonita.

Rato después ya estaba yo saliendo con el bocadillo de tortilla en las manos, una lata de refresco, un paquete de patatas y otro de galletas.

— Ya estoy aquí —dije mientras le entregaba la bolsa con todo lo que había comprado.

Se levantó rápidamente.

— Oh, gracias, esto es demasiado, no debías de haberte molestado.

— Para nada, mañana quizás me pase a mí y necesite que me ayuden, esto no es nada, solo espero que la suerte te cambie y tengas la posibilidad pronto de volver a reconducir tu vida.

— Dios te oiga, dejé todo por mejorar y perdí lo que tanto me había costado conseguir, aunque tenga que volver a empezar de cero, espero tener pronto una oportunidad de nuevo en esta vida.

— Estoy segura de que la tendrás, ¿de dónde eres?

— Soy de Noruega, precisamente de Oslo.

— Estuve de vacaciones allí unas navidades, aunque todo estaba nevado y disfruté como una enana en aquel país, se respiraba mucho respeto.

— Sí, prefiero el clima de aquí, pero allí vivía muy cómodo, era feliz, espero volver algún día, vine ilusionado por una propuesta interesante que me habían hecho pero me engañaron bien.

— ¿En serio? —pregunté sobrecogida por lo que me había acabado de decir.

— Dejé todo y encima perdí lo poco que tenía, me prometieron 6 meses en un trabajo bastante importante, pagué la casa por adelantado, me vine con lo justo para vivir un mes y cuando llegue no tenía ni casa, ni

trabajo y no apareció la persona que me movió todo. Lo poco que traje lo tuve que utilizar para dormir en pensiones y comer los primeros días mientras investigaba —se echó a llorar.

— Vaya, lo siento —dije con un nudo en la garganta mientras le cogía la mano para acariciarla e intentaba calmarlo.

— Tranquila, lo siento, no debí haber reventado ahora.

— Para nada, ¿cómo te llamas?

— Cristian, me llamo Cristian, ¿y tú?

— Yo me llamo Sofía y estoy encantada de conocerte.

— Igualmente.

— Te invito a tomar un café conmigo en esta cafetería, nos sentamos allí en la terraza, si te apetece.

— Claro, pero con lo que me has comprado es suficiente, yo te acompaño durante el café.

— No, eso guárdalo para el mediodía, ahora vamos a darnos un buen desayuno, no me vale que vuelvas a decir que no.

Me echó una preciosa sonrisa y le dije con la mano que me siguiese, la terraza estaba a pocos metros y nos sentamos allí.

— ¿Desde cuándo estás aquí?

— Hace un mes, estaba en San Fernando cuando me quedé sin recursos, me vine aquí, a Chiclana, andando. Conseguí encontrar una casa abandonada de estas que llaman de embargo, ahí estoy hasta que solucione mi problema o me echen —dijo con una sonrisa, encogiendo los hombros.

— Ahora, por desgracia, hay muchos okupas, la situación en este país está bastante mal en estos momentos.

— Sí, ya me di cuenta, por lo menos tengo donde dormir, un vecino me regaló un colchón y me puso una bomba de agua agarrada del techo para que me pudiese duchar, me las rellena todos los días, he sido muy afortunado habiéndolo conocido.

— Claro, poco a poco seguro que vas encauzando tu vida.

— Gracias por este café y estás tostadas calentitas —dijo mientras untaba la mantequilla.

— No me des más las gracias, es un placer poder estar charlando contigo.

— ¿A qué te dedicas?

— Soy escritora, me auto publico en la página de Amazon, además de publicar con alguna que otra editorial.

— ¡Me encanta! Siempre leí mucho, hace poco me leí uno que encontré dentro de la casa en la que estoy ahora mismo, realmente ya me lo he leído 3 veces —dijo riendo.

— Mañana te traeré varios libros —dije guiñando el ojo.

— Gracias, en cuanto lo leas los devolveré.

— Tranquilo, te traeré alguno mío, te obligaré a leerme —dije riendo.

— Claro, ¿que generó escribes?

— Un poco de todo, normalmente romántica, pero también he escrito sobre policíaca.

— Wow, se ve que tienes mucha creatividad.

— Me gusta lo que hago, poder vivir de ello me hace sentir bien conmigo misma, me encanta encerrarme en casa y dejar volar la imaginación.

Estuvimos más de una hora charlando allí sentados y me despedí de él con gran dolor en el corazón, por mí me lo hubiese llevado a mi casa para que se diese una buena ducha e incluso para que se quedase un tiempo, pero sabía que no podía hacer eso, sería todo un atrevimiento ya que detrás de cualquier cara de ángel puede haber un demonio.

Me fui de allí directa para mi casa, me puse a preparar la comida para dejarla lista para más tarde, era incapaz de sentarme y centrarme en ponerme a escribir ya que conocer a Cristian me había dejado un poco tocada.

Estaba terminando de preparar el lavavajillas para ponerlo a funcionar cuando escuché el pito de un coche fuera. Me acerqué y le di al botón que abría las puertas del garaje. Saludé a Lucía con la mano mientras la veía aparcar.

Dejó el coche en medio del jardín, como siempre hacía, sin preocuparse si estorbaba o no, y se bajó del coche con una gran sonrisa en la cara. Nos dimos un abrazo y se dejó caer en el sofá del porche.

— ¿Ya está listo el café? —preguntó directamente.

— Estaría listo si supiera que vendrías.

— No es la primera vez que vengo a tomarlo después de comer —dijo como toda excusa.

— Pero sí la primera en la que no recibo un mensaje de tu parte en el que me digas que vienes a tomarlo.

Me miró con los ojos entrecerrados.

— Está bien, ya lo preparo yo —resopló mientras hacía como que le costaba la misma vida levantarse del sofá.

— No, tranquila, prefiero hacerlo yo.

Le hice señas para que no se levantara, aún sabiendo que no lo iba a hacer y que todo era una estrategia para que lo hiciera yo, sobre todo sabiendo que odiaba que lo pusiera ella porque me desordenaba la cocina, y yo era un poco maniática.

Coloqué las tazas, el azúcar y el café recién hecho en una bandeja y me senté frente a ella.

— He tenido un día de mierda —empezó la retahíla de siempre.

— ¿Tu jefe? —pregunté yo como cada día.

— Sí, cada día lo soporto menos. ¿Te puedes creer que...?

En ese momento dejé de escucharla, siempre pasaba lo mismo, su jefe la explotaba y ella no tenía más remedio que callarse la boca. Pero claro, cuando yo le decía que entonces por qué se acostaba con él, se ponía en plan dramática a decirme que como novio era lo mejor, bla bla bla. La historia de siempre.

— Así que cogí y me fui —acabó y yo volví a mirarla de nuevo. Me quedé en silencio y bebí de mi taza de café—. Bueno, ¿y qué tal tu día?

— Muy bien.

— ¿Muy bien? ¿Qué ocurrió?

— ¿Por qué tiene que ocurrir algo?

— Has dicho muy bien.

— Porque ha estado muy bien —fruncí el ceño sin entender qué era lo extraño.

— Suelas decir bien o normal o como siempre. Pero muy bien... No, nunca dices muy bien —ese era su argumento.

— Ah —dije sin saber qué decir—. Pues normal —rectifiqué.

— ¿Qué me estás ocultando?

— ¿Por qué tendría que ocultarte algo? —pregunté inocentemente, confiaba en ella para todo pero no iba a contarle sobre Cristian cuando era algo sin importancia y ella pondría el grito en el cielo, la conocía bien y, además, cuando todavía ni yo misma había analizado la situación. Tampoco es que hubiese mucho que analizar, pensé. Solo fue un desconocido al que le presté ayuda.

— Eso me pregunto yo... —se me quedó mirando fijamente como si en mi cara estuvieran todas las respuestas a sus enigmas mentales, enarqué las cejas y le sonreí dulcemente— Mmmm... Está bien, si pasa algo, ya me enteraré. Bueno, a lo que vine...

— A tomarte el café —interrumpí.

— Sí, a eso también —se rió—. Tengo que hacer algunas compras estos días y no quiero ir sola, ¿te apetece...? No, espera, lo pregunto mejor, ¿puedes acompañarme, por favor?

— Vale.

— No digas que... ¿Has dicho vale? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

— Sí —me encogí de hombros.

— Oh, pues te llamo mañana y ya quedamos el día —se levantó corriendo del sofá y se dirigió al coche—. Me voy antes de que vuelvas a la realidad y cambies de opinión —abrió la puerta del coche—. ¡Te quiero! —gritó antes de cerrarla.

Le di de nuevo al botón para que las puertas se cerraran y recogí las cosas de la mesa. Iba con una sonrisa en la cara y ni yo tenía idea de por qué.

Me senté en mi sofá preferido, en el que siempre me sentaba a escribir y me dispuse a darle a las teclas.

Cuando me di cuenta ya había anochecido, así que apagué el ordenador, me preparé un vaso de leche caliente y me fui a la cama, no tenía demasiado apetito.

Me tumbé en la cama y se me vino a la mente de nuevo la imagen de Cristian. Era un chico encantador y su historia me había llegado muy adentro, no me atreví a preguntar mucho pero por lo poco que me había contado, tenía que haber sufrido demasiado, y más en un país extranjero.

Me sentí triste, pensando en cuánta gente habría así, viviendo en esas circunstancias y cómo un simple café y un bocadillo le habían alegrado el día.

Eso y una conversación con alguien que no lo juzgaba o lo miraba con lástima o cosas peores.

No sabía porqué pero ese chico me daba muy buenas vibraciones, era extraño. Aunque claro, era un extraño y no podía fiarme de él pero...

Me levanté corriendo de la cama cuando una nueva idea cruzó mi mente y corrí a encender de nuevo el portátil para escribirla.

Acabé a las tantas de la madrugada, agotada pero contenta. Me acosté pensando que al día siguiente, tenía unos libros que llevarle a Cristian y estaba segurísima de que le encantarían.

## Capítulo 2

---

Me desperté temprano, volví a prepararme el espresso con el que me levantaba todas las mañanas, cogí dos libros y los metí en mi bolso, un rato después ya iba en mi coche a la baguetería a comprar pan y entregárselos a Cristian, además que volvería a invitarlo a desayunar y le dejaría el bocata con su refresco pagado de nuevo.

Al verme aparecer con el coche, su sonrisa se iluminó rápidamente, me bajé enseñándole los libros.

— ¡Vaya portadas! Se ven muy lindos, estoy deseando comenzarlos a leer.

— Vamos a desayunar, vengo hambrienta.

— No puedo aceptar de nuevo que pagues, demasiado estás haciendo ya por mí.

— ¡Vamos! Deja ya de excusarte.

Comencé a andar ligera para que me siguiese, nos sentamos en esa terraza y le pedí al camarero que nos trajese dos cafés con dos molletes con jamón.

— No, por favor, no gastes tanto en mí.

— Bueno, algún día me tendrás que invitar a comer cuando comiences a trabajar.

— Ayer por la tarde me fui a un cyber y envié varios currículums para algunas empresas de esta zona.

— Cuando necesites que te envíe algo, solo debes de decírmelo.

— Eres muy amable —dijo esbozando una gran sonrisa.

— ¿Cuántos años tienes, Cristian?

— 36.

— Casi acierto, pensé que entre 34 y 35 años.

— Raro que no me has echado 50, se me han caído aquí muchos años encima.

— ¡Qué va!, se te ve genial, de tu edad, ni más ni menos.

— Me ha encantado que vuelvas, que te hayas acordado de traerme esos libros que tan feliz me harán esta noche, además mi vecino me ha tirado un punto de luz para que no esté a oscuras, me engancho un cable desde su casa.

— ¡Qué bueno!, quería preguntarte algo, ¿entiendes de jardinería?

— Bueno, antes de morir mis padres vivía en una casa a las afueras de Oslo, antes de independizarme también, ellos tenían un gran jardín y yo me dedicaba a ayudar a cuidarlo, no es que sea un experto pero ideas no me faltan. ¿Te sucede algo?

— Antes tenía un chico que me cortaba el césped, me cuidaba las plantas, me tenía muy bien todo el exterior, pero hace dos semanas lo contrataron en un hotel y ahora no puede venir a atender mi jardín. Había pensado si te apetecía venir a trabajar dos veces en semana toda la mañana mientras encuentras trabajo, puedo pagarte 300 € y puede ser de ayuda mientras que encuentras algo para por lo menos poder comer y coger algún medio de transporte para buscar trabajo.

Las lágrimas comenzaron a brotar por sus mejillas.

— Gracias, ¿pero de verdad lo necesitas?

— Claro, Cristian, yo entre escribir y preparar todo no tengo tiempo para atender la zona exterior, incluso la interior también viene una chica a limpiarme una vez en semana. Me encantaría que fueras tú para así al menos empezar a levantar un poco de cabeza.

— Te lo agradezco de todo corazón, yo feliz y agradecido, no temas por nada, no te fallaré, puedes confiar en mí, ya lo verás con el tiempo.

— Algo me dice que me puedo quedar tranquila, así que no te preocupes, mañana te recojo a las 9 y luego te traigo de vuelta.

— Me encanta poder empezar mañana —dijo mientras mordisqueaba el mollete con jamón.

— ¿Dónde vives exactamente? Para poder recogerte en la puerta.

— Pues ese café hacia arriba, la tercera calle de la derecha.

— Perfecto, me esperas en la esquina a las 9 —dijo mientras pedía otros 2 cafés.

— Genial, me has acabado de devolver la vida, aunque me saliese trabajo, los fines de semana te ayudaría con el jardín, no lo dudes, o por las tardes, te estaré eternamente agradecido.

No paraba de mirar lo guapo y limpito que venía, se había incluso afeitado, su melena media rubia tenía un precioso brillo, aunque el día anterior no se le veía sucio, solo más desgastado.

— Cristian, ¿cuánto sacas tú al día más o menos pidiendo?

— Unos 5 €, lo justo para comer ese día aunque sea un poco de pan con algo, en el momento que tengo eso ya me retiro y me voy para mi casa.

— Yo te pagaré por semana, mañana te daré los 75 € correspondiente a esta, lo digo por si no quieres más estar pidiendo puedes dejar de hacerlo

si quieres, ahora te compraré lo necesario para que pases el día de hoy.

— Tranquila, no hagas más por mí de lo que estás haciendo, de todas formas si voy a cobrar por semana voy a dejar ya de pedir pues me da mucha vergüenza, prefiero vivir de mi trabajo, con muy poco soy feliz, además por ahora no pago casa, con ese dinero será suficiente para poder mantenerme hasta que encuentre otro trabajo más. No sabes lo ilusionado que me levanté sabiendo que posiblemente me ibas a traer esos libros, algo me decía que no me mentiste cuando me lo dijiste, me acosté muy feliz.

— Espero que te gusten, de todas formas mañana te enseñaré la biblioteca que tengo en mi casa y puedes escoger los que quieras para irlos leyendo.

— Primero leeré los que tú has escogido, sabiendo que son escritos por ti me hace mucho más ilusión empezarlos.

— Gracias. Estoy encantada de que hayan caído en tus manos.

Sus gestos, su forma de hablar, su mirada, sus expresiones, todo lo hacía un hombre muy sensual, además de ser una persona muy respetuosa y con una de las miradas más nobles que había visto en mi vida, me daba mucha pena lo que había sucedido en su vida, quizás no se merecía lo que le había pasado, estaba deseando que su vida cogiera un rumbo, me hacía mucha ilusión poderlo ayudar de esa manera.

Pasamos toda la mañana charlando, se nos pasó volando, antes de despedirme lo llevé a la tienda y compré su bocata con su refresco y su paquete de patatas, además de pan y embutido para por la noche, me hizo

prometer que se lo iba a descontar de lo que le iba a pagar esa semana, evidentemente no se lo pensaba cobrar pero no tenía ganas de discutir con él en esos momentos y menos sobre eso.

Lo llevé hasta la puerta de su casa y allí nos despedimos hasta el día siguiente, mientras se bajaba del coche me dio mil veces las gracias.

Llegué a casa y guardé la compra en el frigorífico y dejé puesta la comida para que se hiciera, me apetecía comer algo caliente ese día.

Cuando ya estaba sentada en el sofá, con la televisión encendida mientras revisaba la agenda de los próximos días y unos sudores fríos me entraron al ver la cantidad de correcciones que tenía acumuladas, sonó el móvil. Como siempre, lo cogí sin mirar.

— ¿Sí?

— Hola, cariño, ¿cómo estás? —preguntó mi padre.

— Hola, papá, muy bien, ¿y tú? —dejé todo lo que estaba haciendo y me recosté en el sofá, cuando mi padre llamaba, siempre pasábamos mucho tiempo hablando.

— Hoy no fui a comer a casa.

— ¿Otra vez? ¿Qué pasó?

— Tu madre tenía una actividad con el taller de zumba y no podía venir a casa, así que para comer solo, me quedé en la oficina.

— Sabes que puedes venir a comer aquí —le repetí como siempre hacía. Mi padre tenía su propio despacho de abogados y mi madre era una moderna ama de casa que se pasaba el día entre actividad y actividad. Estaban los dos muy chapados a la antigua, al menos él y si ella no comía en casa, él tampoco.

— Sí, lo sé, pero no quise...

— Nunca molestas —le interrumpí—. Además, tenía que hablar contigo.

— Dime, princesa, ¿necesitas algo?

— Tengo un amigo que necesita ayuda, aún no sé mucho de él pero te puedo asegurar que es un buen chico. Si te enteras de algo...

— ¿Es tu novio? —preguntó emocionado y sorprendido a la vez.

— No, no es mi novio —medio gruñí—. Te dije un amigo, papá. Qué manía con los novios.

— Se te va a pasar el arroz —dijo como tantas otras veces y me lo imaginé encogiéndose de hombros y todo.

— Lo que decía —dije ignorándolo—, si te enteras de algo o cualquiera de tus amigos que necesiten un empleado, tenlo en cuenta. Yo ya te diré qué sabe hacer y qué no.

— Está bien, no te preocupes que no se me olvidará.

— Gracias, papá. Y ahora tengo que dejarte, no me alcanza el tiempo para todo lo que tengo que hacer.

— Está bien... —dijo de nuevo, esa vez resignado—. Pásate por aquí y salimos a comer. Hace días que no te veo.

— Te lo prometo, te quiero.

— Yo también.

Colgué el teléfono y me levanté para preparar la bañera de agua caliente, sentía demasiada tensión y quería relajarme o no iba a poder aprovechar el día para escribir nada y tenía mucho acumulado.

Me había gustado mucho hablar con Cristian y conocerlo un poco más y aunque le había dado vueltas a la idea de hacer algo por él, de encontrar alguna forma de ayudarlo, la que le propuse me pilló hasta por sorpresa a mí. Me había sentido muy bien cuando aceptó, era un buen hombre y merecía que lo ayudasen. Y aunque lo que le había ofrecido no era mucho, sabía que le había ilusionado. Y yo me había sentido extraña al ver esa sonrisa tan sincera en la cara.

Me dolía, cuanto más tiempo pasaba con él, lo difícil que era la vida a veces y los palos que le daba a quien menos lo merecía. Y aunque conocía de poco a Cristian, algo me decía que podía confiar en él.

Salí de la bañera y me puse ropa cómoda para pasarme toda la tarde escribiendo. Desconecté el móvil y el teléfono de casa para sumergirme en mi mundo pero la imagen de Cristian no se iba de mi mente, desconcentrándome continuamente.

## Capítulo 3

---

Sonó el despertador a las 8, me desperté muy ilusionada porque iba a ir a recoger en breve a Cristian, me tomé un espresso rápido después de una buena ducha, estaba deseando verlo, así que un rato después salí a darle el encuentro.

Cuando llegué ya estaba en la esquina, la verdad que el tío tenía una planta impresionante, llevaba unos tenis blancos muy bonitos con un vaquero ajustado y una camiseta blanca por fuera, encima una chaqueta de algodón gris muy chula, cada vez estaba cobrando un aspecto mucho más saludable.

— Buenos días, Sofía —dijo con una gran sonrisa.

— Buenos días, Cristian, te veo genial.

— Puede ser, dicen que la cara es el reflejo del alma y ahora mismo estoy muy feliz a comparación con días atrás.

— Cuánto me alegra oír eso.

— Quiero contarte que anoche me quedé hasta las 12 de la noche leyendo tu libro, batí récord de lectura, hasta que no me lo acabé no paré, me he leído la novela corta, escribes muy bien, me metí en la piel de los personajes perfectamente, me sentía en cada escena de la historia, es muy fácil leerte, quiero que sepas que ya tienes un fan más, pienso leerme todo

tus libros.

— Ohhh, es todo un halago, Cristian.

— Escribes de forma diferente, vas directo y claro, usas unas expresiones muy corrientes, tienen una esencia diferente tus libros...

— Al final me lo voy a creer...

— Sabes que tienes muchos lectores, por algo será...

Abrí desde el coche la puerta de entrada al chalet, metí el coche y comprobé cómo Cristian ya observaba todo el exterior, mientras nos bajábamos hacía alusión sobre ello.

— Esto es precioso, pero debes de perdonarme todo lo que te voy a decir, tiene un potencial muy bueno para darle mucho juego a todo el jardín, te daré, si quieres, unas ideas que apenas costarán dinero y pueden ser de gran utilidad, además que realzará todo el exterior.

— Me parece genial, pero antes voy a preparar un buen desayuno y nos lo tomamos en el porche, pasa que te enseñe la casa.

Entramos primero al salón, se quedó frente a la biblioteca, le dije que adelante, que podía coger los libros que quisiese, que mientras iba a ir preparando el café, me iba hablando y preguntando sobre algunos títulos de los libros, luego fui hacia él y le dije que me siguiese para enseñarle el resto de la casa, no era nada del otro mundo: 3 dormitorios, dos cuartos de baño, salón y

cocina.

En el exterior del chalet había una habitación para las herramientas del jardín y una pequeña buhardilla donde había una cama de matrimonio para invitados con un baño.

Saqué a la mesa de afuera las tostadas y los cafés, me dijo que ya estaba planeando el cambio que le iba a dar al jardín con mi permiso, empezó a hablarme de los palets, que con ellos sabía hacer grandes trabajos, que iba a intentar conseguir algunos para hacerme un leñero, para colocar bonita toda la leña allí en el exterior, en un lado de la parte de atrás.

Me pareció una genial idea ya que quedaría muy rústico y encima tendría buena provisión para el invierno, luego miró hacia el techo y me dijo que necesitaba alargar la parte del porche con un techo de madera para el invierno poder comer ahí incluso cuando lloviera, me estaba encantando todas las ideas que me estaba dando.

— Lo del leñero me ha hecho mucha ilusión.

— Esta tarde iré a buscar palets por ahí.

— No, vamos los dos y si es necesario incluso lo compro.

— Si quieres, podemos ir en tu coche a un polígono, seguramente por allí encontremos algunos tirados.

— Me parece genial, luego cuando comamos nos vamos por ahí a buscarlos, antes de dejarte en casa.

— Si tenemos suerte y los encontramos, mañana por la mañana vengo

a montártelo y no hace falta que me pagues ese día extra que voy a echar porque para mí valdrá para despejar la mente y lo hago como agradecimiento. Así que si me permite vendré varios días que no tenga que trabajar para hacer algunos trabajos que me gustaría ver puestos en este precioso lugar. Tranquila, que tú puedes estar a tu aire y que no te molestaré para nada.

— No me molestas, puedes venir cada vez que quieras, me parece que podemos aprovechar para hacer algo bonito aquí, creo que tienes mucha idea sobre ello y se podrá conseguir avivar esto un poco más, estaba pensando en ir a comprar macetas de colores vivos, con plantas que no sean muy débiles.

— Perfecto, si quieres cuando vayas a comprarlas, te acompaño, te puedo aconsejar bien.

— Me parece que si no tienes otro plan esta tarde, nos vamos de ruta por un invernadero y de paso, como está en un polígono, miramos si hay palets.

— Claro, me parece un plan perfecto para amenizar el día.

— Pues genial, después de comer vamos.

Terminó el desayuno y dijo que se ponía manos a la obra, ya sabía dónde estaban todos los cacharros para el jardín, así que lo dejé a su libre albedrío y yo entré a mi rincón del salón para ponerme a escribir.

Volví a prepararme otro café y me senté frente al portátil, desde la balconera podía ver a Cristian preparando el corta césped y el corta filos, se había quitado la chaqueta y se había quedado solo con la camiseta blanca de mangas cortas, aunque era otoño por las mañanas aún el sol calentaba, era espectacular ver los brazos tan definidos que tenía, esa camiseta había dejado entrever que tenía un cuerpo muy currado, debía haber hecho mucho deporte en Noruega.

A mitad de la mañana corté un poco de queso y puse unas lonchas de jamón con picos en un plato, salí para fuera, le dije que viniese a tomar un refresco, sonrió diciendo que no se quería distraer mucho, que quería dejar todos los filos bien cortados y medir para intentar hacer unas cosas. Me hizo gracia ver lo concentrado que estaba en su trabajo y lo bien que estaba dejando todo, era muy delicado y todo lo que se encontraba mal puesto lo colocaba perfecto, incluso por los cristales vi cómo había cogido un destornillador y estaba apretando unos faroles de la pared y luego les pasaba un pañito.

— Está delicioso el queso.

— Es uno de los pocos que como, está perfectamente curado y el paladar es inigualable.

— Tienes muy buen gusto, pero he observado que tienes muy buena mano con el interior, pero el exterior lo tienes muy desaprovechado.

— Tienes razón, siempre pensé que le hacía falta un cambio radical.

— Pues se lo vamos a dar, verás lo bonito que queda, vamos a

inspirarnos en Holanda, ¿te parece?

— Perfecto, me fío de ti.

— No te arrepentirás, verás el cambio que vamos a dar a esto. Bueno sigo trabajando que esto hay que dejarlo listo.

— Vale, yo me voy a poner a preparar la comida, verás qué bueno lo que te voy a hacer, en el fondo llevo una gran cocinera —dije muerta de risa.

— No lo dudo, pero no quiero ser un gasto para ti.

— Por favor, Cristian, no digas más tonterías, encima de todo me vas a hacer compañía, es un placer que comas conmigo.

— Bueno, por hoy acepto, pero ya hablaremos sobre ello —me guiñó el ojo mientras se iba para su lugar de trabajo.

Me metí hacia dentro y empecé a preparar huevos a la flamenca, era una comida que me encantaba y sabía que a él también le iba a gustar.

Antes de las 2 de la tarde lo avisé para que fuese parando ya que íbamos a comer, me pidió por favor que le diese diez minutos, le había dado un cambio al césped impresionante y se notaba muchísimo la mano que tenía y con la delicadeza que lo hacía.

Disfrutó de la comida como un enano y no paraba de decirme que hacía muchísimo tiempo que no comía algo tan delicioso, nos reímos mucho, se le notaba feliz y mucho más relajado.

Después de comer y de tomarnos un café relajados en el salón, Cristian quiso ponerse de nuevo con el jardín pero le pedí que no, que me iba a sentir mal y que descansara hasta que nos fuéramos. Me costó un poco de trabajo convencerlo pero finalmente aceptó, así que se acercó a la librería que yo le había mostrado cuando le enseñé la casa, cogió un libro y se sentó en el sofá que estaba frente al mío.

Sonreí al ver cómo se concentraba en la lectura y me dispuse a terminar algunas cosas que tenía atrasadas con la novela que estaba escribiendo en esos momentos.

De vez en cuando lo miraba, a veces casi sin darme cuenta y volvía a sonreír al verlo allí, cómodo.

Llegamos al polígono comercial y aparcamos justo delante de una enorme nave, un poco apartada de las demás, que servía de invernadero.

— ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó un chico de mediana edad cuando nos vio entrar.

Le hice señas a Cristian, dejándole claro que ponía el tema en sus manos ya que yo no tenía mucha idea y, además, confiaba en él. Me lo agradeció con una sonrisa, pero con algo de asombro.

— Pues verá —comenzó—, lo cierto es que tengo exactamente en mi cabeza qué es lo que nos queremos llevar —dijo hablando de los dos—, así que será fácil.

El chico lo miró con humor, acostumbrado a atender a gente con las ideas claras, o eso supuse.

Una hora después estábamos cargando todo en el coche: desde cactus,

flores de las cuales ni recordaba los nombres, abono... En un principio me pareció un poco exagerado pero bueno, yo le había dado el voto de confianza y ya estaba deseando ver todo eso colocado en mi casa.

A la salida del polígono encontramos los palets que necesitábamos y los metimos en el coche, iba a rebosar.

Llegamos a mi casa y lo colocamos todo en una esquina del jardín para que no estorbara y Cristian me volvió a repetir que comenzaría al día siguiente, aunque yo sabía que si por él fuera, hubiera comenzado en ese mismo momento.

A regañadientes se tomó una Coca Cola fría y picoteamos algo antes de montarnos de nuevo en el coche para llevarlo a su casa.

— Estoy deseando ver el jardín terminado, si con lo que has hecho hoy ya parece otro, no quiero imaginarme cuando esté preparado del todo —le dije mientras conducía.

— Espero que te guste, es lo mínimo que puedo hacer para agradecerte...

— Cristian, deja de decir eso, por favor, me voy a empezar a sentir mal. Y te repito que no tienes nada que agradecerme, así que no tienes por qué hacerlo.

— Bueno, en eso no estamos de acuerdo —dijo riendo.

— Cuando lo termines, seré yo quien tenga que agradecerte a ti.

Lo dejé en su casa y quedamos para la mañana siguiente.

No había ni terminado de sentarme en el sofá después de tomar una ducha cuando el móvil sonó.

— Vaya, hasta que te dignas a contestarme —dijo Lucía antes de dejarme siquiera saludar.

— Hola, Lucía.

— Te he llamado como 10 veces —dijo enfadada.

— Oh, pues no me he dado cuenta —dije extrañada al no haber escuchado las llamadas. — Estuve de compras y...

— ¡¿De compras?! —me interrumpió.

— Sí, Cristian...

— ¡¿Cristian?! —chilló de nuevo y yo gemí al darme cuenta de que había hablado más de la cuenta, ahora me tocará explicarle todo.

— Es mi nuevo jardinero —dije como si fuera lo más normal del mundo, que por otro lado no tenía por qué no serlo.

— Sofía, no sé qué me estás ocultando, pero ya puedes ir dándole a la lengua.

— Está bien —suspiré—, Cristian es un chico que conocí, pide, o mejor dicho pedía, en la calle. Me sentí mal al verlo allí y le compré algo para comer.

— Tú siempre tan caritativa.

— Y bueno —la ignoré—, lo invité a un café y al día siguiente decidí que como yo necesitaba un jardinero y él ayuda, pues ya está.

— Claro que sí, lo más normal del mundo es ayudar a un indigente todos los días cual Madre Teresa de Calcuta —dijo irónica—. Pero bueno, eres tú, no sé para qué me sorprende. ¡¿Y metes a un desconocido así en tu casa, estando sola?! ¡¿Estás loca?! —volvió a chillar, realmente mi amiga era la persona más dramática del mundo aunque yo sabía que en el fondo tenía razón.

— Es un buen tipo, no seas tan desconfiada.

— ¿Está contigo?

Le expliqué que no y que al día siguiente volvería y eso la puso más nerviosa. Así que después de pedirle decenas de veces que no se preocupara y que confiara en mí, conseguí terminar la llamada, nos sin antes decirme que nos veríamos al día siguiente.

Me tomé una pastilla porque la cabeza había empezado a dolerme y me acosté, no sin antes darle mil vueltas a la cabeza y preguntarme qué era lo que me estaba pasando. No era experta en el tema, pero tampoco tonta y lo que

estaba empezando a sentir por Cristian empezaba a asustarme, sobre todo porque casi no lo conocía.

## Capítulo 4

---

Eran las 9 ya estaba en el porche café en mano, estaba revisando las redes sociales a través de la tablet, un rato después ya estaba sonando el timbre de la puerta, pulsé el mando a distancia para que abriese un poco, ahí estaba Christian con la mejor de sus sonrisas.

Me levanté para preparar su café y traer varias tostadas, venía muy feliz, sacó un pequeño cuaderno de dentro de la chaqueta y me enseñó todos los croquis que había hecho para hacer el leñero y para que al lado se pudiese hacer un escobero para meter los cubos y escobas, además de productos de limpieza, además quedaba justo enfrente de la puerta exterior de la cocina.

Le escuchaba atenta mientras disfrutaba de ese café junto a su compañía, cada momento que pasaba a su lado comprendía que era toda una sorpresa la mente tan maravillosa que tenía.

— ¿Ves? Quedaría genial ahí justo en la entrada de ese pasillo que da a la parte de atrás, se vería más estético. Quedaría como un rectángulo desde la parte de arriba del muro hasta abajo y justo al lado otro con la mitad de capacidad para poner los productos de limpieza.

— Sí, va a quedar precioso.

— Eso es fácil de hacer, va a quedar listo en breve, deberías ir pensando en que te trajesen un porte de leña, quedará genial todo

colocado en la leñera.

— Claro, tengo el teléfono de una empresa de aquí cerca, ahora los llamo, seguramente esta misma tarde me lo traigan.

— Para entonces ya estará acabado.

— Tranquilo, no hay prisa, tómatelo con calma.

— Es un trabajo sencillo.

— Imagino que es porque lo has hecho muchas más veces.

— Claro, a mi padre le encantaba trabajar el palet.

Me encantaba verlo tan ilusionado, era increíble que en tan poco tiempo pudiera cambiarle tanto el semblante a una persona, estaba muy concentrado preparando el trabajo. Tras el desayuno se levantó y se puso manos a la obra, yo me metía hacia dentro y me puse a apuntar ideas sobre la novela en la que estaba sumergida escribiendo.

Cristian me había devuelto una parte muy dormida que había dentro de mí, pero en el fondo algo me echaba para atrás, estaba asustada por la velocidad que estaban cogiendo mis sentimientos, quise quitármelo de la cabeza, era imposible concentrarme, mi mente estaba junto a él.

Me fui hacia la cocina para preparar un poco de pasta para el mediodía,

quería que probase los espaguetis con gambas al ajillo, me salían deliciosos, estaba convencida de que a él también le gustarían.

Me hacía gracia escuchar la sierra, el ruido del motor me recordaba cuando mis padres hacían obras en la casa, me alegraba saber que iba a dar un cambio al exterior de la mía, los cambios siempre llenan de energía positiva nuestras vidas.

Era media mañana y ya estaba casi montado el leñero, salí hacia fuera con un plato con unas patatas fritas, además de llevar dos botellines de cerveza.

Estaba emocionado enseñándome cómo le estaba quedando todo, se tomó la cerveza sin dejar de hacer nada, cada vez que lo miraba más me gustaba, su forma de hablar y su mirada eran tan especiales que hacían que flotara por encima del suelo.

Un rato después ya estaba sacando yo la comida para comer en el porche junto a él, cuando lo probó le salió una preciosa sonrisa y me guiñó el ojo antes de decirme que estaba realmente delicioso que era una de las mejores pastas que había probado en su vida.

Después de comer hice como el día anterior, no lo dejé ponerse a trabajar, tenía que descansar, así que hizo lo mismo: coger un libro y acomodarse en el sofá para leerlo. Se había dado una ducha para vestirse con la ropa normal que llevaba y quitarse una muy desgastada que usó para trabajar.

Levanté la pantalla del ordenador un rato después y vi cómo se había quedado dormido, me gustó verlo así, de nuevo, tan cómodo en mi casa y ese pensamiento me asustó un poco.

Tras la merienda y unas risas, lo llevé a su casa y volvimos a quedar para el día siguiente.

Y eso se convirtió en una rutina los siguientes días. Pasábamos todo el día juntos y la complicidad entre nosotros cada vez era mayor, sobre todo mucha confianza, pero empezaba a pasarlo mal por las noches porque, aunque estaba

acostumbrada y además adoraba la soledad, en el momento en que volvía a casa después de dejarlo en la suya, empezaba a echarlo de menos.

Intentaba escribir, tomaba baños largos, ponía películas, pero nada, era como si algo me faltara y eso, más que enfadarme, me estaba asustando en esos momentos porque los sentimientos que tenía por Cristian se me estaban yendo de las manos y yo sabía que no iba a poder controlarlos.

La semana siguiente estábamos tomando un refresco en el porche a media tarde cuando le pedí que descansara un poco, ese día no había conseguido que se sentara conmigo en el salón porque estaba deseoso de acabar el escobero, cuando el pito de un coche sonó fuera. Me mordí el labio para no soltar cuatro barbaridades porque sabía exactamente quién venía de visita.

Le di al botón y las puertas se abrieron, entrando el coche de Lucía, quien aparcó como siempre lo hacía.

La había ignorado todos los días anteriores, diciéndole que tenía mucho trabajo y poniendo excusas para que no se acercara por la casa, pero sabía que en cualquier momento lo haría.

Se bajó del coche con una sonrisa de oreja a oreja, miró a Cristian y después me miró a mí.

— Ya veo que estás viva —me dio un beso en la mejilla y se sentó al lado de Cristian—. Imagino que tú eres Cristian, ¿verdad? Encantada de conocerte —le dio dos besos y él se rio mientras meneaba la cabeza por el descaro de mi amiga. Le pedí disculpas con la mirada y negó con la cabeza, diciéndome sin palabras que no las necesitaba.

— Encantado de conocerte, Sofia me ha hablado mucho de ti.

— Espero que cosas buenas.

— En realidad le dije que estuviste en la cárcel y todo eso pero no te preocupes, no se asustó —dije muy seria hasta que comencé a reírme al ver su cara de espanto —. Es broma.

Me levanté, le pregunté si quería un refresco y fui a buscárselo. Cuando llegué ya estaba contándole todos los problemas con su jefe a Cristian y el pobre tenía la expresión de preocupación mientras, imagino, intentaba seguirle la conversación.

— Creo que ya perdí demasiado tiempo —Cristian se levantó—. Será mejor que vuelva con lo mío o no terminaré todo lo que quiero hacer hoy.

-

Le guiñé el ojo, entendiendo que quería marcharse y lo miré mientras se acercaba al escobero que ya estaba casi terminado.

— ¿Este es el vagabundo? —preguntó mi amiga en un susurro.

— Se llama Cristian.

— Como lo quieras llamar. Ahora entiendo por qué estabas tan celosa de él.

— Yo no estaba celosa —dije con las cejas fruncidas.

— Celosa de que nadie lo viera —lo miró y le dio un repaso de arriba a abajo—. Joder, Sofía, tienes buen gusto —resopló.

— Deja de decir idioteces. ¿Qué tal el trabajo?

— Como siempre —suspiró esta vez—. Esta vez estoy pensando en dejarlo de verdad, tengo dinero ahorrado para poder vivir unos meses hasta que encuentre otro y esto ya me tiene demasiado mal.

— Eso lo has dicho como mil veces.

— Lo sé, pero esta vez es en serio, estoy cansada.

— Pues hazlo, Lucía, a ver si empiezas a tomar las riendas de tu vida sin el idiota de tu jefe.

— Mmmm... ¿Y tú?

— ¿Yo qué? —cogí mi lata para beber.

— He visto cómo lo miras, ¿te has enamorado?

No pude ni contestar, casi me ahogo con el refresco. Limpié el estropicio con una servilleta y miré malamente a Lucía.

— La escritora de novela romántica soy yo, no inventes —dije cuando pude hablar.

— El tiempo lo dirá, Sofía, o a lo mejor ni siquiera te has dado cuenta,

pero lo harás.

Ignoré el comentario y me llevé la conversación a terreno seguro aunque la curiosidad de si tendría mi amiga razón o no, se me quedó dentro.

Cuando Lucía se fue, llevé a Cristian y quedamos para el día siguiente, pero esa noche me costó conciliar el sueño, las palabras de mi amiga me dieron qué pensar y, aunque sabía que estaba sintiendo cosas por Cristian, prefería no darle muchas vueltas. Pero hasta ella se había dado cuenta, ¿significaba eso que él también había notado algo?

Es que la ropa nueva que se había comprado le sentaba...

Cerré los ojos y gemí, mortificada, me estaba muriendo de la vergüenza de solo pensarlo.

Los días siguientes le huí un poco, o al menos lo intenté, él notaba que yo estaba algo más seria, incluso me preguntó qué me pasaba pero yo le contestaba que tenía mucho que escribir y que la salida de la nueva novela me tenía demasiado nerviosa.

Estaba apagando el ordenador cuando lo escuché llamarme desde el jardín. Cuando me acerqué a la puerta de entrada, lo encontré allí, había venido a buscarme.

— Cierra los ojos —me dijo mientras los tapaba con una de sus manos y me hacía girarme, ayudándome a salir.

— ¿Qué haces? —pregunté riéndome nerviosa.

— Quiero que sea una sorpresa. Bueno, aunque lo has visto mientras lo

hacía, pero me hace ilusión.

— Vale.

— ¿Preparada? —preguntó cuando dejamos de andar.

— Sí —dije entre risas.

Quitó la mano y cuando abrí los ojos me quedé con la boca abierta. El escobero estaba abierto y pude verlo completamente terminado, aparte de cómo todo el césped de alrededor había quedado perfecto. El jardín había dado un cambio impresionante en unas horas.

Me giré y casi me tiré encima de él mientras le daba un abrazo. Me agarró por la cintura y se rio.

— Me encanta... —suspiré cuando me separé un poco de él.

— Me alegra que te guste, pero aún no está acabado —sonrió tímidamente.

— Sabía que me ibas a impresionar. ¡Es precioso! —me acerqué a él, que aún me tenía agarrada por la cintura y le di un beso en la mejilla.

Al mirarlo a la cara me puse colorada, yo no solía ser tan efusiva pero la sorpresa me había encantado. Carraspeó un poco y apretó el agarre en mi cintura mientras entreabría la boca y yo estaba deseando que me besara.

— Será mejor que vaya adentro —dije tímidamente cuando los

segundos pasaron.

— Sí, claro, y yo será mejor que me vaya.

— Espera, voy por las llaves del coche.

— No, no es nec...

— Te llevo y no hay más que hablar.

Llegué a casa después de haber ido los dos en un completo silencio en el coche y me metí directamente en la ducha, deseando que el agua caliente me aclarara un poco las ideas porque ese acercamiento con Cristian me había excitado demasiado. Las cosas ya estaban por completo fuera de control.

La rutina entre nosotros se había instalado rápidamente, y desde el día del casi beso, ambos estábamos extraños, sobre todo pendientes a cualquier roce entre nosotros.

Una de las tardes quedé con Lucía para acompañarla de compras, como le había prometido y ese día no vi a Cristian, lo que me tuvo con un humor muy irritable.

Cuando llegué a casa no pude dormir, no ver a Cristian me afectaba y tenía que pensar en buscar una solución pronto.

Intenté escribir, limpiar, cantar... nada evadía mi mente de los sentimientos que ese hombre provocaba en mí. Por una parte lo quería lejos y por otra lo quería cerca. Pero tenía que ser objetiva, su situación no era fácil y yo tenía que ayudarlo de alguna manera.

Quizás...

Me puse a dar vueltas por el salón, pensando en la idea que se me había ocurrido.

¿Y si le ofrecía quedarse a vivir temporalmente en la habitación que yo tenía fuera? Así podría ahorrar y...

Sonreí y me senté, contenta esta vez, deseando que me dijera que sí.

## Capítulo 5

---

Estaba ilusionada esa mañana ya que le iba a decir a Cristian que se viniese a vivir conmigo una temporada hasta que su vida consiguiese estabilizarse, no quería verlo viviendo de ocupa sin tener las cosas principales que nos hacían falta para el día a día y más que nunca se avecinaba un invierno y la casa en la que vivía no tenía las condiciones para pasarlo, ni siquiera agua caliente para ducharse.

Antes de que llamase a la puerta ya tenía el desayuno yo preparado en la mesa del porche que tanto nos gustaba, sonó el timbre y le di al mando para que se abriese la puerta, por su forma de entrar me dio la impresión que quería decirme algo nuevo.

— ¿Todo bien? —pregunté mientras nos sentábamos a la mesa de la cocina.

— Tengo algo que contarte.

— Me estás preocupando —dije al verlo tan serio.

— Sofía, he recibido una llamada de Oslo, ayer también me llamaron pero no me dio tiempo a cogerla y no pude devolverla ya que no tenía saldo en el móvil, pero hoy volvieron a llamarme. Era la agencia que estaba tramitando la finca de las afueras de Oslo de mis padres que queda en herencia para mí, llevaba un tiempo intentando venderla ya que yo no podía mantenerla, ahora tienen un comprador y quieren firmar dentro de 3 días.

— Pero eso es perfecto —dije emocionada, sabía que significaría mucho para él.

— Sí, eso podrá resolverme bastante la vida, la agencia se ha encargado de comprar mi billete de avión... Debo ir —dijo tras unos segundos en silencio.

— Claro, lo entiendo —le dije aunque estaba poniéndome triste pensando en que se iría.

— Prometo volver a terminar de hacer todo lo que te dije en tu jardín, es más, creo que me quedaré a vivir por aquí ya que ya nada me queda y este clima es más favorable, además te debo unas cuantas de comidas y unas cenas.

— No te preocupes ahora por eso, tienes algo importante que solucionar.

— Sí, ha sido una sorpresa —sonrió por primera vez.

Me alegraba muchísimo porque se le hubiese solucionado ese problema y

que ya pudiera tener dinero para afrontar la vida de mejor manera, pero se me había encogido el corazón al saber que se iba, ni siquiera sabía cuándo volvería, tuve que tragar saliva antes de poder contestar.

— No sabes cuánto me alegro, no te imaginas lo feliz que me hace que por fin vayas a tener una buena recompensa en la vida —aunque la sensación de desconsuelo que estaba comenzando a embargarme era enorme.

— Esa casa ha sido un quebradero de cabeza, ya que cuando la recibí de herencia tenía que pagar unas tasas y yo no disponía de tanto dinero, así que la agencia se encargó de todo. Al final tuve que recurrir a esta agencia, que se encargaron de pagarlo con la condición de que yo no podría disfrutarla y sería exclusivamente para venderla, ellos se quedarían un 25% de la operación una vez realizada la compra – venta

— Es mucho porcentaje.

— Sí, la casa tiene un buen valor, pero al encontrarse a las afueras de la ciudad, era más difícil encontrar un comprador adecuado, pensé que iban a tardar mucho más, por eso casi me olvidé de esa idea, pero ahora parece ser que la vida me quiere dar una alegría, estaba tocando fondo cuando tú me devolviste la felicidad pero me sigue haciendo falta algo para sentirme más autosuficiente, esto me ayudará a por lo menos poder vivir decentemente.

Las lágrimas empezaron a brotar por mis mejillas y me levanté y fui hacia él para darle un gran abrazo, en el fondo se merecía que la vida empezara a

sonreírle, sentí cómo me apretaba y correspondía a ese abrazo de todo corazón.

— Sofía, no te hagas ilusiones, en breve vengo a pagar todas las promesas que te hice, ahora me toca a mí pagar —dijo guiñando el ojo.

— Aquí te estaré esperando ¿cuándo te vas? —pregunté mientras recordaba que en esos momentos era yo la que le debía de estar pidiendo que se quedase a vivir conmigo y sin embargo me encontraba con la noticia de que se iba.

— Me voy mañana, hay que preparar documentación antes y después de la firma estar allí para hacer las liquidaciones.

— Cristian me gustaría pedirte algo....

— Lo que quieras, dime.

— Vamos ahora a recoger tus cosas y vente para acá, quédate conmigo hasta mañana y te acercaré al aeropuerto.

— No quiero ser molestia, Sofía, lo del aeropuerto no te preocupes que iba a coger un tren de aquí a Sevilla y hay un autobús hasta el aeropuerto, tengo algo de dinero ahorrado de los días que he estado aquí.

— No eres una molestia, además te pienso acompañar al aeropuerto, solo que quiero pasar el último día junto a ti, además de que no quiero que lo pases sólo.

— ¡Está bien!, gracias por todo, Sofia, muchas gracias, sin ti hubiese pasado los días más tristes de mi vida.

— Yo también, me has hecho una compañía preciosa, me has enseñado lo que vale una persona esté en la circunstancia o situación que esté, te voy a echar mucho de menos —dije mientras comenzaba a llorar y se vino hacia mí para darme un abrazo

— No llores, volveré, no dudes eso nunca, tengo una deuda de corazón contigo...

— No me debes nada, Cristian, no me debes nada —dije como un nudo en la garganta.

Cuando terminamos de desayunar fuimos a su casa en mi coche a recoger todas sus cosas, antes entró a casa del vecino a despedirse, ese hombre que tantos cables le había echado durante ese tiempo.

Antes de volver a casa fui hacia el mercado del pueblo para comprar un poco de pescado y hacerlo frito al mediodía, estaba muy callada, tenía el corazón encogido, estaba feliz por él pero en el fondo me estaban arrancando el alma, solo la idea de pensar que no lo iba a ver en algún tiempo me mataba lentamente.

Cuando llegamos a casa él se quedó en el jardín colocando todas las macetas de diferente manera para que se viese desde otro punto de vista, no paraba de decir que cambiar las cosas daba un aire nuevo al hogar y mejores vibraciones.

Durante la comida nos bebimos una botella de vino blanco, los dos estábamos un poco achispados y no parábamos de hablar, sobre todo él que comenzaba a contarme todas las etapas de su infancia y juventud en Noruega, incluso me contó la historia con una pareja que tuvo durante 4 años, al final ella le hizo mucho daño marchándose con otra persona.

La tarde la pasamos en el salón y encendimos la chimenea por primera vez durante este otoño, no hacía especialmente frío pero se apetecía bastante y así podríamos estar cómodamente con ropa más ligera como si fuese verano, además que el fuego traía un rollito especial.

Christian era todo lo que yo quería, me daba cuenta por minutos, no concebía la idea de que al día siguiente se iba a marchar, cada vez que lo recordaba me embargaba la pena.

Esta tarde nos hartamos de cafés además de comer muchas porquerías que yo iba pillando por la cocina y él me decía que íbamos a reventar, en el fondo necesitaba mucho azúcar para el cuerpo para poder digerir los días tan tristes y solitarios que me quedaban, ya podía sentir el dolor que me quedaba por vivir durante un tiempo.

Esa noche cenamos una sopa y poco más ya que estábamos muy hartos de todo lo que habíamos comido, nos pusimos cada uno en un sofá tirados para ver una película frente a la chimenea, después de verla nos pusimos a charlar hasta que caímos rendidos, dormimos en el salón cada uno en su sofá, justo donde habíamos caído croquis después de charlar y charlar.

Di varias vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, solo tenía ganas de llorar. No quería levantarme y que Cristian me viera, así que cogí el móvil y le mandé un WhatsApp a Lucía.

***“¿Estás despierta?”***

Contestó rápidamente.

***“Sí, ¿estás bien?”***

Le respondí.

***“No, ¿puedo llamarte?”***

En ese momento sonó el móvil y cogí la llamada.

— Dime, ¿qué te pasa?

— Cristian se va.

— ¿Se va? No entiendo.

Le expliqué todo tal como Cristian me lo había contado a mí.

— Bueno, pero volverá, ¿dónde está el problema?

— No sé, Sofía, pero me he acostumbrado a él.

— Eso ya lo sabía, solo hay que ver cómo lo miras y cómo hablas de él. Te enamoraste, ¿no?

— No —negué—, solo me habitué a tenerlo cerca.

— Mmm... Ok, si tú lo dices. Intenta dormir y dejar de pensar, mañana te llamo y charlamos un rato. Pero no te agobies, él volverá.

— Espero que tengas razón.

— Ay, loca, te enamoraste...

— Te quiero —le dije emocionada y con la esperanza de cortar el tema.

— Y yo a ti, loca. Venga, a dormir.

Le quité el sonido al móvil y me tapé hasta la cabeza con la almohada a ver si así podía dejar que la tristeza siguiera apoderándose de mí. Eso y olvidar lo que Lucía me había dicho: ¿me había enamorado?

Sí, lo había hecho...

Cuando me levanté por la mañana ya tenía puesto todo el desayuno sobre la mesa y me estaba diciendo que arriba, me puse las manos en la cara, no podía creerme que en un rato estaría dejándolo en el aeropuerto y despidiéndome de él, así que pese a mi corte me fui hacia él le dio un gran abrazo y le dije que lo iba a echar mucho de menos.

Tras el desayuno nos duchamos y salimos directos para Sevilla, durante el camino él no paraba de recordarme que volvería, yo le decía que ojalá fuese pronto y que si quería pasar una estancia en mi casa, sin problemas de tiempo, podía hacerlo ya que lo recibiría con los brazos abiertos. Me decía de nuevo que no quería ser un estorbo y que ya volvería en otra situación y podría pagarse un hotel, lo miré de forma asesina diciéndole que ni él se lo creía, que

no había mejor hotel que mi casa, le hizo mucha gracia y me dijo que por supuesto, que me lo había buscado, que pronto vendría a tirarse unas vacaciones en mi casa, la verdad que me dieron ganas de decirle que por mí se podía quedar conmigo toda la vida, pero era evidente que no sería capaz de decirle eso por mucho que lo estuviese deseando.

Llegamos al aeropuerto a lo justo ya que habíamos cogido un gran atasco debido a un accidente, facturó rápidamente la maleta y lo acompañé hasta pasar el control de seguridad para ir hacia la puerta de embarque, justo delante de la policía nos fundimos en un gran abrazo y él no paraba de darme las gracias y decir que jamás tendría vida para agradecerme todo lo que había hecho por él, lo vi alejarse mientras yo me quedaba con el corazón partido.

La vuelta hacia Cádiz fue angustiosa, tenía una presión en el pecho muy grande y no dejaba de llorar ya que estaba que no tenía consuelo por ninguna parte.

Justo antes de irse le entregué un sobre y le dije que por favor lo leyese cuando estuviese en el avión montado contenía 200 € y el siguiente mensaje:

***“Sé que cuando veas el dinero te vas a enfadar ya que no lo hubieses consentido coger por nada del mundo, lo primero que quiero que hagas es que cargues el móvil para que tengas llamada e Internet, que me digas que has llegado bien y que me vayas contando que tu vida se ha solucionado por fin, además tienes que estar 2 días allí y te pueda hacer falta para comer o moverte, quizás incluso para dormir. Sé que por tu condición eres capaz de quedarte en la calle, sin comer hasta el día de la firma y todo con tal de no habérmelo dicho.***

***No quiero que lo veas como un regalo, me lo puedes devolver cuando vengas si así estás más cómodo, quiero que sepas que me has enseñado***

*muchas cosas, sobre todo a quererte, eres de esas personas que siempre se quedarán grabada en mi corazón y que me tendrás cuando quieras.*

*Te voy a echar mucho de menos, ojalá vuelvas pronto.*

*Sofía.”*

Llegué a mi casa y comprobé que todo iba a ser muy triste, me tiré boca arriba en el sofá y me propuse intentar pasar esos días de la mejor manera posible y sobre todo dedicarla a escribir la novela que tanto me estaba costando terminar desde que apareció en mi vida Cristian.

Pasé la tarde muy triste, casi apenas comí, no podía ni levantarme del sofá, no dejaba de llorar, no me acostumbraba a la idea de saber que no iba a estar en esos días con él y quizás en muchos otros, en ese momento recibí un mensaje de WhatsApp.

*“Gracias de nuevo, otra razón más para volver a España, eres mi ángel de la guarda, ya te echo de menos.”*

No podía creerme que me estaba diciendo eso, casi me puse a temblar antes de poder contestar.

*“Me alegra mucho saber de ti, cuéntame un poco de cómo ha sido tu llegada.”*

Esperé atenta a su respuesta.

*“Me han puesto un alojamiento cerca de la notaría y se ha hecho cargo la agencia, he quedado mañana por la mañana con ellos para arreglar lo*

*último para poder firmar al día siguiente, ahora he bajado a comprar un sándwich y un refresco, me lo están preparando y subo para quedarme ahí relajado, esta noche empezaré la otra novela que me has regalado. “*

*“Yo me he tomado el día de relax y estoy reboleada en el sofá, me alegra mucho que ya estés instalado, al final vas a terminar poniéndote al día con todos mis libros.”*

*“Bueno, déjame contarte un secreto, te has convertido en una de mis escritoras favoritas...”*

*“Exagerado, eso lo dices para que me sienta bien.”*

*“Para nada, tienes algo especial a la hora de dejar plasmada tus historias, ya he subido a la casa y me estoy comiendo el sándwich, te vuelvo a repetir, y no lo digo en broma, que te echo mucho de menos.”*

Otra vez las lágrimas empezaron a brotar por mis mejillas.

*“Yo también te echo mucho de menos, como no vengas pronto iré yo a por ti.”*

“No creo que hicieses eso, no valgo tanto como para que tuvieses que perder el tiempo de esa manera.”

*“Vales para perder todo el tiempo de mi vida, tienes que empezar a valorarte más, tu humildad y forma de ser te hace muy grande.”*

*“Sofía, todo eso eres tú, recuerda que solo tú eres la persona que se ha encargado de alumbrar mi vida.”*

*“Eso no tiene mérito, seguro que si hubiese sido al contrario, tú también lo hubieses hecho conmigo.”*

*“Por ti ahora mismo daría la vida.”*

*“Cristian, cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme y comentarme, puedes contar conmigo para todo, no te dé vergüenza ni apuro hacerlo, por favor te lo pido.”*

*“Lo mismo te digo, en dos días lo que necesites puedes contar conmigo, volveré a ser medio persona.”*

*“Te repito que eres una gran persona.”*

*“Eso es con los ojos que tú me miras, preciosa.”*

*“Bueno, cariño, espero que descanses y sobre todo que tengas mucha suerte y salga todo perfectamente.”*

*“No te preocupes que te mantendré informada de todo, descansa y sobre todo no me olvides.”*

*“No podría hacerlo, buenas noches.”*

No podía dejar de llorar, me daban ganas de coger las cosas e irme para

Oslo, se me estaba pasando un montón de cosas por la cabeza así que decidí relajarme y acostarme a dormir.

Releí los mensajes varias veces, un poco emocionada pero también asustada. Si alguien leía eso, podía pensar que éramos más que amigos, y la verdad era que entre nosotros no había ocurrido nunca nada, pero era tan natural ser así con él últimamente...

Cerré los ojos sin poder parar de llorar, me sentía destrozada.

---

## Capítulo 6

---

Me desperté con un dolor de cabeza impresionante, era incapaz de verme con fuerza para coger la nueva rutina en solitario como siempre había sido, pero ahora faltaba algo muy importante en mi vida y era incapaz de sustituirlo con nada y mi mente no tenía la eficiencia con la que trabajaba habitualmente, estaba hecha un desastre, no tenía fuerzas ni para levantarme de la cama, aunque el desear un café me hizo que por fin me levantase, así que me lo preparé y me salí al porche a tomármelo.

En el momento de sentarme recibí un WhatsApp de Cristian.

*“Buenos días, señorita, me levanté acordándome de tu porche y los desayunos que nos hemos dado en él.”*

Me hice un selfie con el móvil y el café en la mano, se lo envíe directamente.

*“Aquí estoy, en estos momentos me acordaba de esos desayunos contigo en este rincón.”*

*“No me des más envidia, pronto volveré para disfrutar de esos cafés en ese porche a tu lado. Te mando un fuerte beso, ya tengo la cita para el papeleo.”*

***“Otro para ti, suerte.”***

Pues nada de nuevo a llorar y llorar, ¿qué me estaba pasando? ¿De verdad estaba enamorada? Estaba temblando de los nervios, tenía claro que debía de salir a la calle a comprar el pan e incluso a dar una vuelta por alguna tienda para que se me pasase un poco el agobio y la depresión que tenía en lo alto en ese momento.

Me fui hacia la ducha para cambiar el chip, me arreglé un poco y salí a la calle en el coche directa para el centro comercial de Bahía Sur, me apetecía dar una vuelta y ver ropa para que se me pasase un poquito el agobio, además me hacía falta renovar alguna cazadora y ropa de abrigo.

En ese momento sonó el móvil y lo saqué del bolso rápidamente, sin darme tiempo a pensar que Cristian no haría una llamada, si no que me mandaría un mensaje, de todas formas el corazón me iba a mil.

Terminé de hablar con mi padre y le prometí ir a visitarlo más tarde, quizás un rato con él me vendría bien.

Me pasé toda la mañana metida en las tiendas y comprando como una loca, no dejaba de mirar el móvil por si recibía algún mensaje de él pero por lo visto debería de estar muy liado que no me envió ninguno.

A la hora del almuerzo me fui hacia un McDonald que había ahí y me tomé un menú, mientras comía recibir por fin un mensaje de Christian.

***“Ya hemos dejado listo todo para mañana, si Dios quiere entonces podré empezar a decidir qué hacer con mi vida, aún no me lo creo, tampoco quiero hacer planes aún hasta que todo esté asegurado y firmado.”***

*“Cuánto me alegro, yo en tu lugar y lo primero que haría sería volver a España que aquí me tienes a mí para lo que necesites y allí ya no hay nada que te ate, además que te echo mucho de menos y el césped no para de preguntar por ti, jajaja.”*

*“Iré antes de lo que imaginas, pero antes quiero dejar algunas cosas resueltas aquí, te voy a contar un secreto y no se lo digas a nadie..... me cuesta mucho trabajo asimilar que no estás a mi lado... yo también te echo de menos, muchísimo de menos.”*

*“Te doy una semana para que vengas, si no voy yo a por ti...”*

Después de enviar el mensaje, me entró un ataque de risa de como se lo había dicho.

*“No sé si me dará tiempo a estar allí en una semana, en principio el hotel está pagado para 5 días más, pero no sé cuánto tardaré en resolver todo, creo que no me va a dar tiempo, pero no me importaría verte aparecer por aquí, es más, me daría mucha alegría...”*

Empezó a pasarme por la cabeza la maravillosa idea de coger un avión y aparecer en Oslo, pero en el fondo no sabía si él lo necesitaba o solo me lo decía para seguirme el rollo, pero se me pasaba mucho por la mente coger ahora mismo un avión y tirar para allí.

*“No me pongas a prueba, Cristian. Jejeje.”*

*“No eres capaz... No te veo con ganas de que un noruego te enseñe*

*esta ciudad.”*

Sin dudas me estaba provocando a que lo hiciese.

*“Te lo estás buscando, ¿cómo dices que se llama tu hotel?”*

*“El gran imperial de Oslo.... ¿Has anotado bien?”*

*“Perfectamente, te quedan 6 días.”*

*“Creo que no me va a dar tiempo, lo digo para que no pierdas el tiempo y vayas haciendo la maleta, sobre todo ropa de nieve que está todo Noruega de blanco, pero bueno... sigo pensando que serías incapaz de venir a verme.”*

Me fui rápidamente al buscador de vuelos y vi que al día siguiente había uno por la tarde desde Málaga, el precio era perfecto y sin pensarlo dos veces le di a comprar.

*“La verdad es que no, no soy capaz...”*

Estaba claro que no iba a decirle nada, iba a ir directa al hotel y lo cogería de sorpresa.

Estaba haciendo todo esto una locura pero en el fondo estaba haciendo la más bonita locura que había cometido jamás, no sabía si estaba metiendo la pata hasta el fondo pero tampoco quería quedarme con las ganas de descubrir qué pasaría si apareciese por allí, si era tan sincero en lo de que me echaba de menos, para él sería una grata sorpresa, además que no podía estar ni un día

más sin él.

Tras comer volví a entrar a las tiendas y empecé a comprar ropa muy abrigada, sobre todo especial para la nieve, por lo que me había dicho todo aquello debería de estar nevado, cosa que me hacía mucha ilusión poder ver en primera persona.

Cuando terminé las compras, fui a casa de mis padres. Mi madre, como siempre no estaba así que mi padre que ya había salido del trabajo, preparó el café para ambos.

— Tu madre tiene hoy ganchillo —explicó. La verdad era que mi madre siempre tenía alguna actividad, la creía poco, pero me encantaba que estuviese así, se le veía feliz. Y mi padre era un poco melodramático y pedía su atención, cosa que me hacía gracia.

— Soy incapaz de recordar qué tiene cada día.

— A mí no me queda más remedio. Pero dime, hace tiempo que no hablamos, ¿todo bien?

— Sí, mañana salgo de viaje —solté normalmente, estaban acostumbrados a saber que viajaba sola para documentarme por mi trabajo.

— ¿Vacaciones o trabajo?

—No lo tengo claro, pero vacaciones más bien.

— No lo tienes claro... ¿Vas sola?

— Sí, o no —me encogí de hombros.

— Me estás poniendo nervioso.

— ¿Te acuerdas de Cristian?

— ¿El chico para el que me pediste ayuda? ¿Quién te arregló el jardín?

— Sí, pues está en Oslo porque ha recibido un dinero —hice un gesto con la mano—, ya te lo explicaré con tiempo e iré a verlo.

— Oh, entiendo.

— La verdad es que no lo entiendo ni yo —reconocí, tenía mucha confianza con mi padre, podía hablarle de cualquier cosa—, solo que lo echo de menos.

— Ahora sí que entiendo —sonrió y sus cejas se elevaron.

— Quizás quieras explicármelo.

— No, vívelo. Solo te voy a repetir lo que siempre te digo: cuando llegué el momento, lo sabrás, sigue siempre a tu corazón.

Afirmé con la cabeza y suspiré. Cambié el tema y charlamos un poco sobre el trabajo. Un rato después me despedí de mi padre y le dije que llamaría a mi madre más tarde a contarle y me marché a casa.

Por la noche volví a estar *whatsappeando* con Cristian, me decía que una vez que pasase lo de la firma, quería tirarse la tarde de relax y disfrutando de poder respirar por una muy buena temporada tranquilo, el pobre demasiado mal lo había pasado en España, fue duro para él tener que pedir pero el hambre le podía más.

Preparé la maleta y me acosté rápido, llamé a mi madre y mi mejor amiga y me acosté rápido, por la mañana quería salir tranquila hacia Málaga que me llevaría unas 3 horas.

Por la mañana me levanté muy ilusionada por el viaje que me esperaba y porque me iba a volver a encontrar con Cristian, preparé la maleta con todo lo imprescindible ya que no sabía el número de días que iba a estar.

Sobre las 12 de la mañana salí hacia Málaga, 2 horas después paré a comer algo en una venta que había a pie de carretera, estaba totalmente nerviosa y Cristian me puso el primer mensaje en estos momentos mientras yo comía.

***“Ya por fin me siento un hombre, la firma ha salido genial, ya tengo el dinero en el banco, tengo que ir dentro de 2 días a recoger las Escrituras y***

*luego a pagar un impuesto municipal, solo me queda eso por hacer, pero al ser Jueves me pillaré el fin de semana por medio así que hasta el Lunes no podré hacer todo, me dedicaré a pasear y a comprar algo de ropa nueva.”*

*“Cuánto me alegro, estoy haciendo las maletas porque me voy el fin de semana con mi amiga a Granada, creo que me espera un precioso fin de semana...”*

*“Wow, pásalo genial, pero por favor no te olvides de mí y de contarme cómo te va todo en esa mágica ciudad.”*

*“Por supuesto que te escribiré, por cierto esta tarde tengo que hacer algo y tendré unas 4 horas apagado el móvil, si me mandas algún mensaje no te preocupes que cuando lo encienda te contesto.”*

Me entró la risa tonta, evidentemente cuando estuviese en el avión no le iba a poder contestar, me hacía muchísima ilusión verlo pero también tenía nervios por cómo reaccionaría al verme.

Pagué la cuenta y retomé el camino hacia el aeropuerto al que llegué una hora después, dejé el coche en el parking y fui directa a facturar, luego volví hacia afuera a fumarme un cigarrillo, aún faltaba una hora para que el vuelo saliese, así que hice un poco de tiempo y luego me fui a pasar el control policial para ir directa a la puerta de embarque donde rápidamente empezaron a llamar para que subiéramos a bordo, la verdad que se me había pasado la hora volando y ya estaba sentada en el sillón de ese maravilloso avión que me llevaría a volver a estar junto a Cristian como la única persona que sería capaz de poner una sonrisa en mi cara.

El vuelo fue un tormento, se me hizo lo más largo y pesado del mundo, mira que yo estaba acostumbrada a viajar y hacer vuelos hasta de 12 horas, pero debían de ser los nervios que estaba muy inquieta y deseando aterrizar en Noruega.

A las 21 el avión ya estaba aterrizando, cuando salí del aeropuerto me impresionó ver que solo se veía limpio los trozos de carretera, lo demás era todo nieve, incluso un cenicero que había fuera para pagar las colillas estaba hecho como un helado gigante, sobre él, decenas de cigarrillos clavados en el hielo.

Me fumé un cigarrillo observando todo en aquella asombrosa noche, frente a mí una fila de taxis, cuando acabé el cigarrillo me dirigí a uno de ellos y le di la dirección a la que me debería de llevar en Oslo.

Me monté en el asiento del copiloto, quería ir viendo de frente todo el camino, era una enamorada de viajar y sobre todo de disfrutar de las maravillas de lugares que hay alrededor de nuestro planeta, aunque era de noche, lo poco que podía ver me parecía fascinante y estaba deseando que llegase la luz del día para observar todo de una manera más real.

Por el camino le puse un mensaje a Christian y me dijo que ya estaba en la habitación del hotel viendo la tele y relajado, eso me parecía perfecto ya que no me vería entrar.

Me dieron las llaves de la habitación, un empleado me acompañó hasta ella, entre en ella y abrí las ventanas del balcón para fumarme un cigarrillo y mandarle un mensaje a Cristian, me hizo gracia saber que cualquiera que me viera ahí, me tomaría por loca por las temperaturas que había y yo fumándome un cigarrillo, estábamos a menos 15 grados.

Le mandé un mensaje a Cristian.

***“Seguramente ya estés durmiendo...”***

***“Casi, me gusta dormir pronto para levantarme temprano, mañana desayunaré tranquilo en una cafetería que hay aquí abajo que es como si fuese una librería, es una maravilla los desayunos que preparan en ella, mañana desayunaré como un rey, pero como siempre te echaré mucho de menos.”***

Ea, ya me lo había puesto fácil, ya sabía dónde iba a desayunar, así que ya tenía el lugar perfecto para aparecer por sorpresa frente a él.

***“Yo mañana también me voy a levantar temprano, cuando te vayas a tomar el café ponme un mensaje para yo tomarlo junto a ti aunque sea en la distancia.”***

***“Qué bonito lo que has acabado de decir, por supuesto que te avisaré.”***

***“Pues descansa, mañana hablamos. Un abrazo.”***

***“Otro para ti, princesa, que descanses.”***

Me puse loca de contenta por saber que en pocas horas volvería a estar con él, el fin de semana quería que él me enseñase todo aquello, quería disfrutar de su compañía y sobre todo de descubrir su lugar de origen, de ese modo lo empezaría a entender muchísimo mejor de lo que ya lo hacía.

Llené la bañera y eché el gel que había puesto el hotel en el baño, aquello se llenó de espuma de una manera bestial, pensé que iba a salir hasta por debajo de la puerta, me metí en ella y me encendí un cigarro mientras una

sonrisa volvió a aparecer en mis labios, qué cerquita tenía Cristian pero prefería esperar a por la mañana para darle la sorpresa.

Tras ese plácido baño me fui para la cama, encendí el televisor y pude comprobar que había canales internacionales en español, así que me puse a ver el Discovery Max, estaban dando un buen documental sobre alienígenas.

No me conseguía quedar dormida, varias veces salí a la terraza a fumarme un cigarro, los nervios me estaban desvelando completamente, hasta que no sé en qué momento por fin conseguí quedarme dormida.

## Capítulo 7

---

Me desperté con el sonido del WhatsApp del móvil, lo cogí de la mesita de noche rápidamente y descubrí que era de Christian.

***“Buenos días, princesa, ¿nos tomamos ese café juntos aunque sea en la distancia? Ya estoy en este precioso local que te muestra la foto.”***

¡Ya estaba allí!, madre mía y yo aún en la cama, se había tirado un selfie y estaba guapísimo, me levanté rápido, me vestí y fui a peinarme.

***“Buenos días en 5 minutos me estoy tomando el café contigo.”***

En ese momento ya estaba cogiendo el ascensor a toda leche, entré en él y me miré en el espejo para retocar un poco la coleta que me había cogido.

Salí del hotel y me di cuenta inmediatamente que a un lado de la misma acera estaba esa librería bar, resoplé de los nervios y cogí aire antes de dirigirme hacia él y plantarme en la puerta.

Una vez que llegue me di cuenta inmediatamente que estaba al fondo, pero de espaldas, así que lo iba a coger totalmente de improviso, me dirigí hacia él y me puse a su espalda y me acerqué al oído y le dije.

***“Ya estoy aquí para tomarme el café contigo.”***

En ese momento giró el cuello y levantó la cabeza para mirarme, se quedó

paralizado e inmediatamente le empezaron a brotar las lágrimas por las mejillas, me quedé mirándolo fijamente y de repente se levantó despacio y me dio un abrazo tan fuerte que rompió a llorar con todo su corazón a la vez que me decía:

— Gracias por volver a estar a mi lado en el momento que más solo me volvía a sentir, gracias, Sofía, anoche sentí que estabas cerca de mí, soñé que podía olerte pero no tocarte, ahora comprendo que mi corazón sentía que tú estabas muy cerca, estoy seguro que llegaste anoche —decía mientras aún me tenía abrazada.

— Sí, llegué anoche, no sabes lo tranquila que me quedo en estos momentos de saber que sí te ha hecho ilusión recibirme.

— Pues claro, Sofía, estuve a punto de pedirte que te vinieses conmigo el día que te dije que tenía que venir hacia Oslo, pero no me atreví, lo veía demasiado atrevido por mi parte.

—Ese mismo día que yo te iba a pedir otra cosa... —dije mientras me sentaba.

— Qué me ibas a pedir, Sofía —dijo mientras me agarraba la mano por encima de la mesa

— Nada, cuando me invites luego a un buen trago para entrar en calor entonces te lo contaré —dije riendo.

— Por cierto, ¿por cuántos días vienes? —dijo mientras me miraba a

los ojos con una gran sonrisa.

— No he comprado vuelo de vuelta, así que si hoy mismo te aburres de mí, lo compro y me vuelvo— dije poniendo sonrisa irónica.

— Pues si dependes de mí, espero que te hayas traído todo el contenido de la casa acuestas ya que no permitiré que te vayas nunca...

— Bueno, eso de que no me vaya nunca... También cabe la posibilidad de que nos podamos ir los dos que aquí veo que viene un invierno duro — dije bromeando.

— No me creo que estés aquí, Sofía, no me lo creo —dijo sin soltar ni un momento esa preciosa sonrisa que tenían sus labios.

— Yo tampoco que haya cometido esta ligera locura —seguí riendo.

— Más que ligera, preciosa locura, Sofía.

— Bueno, veremos por dónde sale —metí un mordisco a esa deliciosa tostada con mantequilla y jamón york.

— Por cierto, ¿esta noche también la tienes cogida de Hotel?

— Qué va, tengo que dejarlo dicho antes de las 12, solo cogí por

internet la primera, ya que lo hice a la bulla.

— Pues entonces haz cambios de maletas que te vienes a la mía, es muy grande y tiene dos camas, prometo no hacerte nada malo —soltó una risa.

— Bueno, no tendrías valor, eres demasiado bueno, pues me trasladaré a tu habitación sin dudarlo, lo tomaré como que estoy en unas vacaciones contigo —guiñé el ojo.

— Estoy pensando que ahora cuando hagas el cambio nos vamos a ir a alquilar un coche ya que quiero enseñarte todas las afueras de esta ciudad, hay lugares muy bonitos que quiero que descubras, haremos todo el fin de semana de turismo, el lunes ya pasaremos por la ciudad ya que tengo que recoger la documentación e ir a pagar el impuesto.

— ¡Me gusta el plan!

— Pues perfecto, qué alegría que estés aquí conmigo, vaya cambio de color para el fin de semana tan aburrido que se me planteaba.

— Una vez, una amiga que vino, me contó que había estado en un museo de vikingos, me encantaría conocerlo si es posible.

— Perfecto, el lunes te llevaré después de lo del papeleo, eso está aquí en la ciudad de Oslo.

— Genial, me está emocionando estos planes, además me valdrá investigar por este país para hacer una novela inspirada aquí.

— ¡Quiero ser el protagonista!

— Pues haría una novela de escándalo, si meto como te conocí y como terminé aquí.... —una gran risa salió de mi boca.

— Me encantaría verla plasmada.

— Lo haré, no te quepa la menor duda.

Terminamos muertos de risa inventando qué cosas podríamos meter para que sucediese y fuese más atractiva la historia, la verdad que congeniábamos genial, había una buena armonía entre nosotros que hacía que todo fuera fluyendo de forma muy especial y bonita, se notaba que nos sentíamos cómodos el uno con el otro.

Salimos del bar y nos dirigimos hacia el hotel y dijimos que me trasladaba a su habitación, hicimos el cambio y luego nos fuimos a buscar la casa de coches de alquiler donde rápidamente nos pusieron uno a nuestra disposición, me quedé alucinada al saber que las ruedas no necesitaban cadenas para la nieve ya que estaban preparada para ese tipo de clima.

Una vez que nos montamos en el coche, nos fuimos por una ruta que tardaríamos 3 horas pasando por el interior del país y viendo su salvaje naturaleza, yo estaba alucinando por el entorno que estaba viviendo durante ese magnífico trayecto.

Llegamos al lago Bygdin, se encuentra a una altura de unos 2000 metros,

una belleza cubierta por la nieve, nos sentamos dentro de un hotel que había justo allí y nos pedimos unos sándwiches con unos refrescos, de ahí hicimos un trayecto hasta la otra parte del lago Eidsbugarden, una zona extremadamente salvajes llena de cabañas, con un precioso paisaje, estuvimos merendando por aquel lugar y luego volvimos a Oslo, paramos por el camino para cenar ya que se nos hizo tarde, llegamos al hotel cerca de las doce de la noche, menos mal que en el coche íbamos calentito porque con las temperaturas que hacía allí nada más que te daba un poco el aire y te quedabas congelado.

Caímos rendidos en la cama mientras que hablábamos, yo estaba deseando que sucediese algo entre nosotros pero era evidente que nos respetamos mucho aunque yo notaba que él también me miraba de una forma especial y estaba a punto muchas veces de hacer que algo sucediera.

Por la mañana nos levantamos y preparamos para irnos a pasar el día por ahí, antes fuimos a desayunar a ese precioso bar librería.

Christian estaba súper cariñoso conmigo y no paraba de hacerme muestras de cariño, me trataba muy especial en todo momento y nunca le cambiaba el carácter, estar al lado de él me hacía sentir muy segura y protegida, no quería ni imaginar cuando me tuviese que separar de él.

Me llevó a ver la mejor vista de los fiordos tan espectaculares que tiene Tyrifjord, rodeado por pequeños pueblos muy pintorescos, algunos ya muy turísticos, paramos en Drammen situado en la boca del río Simoa, solo se encuentra a 40 km de Oslo, una zona muy verde aunque en estos momentos no se podía apreciar bien por la nevada que había pero se notaba que era un lugar totalmente tranquilo, nos fuimos al corazón de la ciudad a la gran plaza conocida como Bragernes torg.

Cristian me dijo que era una de las más grandes de Europa, llena de multitudes de bares y restaurantes, donde aprovechamos para hacer el almuerzo.

— Me está encantando este país, Cristian.

— Pues puedes venirte a vivir a él, tienes la suerte de tener un oficio en el que puedes trabajar desde cualquier parte del mundo —dijo guiñando el ojo.

— Ya, pero solo podría estar una temporada ya que echaría de menos el clima de mi tierra.

— Normal, lo he hecho hasta yo de menos —dijo sonriendo.

— Pues nada, puedes irte a vivir allí —dije sonriendo y soñando porque fuese cierto.

Después de la comida nos fuimos para Oslo, que también era impresionante ya que tenía un emplazamiento natural increíble de fiordos entre los bosques, lleno de cafeterías y bares y muchas atracciones culturales como el Museo de los barcos vikingos, al que al día siguiente iríamos a visitar.

Una vez que llegamos a la ciudad fuimos al hotel a cambiarnos de ropa y volver a salir a pasear para cenar por allí, Christian me llevaba agarrada todo el tiempo por el hombro, mientras me iba explicando cada edificio por el que pasábamos.

En uno de esos momentos por poco me mato ya que metí un resbalón por culpa del hielo impresionante, si no llega a haber sido por él, me como el suelo de lleno, me entró una risa de las mías, de esas que se escuchaban en

toda la ciudad, la vergüenza me hacía que me entraran esos ataques.

— Me encanta escucharte reír —dijo mirándome fijamente y se me cortó la risa de golpe.

— Soy muy escandalosa —me ruboricé tontamente, pero sentí vergüenza, sabía cómo era mi risa de escandalosa.

— ¿Y a quién le importa? Eres alegría —me acarició la mejilla y siguió mirando mis ojos fijamente.

— Es solo que estoy feliz aquí.

— Me encantaría escuchar que estás feliz conmigo —bromeó, quitándole importancia al comentario.

— Eso no lo dudes, pero bueno, a ti te tengo un poco visto y a la ciudad no —le saqué la lengua y comencé a andar de nuevo.

— Hablando en serio, ¿no te gustaría vivir aquí?

— Me encantaría, pero como te dije por poco tiempo, echaría mi tierra de menos.

— Normal, yo también echo esto de menos pero España, con su clima y sus costumbres, me lo pone fácil.

— No es que lo hayas tenido muy fácil —le recordé y me reñí por ello.

— Lo sé, pero una española cambió toda mi vida cuando me invitó a un bocadillo y un café.

— No digas eso, no me gusta que lo hagas.

— Pero es la verdad, me diste suerte o me diste algo por lo que ilusionarme y ahora mira, aquí estamos. El destino, quizás.

— Quizás...

Fuimos a un restaurante a comer un típico salmón, además probé un típico postre hecho con frutas de fresas manzanas y cerezas, acompañado con un poco de queso dulce conocido como Geitost.

De allí volvimos al hotel ya que hacía mucho frío para andar por la ciudad y eso era muy difícil de aguantar así que nos metimos en la habitación y nos pusimos a charlar un buen rato.

— ¿Qué sobre tus novios? —preguntó de repente mientras me acompañaba en la terraza y yo me fumaba un cigarro.

— No he tenido buena suerte en las relaciones —confesé.

— ¿Te han hecho daño?

— Digamos que ninguna me ha ilusionado o con ningún hombre he sentido que merecía o yo sentía nada especial.

— ¿No te sentías especial o nadie te hizo sentir especial?

— No lo sé, supongo que ambas cosas. Ya te digo que sentimientos fuertes no tuve con nadie —no iba a decirle que había empezado a tenerlos con él.

— Pero por ti sí los han tenido —aventuró.

— Sí, y cuando lo vi, me fui. No quiero hacerle daño a nadie.

— ¿Y no te gustaría enamorarte? —ya esa pregunta me incomodó un poco.

— Imagino que sí pero la vida dirá. Hasta ahora no lo he hecho y es lo que cuenta.

— Me gustaría decir que es triste, pero no lo siento así.

— Vaya, gracias —reí irónica.

— No me malinterpretes, Sofía, es solo que eso significa que no has amado nunca, así que el hombre al que ames de verdad, por primera vez, será afortunado —dijo seriamente.

— No sé, creo que escribir sobre el amor me ha hecho que me forme una coraza y me cuesta más expresarme, a no ser que sea por escrito, claro.

— Lo puedo entender, pero el día que llegue ese amor, lo sabrás.

— ¿Tan fácil es saber eso?

No contestó, si no que me miró a los ojos y levantó una mano con la que me acarició tiernamente la mejilla.

Acercó su cara despacio a la mía y nuestros labios se rozaron. Fue un beso dulce y acabó demasiado deprisa. Me miró a los ojos cuando se separó de mí y sonrió tímidamente.

— Es mejor que te abrigues bien, esta noche es especialmente fría y ya me he dado cuenta de que sueles destaparte mientras duermes.

Sabía que quería romper el hechizo del momento así que preferí olvidar lo que había pasado también.

— Buenas noches, Cristian —le dije mientras entraba en la habitación y lo dejaba allí.

— Buenas noches, princesa.

Me acosté y él hizo lo mismo. Cerré los ojos y evité suspirar, aún tenía su sabor en mis labios y tenía ganas de levantarme, acercarme a su cama y volver a besarlo. Pero estaba claro que no iba a hacerlo.

Además, quizás para él fue algo amistoso, un simple beso de cariño a una amiga. Que a mí me hubiese removido no significaba nada.

Estábamos los dos solos en una habitación de hotel y, si quisiera algo conmigo, lo habría intentado, seguro. Pero no, fue solo eso, amistad.

## Capítulo 8

---

Me levanté emocionada y triste a la vez por el beso que nos habíamos dado la noche anterior, me giré hacia el lado de la cama donde estaba Cristian y lo vi mirándome con una preciosa sonrisa, mientras se levantaba y venía para mí a darme un beso en la frente.

— Buenos días, preciosa, ¿qué tal has dormido?

— ¡Como un bebé! ¿Y tú?

— Genial, vamos a desayunar y luego vamos a arreglar lo del impuesto, en el desayuno quiero hablar contigo —me guiñó el ojo.

— Qué misterio, por favor...

— Anda, vamos a vestirnos y a meternos un buen desayuno.

Me fui al baño a asearme un poco y a cambiarme de ropa, estaba un poco intrigada porque me había dicho que iba a hablar conmigo y no sabía lo que quería decirme, de todas formas lo mismo le apetecía estar solo, esperaba que no fuese eso si no me partiría el alma. No era el mejor momento para pedirme hablar después del beso de la noche anterior, mi estado de nervios no iba a

mejorar pensando en lo peor.

Aunque hubiese sido de amistad, que seguro era así, imaginaba que podríamos seguir siendo amigos.

Entramos al bar y pedimos un menú especial de desayuno que ofrecían en aquel local.

— Sofia, hoy tengo que dejar el hotel ya que estaba reservado solo hasta el domingo por la noche que estaba incluida, me preguntaba cuánto tiempo te apetecía que estuviésemos por aquí ya que había pensado en la posibilidad de alquilar durante un mes una casa en la ciudad, luego había pensado que podemos volver a Cádiz y yo allí me alquilo algo durante un tiempo hasta que tenga claro qué hacer con mi vida, no sé si podrás disponer de tanto tiempo para poderte quedarte aquí.

Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo ya que me estaba proponiendo hacer algo de planes junto a mí, me parecía genial la idea de poderme quedar allí un mes con él y luego venirse conmigo para España, solo tenía que llamar a mi madre y decirle que se encargara de mi casa ya que tenía llaves y con echarle algún ojo era suficiente, tenía que acabar mi novela pero podía hacerlo ahí ya que me había traído la libreta donde iba anotando todos los capítulos, cuando llegara a España ya lo pasaría al ordenador.

Eso sin contar el alivio que recorrió mi cuerpo, ya me había imaginado sentada en un avión de camino a España y sola.

— Por mí acepto ahora mismo, no tengo nada mejor que hacer, además desde aquí puedo seguir escribiendo mi novela, espero que no te aburras

de mí tanto tiempo. Por cierto, lo que sí quiero dejar bien claro es que todos los gastos los vamos a pagar a medias: el de la casa, el de la comida y todo lo que hagamos, llevas pagando tú solo todo desde que llegué y eso no es justo.

— Sofia, ahora puedo permitírmelo y tú me ayudaste cuando más lo necesitaba y no tenía nada que echarme a la boca, te vas a quedar y no vas a pagar absolutamente nada, me sentiría horrible que lo hicieras ahora que yo puedo soportar la situación perfectamente y estoy muy desahogado, no me lo vuelvas a decir que me sentaría muy mal.

— No es justo, por cierto quiero decirte algo, el día que me dijiste que te tenías que venir y yo te conté luego que yo te pensaba decir algo importante.

— ¿El qué? Llevo desde ese día con la curiosidad.

— Era que te fueses a vivir conmigo, que estuvieses en mi casa el tiempo que fuese necesario hasta que encontrases un trabajo y quisieras hacer tu vida a tu manera, no quería verte más en aquella casa de ocupa, no quería que te falta hacen cosas que yo podía ofrecerte y la iba a hacer de corazón..

— Sofia.

— Déjame terminar, por eso ahora quiero pedirte que cuando volvamos a España te instales en mi casa el tiempo que necesites hasta que tengas claro qué es lo que quieres hacer, no voy a permitir que

alquiles nada ni te vayas a ningún lado, solo te pido que te quedes conmigo.

— Vale, tú acepta que yo pagaré aquí todo y yo acepto que me iré contigo a tu casa el tiempo que necesite para aclarar mis ideas.

— Trato hecho —le dediqué una bonita sonrisa.

En estos momentos tenía ganas de ponerme a saltar pero no era buena idea, seguí desayunando feliz junto a él, luego nos fuimos a recoger las Escrituras y a pagar el impuesto, fue cuando me enteré que había cobrado por la casa la friolera cantidad de 200.000 €, ya con todos los gastos quitados, me entró una alegría enorme de ver que en su vida había dado un cambio ya que cuando lo conocí no tenía absolutamente nada, aún recordaba el cartel que decía que le daba vergüenza pedir pero tenía hambre, jamás podría olvidar ese día, cuando lo vi en esa situación.

De allí nos fuimos a una agencia de alquileres de viviendas y nos llevaron a visitar 2, una era una preciosa casa adosada en una de las calles a los alrededores del centro de Oslo, estaba preciosa equipada y encima tenía una chimenea que nos llamó la atención inmediatamente, la cocina también era espectacular, nos miramos y reímos al pensar lo mismo ya que queríamos esa casa.

De allí nos fuimos a la agencia a hacer el pago y firmar por ese mes, salimos de allí con llaves en mano y fuimos al hotel a recoger nuestras cosas para trasladarnos a la casa ya que el coche también habíamos hablado con la

empresa y acordado que nos lo que daríamos todo el mes.

A las 17 ya teníamos todo trasladado y nos fuimos a hacer una compra a un supermercado, me quedé impresionada por los precios ya que eran muy altos y se pagaba casi cuatro veces más por los productos de lo que pagábamos en España, de todas formas allí los salarios serán mucho más altos que los nuestros y encima te pagaban un sueldo mensual por cada hijo que tenías.

Llenamos el carro hasta arriba y cuando pasamos por caja pagó la friolera cantidad de 500 € cosa que en España hubiera pagado ni 150, pero bueno, ellos estaban acostumbrados a esos precios.

Volvimos a la casa, hacía un frío que se volvía inaguantable sobre el rostro, tal como entramos Christian puso la chimenea a pesar de que había calefacción en toda la casa pero la había reducido en el salón para poder aprovechar el calor del fuego que era lo que realmente nos gustaba.

Coloqué toda la compra en la cocina, lo puse todo a modo muy ordenado y sobre todo la nevera, tenía una maldita manía con tener todo puesto a la perfección.

Metí una pizza en el horno para esa noche ya que queríamos algo rápido, Christian estaba muy feliz, el salón era muy acogedor, quedamos empezar a ver todas las noches algunos capítulos de una serie llamada Walking Dead, ya que queríamos engancharnos a ella, me habían hablado muy bien sobre ella y a Cristian le hacía mucha ilusión poderla ver.

Cuando vimos el primer capítulo corriendo fuimos a poner el segundo ya que nos había impactado la serie, era mucho mejor de lo que nos habían contado y eso que nos habían hablado maravillas.

— ¿Has hablado con tus padres? —me preguntó cuando volvió con dos latas de refrescos más, teníamos la serie puesta en pausa.

—Sí, mientras te duchabas. Le expliqué a mi madre todo para que no se enfadara ya que dice que siempre se lo cuento a mi padre primero —dije riéndome.

—Pero tienes a tus padres —dijo con pena.

—Eh, no te pongas triste —le di un abrazo—. Tú ya no estás solo —le recordé, refiriéndome a mí.

— No sabes cómo me emociona escuchar eso. Ojalá sea así siempre.

— No voy a irme de tu lado, Cristian, a no ser que tú me eches —reconocí.

— Nunca podría echarte, Sofía, ahora mismo eres todo para mí.

Nos quedamos mirándonos unos segundos y me besó. Pero esa vez no fue como la anterior, si no que fue un beso de verdad, dulce pero que mostraba el deseo que sentía por mí, ese que a veces yo había notado y que otras pensaba que era fruto de mi imaginación romántica.

Separé su boca de la mía pero él siguió dándome pequeños besos en los labios, como si no quisiese dejar de tocarlos. Se levantó como si le costara la vida y me tendió la mano. La agarré y lo seguí hasta el dormitorio de matrimonio.

— Si me dices que no, paro ahora —dijo cuando estábamos los dos de pie, al lado de la cama, sin tocarnos.

Por nada del mundo iba a decirle que no, estaba deseando que eso ocurriera entre nosotros. Le eché valor y pegué mi cuerpo al suyo. Fue lo único que le hizo falta para besarme apasionadamente, esa vez sin guardarse nada, sin control casi.

Nos desnudamos sin dejar de besarnos y caímos juntos en la cama. Me hizo ponerme de espaldas y se incorporó, observó mi cuerpo detenidamente y me miró a los ojos.

— No quiero perder lo que tenemos, princesa, pero no quiero parar esto que va a pasar —dijo con lo que sentí era un poco de culpa.

— No es momento de pensar —susurré.

Se colocó encima de mí y comenzó a besarme de nuevo mientras con sus manos acariciaba mi cintura y mis caderas. Dejó mi boca para besar mi cuello hasta llegar a mis pechos y yo me arqueé al notar la lengua en ellos.

Noté cómo su miembro rozaba mi entrepierna pero no se atrevía a entrar, algo normal.

— Estoy sana, tomo la píldora y confío en ti —le dije.

— Sabes que no es correcto.

— Lo sé, pero quiero sentirte por completo.

Gimió y se introdujo en mí suavemente. Comenzó a moverse sin dejar de

besarme, yo lo tenía abrazado por el cuello, siempre necesitando profundizar ese beso.

Llegué al clímax rápido y él me siguió al poco tiempo. No habíamos durado mucho, pero las sensaciones, al menos para mí, habían sido bastante intensas.

Nos tumbamos en la cama y me abracé a él, apoyando mi cabeza en su pecho y él me rodeó con sus brazos, nos tapó y me dio un beso en la cabeza.

— Duerme, princesa —susurró.

Cerré los ojos con una enorme sonrisa en la cara.

## Capítulo 9

---

Me desperté escuchando el fabuloso ruido de la cafetera y fui hacia la cocina y ya estaba Cristian preparando el desayuno y recibéndome con una sonrisa de oreja a oreja, se vino a darme un fuerte abrazo y un cálido beso en los labios.

— Buenos días, princesa.

— Buenos días, cariño.

— Ahora cuando desayunemos debo de salir un momento a hacer un recado que me es urgente, no tardaré mucho.

Me extrañaba que no me pidiese que lo acompañase pero intenté dar normalidad para no agobiarlo.

— Vale, me quedaré preparando la comida y recogiendo un poco la casa.

— No te esfuerces mucho, cuando vuelva yo te ayudo.

— No te preocupes, está todo más o menos ordenado así que me pondré a cocinar, me vendrá bien entretenerme un rato.

— Perfecto, de todas formas no tardaré

— Tranquilo, tómate el tiempo que sea necesario.

Después del desayuno se marchó no sin antes darme un gran abrazo y decirme que gracias por estar en su vida y hacerle todo más maravilloso, estaba bebiendo los vientos por él, cosa que yo antes no me hubiera imaginado ya que era muy independiente y no le daba demasiada importancia al amor ya que tenía una vida en la que hacía lo que quería, pero por lo visto Cupido me tenía preparado este gran flechazo que entraría en mi vida de forma fulminante.

Me propuse hacer una gran tortilla de patatas con una cantidad de huevos para que saliese gorda y jugosa, después me puse a empanar unos filetes de pollo para acompañarla, también aproveché para hacer unas lentejas para el día siguiente, estaba feliz, tenía puesto en el móvil la música que me había ido bajando últimamente, quería volver a empezar a tomar la rutina de escribir ya que no podía dejarlo mucho más tiempo, me estaba demorando demasiado por todo lo que me había sucedido.

Me llegó un mensaje de WhatsApp y cogí el móvil corriendo, esperando que fuera Cristian, pero era mi amiga Lucía.

*“Bueno, parece que desde que el frío te heló el cerebro, hasta a las amigas olvidaste, jajaja.”*

*“No seas tonta, solo he estado demasiado ocupada.”*

*“Ya, me imagino en qué, jejeje.”*

*“Estamos juntos, Lucía.”*

*“Ya tardabais. Te lo dije cuando me contaste lo de vivir un tiempo allí con él. Pero como nunca me haces caso...”*

*“Es perfecto...”*

*“No estoy yo para escuchar cosas románticas”:*

*“¿Pelea con el jefe de nuevo?”*

*“El pan de todos los días. Por cierto, ya llegó. Hablamos luego, tienes muchas cosas que contarme.”*

*“Claro. Cuídate, besos.”*

*“Besos.”*

Dejé el móvil y seguí con lo que estaba. Un rato después apareció por la puerta Cristian y traía con él una gran bolsa con una caja dentro, la puso sobre la mesa de la cocina.

— Sofia, este es un regalo que he comprado para ti, por eso quise irme solo pues tenía pensado en ir a buscarte este detalle.

— No tenías porque hacerlo Christian —dije poniendo cara de sonrojada por la sorpresa.

— Ábrelo, por favor —dijo sonriendo.

Saqué la caja de la bolsa y me di cuenta inmediatamente que era un portátil.

— Cristian, por Dios, ¿por qué te has metido en esto?

— Sofia, te es necesario para seguir trabajando, además que el que tenías en España te estabas quejando últimamente diciendo que te tenías que comprar otro, me hacía mucha ilusión regalártelo.

— No sé qué decirte, pero millones de gracias por este gran detalle —dije mientras me acercaba para darle un gran abrazo.

— Debemos de aprovechar este mes, además que debido al clima de este país nos veremos obligados estar muchos días aquí encerrados, te vendrá bien pasar todo al ordenador y yo aprovecharé con la tablet que me he comprado para mirar varias cosas que me interesan, además que quiero hacer un curso online de diseño, quizás algún día me puedo permitir el lujo de hacerte alguna portada.

— Sería un placer, me vendrá muy bien que lo hagas —dije muerta de risa por la gracia que me había hecho lo que me había dicho.

— También quiero investigar un poquito el mercado en Chiclana ya que la otra vez me enteré que había mucho chalets embargados muy baratos, me gustaría invertir en algo que fuese mío, aquella zona me gustó mucho para vivir, el clima es perfecto y tener el mar al lado es algo

imprescindible.

— Pues sí, te veo ya Chiclanero —dije descojonada de la risa pero deseando que así fuera.

— Dejemos todo fluir, el tiempo nos pondrá donde nos corresponde.

Se acercó a la tortilla y se quedó impresionado al verla, me pidió permiso para coger un pedazo y me hizo mucha gracia, luego, cuando levantó la tapa de la olla y vio las lentejas y las olió, se volvió hacia mí y me preguntó:

— ¿Quieres casarte conmigo?

Me entró un ataque de risa impresionante, evidentemente estaba de broma, si me lo llega a haber dicho en serio en ese momento me lo como a besos y le digo que sí.

Un rato después estábamos comiendo, empezamos a planificar el pasar el fin de semana en una cabaña al rededor de algún bonito fiordo, para mí esas cosas me hacían vivirla de forma muy especial, aunque cualquier día a su lado lo era.

Por la tarde empecé a preparar el nuevo portátil para adaptarme a él y escribir todo lo que tenía en la libreta anotado de la nueva novela, él se puso en la tablet a buscar una cabaña y al final me dijo que ya lo había encontrado, incluso reservado por internet, pero que no me iba a decir nada hasta que yo descubriese el Viernes de qué lugar se trataba.

Cristian hacía que todo fuera muy especial, sabía sorprenderme de mil maneras, incluso cuando no tenía dinero me sorprendió la capacidad creativa que tenía.

Esa semana pasó volando, tomamos la rutina de desayunar juntos en la casa o en la calle, luego volvíamos a preparar la comida y recoger un poco la casa y por la tarde yo me ponía a escribir y él se ponía con sus cosas en la tablet, por las noches cenábamos algo ligero y luego veíamos la serie Walking Dead, aunque muchas tardes también los cambiamos algún capítulo antes de empezar a hacer nuestras cosas.

El viernes por la mañana nos montamos en el coche después de meter nuestro pequeño equipaje y cogimos rumbo a ese lugar secreto al que tardamos aproximadamente 4 horas en llegar y que cuando lo hicimos descubrí que se trataba de Undredal, un lugar mágico y monumental fiordo, con unas encantadoras casas de madera enclavadas en ese precioso paisaje.

Un lugar con apenas 100 habitantes, donde había muchas cabras, además de ser famosa por la producción de quesos y por una preciosa iglesia de madera.

Paró frente a la cabaña donde le habían dejado escondida la llave, sacamos todo del coche y lo metimos en la casa ya que yo llevaba hasta la comida preparada para todo el fin de semana aparte de haber metido infinidad de deliciosos caprichos, así como vinos y refrescos.

Preparé la mesa y puse una botella de vino tinto y la lasaña que había acabado de calentar en el horno y que había preparado la noche anterior.

Cogimos la copa y salimos hacia fuera después de comer, queríamos disfrutar del vino mientras sentíamos y observábamos aquella maravillosa estampa que teníamos ante nuestros ojos, pese a que todo estaba cubierto de nieve en las casas, se veía precioso todo aquello, parecía como una especie de Valle.

Christian, al igual que yo, por culpa del vino, estaba muy meloso, él no paraba de hacerme gestos de cariño y mirarme con ojos de deseo, ya sabía que

un rato después íbamos a terminar dándonos un buen revolcón estrenando aquella habitación de la cabaña, no me equivoqué, una hora después estábamos caminando para la habitación.

El día siguiente nos levantamos temprano y nos fuimos a conocer los alrededores, para él sería algo normal pero yo estaba completamente boquiabierta. Comimos en un picnic que preparamos al aire libre y volvimos ya pasada la tarde a la cabaña.

Tomamos una ducha y nos sentamos en el sofá a descansar, la caminata nos había dejado agotados.

Cristian me hizo tumbarme y poner los pies sobre sus piernas y comenzó a darme un masaje, yo gemí de puro gusto.

— Podría acostumbrarme a esto —le dije.

— ¿A qué exactamente? ¿Al país? ¿A la cabaña? ¿Al masaje?...

— A todo —reí—. Pero sobre todo a ti.

— Más vale que te acostumbres, Sofía, me vas a ver más tiempo del que desearías.

— Ya te digo yo que tú acabarás aburriéndote antes de mí que yo de ti.

— Si tú lo dices... —dijo haciéndome cosquillas en los pies.

Me retorcí, era algo que no soportaba, chillaba y me reía como una niña pequeña y a él le pareció divertido.

— Ya —dije de la ronquera que tenía por el mal rato que había pasado.

— Me encanta verte reír —estaba en el sofá, tumbado sobre mí.

— Pero no así —me quejé.

— Prometo no hacerlo más. Pero solo si me besas.

— Eso es chantaje —me hice la ofendida.

— ¿Pero funciona?

— No necesitas chantajearme para que te bese, Cristian, pídemelo que lo haré con gusto —le dije sinceramente—. Me encanta besarte.

— No más de lo que me gusta a mí —dijo antes de darme un beso que nos dejó a los dos sin respiración.

Acabamos desnudos en el sofá, con toda la ropa tirada por el suelo, abrazados y haciendo el amor sin poder dejar de tocarnos. Me encantaba ese hombre, me sentía plena con él en todos los sentidos y lo amaba demasiado.

— Te amo, Cristian —le dije cuando el orgasmo nos dejó respirar.

Me miró emocionado y una lágrima cayó por su mejilla y eso me impactó.

— Repítelo —pidió con voz ronca.

— Te amo —le dije de nuevo, no me costaba ningún trabajo hacerlo, con él era algo natural aunque para mí fuese algo nuevo

— No más de lo que yo te amo a ti —respondió antes de besarme y volverme a hacer el amor.

— Prométeme algo, princesa.

— Lo que quieras —dije sin dudar cuando estábamos en la cama un rato después.

— Que no me vas a dejar y te quedarás conmigo.

— Esa promesa te la hice hace tiempo — y volví a besarlo antes de caer los dos rendidos en un profundo sueño.

La mañana del Domingo nos levantamos y recogimos todo, volviendo a la casa que habíamos alquilado.

Los dos íbamos felices, viviendo un bonito sueño. Llegamos y deshicimos el equipaje y decidimos quedarnos de relax. Aproveché para llamar a mis padres y a Lucía y, cuando nos dimos cuenta, estábamos los dos abrazados en el sofá, besándonos como la primera vez.

---

# Capítulo 10

---

Las tres siguientes semanas pasaron volando en Oslo, aunque no le decía nada Christian, estaba deseando volver a mi casa y encima con la fortuna que lo hacía junto a él, aquello me encantaba y me había habituado bastante bien pese al clima tan duro que tenían en esa época, pero echaba de menos el clima de Cádiz, a pesar de estar a principios de Diciembre, aquí podíamos disfrutar de días bastante soleados.

Preparamos todo el equipaje bien ya que íbamos cargados con muchísimas cosas que habíamos ido comprando y adquiriendo a lo largo de todo este mes.

Iba muy nerviosa para el aeropuerto, allí nos estaría esperando mi coche, cosa que tuve que llamar al parking privado para decir que lo recogía un mes después y abonarlo mediante tarjeta.

El vuelo lo pasé durmiendo ya que me había acabado de poner con el periódico y no me encontraba muy bien y me tuve que tomar una pastilla que me hizo caer en redondo y dormir casi todo el vuelo.

Al salir de la terminal del aeropuerto de Málaga, los dos nos miramos sonriendo por el cambio climático tan abismal que había entre un país y otro.

Cogemos el coche y tiramos hacia Cádiz, ya había oscurecido ya que eran las 9 de la noche, puse Cadena Dial durante todo el trayecto, me apetecía escuchar música de mi emisora favorita cuando conducía.

A las doce de la noche ya estábamos entrando por las puertas de mi casa, mi hogar, dulce hogar, en el fondo la había echado mucho de menos, dejamos las cosas en un rincón del salón nos tiramos en el sofá reventados por el viaje, en el mismo sitio donde nos quedamos dormidos toda la noche al igual que la otra vez antes de irse Cristian para Noruega.

Pasamos los primeros días habituándonos al nuevo ritmo de vida, fui a ver a mis padres sola y comentarle lo que me estaba sucediendo con la persona tan especial que había conocido y que iba a estar una temporada en mi casa, me pidieron que lo llevase que estos días a comer ya que lo querían conocer y por supuesto me dieron su aprobación. Yo sabía que sería así y les había contado cosas, sobre todo a mi padre, pero ahora era oficial y necesitaba contar con ellos. Me dijeron que me deseaban lo mejor del mundo y mi padre me recordó nuestra conversación antes de irme, salí muy feliz de casa ya que me desahogué con ellos sobre todo lo que me estaba pasando.

Cuando llegué a casa, Cristian me tenía preparada toda la comida y me había limpiado todo el polvo del salón y el suelo de la casa.

— Mi madre está deseando conocerte —dije sonriendo nada más llegar.

— Sería todo un honor para mí

— Mi padre por supuesto también, pero él se calla más en estos temas pero respeta todo y mientras hablaba con mi madre la sonrisa de él me dejaba entrever que también estaba de acuerdo. Eso y que hablamos a escondidas de mi madre, claro —me reí.

— Sofia, siéntate, quiero hablar contigo.

— ¿Pasa algo? —pregunté preocupada.

— No, princesa, quería comentarte que yo soy muy feliz a tu lado y estoy comprobando que tú también lo eres y que esto está marchando

seriamente y no nos hace falta pedir o adquirir un compromiso para saber que ya estamos unidos, por supuesto debemos de tomar una decisión para estar juntos, yo no podría vivir aquí mucho tiempo de prestado en tu casa, había pensado en comprarme algo cerca de la playa, al otro lado de la ciudad, así podríamos estar una parte del tiempo en tu casa y otra en la mía y yo me sentiría más cómodo y menos prestado, además podemos pasar aquí la gran parte del invierno y allí la primavera y el verano.

— Me parece una genial idea, yo solo te pido que no te vayas, quédate conmigo, sea aquí o en cualquier lugar del mundo.

— Claro, preciosa, jamás te abandonaré —dijo mientras me daba un cálido abrazo.

En esos momentos, mientras lo abrazaba, me di cuenta que todo el universo estaba conspirando para que nosotros estuviésemos juntos, éramos felices de aquella manera, había algo muy fuerte entre nosotros dos.

Los siguientes días pasamos viendo unos chalets de embargo bancario en segunda línea de playa, con un buen trozo de parcela y piscina, tuvo la suerte de ser el primero en ver una ganga, no se lo pensó y entregó la señal ya que estaba valorado en 200.000 € y lo estaba adquiriendo por 95.000 €, todo un chollo, era pequeñito pero muy coqueto, él estaba feliz de poder tener una propiedad y no sentirse viviendo a costa de nadie.

En una semana ya tenía firmado los papeles de la casa y estábamos adecuándola para cuando nos fuéramos a pasar allí una temporada, su cara de felicidad era lo más bonito que yo podía ver en esos momentos.

Él se puso a promocionar mis libros a través de las redes sociales y la

verdad que se notaba en las ventas, además, por la mañana, asistía a un curso intensivo de Photoshop para hacerme Banners de promoción y las portadas de mis próximas novelas.

Yo estaba mucho más centrada y volví a coger mi ritmo de escribir, se acaba una novela detrás de otra y siempre tenía una historia para montar en mi cabeza.

Habíamos ido a comer a casa de mis padres y le habían caído muy bien a Cristian, por supuesto él también les cayó muy bien a ellos, se tiraron toda la tarde charlando.

Las siguientes semanas fueron de ensueño, hasta que una fatídica mañana recibí una llamada que me dejó destrozada.

— Por favor, tranquilícese —escuché entre las brumas que tenía en mi mente en ese momento—. No vaya a conducir en ese estado, llame a alguien para que la traiga, ¿me escucha? —me ordenaban.

— Quiero verlo —decía llorando desconsoladamente.

— Lo hará, pero tiene que calmarse.

— Voy para allá —dije y colgué.

Llamé corriendo a un taxi para que me llevara al Hospital, por el camino iba contándoles a mis padres y a Lucía, me llamó cuando mi madre la llamó ya que yo no podía ni centrarme.

Salté casi del vehículo y salí corriendo por la entrada de Urgencias, pregunté por Cristian y me hicieron esperar lo que se me hizo una eternidad hasta que una enfermera me nombró y me hizo seguirla.

Entré en la habitación que estaba poco iluminada y lo vi sin moverse, con los ojos cerrados y lleno de cables.

Me acerqué a él corriendo, tenía que tocarlo.

— Cariño, soy yo, despierta.

Estaba como en un sueño profundo y no me escuchaba, y yo solo quería hacerlo reaccionar.

— Cristian, por favor, no te vayas, quédate conmigo —dije entre sollozos, pensando que se me iba la vida sin él.

En ese momento entró el médico y me hizo salir fuera para explicarme. Había tenido un accidente con el coche y tenía algunas magulladuras pero nada importante. El golpe en la cabeza había sido más fuerte pero según las pruebas, cuando bajara la inflamación, no deberían de quedar secuelas.

Un poco más tranquila, entré y me senté junto a él, sin soltarle la mano. Mis padres y Lucía aparecieron poco tiempo después y se negaron a dejarme sola.

Las horas pasaban y Cristian no reaccionaba y yo estaba empezando a asustarme demasiado.

Lloré como nunca lo había hecho, me sentía destrozada, solo quería que abriera los ojos y me mirara, pero seguía dormido. Mis padres y mi amiga intentaron que saliera a tomar un poco el aire pero yo no pensaba separarme de él hasta verlo bien.

Le di un beso en la mano y le repetí lo mismo que llevaba diciéndole desde que llegué.

— Cristian, por favor, no te vayas, quédate conmigo.

En ese momento mi amor comenzó a abrir los ojos y yo sentí que me desmayaba por la emoción.

— No, no intentes hablar —le dije.

Llamamos al doctor y nos dijo que era muy buena señal y que respondía a los estímulos, que en unos días, si seguía así estaría de vuelta en casa.

Y así fue, días después estábamos juntos en nuestra casa, los dos tumbados en la cama ya que él tenía que reposar y yo me había llevado el ordenador para allá y no dejarlo solo ni un instante.

— Pasé mucho miedo, cariño —le dije de repente, apoyada en su pecho, era la primera vez que hablábamos del accidente.

— Yo también. En el momento en que vi que el otro coche me embestía, solo podía pensar que no volvería a verte.

— Te dije que no te sería fácil deshacerte de mí —dije emocionada.

— Como si pensara en eso.

Levanté la cabeza y lo besé, no había dejado de hacerlo en ningún momento.

La vida me había enseñado con ese golpe que en cualquier momento puedes perder a las personas que amas y que por ello, jamás debemos de dejar de demostrar cuánto significan para nosotros.

— No te vayas, Cristian, quédate conmigo —le dije entre besos.

— Siempre contigo —contestó antes de devorarme a besos.

**FIN**

Una historia de amor

## Capítulo 1

---

Estaba preparando las maletas, por fin conseguía salir de ese hogar que me había estado cobijando durante toda mi infancia y juventud, recordé cómo con solo 5 años había sido entregada a ese centro donde me habían acogido hasta ahora que había cumplido mis 25 años.

Gracias a mi impecable esfuerzo en los estudios, me habían dejado quedarme hasta conseguir acabar mi carrera de Psicología y conseguir un trabajo.

Iba a instalarme durante un año con un matrimonio que solicitaban los servicios internos de una chica para cuidar a su hijo enfermo de solo 6 años, lo bueno era que me ponían alojamiento y comida gratis, el sueldo podría ahorrarlo íntegro para cuando terminase aquel trabajo, poder independizarme.

Cogí mis dos maletas con todos mis objetos personales y fui a despedirme del equipo directivo que me había estado cuidando durante toda mi vida, gracias a ellos tenía la oportunidad de emprender este nuevo trabajo, me abracé a Marc y Elizabeth, no podía dejar de llorar, en el fondo ellos habían sido como mis padres, aquellos que decidieron desentenderse de mí cuando aún era una niña.

El coche me estaba esperando, metí las maletas en el maletero y miré hacia la puerta para ver, quizás por última vez, aquel que había sido mi hogar.

Salimos de Dublín con dirección a Glendalough, un valle glaciar con mucho encanto, conocido como el valle de los dos lagos, espiritualmente espectacular, allí se encontraría mi destino, al que llamábamos la casa del lago, poco más sabía en esos momentos.

Tras una hora de carretera y pensando en todo el tiempo en cómo me iría en aquella casa, llegamos por fin al destino.

Me quedé impactada al ver la belleza del lugar, una preciosa casa de madera a los pies y del lago, rodeada por una belleza natural que inspiraba al mayor de los románticos.

El chófer me dijo que estaba en el destino y sacó mis maletas, me dio la mano despidiéndose y me deseó toda la suerte del mundo, ya que le había contado toda la historia por el camino.

No había subido ni las tres escaleras de madera hacia la casa, cuando salió un joven hombre con la mirada y sonrisa más bonita con la que jamás me había topado.

— Buenos días, debes ser Beatrice Alison, ¿verdad? —dijo mientras alargaba su mano para saludarme.

— Sí, señor, un placer saludarle.

— Yo soy Paul Claret, puedes llamarme Paul —dijo mientras cogía mis maletas y me invitaba a pasar.

Entré mirando todo alucinada por lo grande y bonita que era la casa, me llevó hasta un precioso cuarto de invitados donde, me dijo que esa sería mi habitación durante el próximo año, seguidamente me dio la bienvenida.

Dejé las maletas en la habitación y lo acompañé a enseñarme la casa, tenía la sensación de que toda la belleza que habitaba en ella estaba bañada por mucha tristeza, incluso en el rostro de Paul lo podía ver reflejado, había algo que me hacía presagiar que no marchaba bien, el tono de su voz era cabizbajo y como de cansancio, a pesar de ser un hombre espectacularmente atractivo.

— Perdona, Paul, ¿y el pequeño? Tengo ganas de conocerlo.

— Claro, ahora está con Magalys en el Centro Médico, ya que tenemos que llevarlo diariamente, hoy lo hizo ella, en un rato volverán.

— ¿Qué le pasa exactamente?

— El pequeño Liam está luchando una batalla pero en breve será vencido, le dieron como máximo un año de vida, a no ser que el tratamiento que recibe haga un milagro, pero aún no sabemos nada —dijo mientras sus ojos se inundaban de lágrimas.

— Lo siento, Paul —dije mientras me quedaba impactada y podía entrever el dolor tan grande que estaba atravesando ese padre.

— Lo sé, me da mucha pena por Liam, un amor con muchas ganas de vivir, pero la vida parece ser que no le dará esa oportunidad —dijo mientras servía dos cafés bien calientes, el otoño estaba siendo muy frío en aquellos momentos.

— La vida es muy injusta a veces, se suele llevar a quien menos se lo merece, quiero creer y pensar que es porque fueron elegidos para ir a un lugar mejor.

— Yo también, pero es muy duro que se lleve lo que más quiero en este mundo, él era feliz antes de pasar de todo esto, e incluso ahora siempre tiene una sonrisa en la cara, es mi vida, es muy duro saber en la soledad que me voy a ver sumergido.

— Os tendréis que apoyar el uno al otro, tendréis que salir juntos del golpe tan duro que os va a dar la vida.

— Ese es el problema, Magalys y yo no estamos bien, parece que toda la culpa de todo la tengo yo y está todo el día pagando todo conmigo. Ahora mismo el hilo que nos une es Liam, aunque no hablemos sobre ello, es evidente que cuando él no esté, lo nuestro será una separación sin retorno, casi no queda amor entre nosotros.

— Lo siento, Paul —dije apenada al ver lo mal que estaba, a ese hombre lo estaba consumiendo la tristeza.

— Le rogaría que no le contases nada a Magalys de lo que te he dicho.

— Tranquilo, sé guardar secretos, cuando necesites hablar con alguien, aquí me tendrás.

— Gracias, Beatrice, verás cómo Liam te ganará desde el minuto uno.

— No me cabe duda, estoy deseando conocerlo.

Terminé el café y fui hacia mi habitación a colocar todas las cosas, estaba afectada por lo que me había acabado de contar Paul, algo dentro de mí decía que esa familia estaba totalmente destruida.

Tras colocar todo salí hacia fuera, tenía ganas de sentarme frente al lago y respirar un poco de aire puro en medio de aquel entorno natural, me senté en un pequeño sillón de madera para observar todo.

— Es mi lugar para sentarme preferido —escuché a Paul tras de mí.

— Eres privilegiado, poder vivir en un lugar así —dije mientras observaba cómo se sentaba en el sillón de al lado mía.

— Será por la situación que estoy viviendo pero lo veo el lugar más triste en el que jamás he vivido.

— Puede ser que sea por eso, para mí esto es libertad, después de vivir en aquel lugar durante 20 años.

— Tienes razón, cada uno vemos en la vida desde el lugar que nos ha tocado hacerlo, imagino que eres huérfana, ¿verdad?

— No lo sé, creo que mis padres aún viven, decidieron desentenderse de mí cuando tenía solo 5 años, recuerdo las lágrimas de mi padre cuando me dejaban en este lugar y la cara de alivio de mi madre al hacerlo. No comprendo cómo mi padre pudo permitir eso, si de verdad le dolía tanto hacerlo, ha tenido 20 años para buscarme, en definitiva... es como si fuese huérfana.

— No entiendo cómo algunos padres pueden hacer algo así, daría ahora mismo mi vida por salvar la de mi hijo, Magalys también lo haría, ama a su hijo con locura, aunque a mí dejó de hacerlo hace tiempo, pero como madre jamás se la podría juzgar.

— Entiendo.

Un silencio inundó por unos instantes ese momento, me daban ganas ir hacia Paul y darle un gran abrazo, quizás el mismo que yo también necesitaba, pero indudablemente no sería capaz de tener ese atrevimiento.

Momentos después apareció un coche que intuí que era Magalys con el pequeño Liam, ella bajó rápidamente, saludando con la mano y con una sonrisa en la cara, iba impecable, parecía acababa de salir de una revista de moda, totalmente conjuntada, por su apariencia nada hacía presagiar el dolor por el que estaba pasando, pero como siempre en esta vida, no sabemos qué hay detrás de cada persona y siempre juzgamos por las apariencias.

Me acerqué hasta ella y le di la mano, ella respondió acercándose y dándome dos besos.

Abrí la puerta donde estaba Liam y me quedé impactada al ver la belleza de ese niño y la sonrisa con la que me recibía diciéndome hola con la mano.

— Eres muy bonito —dije mientras le ayudaba a salir del coche.

— Gracias —dijo mientras me pasaba por al lado dejando constancia que ya podía salir él solo.

Liam fue corriendo hacia los brazos de su padre, se notaba que había mucho amor dentro de él, indudablemente era recíproco.

Magalys le dijo a Paul que tenía que irse a trabajar, que a la noche se verían, se despidió de mí diciendo que ya su marido me pondría al tanto de todo lo que tenía que hacer.

Se fue con mucha frialdad hacia Paul, solo se despidió de Liam dándole un gran abrazo.

Quedamos solos los tres ahí fuera, no paraba de observar al pequeño ya que era precioso y se le notaba que estaba correctamente educado, pero su

mirada anunciaba que algo terrible estaba sucediendo dentro de él, sentí impotencia de saber que esa preciosa vida se estaba pagando y no se podía hacer nada por remediarlo, empecé a comprender a Paul más que nunca.

Paul fue hacia dentro y salió con una carpeta y unos folios en el interior.

— Toma, léelo tranquila mientras preparo un té.

— Gracias —dije mientras cogía el sobre que sabía que era donde venían reflejadas las condiciones de mi trabajo.

— Voy a ir a ponerme cómodo, tengo ganas de estar en pijama —dijo Liam.

Me quedé pensativa un rato, mirando hacia el horizonte, algo de Liam se me había grabado en mi corazón, sabía que si firmaba ese contrato y me quedaba iba a tener que vivir día a día cómo se iría apagando la luz de ese pequeño.

Comencé a abrir el sobre lentamente mientras unas lágrimas recorrían mis mejillas, en ese momento estaba soltando todo el dolor que había ido acumulando en este rato tras conocer al niño.

Saqué el folio que contenía el sobre y al desplegarlo pude ver el pobre contenido que había en el.

### Condiciones del presente contrato.

1. El horario laboral será de lunes a viernes de 8 de la mañana a 3 de la tarde.
2. Esperar a que Liam se levante sobre las 9 y se le pondrá su

desayuno en el salón mientras ve los dibujitos.

3. Tendrá que comer a las 2 de la tarde, él mismo le advertirá cuando tenga hambre.
4. Cualquier emergencia y si se encuentra mal Liam, tendrá que llamar inmediatamente al doctor, el número se encuentran en la libreta que hay al lado de la mesita donde está el teléfono, al igual que el de nosotros para que contacte en cualquier necesidad.
5. La jornada laboral a su lado debe permitirle hacer o jugar a lo que quiera, le encanta hacer puzles y ver películas infantiles.
6. Debe tratar con cariño y comprensión a nuestro hijo, que esté feliz y se sienta bien es nuestra prioridad.
7. A las 12 de la mañana se debe de tomar la pastilla que hay junto al microondas, no puedes retrasarte ni cinco minutos ¡MUY IMPORTANTE!
8. Una vez finalizada su jornada laboral, puede permanecer o salir de la casa a su libre elección, le dejo una copia de la llave al lado del teléfono también.
9. Cualquier conversación o información familiar que escuche en la casa, será absoluto secreto, en caso de incumplimiento podrán ser competentes los Tribunales de la ciudad de Dublín.

10. El presente Contrato durara un año a partir de este momento.

Señores Claret — Russ

Volví a releer el contrato, no me podía creer que aparentemente fuese todo tan sencillo, pero en el fondo sabía que estaba acompañando al final de sus días de la mano a ese pequeño.

Miré hacia las escaleras y me encontré a Paul bajándolas con una bandeja en la que sostenía dos vasos y la tetera.

— No debiste preocuparte —protesté.

— No es molestia, tenía ganas de tomarlo y alguien debía de hacerlo, así que por qué no he de ser yo.

Empezaba a caerme bastante bien el señor Paul.

— No me esperaba que fueras tan guapa —dijo una vocecita detrás de nosotros.

— ¡Guapo eres tú! —dije mientras me levantaba a dar un abrazo al pequeño Liam que me había sorprendido con ese piropo.

El cielo de repente se puso con nubarrones grises, parecía como si fuese a llover.

— Es mejor que entremos —dijo el pequeño.

— Sí, vamos hacia adentro —respondió Paul mientras me hacía señas para que lo siguiese.

— En esta época me gusta hacer tartas —dijo Liam acomodándose en el acogedor salón.

— Pues te propongo una de estas mañanas hacer una, ¿qué te parece? —pregunté.

— ¡Perfecto! Es una idea genial —dijo el pequeño ante la preciosa sonrisa de su padre que nos escuchaba atento.

— Pues si tus padres nos lo permiten, haremos una tarta de tres chocolates.

— ¡Claro!, además nunca la probé, debe estar deliciosa, ya estoy deseando que la hagáis para saborearla —soltó Paul.

— Pues mañana mismo, si te apetece y te levantas con ánimo, la haremos —dije guiñando el ojo al pequeño.

— Estoy deseando, si en la despensa no hay los ingredientes necesarios podemos llamar al señor Richard y nos traerá lo que le pidamos.

— El teléfono de Richard te lo apunto ahora también en el Bloc de notas que hay junto al teléfono, él y su esposa llevan una tienda de

comestibles aquí en el pueblo y se encargan de llevar rápidamente los pedidos que se hagan por teléfono.

— Perfecto, pues mañana haremos una gran tarta de tres chocolates —dije frotando las manos ante la preciosa risa de Liam.

Cogí el té entre mis manos, empecé a pensar que todo había sido tan repentino y un poco desagradable por la noticia del sufrimiento por el que tenía que atravesar Liam, pero me sentía cómoda en ese lugar, notaba que había conexión entre Liam y yo, por supuesto Paul también hacía que todo fuese muy fácil, lo que no tenía muy claro era si Magalys era tan llevadera como ellos.

Tras el delicioso té nos fuimos a la cocina los tres a hacer la comida, comeríamos solos, ya que la señora había recalcado que no llegaría hasta la noche.

Miré por la ventana y el cielo estaba cada vez más oscuro, Paul estaba sacando todos los ingredientes para hacer una ensalada de pasta con unos filetes en salsa que decía Liam que eran los más deliciosos del mundo, al parecer Paul era un gran cocinero.

Abrí un poco la ventana y entró ese aire otoñal, quise ayudarlo a preparar la comida y me dijo que él se encargaría de todo.

— Mañana trabajo, Magalys también, así que aprovecha que mañana serás tú quien cocine, aunque solo será para ustedes dos ya que ninguno de los dos comeremos en casa.

— ¿A qué os dedicáis, Paul? —pregunté aún sabiendo que era un poco entrometido hacer ese tipo de preguntas.

— Soy profesor de educación física en el instituto del pueblo de al lado, cogí plaza fija hace 5 años ahí y la verdad es que estoy muy cómodo. Magalys es directora de una cadena de ropas muy importante en Dublín, ella tiene que pasar la mayor parte del día fuera de casa, en cambio yo, solo trabajo hasta las 2 y media de la tarde. Ella pidió una excedencia hace unos meses y hoy fue a preparar todo ya que mañana se incorpora al trabajo.

— Entiendo, imagino que los dos tenéis los fines de semana libre.

— Sí, aunque algunos sábados ella va a trabajar por la mañana, a mí me encanta pasar los fines de semana en esta casa, disfruto del entorno y la paz que hay en ella, a pesar de todo... —me guiño el ojo dejándome caer que sea pesar de todo era por las circunstancias que estábamos tan mal con Magalys y sobre todo por la enfermedad de Liam.

— Esta casa es preciosa, un lugar en el que cualquiera soñaría con vivir —recalqué.

— Esta casa es mi herencia de mis padres, eso hace que vivamos más cómodos aún ya que no tenemos deudas algunas.

— Sí que es una suerte —dije mientras pensaba que ya me gustaría a mí vivir en esa casa con ese hombre, un encanto y nobleza fuera de lo común.

La comida le salió deliciosa, había probado muchas ensaladas de pasta pero como esa ninguna, llevaba una cantidad de frutos secos que hacía que el

sabor fuese delicioso, mezclado con una salsa de yogur, los filetes también le habían salido genial, llevaban una salsa casera que era todo un deleite para el paladar.

Liam estaba muy gracioso, no paraba de bromear diciendo que su padre debió nacer mujer pues todo lo que tenía que ver con la casa y la cocina lo hacía genial, yo me reía de escucharlo, le decía que hoy en día el hombre era tenía el mismo papel que la mujer en la casa.

Tras la comida subí las escaleras y fui hacia la habitación para preparar un baño bien caliente, me apetecía mucho, suspiré mientras abría el grifo, un rato después estaba saliendo de la bañera ya que el agua comenzaba a enfriarse.

Volví al salón donde estaban Liam y Paul, el pequeño estaba en su sofá durmiendo una gran siesta, le dije a Paul que me iba a dar una vuelta por el pueblo, quería familiarizarme con él.

Salí andando por aquel lugar, donde todas las distancias parecían largas ya que estaba todo muy distanciado, hasta llegar al centro del pueblo donde estaba todo muy concentrado en cuestión de tiendas y bares, se veían muchos turistas paseando por aquel lugar.

Estaba embelesada por todo el entorno que rodeaba a Glendalough, un pueblo en el Parque Nacional de las montañas de Wicklow, estaba tan impresionada que me sentía cautivada por aquel lugar.

Anduve por un sendero donde había una gran variedad de pájaros, parecía que estaba respirando el aire más puro que jamás había conseguido sentir.

Siempre había escuchado que era un lugar donde el turismo venía dispuesto a ver las ruinas de Glendalough, que pertenecían a un monasterio, eso lo hacía uno de los lugares más atractivos de Irlanda, sus dos lagos también eran muy visitados, tenía un año por delante para disfrutar de toda esa belleza que me estaba rodeando en esos momentos.

Paré en un bar, me apetecía tomar sola un café, esa historia que había

cogido de improvisto en mi vida había pegado muy fuerte en mi corazón, no sabía si iba a ser capaz de aguantar el dolor de ver cómo Liam iba a ir consumiéndose poco a poco.

Tenía ganas de llorar, pero me propuse ser fuerte y vivir los momentos más bonitos a su lado, sabía que nunca lo podría olvidar. Por otro lado me impresionaba mucho Paul, pocas veces un hombre me había atraído tanto a primera vista, lo veía súper interesante, buena persona y sobre todo con una mirada que transmitía la nobleza tan grande que había en su corazón.

## Capítulo 2

Una hora después volví hacia la casa del lago ya que quería estar ahí por si me necesitaban para algo, aunque aún no estaba trabajando oficialmente, lo haría al día siguiente y mis horarios serían hasta las 3 de la tarde, pero sabía que me iba volcar con esa familia todas las horas de mi vida.

Llegué a la casa y el pequeño Liam empezó a saltar en el sofá.

— Beatrice, te he echado de menos al despertarme —dijo mientras saltaba.

Me fui hacia él a darle un beso en la frente y él me respondió con un abrazo.

— Liam, ¿sabes que vives en el lugar más bonito de toda Irlanda?  
—dije mientras le acariciaba la nariz.

— Sí, además hay algunos senderos secretos que solo yo conozco, si quieres mañana damos una vuelta y te los enseño.

— Me parece una genial idea, siempre que tu padre nos de permiso  
—dije mirando a Paul.

— Por supuesto, a Liam le encanta salir a pasear, tendrá todas las mañanas disponible para hacer lo que quiera así que podéis disfrutar de este entorno, a partir de mañana he quedado en llevarlo a la consulta por las tardes, así que tenéis todas las mañanas libres.

— Genial, entonces te enseñaré todos los secretos —decía mientras seguía saltando en el sofá.

— Perfecto, me encantará descubrir esos sitios contigo —dije mientras le hacía un guiño de ojo.

Nos fuimos a la cocina a preparar la cena, en esa ocasión lo haríamos con Magalys que estaría ya presente a esa hora.

Paul comenzó a hacer un salteado de verduras con pescado, olía que alimentaba, yo lo observaba babeando de ver que todavía existían señores, no comprendía cómo Magalys podía correr el riesgo de perder a alguien así.

Un rato después apareció por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, venía contenta ya que había echado mucho de menos a Liam, se lo estaba comiendo a besos.

A Paul ni se dirigió para decirle ni buenas noches, había una frialdad absoluta entre ellos, daba pena ver a un matrimonio tan joven destrozado de esa manera.

Nos sentamos a cenar y estuvimos todo el tiempo bromeando con el pequeño Liam, le estaba contando a su madre que al día siguiente íbamos a ir a pasear y luego hacer una tarta de tres chocolates, a ella le pareció una genial idea, su sonrisa delataba que el pequeño iba a ser muy feliz al día siguiente con esos planazos, la madre estaba dispuesta a darle todos los caprichos lo que le quedase de vida.

Tras la cena nos despedimos y me fui a dormir, a la mañana siguiente debería de estar temprano en planta para comenzar mi jornada laboral en esa casa del lago, tenía muchas ganas de estar a solas con Liam y disfrutar de una mañana llena de actividades junto a él, sabía que lo de la tarta le iba a hacer mucha ilusión prepararla, además de poder enseñarme ese lugar secreto del que con tanto misterio me hablaba.

Miré el reloj y apenas eran las 9:30 de la noche, pasaba igual que en el centro de acogida donde pase mis últimos 20 años, siempre terminaba acostándome temprano, estaba loca por poder conseguir independizarme y tener mi vida de otra manera, al fin y al cabo siempre tenía la sensación de que vivía de prestado, soñaba con tener un hogar para mí sola.

Saqué el libro que me había comprado días antes, quería leer un poco antes de dormir, hacía que mi mente se evadiera y me metiera de lleno en la historia de los protagonistas, siempre andaba fantaseando con ello.

A las 8 de la mañana ya estaba en la cocina preparando el desayuno, Paul apareció poco tiempo después. Venía ya arreglado y con el maletín en la mano para irse a trabajar. Lo colocó sobre la encimera de la cocina y me sonrió.

— Buenos días, Beatrice, ¿has descansado?

— Buenos días, Paul —terminé de poner las cosas sobre la mesa—. Sí, he dormido bien, espero que tú también.

— Buenos días —interrumpió Magalys entrando en la cocina.

Tras preguntarles cómo les gustaba el café, me disponía a salir cuando Paul me dijo que por favor desayunara con ellos. Se lo agradecí con una tímida sonrisa, Magalys estaba pendiente a su móvil mientras tomaba el café e imaginé que a él no le gustaría desayunar solo.

Tras una charla amena sobre lo que haría ese día con Liam, ambos se despidieron y marcharon a trabajar, cada uno en su coche.

Volví a sentarme en la cocina y me preparé otra taza de café mientras pensaba en Paul. Debería de sentirse muy solo, viviendo esos momentos tan duros, al igual que Magalys. Era una pena que en esos momentos, que era cuando más se necesitaban, estuviesen tan distanciados.

Me levanté y recogí la cocina e hice algunas tareas de la casa. Acababan de dar las 9 de la mañana cuando escuché unos pasos. Liam apareció frotándose los ojos, se acercó a mí y me dio un pequeño abrazo.

— Buenos días, pequeño, ¿has dormido bien?

— Tengo sueño —se quejó.

— Bueno, pues te preparo el desayuno y descansas un poquito más en el sofá, ¿qué te parece?

Asintió con la cabeza y se fue directo hacia el salón. Le preparé un par de tostadas de pan de molde y un zumo de naranja tal como me había dicho su padre y se lo coloqué en una bandeja. La dejé encima de la pequeña mesa de cristal que había delante del sofá.

— Entonces, ¿adónde me vas a llevar hoy?

— A un sitio muy espacial —se emocionó rápidamente—. Solo mi padre lo conoce, es nuestro secreto, pero seguro que no le importará que te lo enseñe.

— Seguro que no, ya estoy deseando ir —dije efusivamente—. Así que desayuna tranquilo mientras yo termino de recoger un par de cosas y nos vamos, ¿te parece?

Asintió con la cabeza y yo me marché a terminar de hacer las camas. Una hora después, estábamos los dos saliendo de la casa con una pequeña mochila en la que había metido un tentempié para tomarnos a media mañana cuando a Liam le tocara tomarse la pastilla.

Caminamos y cada dos por tres nos parábamos para que yo pudiese fotografiar el lugar. Era perfecto. Todo tan verde, se respiraba tanta paz...

— Ya estamos muy cerca —dijo Liam, nervioso, cuando nos acercamos a un camino de piedras.

— No pude dormir con la intriga, Liam, estoy deseando llegar ya.

— Ese sitio lo encontré con mi padre un día que andábamos por aquí y

desde entonces se ha convertido en nuestro secreto, no creo que mucha gente lo conozca, nunca hemos visto a nadie y es perfecto para escondernos.

— ¿Esconderos? —pregunté intrigada.

— Ahora lo entenderás.

Andamos un poco más y vi lo que me pareció una pequeña cueva escondida entre una montaña. Liam me miró con los ojos chispeantes por la emoción y me señaló el lugar. Tuvimos que agacharnos para entrar, la cueva era bastante pequeña pero Liam tenía razón, daba como una sensación de tranquilidad increíble. En una esquina había varias mantas y juegos de mesa que imaginé que Paul habría dejado allí y que la usaban los dos con bastante frecuencia.

Pasamos un par de horas jugando y riendo, me encantaba ver a Liam tan contento, era un niño muy fuerte a pesar de la enfermedad con la que estaba luchando y siempre tenía una sonrisa en la cara, eso sin contar lo cariñoso que era. Intenté desechar esa clase de pensamientos que me ponían triste, no quería que él notara absolutamente nada.

Salimos de la cueva y paseamos hasta llegar a un pequeño valle donde había varias mesas y bancos de madera. Nos sentamos y comimos algo, esperando a que diera la hora de que Liam tuviese que tomarse la pastilla.

Llegamos a casa agotados.

— ¿Por qué no te das una ducha mientras yo llamo al señor Richard para que nos traiga los ingredientes de la tarta?

— ¡Sí! —gritó. Salió corriendo hacia el baño y yo, tras mirar en la

despensa y el frigorífico, fui en busca del teléfono.

Tras hacerle el pedido de todo lo necesario para la tarta y el almuerzo, y decirme que en una media hora lo tendría, fui a ponerme algo más cómo antes de preparar el almuerzo. Paul regresaría a tiempo para comer con nosotros y esa sería mi primera vez sola en la casa, así que quería preparar algo rápido pero que les encantara.

Liam apareció cuando yo estaba poniendo a hervir la pasta, seguía tan entusiasmado que me hacía sonreír. Le propuse ayudarme a preparar las cosas cuando el empleado del señor Richard nos dejó la compra en la mesa de la cocina y él aceptó encantado.

Puse música en mi móvil y entre los dos preparamos una perfecta pasta a la bolognesa a la vez que hacíamos las cremas para la tarta.

— Y ahora, con ese cazo, termina de echar la última capa de chocolate. No, ese no, del negro —le aclaré cuando estuvo a punto de equivocarse. Lo hacía con el ceño fruncido—. Muy bien así —lo animada yo.

— Es muy difícil cocinar —se quejó.

— Sí que lo es, pero estoy sorprendida, lo has hecho muy bien.

— ¿De verdad? —me miró con los ojos como platos.

— Claro, yo nunca te mentiría. Ya está —le hice parar cuando vi el chocolate suficiente—. Ahora la metemos en el frigo y esperamos que esté fría para comérmola —le sonreí.

— Mi padre se va a sentir muy orgulloso de mí porque también hice la pasta.

— Tu padre siempre se sentirá orgulloso de ti, Liam, no dudes eso —le di un pequeño beso en la cabeza, me había emocionado el comentario tan dulce.

— Voy a poner la mesa.

Cuando Paul llegó a casa, ya estaba todo preparado. Nos sentamos a comer y Liam no callaba, le contó absolutamente todo lo que habíamos hecho. Paul me miraba a veces con una mirada de disculpa pero le negué con la cabeza, no tenía que disculparse por nada, Liam estaba feliz y de eso se trataba.

Recogí la mesa mientras ellos dos seguían hablando y saqué la tarta.

— Es hora de ver qué tal pastelero es Liam —bromeé.

— Seguro que está deliciosa —dijo Paul.

— Claro que lo está, papá, la hemos hecho con mucho cariño e ilusión.

— De eso no me cabe duda —dijo Paul mirándome a los ojos. En ese momento sentí que todo mi cuerpo se ponía rojo por la vergüenza.

Paul cogió una cuchara y probó la tarta. Liam y yo esperábamos como si fuera un juez a punto de dar la sentencia.

— Mmmm... es la mejor tarta que he probado en mi vida —relamió la cuchara y Liam empezó a saltar de alegría.

Paul y yo nos reímos y nos comimos un pedazo de tarta. Cuando terminamos y recogimos la mesa de nuevo, Liam se tumbó en el sofá para echarse una pequeña siesta, debía de estar agotado. Paul y yo nos quedamos cerca de él con una taza de té caliente en las manos.

— Lo he visto muy feliz, Beatrice, gracias.

— No me las des, lo hago con gusto.

— Lo sé y por eso mismo te las doy. Todo lo que quiero en esta vida es ver a Liam riendo, al menos el tiempo que le queda —dijo con tristeza.

— Es un niño muy fuerte y muy feliz, además de afortunado por los padres que tiene y que tanto lo adoran —esta vez fui yo quien sonó triste.

— Quizás a ti no te quieran tus padres, pero estoy seguro que no te faltó el cariño, Beatrice. Y como eres... seguramente no te faltará nunca.

Le di un sorbo a mi taza, sin saber qué responder a eso.

— ¿No tienes pareja? —me preguntó de repente.

— No es mi prioridad, ahora solo me importa Liam —le guiñé un ojo.

— No sé por qué, pero me alegra bastante escuchar eso.

Desvié la mirada, o yo estaba imaginando cosas o me tomaba todo por donde no era y él solo estaba siendo amable o no entendía por qué sus palabras me afectaban tanto y me ponían tan nerviosa.

Despertamos a Liam de la siesta para acercarnos a la consulta. Fuimos todos en el coche de Paul y Liam pasó la revisión con nosotros dentro de la consulta. No iba a entrar pero ambos insistieron, así que pude ver qué era lo que le hacían al pequeño en esa prueba diaria rutinaria.

Llegamos a casa un par de horas después, habíamos parado en una cafetería a merendar y habíamos hecho una pequeña compra de comida. Cuando llegamos, Magalys ya estaba allí. Se fundió con Liam en un gran abrazo y se sentó con él en el sofá mientras yo preparaba la cena.

Cenamos todos juntos en la cocina y me acosté cuando dejé todo recogido.

Realmente estaba exhausta pero contenta, había sido un bonito día. Aunque Paul...

Suspiré. Ese hombre era un encanto pero me ponía nerviosa cuando me miraba. Había algo en sus ojos que me hacían ponerme roja por la vergüenza, como si...

No seas tonta, me reocriminé a mí misma. Te gusta ese hombre y te imaginas cosas pero no es así, solo estaba siendo amable, no le gustas.

Pero esas miradas...

Me di la vuelta en la cama, me puse boca abajo y me tapé la cabeza con la almohada. Quizás imaginaba cosas, pero esas miradas habían estado ahí...

Tengo que dejar de fantasear, me dije antes de dormir.

## Capítulo 3

---

Desperté ese día de forma diferente, tras lavarme la cara y peinarme me asomé al cuarto de Liam que seguía durmiendo plácidamente, una sonrisa se me iluminó al verlo, pude darme cuenta que ya se había ganado totalmente mi corazón, tenía ganas de comérmelo a besos, pero sabía que de esa manera irrumpiría sus dulces sueños.

Bajé hacia la cocina y me preparé un buen café con unas tostadas, desayuné sola ya que Paul y Magalys se habían marchado a trabajar, me acomodé junto a la cristalera grande del salón para poder ver el lago, aquello era un deleite para la vista, empecé a fantasear con que algún día tendría mi casa en un lugar así.

Después de un buen rato en esa ventana postrada y una mezcla de sentimientos muy fuerte dentro de mí, apareció Liam, con una sonrisa preciosa en sus labios.

Vino corriendo hacia mí para darme un abrazo.

— Buenos días, mi príncipe, ¿qué tal has dormido?

— Bien, desperté con mucha hambre, casi soñaba en la cama con el Cola Cao y unas tostadas.

— Vamos hacia la cocina ahora mismo te preparo todo —dije mientras que cosquilleaba su barriga.

— Echo de menos ir al colegio —dijo de forma inesperada ante mi asombro.

— Bueno, sabes que estás malito y tienes que cuidarte, estás muy débil para estar allí, podrías tomártelo como unas grandes vacaciones.

— Eso es lo que quiere mi madre, no yo, aquí a veces me agobio, ella no quiere a mi papá, no sabe que yo sufro mucho por ello, lo trata muy mal, ella quiere a Mike y no sabe que yo lo sé.

— ¿Quién es Mike? —pregunté asombrada.

— Es un compañero del trabajo de mamá, mi papá no sabe nada, yo la he escuchado hablar por teléfono muchas veces con él, es su novio secreto.

— Lo mismo entendiste mal, cariño, no pienses en ello.

— Yo sé que me quiere mucho, pero es muy injusta con papá, sé que están juntos por mí, me alegro mucho de que hayas venido, me siento mejor contigo.

— No te preocupes, cariño, piensa que tus papás te quieren mucho, quizás lo de Mike... se trate solo de un buen amigo.

— No, porque ella siempre le dice que ojalá fuera él el que estuviese en esta casa y no mi papá.

Me quedé mirando por la ventana, estaba claro que esa mujer estaba liada con otro, me daba mucha pena que siendo tan pequeño Liam, tuviese que enterarse de esa manera de algunas cosas.

Un rato después le propuse ir a dar un paseo por el pueblo y aceptó encantado, fuimos a un parque que había cerca de la casa, en el otro lado del lago, Liam iba todo el camino saltando y cantando una canción sobre un ratón que era la mascota de la casa.

— Me alegra que estés aquí, sé que a mi papá también ya que tiene alguien con quien hablar, últimamente apenas lo hacía.

— Claro, además que yo soy muy charlatana —dije para quitar hierro al asunto.

— Mira, ese señor que viene por ahí es William y me quiere mucho —dijo mientras nos sentábamos en el banco.

Vi cómo se acercaba un chico de unos 40 años hacia nosotros, ese al que Liam llamaba el señor William.

— Buenas días —dijo mirándome sonriente mientras se iba para Liam a cogerlo en brazos.

— Buenos días —dije ante la risa de Liam en brazos de ese hombre.

— Ella es mi amiga Beatrice, está viviendo en casa ya que trabaja cuidándome.

— ¡Qué suerte tienes!, yo quiero que me cuide una mujer tan guapa como ella —soltó descaradamente ante la risa de Liam y mi sonrojo.

— Gracias por el cumplido —dije entrecortada.

— Os invito a tomar un chocolate bien caliente en la cafetería de aquella esquina —propuso William.

— ¡Sí! —exclamó Liam.

— Bueno, sois dos contra una, me veo en la obligación de aceptar —dije sonriente.

Puso a Liam en sus hombros, iban charlando ya que William le estaba preguntando mucho sobre una serie animada que tanto le gustaba al pequeño, yo iba atrás fijándome en lo atractivo que era ese hombre, debían ser los genes de aquella zona ya que a Paul le pasaba igual, era muy atractivos y simpáticos, de esos hombres que a cualquier mujer le gustaría tener.

Llegamos a la cafetería y nos metimos dentro al lado de una chimenea, el sabor de aquel chocolate era espectacular, uno de los mejores que había probado.

— ¿Así que eres nueva en el pueblo? —preguntó sonriendo.

— Eso parece, no había salido de Dublín nunca, al menos que yo recuerde.

— ¿Nunca has viajado ni siquiera por Irlanda? —preguntó asombrado.

— Desde los 5 años he vivido en un centro de acogida donde he salido hace 2 días para venir aquí, cuando nos han llevado de excursión ha sido

por el mismo Dublín, cuando mis compañeros han viajado varios días fuera yo no he podido hacerlo ya que no tenía familia que me costeara esa excursión.

— ¡No me lo puedo creer! ¿Trabajas el fin de semana?

— No, solo de lunes a viernes pero de todas formas estaré alojada aquí los fines de semana, al menos hasta que pase un año y veamos si sigo o no sigo trabajando, que de todas formas, haga lo que haga, alquilaré algo para independizarme por primera vez.

— Estupendo, entonces ya tienes un plan para este fin de semana, quiero ser el primero que te lleve a algún lugar, precisamente este fin de semana me iba a ir a un precioso lugar donde se puede pasear, comer, comprar, tomar una cerveza y 1000 cosas más.

Me quedé alucinando, no hacía ni diez minutos que me conocía y ya me estaba invitando a pasar un fin de semana con él, sería que yo no estaba acostumbrada a tratar con las personas de ese modo tan improvisado o ya era hora de que me empezara a espabilar, era una locura por supuesto, pero alguien me dijo que las oportunidades había que aprovecharlas y me apetecía hacer algo diferente a estar obligada a pasar los fines de semana en aquella casa.

— Me parece perfecto, además de una genial idea, pero con la condición de que paguemos a mitad.

— Invito yo, no quiero que te gastes el sueldo antes de cobrarlo —dijo

bromeando.

— Bueno, que tampoco estoy en las últimas, la última beca que me dieron me la entregaron integra, aún no me está temblando la cuenta —dije riendo.

— En serio, me apetece invitarte, sabiendo que estás en casa de Liam debes de ser una gran persona y vienes con muy buena recomendación.

— ¡Yo también quiero ir! —gritó el pequeño Liam.

— Pues hablaré con tus padres, si no tienes médico el sábado y el domingo y te dejan venirte, me encantará también, así que no te preocupes que luego los llamo.

— Gracias, a mí también me encantaría que él pudiese venir.

— ¿A qué pueblo nos vamos, William? —preguntó el pequeño dando por sentado que él iba a ir.

— Nos vamos a 3 horas de aquí, a Cork, ya me has hecho desvelar el secreto —reprochó a modo broma William.

— Wow, siempre escuché hablar sobre ella, es la segunda más importante de nuestro país, pues lo veo un buen plan además que tiene unos exteriores preciosos muy verdes. Me va gustando cada vez más la idea —solté emocionada.

— Pues yo estoy deseando ver a mis papás para insistirle en que me dejen ir con ustedes —dijo convencido Liam.

— Pues yo también iré luego a visitarlos, te ayudaré a convencerlos, me apetece mucho que nos acompañéis en este viaje —dijo William.

— Estaría genial, ¿crees que sus padres lo dejarán ir? —pregunté extrañada.

— Si no tiene médico sí, Paul para mí es como un hermano, además tengo que reconocerte que soy pediatra así que mejor que conmigo no podrás estar con nadie —soltó una simpática sonrisa y me guiñó el ojo.

— Así que... ¿debo de llamarle Doctor, verdad? —dije bromeando.

— Mejor llámame Willy, es como me llama todo el mundo menos este pequeñajo que está empeñado en hacerme más viejo.

Nos reímos los tres, el pequeño estaba muy atento a nuestra conversación, los ojos le brillaban de la ilusión que tenía por poder realizar ese viaje con nosotros, la verdad que me apetecía mucho que también viniese, yo solo tenía ganas de desconectar y salir de aquella casa pero no desprenderme del pequeño Liam, sentía que él me entendía como nadie y me hacía sentirme muy cómoda a pesar de la corta edad que tenía.

Estuvo bromeando un rato con el pequeño, yo lo miraba y estaba impactada por el tacto tan grande que tenía con Liam, se metía en sus historia como si tuviese la misma edad, estuvimos allí charlando cerca de 2 horas y

luego nos acompañó a casa y quedamos en volvernos a ver por la tarde ya que vendría a la casa a tomar un café.

Entramos justo a la hora de comer, calenté las lentejas que había dejado la señora en la cocina preparada para nosotros, freí unas croquetas que había comprado al pasar por el congelador del pueblo y que Liam había dicho que eran sus favoritas, me senté junto a él a comer y estaba emocionado deseando que llegase su padre para preguntarle lo del fin de semana.

Paul apareció a la vez que lo hizo de nuevo Willy, se saludaron con un gran abrazo y una cara de felicidad que denotaba el cariño que se tenían el uno hacia el otro, me fui para la cocina inmediatamente a preparar un té, el café sería más tarde.

Entraron todos en la cocina y el pequeño no se pudo resistir y le dijo al padre que se quería venir el fin de semana con nosotros a Cork.

— Me parece una idea fantástica ¿hay sitio para mí también?  
—preguntó ante el asombro de nosotros tres.

— Pues claro, amigo, para ti siempre hay un lugar en mi vida, ni te pregunté si querías venir porque sabía que últimamente me habías dicho que no te apetecía hacer ningún tipo de escapada, por eso no te volví a insistir, pero me hace tanta ilusión que te apuntes con nosotros que estoy radiante de felicidad —dijo Willy muy contento porque Paul se venía.

— ¡Qué contento estoy! —gritó Liam.

— Una cosa Willy, ¿has reservado ya el alojamiento? —preguntó Paul.

— No, pensaba hacerlo esta noche, ¿algún alojamiento en especial?

— Mira algo en el centro de la ciudad, que podamos hacer todo andando además que tengo ganas de bullicio, para tranquilidad ya tenemos este lugar.

— Claro, era mi idea. ¿Te parece bien, Beatrice? —preguntó Willy.

— Por supuesto, cualquier cosa que decidáis estará bien, estáis más acostumbrados a este tipo de salida.

— Pues mamá va a decir que sí del tirón, ya que ella tiene planes este fin de semana con sus amigas — dijo aún preocupado por la decisión de su madre.

— No te preocupes, cariño, por supuesto que vamos a ir, a ella no le va a importar —dijo Paul mientras le tocaba el pelo para tranquilizarlo.

— Bueno, pues me voy ya que tengo esta noche guardia en el hospital —dijo Willy mientras se levantaba.

Nos despedimos de él, quedando que el viernes nos recogería a las 4 de la tarde después de haber llevado al pequeño al médico.

Un rato después Paul dijo que iba a llevar a la consulta a Liam, me preguntó si lo acompañaba y por supuesto le dije que si, así que fuimos hasta allí y estaba encantador como siempre, durante el trayecto recordé el rato antes en la cocina, con esos dos encantadores hombres, cualquier mujer quisiera estar en mi lugar para pasar un fin de semana con ellos, tuve que evitar reír.

La visita al doctor fue perfecta, como la anterior a la que había asistido. A ellos les hacía mucha gracia que el personal médico charlara conmigo como si me conocieran de toda la vida, yo bromeaba diciendo que era mi carácter dulce lo que les hacía sentirse cómodos y los dos asentían rápidamente con la cabeza, haciéndome poner los ojos en blanco en plan bromas.

Salimos de la consulta y nos montamos en el coche, Liam siempre terminaba un poco cansado y decía que tenía ganas de tumbarse en el sofá a ver alguna película, así que decidimos irnos a la casa rápidamente.

Estaba en la cocina preparando una cena ligera cuando Paul entró refunfuñando.

— ¿Estás bien? —le pregunté cuando se sentó en la mesa y dejó el móvil encima de ella.

— Magalys tampoco cenará hoy en casa, llegará tarde.

No quise ni opinar al respecto, no me correspondía inmiscuirme en un tema tan privado, pero entendía el agobio de Paul.

— No es por mí —dijo de repente, solté la cuchara de madera con la que removía el guiso y me giré a mirarlo—, me duele Liam, sé que le gustaría que su madre cenara con nosotros. En general que pasara más tiempo en casa, pero bueno... —se pasó las manos por el pelo y me miró a los ojos— ¿Ilusionada con la excursión? —preguntó cambiando de tema.

— Más de lo que te puedas imaginar —le sonreí. Si él prefería dejar el tema de su esposa a un lado, yo no iba a evitarlo—. Tengo muchas ganas de

que llegue el viernes.

— Me alegra que Willy te haya caído bien, es mucho más que un amigo para mí, como un hermano. Y además es súper divertido, nos lo vamos a pasar fenomenal.

— De todas formas no me importaría quedarme aquí —encogí mis hombros—. A lo mejor no te lo crees ya que llevo poquísimo tiempo en este lugar, pero estoy encantada. Aunque claro, me encanta conocer nuevos lugares.

— Entiendo lo que quieres decir. Pero yo llevo tanto tiempo en la paz, que ahora deseo un poco de tormenta —me guiñó el ojo y se levantó.

Me puse nerviosa mientras lo veía acercarse a mí.

— Déjame probar eso —pasó por mi lado y cogió la cuchara de madera que yo acababa de soltar, la metió en la olla y probó un poco del guiso—. Mmmmm... Delicioso, creo que te voy a dejar cocinar todo, eres una estupenda cocinera.

— No me importaría hacerlo —confesé y me dispuse a poner la mesa.

— No digas eso o te tomo la palabra —rio.

En ese momento apareció Liam diciendo que tenía mucha hambre. Me apresuré en preparar la mesa y Paul sirvió la comida en los platos. Comimos mientras contábamos anécdotas graciosas y recogimos y fregamos los platos

los tres mientras seguíamos bromeando.

Cuando todo estuvo recogido, Paul dijo que iba a acostar a Liam y yo me despedí de los dos hasta el día siguiente. Me apetecía ponerme cómoda en la cama y seguir leyendo la novela que tenía empezada.

Cuando escuché la puerta de la habitación de Paul cerrarse, dejé la novela a un lado y miré hacia mi puerta a la vez que pensaba en cuánto admiraba a ese hombre. Estaba segura que había luchado por su relación como había dicho Willy pero que seguramente también se habría cansado. En esos momentos escuché cerrarse la puerta de entrada en la cabaña y supe que Magalys había acabado de llegar.

Suspiré y me puse de lado mientras meditaba sobre la vida de ambos. Yo no era nadie para juzgar, pero me seguía pareciendo muy triste que ese matrimonio estuviese muerto.

Me levanté a la mañana siguiente y desayuné de nuevo mirando por el ventanal, esperando que Liam se levantara para prepararle el desayuno, dependiendo del hambre con el que estuviera, pero ya lo iba conociendo y sabía que solía tener buen apetito.

Tras el abrazo de buenos días y dejarlo desayunando mientras veía la televisión, me dispuse a recoger mi habitación, estaba hecha un desastre.

Paul llegó a tiempo para comer, recién estaba preparando la comida en los platos. Ese día me había decantando por una carne en salsa acompañada de patatas hervidas.

Estábamos los tres sentados, comiendo tranquilamente, cuando Liam habló.

— No puedo aguantar más la espera —resopló, refiriéndose a la excursión del fin de semana.

— Ya solo quedan unas horas —le dije revolviéndole el pelo. Me levanté, dispuesta a recoger la mesa y le hice señas a Paul para que no se levantase a ayudarme.

— Pero no voy a poder dormir esta noche por los nervios —se quejó.

— Cualquiera diría que nunca vamos a ningún sitio, Liam —rio Paul.

— La verdad es que hace tiempo que no, Papá. Mamá siempre está ocupada —dijo tristemente y a mí se me partía el alma al escucharlo.

— Es verdad que tiene mucho trabajo —intentó suavizar Paul—, pero ahora no es momento de eso, si no de pasar una tarde divertida mientras damos un paseo, tomar una cena en buena compañía —le guiñó un ojo— y dormirnos rápido para que mañana estemos descansados para la salida.

— Tu padre tiene toda la razón. Imagina que mañana estamos tan agotados que no podemos ni movernos de la cama —bromeé.

— Ya le diría a mi padre que te llevara en brazos —dijo Liam muy serio—, pero esa excursión no nos la perdemos por nada del mundo.

Paul y yo comenzamos a reírnos a carcajadas. Salimos a pasear y estuvimos toda la tarde, después de ir a la consulta con Liam, disfrutando del buen tiempo. Cenamos ligeros y esa vez sí llegó Magalys a tiempo de comer con nosotros, así que la cena fue un poco tensa ya que nadie hablaba, excepto Liam.

Nos dimos las buenas noches y nos fuimos cada uno a descansar a nuestro

dormitorio. Yo me sentía como Liam en esos momentos, deseando que llegara el momento del viaje.

## Capítulo 4

Por fin habíamos comido y teníamos las maletas preparadas para irnos a Cork, Paul llegó pronto y se llevó a Liam a la consulta, yo me quedé preparando unos bocatas para el camino, había comprado unas bolsas de patatas para complementar, el trayecto iba a durar unas 3 horas largas.

Escuché llegar el coche de Willy, salí a recibirlo y descubrí que tenía un precioso 4x4 de color dorado muy elegante, era un BMW nuevo.

Me lanzó una preciosa sonrisa mientras se bajaba del auto, vino hacia mí y me recibió con dos besos.

— ¿Ilusionada con el viaje?

— Como una niña pequeña, toda una excursión para mí —respondí riendo.

— Me alegra —dijo mientras miraba hacia atrás, en esos momentos llegaban Paul y Liam.

Metimos las cosas en el maletero y nos montamos en el coche, me obligaron a ir de copiloto para que viese todo mucho mejor, querían que disfrutara del trayecto.

Los paisajes por los que pasábamos eran una belleza continua para la vista, muy difícil de describir, pasamos por infinidad de montañas irlandesas, estaba embobada viendo todo mientras que me explicaban muchas de aquellas zonas.

Entramos por el Condado de Cork, Liam estaba muy emocionado porque

ya estábamos llegando al destino, no paró de comer tonterías durante todo el camino, estaba viviendo aquello como toda una excursión.

Por fin llegamos a Cork, aparcamos el coche y fuimos a dar el encuentro al propietario que nos había alquilado un apartamento en todo el centro.

La calle estaba llena de músicos y cantidad de bares e iglesia, además de que esa zona se asentaba sobre una isla del río Lee, muy similar a la de Manhattan en el río Hudson, de ahí que le llamaran la pequeña Manhattan irlandesa.

El apartamento era típico irlandés, muy acogedor, había dos habitaciones, una sería para Liam y para mí, la otra para Paul y Willy.

Dejamos todo en nuestras habitaciones, bajamos a pasear por el centro de Cork y a cenar por allí.

Estaba alucinando por la cantidad de cafés de moda y galerías de arte que me encontraba a cada paso, denotaba una ciudad muy acogedora y cosmopolita.

Entramos en un restaurante que tenía mucho prestigio dentro de la gastronomía de aquel Condado, nos pedimos de primer plato un Seafood Chowder, una deliciosa sopa blanca de marisco, crustáceo y molusco, una de las mejores que había probado en mi vida.

Luego nos trajeron un Lobster salad, una fresca ensalada de langosta del Atlántico, estaba dando uno de los mayores placeres a mi paladar, estuvimos todo el tiempo hablando sobre lo exquisita y bien preparada que estaba la cena, Liam en cambio se pidió un fish and chips.

Notaba cómo Paul y Willy me mandaban de diferentes maneras miradas con las que querían decirme algo, los veía muy atentos conmigo, pero la cena estaba siendo de lo más agradable, me sentía como Liam, pequeña entre ellos.

Tras la cena fuimos paseando hacia el apartamento para descansar y al día

siguiente disfrutar todo el día de aquella ciudad.

Nos pusimos los pijamas y aparecimos todos por el salón a sentarnos frente a la tele, había tres sillones de 2 plazas, cogimos uno cada uno y Liam se sentó con Paul, que a su vez estaba abriendo una botella de vino que había comprado en el restaurante, se suponía que era para la noche siguiente, pero los tres teníamos ganas de tomar un buen vino ahí relajados.

Estaba muy cansada y, sin embargo, no quería que terminarse la noche, estaba muy cómoda y distraída entre ellos, aunque el pequeño Liam cayó dormido en menos que cantaba un gallo, Paul lo llevó hacia el dormitorio para acostarlo.

Cuando volvió se sentó muy pensativo mirando a la copa de vino que sujetaba en sus manos.

— ¿Estás bien? —le pregunté.

— Solo estoy cansado, pero estoy bien, me ha venido genial venirme a pasar el fin de semana con ustedes.

— Estás muy cansado, es evidente, te has levantado muy temprano para trabajar y luego hemos hecho este largo trayecto, pero también te comes mucho el coco, amigo, lo hemos hablado mil veces, debes de mirar más por ti y aprender a empezar a vivir —dijo Willy.

— Tienes razón, pero es todo tan complicado que ahora mismo no tengo capacidad para pensar en mí, eso es lo último que se me ocurriría en estos momentos.

— Pues debes de hacerlo, hasta para lo que te preocupa debes estar al 100%, debes de dejar de pensar en los demás y empezar a replantearte tu vida para poder ser feliz —dijo Willy a modo riña cariñosa.

— Es muy difícil, ahora mismo quiero que Liam pueda tener a sus padres juntos, no le quiero ocasionar un disgusto en estos momentos tan importantes en su tratamiento, pero cada día se hace más insoportable estar bajo el mismo techo y en la misma habitación que Magalys, entre nosotros solo queda mucha indiferencia, por supuesto que todo lo ha comenzado ella, para mí no es agradable estar así pero ya he luchado contra viento y marea —decía con voz de tristeza y dolor.

— Pero chico te estás machacando, ¿no te das cuenta? Ella está aprendiendo a vivir su vida y lo hace de forma descarada mientras que tú te estás comiendo todo el marrón y respetando a tu familia, ¿lo ves lógico? Tu hijo es muy listo y ve todo lo que sucede a vuestro alrededor, lo que pasa que se lo calla, ¿no has pensado que de igual manera le podéis estar haciendo daño? —le reprendió Willy.

Yo estaba muda, solo hacía escuchar y mirar la copa de vino, no me atreví a entrar en una conversación que no era de mi incumbencia, aunque le daba totalmente la razón a Willy, al fin y al cabo ella ya estaba viviendo la vida con otro hombre, tenía una doble vida mientras que su marido no hacía más que sufrir por toda la situación a la que ella había llevado sus vidas.

Paul le estaba dando toda la razón a Willy, pero en el fondo sabíamos que no iba a hacer nada por remediarlo, estaba totalmente sumergido en la atención de su hijo y no iba a perder el tiempo en pensar en otra cosa.

Tras una buena charla a Paul, decidimos todos acostarnos ya que por la

mañana queríamos levantarnos temprano para disfrutar de las diferentes atracciones turísticas que tenía esa ciudad.

Me acosté en la cama de al lado de donde estaba Liam, lo miré cómo dormía plácidamente, ese niño me tenía totalmente ganado el corazón.

Me acosté pensando en las miradas que me habían echado los dos y de las que estaba segura que iban con algún mensaje, aunque por otro lado pensaba que era paranoias mías y quise quitármelo rápidamente de la cabeza, desde que había llegado a la casa del lago estaba fantaseando demasiado.

Por la mañana Liam empezó a chillar que todo el mundo hacia arriba, que estábamos de excursión y no podíamos perder el tiempo durmiendo, miré el reloj y apenas eran las 9 pero era buena hora para levantarse así que aproveché para ir corriendo al baño y darme una ducha rápida. Cuando salí ya estaban todos listos para irnos a perdernos por la ciudad, Liam no paraba de quejarse del hambre con el que se había levantado, así que fuimos directos a meternos un buen desayuno al primer bar que vimos cerca del apartamento.

Nos metimos un buen desayuno irlandés: salchicha holandesa, bacon, morcilla, huevo frito, alubias blancas y café, de vez en cuando me gustaba darme esos desayunos, aunque yo era más de tostadas, pero en ese momento estaba con un ansia de desayuno tan grande que me apetecía desayunar a lo grande.

Liam estaba devorando todo lo que pillaba, me resultaba increíble ver a ese niño cómo tragaba, siempre tenía hambre y pocas veces decía que no a alguna comida, sobre todo al desayuno y al almuerzo, era lo que más fuerte hacía, por las noches cenaba algo ligero y se iba a dormir.

Paul y Willy nos trataban a los dos como de la misma edad, eran muy bromistas con Liam y conmigo.

Una vez desayunamos y cogimos fuerzas, nos fuimos a perdernos por la

ciudad, llegamos a la iglesia de Santa Ana y Willy dijo que teníamos que subir al campanario para tirar de la cuerda fuerte y hacer sonar la campana, eso es una tradición centenaria, así que nos pusimos los tapones de oído y ayudamos Liam a tirar de ella, estaba muy contento por lo que había acabado de hacer, se sentía orgulloso de haber tocado esa campana.

Me impresionaba que aquella pequeña ciudad de la más moderna que el resto de las irlandesas sobre todo arte y cultura, nos adentramos dentro del mercado, colorido y uno de los más completos de todo Irlanda. Willy cayó rendido ante una deliciosa y jugosa carne de ternera, compró cuatro gigantes chuletones y dijo que esa noche lo cocinaría él, aprovechamos para comprar unas patatas para acompañarla y varios botellines de cerveza para acompañar a la carne.

Paul subió toda la compra hacia el apartamento y luego volvimos a perdernos por la ciudad, entramos a un pub irlandés a tomarnos una cerveza, Liam estaba entretenido jugando con el móvil de Paúl, la música estaba flojita pero invitaba a sentirse totalmente acogido en ese lugar, algo que caracterizaba los lugareños de allí era su simpatía y amabilidad.

Paul no paraba de lanzarme miradas que parecían que fuesen a comerme, hacía que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo, sentía por él algo muy especial, a la vez que Willy tampoco pasaba desapercibido, de no haber estado nunca con un hombre, me sentía atraída por dos a la vez.

Estuvieron bromeando acerca de que a partir de ahora íbamos a irnos todos los fines de semana a perdernos por algún lugar, yo decía que me apuntaba, me habían amenazado con que si no lo hacíamos, se iban a enfadar mucho con nosotros, nos hacía mucha gracia lo predispuesto que estaba siempre a vivir una aventura.

Paul se asomó a la puerta del pub y comprobó que había comenzado a llover bastante.

— Pedid otra ronda —gritó desde la puerta al comprobar que no íbamos a poder ir a hacer turismo.

Willy y yo comenzamos a reírnos, encogió los hombros como diciendo que con esa agua cayendo no había más remedio que tomar otra cerveza.

Paul dijo que nos esperásemos allí, que iba a volver al mercado para pillar algo más ligero de comida para la cena y que en el almuerzo comeríamos la carne que había comprado Paul, así que haríamos las dos comidas en el apartamento ya que el día se había complicado.

Nos quedamos charlando con Liam y jugando con él a las adivinanzas, la segunda cerveza se me estaba subiendo a la cabeza rápidamente y no paraba de gastar bromas al pequeño, cuando llegó Paul, yo ya iba a por la tercera.

— He comprado marisco para esta noche, también prepararé algo de ensalada, el día está que va a ser imposible salir de la casa, aproveché para comprar algunas cosas más, así que cuando queráis, volvemos.

— En cuanto nos bebamos la última redonda —dijo Willy mientras pedía tres cervezas más ante la risa de nosotros.

Iba andando hacia el apartamento que parecía que estaba en el fin del mundo, cada paso que daba sentía cómo las piernas me flojeaban, no estaba acostumbrada a beber, salvo en alguna de las cenas de Navidad a las que me habían invitado.

Antes de llegar paramos en una tienda que había muchos juguetes y le compré a Liam una bolsa entera de animales de goma para que los pusiese por la casa en fila como a él le gustaba, iba muy feliz diciendo que iba a formar el

zoológico de Cork.

Me penetraban las miradas que me echaban tanto uno como el otro, sabía perfectamente que estaban jugando a seducirme.

Paul era más suave e intimidaba menos, pero Willy echaba unas miradas que se clavaban como puñales, tenía que esquivar la vista ya que me sentía totalmente sonrojada.

La carne salió deliciosa, seguimos bebiendo cervezas en el apartamento y a las 4 de la tarde nos dejamos caer todos un rato para dormir.

Yo me desperté cerca de las 7, ya estaban todos en el salón, luego nos fuimos a la cocina a preparar la cena, era impresionante el color y frescura que tenían aquellos mariscos.

En la mesa estuvieron todo el tiempo hablando de gamberradas que habían hecho más jóvenes, eran amigos desde la infancia y habían salido juntos de fiesta, por lo visto en el campus universitario eran el terror de las niñas, engañaban a todas de una forma cruel para conseguir su objetivo, un rato con ellas y luego...

Si te he visto, no me acuerdo.

Yo les dije dos o tres veces que habían sido unos chicos muy malos y ellos se reían bromeando diciendo que me salvé de no haber estado en esa época en aquel lugar, que si no, no me hubiese salvado, la verdad que los dos eran muy simpáticos y graciosos, no paraba de reírme, les había ocurrido cada cosa...

Estuvimos charlando hasta las tantas que ya no podíamos más y nos fuimos a dormir.

## Capítulo 5

Desperté escuchando las risas de Liam en la cocina, fui hacia allí y ya estaban los tres sentados con un gran desayuno por delante, rápidamente Paul se levantó a preparar mi café, me senté y empecé a comer aquellos manjares que había preparado Paul, eso era desayunar como reyes.

Un rato después y mientras seguía lloviendo en cantidad, Willy fue a por el coche y lo plantó en la puerta del apartamento para meter las cosas y retornar hacia La Casa del Lago.

Hicimos el camino de vuelta del tirón, pero paramos un pueblo antes de

llegar a nuestro destino para comer en un restaurante que le gustaba mucho a Paul y Willy, comimos una sopa deliciosa además de un sándwich que era todo un gran descubrimiento para mí, los había probado de mil formas pero jamás como esa.

Willy nos dejó en la puerta de casa, allí no llovía, nos despedimos de él y quedamos en volvernos a ver en esos días y preparar alguna que otra escapada más, la verdad que lo habíamos pasado genial, había estado muy cómoda entre ellos, nos habíamos reído mucho en aquel corto viaje.

Entramos a la casa y Magalys no estaba, como era de esperar, soltamos las cosas en la habitación y bajamos a la cocina a tomar un té, Liam se tiró en el sofá a ver dibujitos, se quedó dormido, menos mal que ya había almorzado.

— Me ha encantado este viaje contigo —dijo Paul mientras me servía el té.

— Me lo he pasado genial, ha sido todo un placer compartir esto con ustedes.

— Eres encantadora, lástima que no te conocí antes... —dijo mientras se sentaba, ante mi asombro.

Esa revelación me había dejado fuera de juego y me quedé bastante cortada, no me atreví ni a contestar, él, al ver el sonrojo de mis mejillas, emitió una graciosa sonrisa.

— De verdad te lo digo, has traído un aire fresco a esta casa, es como si se hubiesen movido todas las energías negativas que se habían quedado truncadas en ella, hasta Liam está más feliz, hace unos días sería imposible haber pensado en irme a escaparme un fin de semana por ahí.

— No creo que sea para tanto —dije intentando quitar hierro al asunto.

— Es mucho más de lo que imaginas, me has dado muchos calentamientos de coco este fin de semana, por fin he conseguido evadirme un poco.

— Me alegra escuchar eso, Paul.

Un rato después apareció por la cocina Liam, exigiendo un Cola Cao y un sándwich de Nutella.

— Para que veas, desde que estás aquí, hasta tiene más apetito —dijo Paul mientras cogía en brazos a Liam para darle un abrazo.

Al caer la tarde apareció Magalys comiéndose a besos al pequeño Liam, me saludó forzadamente, parecía que le costaba hacerlo, se había dado cuenta de que Paul y yo habíamos tenido mucha conexión y parecía que eso le molestase, aunque yo en todo momento evitaba hacer ningún comentario que pudiese hacer sentir incómoda a ella, era muy respetuosa en todo momento y no creía que fuese justo el trato que me estaba dando, pero intentaba disimular que me dolía, no quería poner en ningún momento tensa la situación, demasiado con lo que la ponía ya ella.

Un rato después dijo que se retiraba a dormir que estaba muy cansada y no le apetecía cenar, le dio un abrazo a Liam y se despidió de él hasta el día siguiente, cuando salió por las puertas de la cocina Paul y yo nos miramos, no sorprendió que después de estar todo el fin de semana sin su hijo no se apuntase a cenar con nosotros.

A Paul y a mí no nos hacía falta hablar para entendernos, me pasaba casi lo mismo con Liam, la verdad que tenía mucho feeling con ellos, de una manera u otra estábamos viviendo los tres aquella situación. Era verdad que odiaba ver mal a su hijo con todas sus fuerzas, pero qué difícil lo ponía todo, me estaba dando cuenta lo complicada que era.

Ayudé a Paul a preparar unos sándwiches de pollo, cenamos temprano y luego nos despedimos y nos fuimos a dormir todos, Paul se me quedó mirando negando con la cabeza, entendía perfectamente que no quería ir hacia la habitación donde tenía que dormir bajo el mismo techo con ella, pero nadie lo obligaba a hacerlo, todo lo hacía por evitar más sufrimiento a su hijo, sin saber que él estaba más enterado del tema que su propio padre.

El lunes todo volvía a la rutina. Me despertaba y desayunaba mientras esperaba que Liam se levantase. Decidimos pasear y pasar la mañana en el parque, me gustaba pasar tiempo con él y, sobre todo, que se divirtiera con nuestro tiempo juntos. Llegamos a un precioso parque en el que había un tobogán, unos columpios y algún juguete más para que los niños jugaran. Liam se despidió de mí para montarse en el columpio y yo me senté en uno de los bancos de madera que había frente a las atracciones.

No quería perderlo de vista, aunque era un niño muy inteligente y no había casi nadie en el parque, me gustaba observarlo reír.

— Creo que se me acaba de alegrar la mañana.

Giré mi cabeza al reconocer la voz que me había hablado. Willy me sonrió y tomó asiento a mi lado.

— Buenos días. ¿Qué haces por aquí?

— Esta semana tengo las mañanas libres y siempre me gusta venir a pasear por el sendero que conduce hasta este parque. No esperaba encontrarte aquí, pero conociendo al inquieto chico al que cuidas, no me extraña —me guiñó el ojo.

— Me gusta mucho pasear con el —le sonreí también—, es un chico excelente, no merece que...

En ese momento la tristeza me embargó al recordar la enfermedad de Liam. Willy, al notarlo, me cogió la mano y le dio un suave apretón.

— Yo sigo confiando en que todo tendrá solución, solo hay que tener fe. Además, míralo, es un niño muy feliz.

Ambos lo miramos y lo vimos con la mirada perdida mientras seguía columpiándose, pero sin perder la sonrisa de su cara.

Asentí y miré de nuevo a Willy tras soltar mi mano de su agarre, me estaba poniendo nerviosa.

— No tuve tiempo a agradecerte lo del fin de semana, fue una experiencia increíble.

— No tienes que agradecerme nada. Aunque quizás...

— ¿Quizás? —lo animé a seguir.

— Tenemos que repetirlo. Me gustó cómo nos divertimos y a Paul y a Liam les vino muy bien.

En ese momento escuchamos cómo Liam gritaba el nombre de Willy. Venía corriendo desde los columpios con una enorme sonrisa en la cara. Se abrazó a él y este lo cogió en volandas mientras le daba un gran abrazo.

— Le estaba diciendo a Beatrice que voy a hablar con tu padre para irnos este fin de semana a otra escapada, ¿qué te parece? —le preguntó a Liam pero me miró a mí disculpándose con la mirada por la pequeña mentira que acababa de decir. Yo le sonreí, menudo pícaro.

— ¡Sí! —gritó Liam a la vez que los dos se sentaban en el banco, a mi lado— ¿Pero y si papá o mamá no quieren? —preguntó repentinamente agobiado.

— No creo que tu padre ponga ninguna pega, ya lo verás —respondió Willy, obviando a Magalys.

— ¿Y dónde vamos a ir? —el pequeño ya estaba más que emocionado.

— Pues no sé, déjame hablar con tu padre y ya te diremos, será una sorpresa si decidimos ir, ¿qué te parece?

— No me gustan las sorpresas —Liam frunció el ceño, estaba claro que intentaba enterarse de todo fuera como fuese.

— Yo tampoco sé a dónde iremos —intervine. Liam me miró

rápidamente. Meditó unos instantes y suspiró.

— Está bien, pero con la condición de que hagas todo lo que puedas para que podamos ir —le dijo muy serio a Willy.

Él y yo nos reímos, ese niño sí que sabía negociar. Willy levantó la mano y se la puso en el corazón en señal de promesa y Liam sonrió.

— Estoy hambriento —dijo seguidamente.

— Entonces es mejor que vayamos a tomar algo. ¿Te parece, Beatrice?

— Claro que sí.

Nos levantamos y caminamos hasta una pequeña cafetería en la que tomamos un tentempié y unos refrescos. Estuvimos todo el tiempo bromeando, recordando los momentos que habíamos vivido el fin de semana y riéndonos mientras imaginábamos o intentábamos adivinar adónde iríamos el siguiente.

Me quedé un rato pensativa mientras observaba la bonita relación de cariño que tenían los dos. Y en ese momento, sin saber por qué, pensé en Paul, me gustaría que estuviera allí con nosotros y eso, igual que me hizo sonreír, me asustó un poco.

Le estaba cogiendo mucho cariño a ese hombre, claro que también se lo tenía a Willy y Liam pero Paul... era algo extraño.

Nos despedimos de Willy, quien quedó en llamar a Paul para contarle lo del viaje del siguiente fin de semana y nos fuimos para la casa. Preparé el

almuerzo mientras Liam descansaba un poco y, cuando Paul llegó, nos sentamos a comer.

Le contamos lo que habíamos hecho por la mañana y Liam estaba que se mordía las uñas al ver que Willy aún no había hablado con su padre ya que Paul no daba muestras de saber nada sobre la siguiente escapada, o si lo hacía, quizás quería comentarlo con Magalys antes, era otra opción.

Tras recoger la cocina y descansar un poco viendo la televisión, fuimos a la prueba médica rutinaria de Liam y nos entretuvimos a tomar un café a la vuelta.

Llegamos a la casa casi a la hora de la cena y ya Magalys estaba allí.

— Vaya, menos mal que aparecéis —dijo de malas maneras mientras besaba a Liam.

— Todos estamos bien, Magalys, gracias por preguntar —dijo Paul bordemente.

— ¿Tienes hambre? —le preguntó ella al pequeño, ignorando a Paul.

Este afirmó con la cabeza y ella le dijo que fuera a lavarse las manos mientras ponía la cena en la mesa.

En esos momentos no sabía si ayudarla o no, desaparecer o qué hacer. Sobre todo cuando a Paul le sonó el móvil y nos dejó sola en la cocina mientras salía de ella para hablar a solas.

— Pon esto en la mesa —me dijo ella, muy seria, mientras me entregaba la cesta con pan.

Lo hice y entre las dos preparamos la mesa para cenar. Liam apareció al poco tiempo después y ambos comenzamos a charlar hasta que Paul llegó y nos sentamos todos a la mesa.

— ¿Qué haces este fin de semana, Magalys? —preguntó Paul mientras se servía un vaso de agua.

— Tengo un viaje de trabajo —respondió sin mirarlo.

— Bueno, entonces no pondrás pegos si nosotros nos vamos fuera, ¿no?

Liam abrió los ojos como platos, emocionado al ver que su padre ya había hablado con Willy. Yo le guiñé un ojo, cómplice. Imaginaba que la llamada de móvil que había recibido era de Willy.

— ¿Fuera? ¿Otra escapada? —esta vez sí lo miró al hablar.

— Willy nos ha invitado a pasar el fin de semana fuera y como tú de todas formas no estarás...

— Willy, tú y Liam... —dijo ella y me miró— Y esta, imagino —lo dijo con bastante desprecio y tuve que morderme la lengua para no contestarle.

— Liam, ¿has terminado ya? —preguntó Paul tras permanecer unos minutos en silencio, esperando que su hijo terminara de comer. Este asintió con la cabeza— ¿Te importaría esperarme en el comedor, por favor?

El niño, que era bastante inteligente, se levantó y nos dejó a los tres solos, yo en ese momento también quise marcharme e hice amago de levantarme, pero Paul me hizo un gesto negativo con la cabeza y me quedé en el sitio, en silencio.

— Esta tiene un nombre, se llama Beatrice y le debes un respeto. Y sí, por supuesto que vendrá ella, es quien cuida de Liam, que no se te olvide.

— ¿Algún problema, Magalys?

— ¿Cuida de Liam o cuida de ti?

En ese momento me puse roja como la grana. Esa mujer era realmente mala y escupía veneno. Estaba insinuando que Paul y yo...

— Yo no te pregunto qué haces tú o con quién te diviertes, ¿con qué derecho moral te crees para preguntármelo tú?

Abrí los ojos como platos ante la pregunta pero en el fondo tenía ganas de reírme a carcajadas, tanto que tuve que toser para evitarlo. Magalys se puso roja, a punto de estallar y se levantó, dejándonos solos en la cocina.

Paul me miró y se disculpó.

— Lo siento, Beatrice, yo...

— No tienes que disculparte, de verdad —me levanté y le sonreí—. Que pases buena noche.

Le di las buenas noches a Liam y me fui a mi cuarto a intentar descansar. Aún tenía ganas de reírme por el corte que Paul le había dado a su esposa pero no entendía por qué no había desmentido que hubiera nada entre nosotros.

Mi cabeza empezó a fantasear de nuevo y me acosté recriminándome por ello.

Los siguientes dos días pasaron igual. Por las mañanas me encontraba con Willy y tomábamos algo juntos, solo que también nos acompañaba a Liam y a mí a pasear. Willy cada vez tenía más confianza conmigo y eso se notaba en lo cariñoso que era y en cómo esas miradas que me ponían nerviosas aumentaban, a veces un roce, sonrisas... Y yo me estaba poniendo ya nerviosa, la verdad que ese hombre era realmente atractivo.

Y las cenas las pasamos sin Magalys, aparecía cuando ya todos estábamos acostados y en parte se lo agradecía y creo que Paul más que nadie.

El miércoles por la noche estaba sentada en el sofá cuando Paul volvió de acostar a Liam.

— Está feliz. Gracias por todo lo que haces por él.

— No me des las gracias por eso.

— Está muy nervioso con lo de la excursión, he hablado con Willy y...

Se calló al ver mi cara. Había sido nombrar a Willy y me había ruborizado. Desvié la mirada de nuevo hacia la televisión, esperando que no lo hubiese notado. Se sentó a mi lado.

— ¿Ocurre algo con Willy? —preguntó con la voz tensa, cosa que me

sorprendió.

— No —negué inmediatamente, confiaba en Paul pero no iba a contarle lo que ocurría con su amigo.

— Venga, Beatrice, puedes confiar en mí.

— No es nada, Paul solo que me pone un poco nerviosa —reconocí—, pero nada más.

— ¿Ocurrió algo entre...?

— No, no. Bueno, no sé, es solo que a veces me da la impresión de que... —dios, cállate, pensé.

— Le gustas —afirmó él.

Lo miré sorprendida. Aparte de reprenderme de nuevo mentalmente por no poder mantener mi boca callada. No era algo que tuviera que contarle a él, peor parecía como si necesitase hacerlo.

Paul se quedó en silencio y miró hacia la televisión así que yo hice lo mismo, notaba tensión en el ambiente y me estaba poniendo nerviosa.

— ¿Sigues queriendo ir? —preguntó repentinamente.

— ¿Al viaje? Claro —no entendía la pregunta.

— Willy no vendrá, le han puesto guardia este fin de semana. Pero yo ya tenía todo preparado y pagado —carraspeó.

— Bueno, si no hay ningún problema en que vayamos los tres solos, por mí perfecto.

— Me alegro —me miró y me regaló una media sonrisa que casi me derrite.

— ¿Y a dónde iremos? —pregunté intrigada.

— Será una sorpresa. Así que mejor nos vamos a descansar que nos queda un fin de semana especial —me guiñó el ojo, se levantó del sofá y se marchó, dejándome con esa duda.

Negué con la cabeza y me acosté. De repente me había puesto demasiado contenta por pasar un fin de semana los tres solos. Pero no entendía la actitud de Paul. Me morí el labio mientras intentaba encontrarle explicación, pero mi mente, como siempre, viajaba a sus fantasías.

Puse los ojos en blanco, lo mío no tenía remedio.

El jueves, al encontrarnos con Willy, se disculpó con Liam y conmigo por tener que aplazar la excursión, a lo que yo dije rápidamente, al ver la cara de tristeza del pequeño, que iríamos los tres. Willy enarcó las cejas en respuesta y no hablamos más del asunto. Nos despedimos y Liam y yo volvimos a la casa, hablando todo el camino de las enormes ganas que teníamos de que llegara el viernes para marcharnos los tres juntos de excursión, como él decía.

Y esa era la verdad, estaba deseando pasar el fin de semana con Liam y Paul. Las horas que faltaban se me iban a hacer eternas.

## Capítulo 6

---

Desperté con ansias de volver a salir de allí, Liam se levantó rápidamente al escucharme y fuimos hacia la cocina a tomar buen desayuno, empezamos a bromear intentando averiguar el sitio al que nos iba a llevar Paul, no teníamos ni idea, lo estaba haciendo todo tan misterioso que la sola idea de imaginar de pasar con ellos esos días se me hacía muy excitante.

El pequeño estaba súper inquieto, estaba desayunando a toda velocidad para preparar su pequeña maleta rápido, no sé por qué tenía tanta prisa si hasta después de comer no nos podíamos ir.

Tras un veloz desayuno subimos a su habitación a preparar su equipaje, así ya se quedaría más tranquilo, pero eso no fue suficiente, directamente entró en mi habitación y dijo que ahora teníamos que hacer la mía, me hizo mucha gracia, era evidente que a él también le hacía mucha ilusión salir de allí.

Esa mañana Liam no tenía ganas de salir al parque, decía que íbamos a esperar a que llegase papá a la casa y que no se iba a mover de allí, así que me quedé con él en el salón, estuvimos toda la mañana charlando y viendo series animadas, ese día también comería Paul con nosotros así que preparé unos huevos con verduras rehogados en tomate y luego les freí unas patatas para acompañarlo.

Cuando Paul llegó ya estaba la mesa lista y venía con una cara de felicidad increíble, decía que nos preparásemos para la sorpresa que nos esperaba.

Paramos un momentito en el médico de Liam, nos atendieron rápidamente, de allí salimos directos para hacer el trayecto hacia de nuestro destino.

Apenas 40 minutos después estábamos en nuestro destino, me quedé impresionada al saber que se trataba de Bray, una de las ciudades más bonitas

de Irlanda, en la costa, al sur de Dublín.

Una ciudad enclavada entre un hermoso paisaje natural y una kilométrica playa, estaba contenta de poder conocer por fin ese lugar del que también me habían hablado tanto, bromeé diciendo que todos a rezar para que no lloviese este fin de semana.

Fuimos hasta un hotel en el centro de la ciudad, la habitación era bastante amplia, tenía una cama de matrimonio y una individual, una tele bastante grande y unas vistas a una de las zonas más concurridas de Bray.

Dejamos las cosas en él, eran apenas las 6 de la tarde, así que nos abrigamos y bajamos a pasear un poco por aquel lugar, Paul avisaba de que tenía ganas de meterse en una taberna y hartarse de cervezas, le dije que me parecía una genial idea, Liam dijo que con la condición de que le dejásemos el móvil para jugar, también lo vimos justo.

Me encantaba el olor a mar que se percibía en aquella ciudad, Liam hizo rápidamente alusión sobre ello, el lugar era muy tranquilo, lleno de restaurantes y bares.

Entramos en una preciosa librería y vi un cuento que me parecía muy interesante para Liam

— ¿Te gusta? —pregunté con intención de comprárselo.

— ¡Sí! —gritó emocionado al verlo.

— Dame, lo pago yo —dijo Paul.

— No, ha salido de mi hacerle el regalo y lo pagaré yo —dije firmemente.

Paul me echó una de esas miradas con una sonrisa que hacían que te derritieras inmediatamente.

El pequeño hecho el ojo a otro cuento que el padre decidió coger para pagarlo él.

— Me encanta, he salido con dos regalazos —sonrió Liam

— Sí, tienes mucha suerte —dijo Paul mientras le hacía cosquillas en la barriga.

Nos dirigimos hacia la casa y de allí nos fuimos directos a comer ya que estaba Liam protestando todo el tiempo sobre el hambre que sentía.

Nos metimos a comer en una preciosa taberna, pedimos dos jarras de cerveza de medio litro, bien frías. Liam, tras pedir la comida se puso a leer uno de los cuentos y estaba muy atento y emocionado, parecía que le había entrado bien la historia.

Paul no me dejaba de mirar, terminamos repitiendo cerveza, la cena fue de lo más divertida, me venía la imagen de su mujer recriminando cosas y él defendiéndome, quería quitármelo de la cabeza yai a hacerme unas fantasías que quizás no tenían nada que ver con la realidad.

De allí fuimos a la habitación del hotel ya que tenía sueño el pequeño, Paul había llevado dos botellas de Rioja que le habían traído unos amigos de España hacía tiempo, propuso que nos tomáramos allí unas copas en la habitación.

Cuando llegamos puse el pijama Liam y me pidió que le leyera un cuento, comencé a leerlo y en menos de 3 páginas ya estaba roncando, entré al baño a ponerme el pijama nuevo que me había comprado, parecía un chándal, me veía genial con él puesto, salía hacia fuera y ya estaba Paul echándola dos copas de

vino sobre la mesa y los dos sillones que había frente a una gran cristalera que daba a la ciudad, el cielo estaba de color naranja, teníamos el privilegio de estar en una de las últimas plantas del hotel donde teníamos unas vistas espectaculares.

Cogí la copa de vino y miré hacia fuera, abrí un poco la ventana ya que tenía ganas respirar el aire que emitía esa ciudad, el frío entró de golpe, pero dio una sensación bastante agradable de sentir.

Unos minutos después noté cómo se acercaba por atrás hacia mí.

— Beatrice...

— ¿Sí?

— ¿Estás notando algo extraño dentro de ti?

— No te entiendo.

— Seguro que sí, intentas evitar la pregunta.

— Claro que no, no estoy entendiendo nada de lo que me estás preguntando.

— Bueno —se acercó un poco más a mí—, tendré que preguntártelo más claramente.

— No estaría mal —dije sonriendo.

— Estoy empezando a sentir algo muy importante por ti, ¿te está

pasando lo mismo? —me agarró por la cintura y chocó su copa contra la mía.

En ese momento un hormigueo recorrió mi estómago, sus labios estaban extremadamente cerca de los míos.

— Te tengo mucho cariño —dije esquivando la mirada, avergonzada.

— No me vale esa respuesta, sabes a lo que me estoy refiriendo.

— Paul, no me hagas esto —dije sonrojada.

— ¿Tanta vergüenza te da? O quizás son erróneas las suposiciones mías.

— No estoy acostumbrada a tener este tipo de conversaciones, pero si quieres saber lo que siento, jamás sentí lo que estoy sintiendo por ti —dije mirando hacia el suelo.

— ¿Y eso qué quiere decir? —decía mientras se acercaba peligrosamente a mis labios.

— Yo... —me sonrojé mientras él se acercaba para darme un corto y precioso beso.

— ¿Te gustó?—preguntó muy flojito mirándome con una sonrisa.

— Me ha encantado... —dije encogiéndome de hombros, muerta de la

vergüenza.

Volvió a rodearme la cintura y apretarme contra él, comenzó a besarme delicadamente, luego volvió a separarse para mirarme a los ojos y yo bajé la mirada tímidamente, levantó mi barbilla con sus manos para que lo mirase.

— Eres la que ha conseguido sacar un poco de felicidad dentro de mí.

— Paul, tienes una familia.

— Nunca había sentido esto, además tú sabes que esto no es una familia, es crónicas de un divorcio anunciado, no me hables este fin de semana de ella, por favor, en estos momentos estoy siendo el hombre más feliz del mundo.

Un silencio se apoderó de nosotros. ¿Que podía decirle ante aquello? Estaba sintiendo algo tan grande por él que no quería que por nada del mundo acabase ese fin de semana, era tan agradable sentir cómo me rodeaba con sus brazos...

Paul suspiró profundamente mientras me rodeaba por la espalda con su mano izquierda, en la derecha seguía sosteniendo la copa, lo sentía pegado a mi oído, me dio la vuelta, me abrazó y me dijo que confiara en él, que no iba a dejarme sola nunca. No me atreví ni a contestarle, pero era lo más bonito que me habían dicho jamás.

Copa en mano salimos a la terraza de la habitación y cerramos la puerta para que el aire no entrara hasta donde estaba Liam.

Nos apoyamos en el barandal que había, el frío traspasaba nuestra piel pero era una sensación fascinante y el vino ayudaba a lidiar con él.

Volvió a rodearme por la espalda, seguía con la mano izquierda acariciando mi vientre, esta vez metido la mano bajo mi camiseta, me ponía la piel de gallina, sentirlo respirar en mi oído mientras me acariciaba era una de las mejores sensaciones que había sentido en mi vida.

— ¿Crees que hacer esto de esta forma está bien? —pregunté en voz flojita mientras seguía rodeada por su mano.

— No sé si estará bien, pero no creo que esté mal algo que me hace tan feliz y que es lo que deseo en estos momentos.

— Algo me dice que me fíe de ti.

— Beatrice, sigue a tu corazón...

— Es lo que hago, si no, no estaría aquí ahora, yo también estoy feliz pero no sé cómo va a terminar todo esto y no sé cómo lo voy a saber llevar.

— Confía en mí, te lo pondré fácil, solo déjate llevar....

Me quedé pensativa, en esos momentos me sentía totalmente llena, pero era increíble cómo había pasado de tener una vida muy vacía a tener ahora mi corazón repleto de amor tanto por parte de Paul como de Liam, además estaban esos brazos me hacían sentir segura y muy feliz.

— Liam está durmiendo en la cama pequeña, habrá que pasarlo a la grande para que duerma contigo —le dije.

— Mmmm...

— Ni se te ocurra pensar lo que creo que estás pensando.

— Me niego a moverlo, podría despertarse, te toca dormir conmigo —decía suavemente a mi oído mientras yo daba un sorbo de vino.

— Se puede llevar un susto si se levanta y nos ve durmiendo juntos.

— Lo mismo se lleva una grata sorpresa....

— No nos lo deberíamos de jugar —dije sonriendo a pesar de que no podía ver mi cara.

Noté cómo meneó la cabeza, me giró y estaba sonriente, me volvió a dar un abrazo frente a frente. Noté su respiración más acelerada. No dejaba de mirarme fijamente, me estaba poniendo taquicárdica, me imponía mucho sentirme entre sus brazos.

Se separó de mí y volvió a rellenar las dos copas de vino, no nos importaba el frío, estábamos muy a gusto tomando esas copas con ese aire tan fresco.

— Es complicado, Beatrice, pero no imposible, voy a hacer todo lo posible porque podamos estar en breve juntos, sin escondernos del mundo, eres el aire fresco que necesitaba en mi vida y no pienso renunciar a esto.

— ¿Estás seguro?

— Totalmente. Espera que te traigo una cosa —dijo dejándome intrigada mientras entraba a la habitación a coger algo.

Por unos instantes volví a pensar que nada había sucedido, yo estaba que parecía que había vivido un sueño, era todo demasiado bonito para ser cierto. Comencé a pensar en Magalys, pero ella no estaba viendo lo que estaba pasando a su alrededor y no estaba cuidando nada de lo que pertenecía a su vida familiar, aunque por mucho que lo intentara evitar, la presencia de Magalys me producía mucho sufrimiento.

De repente miré hacia el firmamento, mientras escuchaba los pasos de Paul volviendo a la terraza.

Me giró y puso algo sobre mis manos.

— Te lo compré esta mañana cuando salí del Instituto a desayunar, espero que te guste.

Abrí la cajita que tan delicada parecía, contenía una preciosa cadena de eslabones de plata con un reloj precioso colgando, era una monada, me lo puse inmediatamente con la ayuda de él.

— Gracias, no debiste molestarte, es una preciosidad.

— Pasé por delante del escaparate de la joyería y lo vi, esperé a la hora del desayuno, que tenía un rato libre, para ir a comprarlo, no te mereces menos.

Me quedé observándolo en mi pecho un buen rato, me gustaba cómo me quedaba puesto y me hacía una gran ilusión que hubiese tenido ese detalle tan

bonito conmigo.

Nos fuimos a la cama, indudablemente me tuve que acostar a su lado, me abrazó y me puso la cabeza sobre él, mientras acariciaba mi cabello, yo estaba viviendo uno de los momentos más mágicos que jamás había imaginado, en esos momentos comprendí que era el sentimiento de estar enamorada.

## Capítulo 7

Desperté y me di cuenta que tenía a un lado a Liam y a otro a Paul y los dos me sostenían abrazada, una sonrisa me salió al comprobar de que estaban despiertos, les dije que me había levantado muerta de hambre y que nos íbamos ahora mismo a desayunar, Liam se levantó rápidamente, a apetito no le ganaba nadie.

Yo estaba nerviosa, no podía evitar sonrojarme fácilmente con él, me ponía las cosas muy difíciles, aunque su intención era todo lo contrario, pero me imponía tanto que no podía controlar esa inseguridad que me surgía rápidamente, pero en el momento que me echaba una de sus miradas tan tiernas, mi seguridad volvía a resurgir.

Liam y Paul se ducharon rápidamente y tras ellos fui yo, el día estaba totalmente abierto para nuestro asombro, aunque el aire fresco dejaba claro que allí estaba, nos fuimos a una de las tabernas cercanas que había al hotel y nos pedimos un desayuno irlandés típico de la zona.

No paraba de echarme miradas muy sensuales, una de las veces vi cómo el pequeño Liam lo pilló y sonrió, yo le hice señas con los ojos a Paul, a él le daba todo igual, estaba dispuesto a dejar claro con las miradas que seguía

sintiendo lo mismo.

Por su culpa me temblaba muy a menudo la voz y me sentía muy torpe a la hora de querer decir algo, él lo notaba, sonreía esperando a que pudiese terminar la frase, su actitud graciosa me ponía más nerviosa aún.

En esos momentos me sentía en tensión, comía con ligereza con tal de no tener que abrir la boca, el pequeño Liam empezó a bromear diciendo que parecíamos una pareja de novios, yo agaché la mirada y Paul empezó a reírse, los dos terminaron mirándose y riendo a carcajadas.

El corazón se me aceleró mientras Paul me miró sonriente por lo que había acabado de soltar su hijo, yo era incapaz de sostener la mirada en sus ojos más de unos cortos segundos.

Mis hormonas ya estaban empezando a revolucionarse, sus miradas y gestos eran provocadores y a mí me causaban mucho deseo, yo no paraba de negar con la cabeza, estaba totalmente cortada por aquella situación, mi timidez tampoco ayudaba mucho.

Liam vino a darme un cálido beso con un buen abrazo, su calorcito me encantaba, ojalá ese niño hubiese sido mío, le tenía tanto cariño que hacía que sintiera un amor, algo muy grande por él.

Paul nos miró sonriendo, le encantaba vernos así, su mirada lo delata, en esos momentos parecíamos casi una familia.

Decidimos irnos a pasear de compras por la ciudad, luego prometimos a Liam comer en un Burger, entramos en una tienda de moda que me había llamado la atención por el escaparate, tenía unos trajes de hilos finos muy bonitos en color marrón, me apetecía comprar uno para ponérmelo con unas botas altas, entramos y salí del probador para que me lo hubiesen puesto, los ojos de Paul cambiaron rápidamente y se notaba que ardía en deseos a la vez que escuchaba al pequeño Liam decir que estaba impresionante.

— Ese te lo compro yo —dijo Paul poniendo cara de impresionado.

— No, demasiado que no me dejas pagar nada, este me lo pago yo —dije mientras iba corriendo hacia la caja a la vez que iba sacando la tarjeta.

Él llegó rápidamente, le dijo a la cajera que ni se le ocurriese cobrarme, al final me montó el pollo y pago él.

Iba andando muy feliz y agradecida por el detalle tan bonito que había tenido conmigo y me dijo que me lo quería ver puesto junto con el colgante que me había regalado, le prometí que me lo iba a poner esa noche cuando saliésemos a cenar, así aprovechaba para estrenar las botas altas que llevaba y que no estaba segura con qué ponérmelas.

Después de comer en otra taberna de aquel lugar, nos fuimos un rato al hotel a echarnos en la cama y a descansar para luego salir a cenar y pasear un poco, nos levantamos a las 6 de la tarde y nos vestimos para perdernos de nuevo por la ciudad.

Liam se veía más feliz por momentos y cada vez tenía mejor color de cara desde que yo lo conocía, a veces llegaba a pensar que había sido un antídoto para él, se le notaba con el gran cariño y amor que me trataba, siempre andaba buscándome la lengua, nos reíamos mucho juntos.

Paul nos llevó a un precioso restaurante que había descubierto mirando por algunos foros que hablaban de aquella ciudad, pidió una mariscada, Liam y yo nos quedamos alucinados mirándola fijamente.

— Esto tiene una pinta de muerte —dijo el pequeño.

— Tienes razón —dije mientras que cogía unas gambas para ponerlas en mi plato y pelarlas para dárselas a Liam.

— Pues que la disfrutéis —dijo Paul.

Nos tomamos una botella de vino entre los dos, teníamos una sonrisa de oreja a oreja y después de la cena nos fuimos a pasear por la ciudad, Paul sostenía por el hombro a Liam y con la otra mano me llevaba agarrada a mí.

Me insinué varias veces que en un rato estaríamos en el Hotel tomando la última botella de vino que quedaba allí, estaba deseando estar a solas conmigo, se le notaba mucho, yo también lo estaba deseando.

Cuando llegamos al Hotel, el pequeño Liam se puso rápidamente el pijama y se acostó, no sin antes darnos un gran beso y un abrazo tanto a su padre como a mí y decirnos que había sido un día perfecto.

Paul me dijo que lo esperara en la terraza, que iría a preparar ambas copas de vino, así que lo hice. Él apareció poco tiempo después con las copas en la mano y una mirada que me puso más nerviosa aún de lo que estaba.

Cogí la copa que me ofrecía y le di un pequeño sorbo, me di la vuelta y contemplé la noche, en silencio.

Paul, también sin hablar, se colocó como había hecho la noche anterior, detrás de mí y apoyó su cabeza en mi hombro. Me dio un suave beso en el cuello que hizo que decenas de escalofríos me recorrieran y sonrió contra mi piel al notarlo.

— ¿Tienes frío? —preguntó burlonamente.

— Paul, yo...

— No —me interrumpió—, te dije que confiaras en mí, Beatrice. Haré lo que sea porque estemos juntos, así que si lo que vas a pedirme es que reprima mis emociones delante de nadie...

— No es nadie, es tu hijo.

— Mi hijo te adora y no es tonto, sabe más de lo que crees.

Guardé silencio, si él supiera... ¿O acaso él sabía que su mujer tenía a otra persona y no había dicho nada? Me quedé pensativa mientras volvía a revivir lo que le había contestado noches antes en la cocina y me dio a pensar que tal vez Paul supiera mucho más de lo que decía, pero de todas formas, ese no era momento para hablar sobre eso. No era el momento ni lugar para Magalys.

— No me gustaría que si lo nuestro se tuerce, Liam sufriera —dije tristemente—. Por eso sería mejor que nunca notara nada.

— Lo nuestro no se va a torcer porque yo no voy a permitirlo, mucho menos ahora que acaba de comenzar —me quitó la copa de la mano y puso las dos en el suelo, me dio la vuelta y me agarró, pegándose a su cuerpo—. Mírame —me pidió, yo levanté la mirada del suelo y observé sus ojos—. Confía en mí, me has devuelto muchas cosas, sobre todo la ilusión por vivir y por amar. ¿En serio crees que no voy a luchar por esto? Es lo que me vuelve a hacer sentirme vivo.

— Casi ni nos conocemos.

— Conozco lo suficiente para saber lo que está ocurriendo, lo demás ya vendrá. Ahora solo disfrutemos el uno del otro.

Asentí con la cabeza. Él se acercó y me dio un dulce beso en los labios. Pero el beso se hizo un poco más profundo. Nuestros cuerpos estaban completamente pegados y yo le puse las manos en sus hombros para acercarme un poco más a él. Cuando su lengua tocó la mía, sentí que me temblaban las rodillas, no sabía qué era lo que ese hombre provocaba en mí, pero lo que fuera, quería seguir sintiéndolo. Yo tampoco quería renunciar a eso, a lo que sentíamos los dos.

— Hoy también dormirás conmigo —dijo cuando separó sus labios de los míos—, aunque no sé qué tan buena idea sea esa —terminó diciendo tras meditar unos instantes.

— Lo mejor es que no lo haga —dije tímidamente.

— No quiero separarme de ti, mañana volveremos a casa y allí todo será más complicado, al menos los primeros días, me va a costar mantener las manos lejos de ti.

— A mí también —confesé, pensando en cómo me gustaba que me acariciara.

— Peor será no poder besarte —dijo besándome de nuevo.

— Mmmm...

— Esto va a ser una tortura —resopló.

Me reí y me atreví a ser yo quien le diera un beso a él esta vez, me encantó que sonriera antes de devolvérmelo.

—Ven —me hizo salir de la terraza y tumbarme en la cama con él—. No quiero separarme de ti hoy —comenzó a besarme dulcemente, intentando los dos no hacer ruido para que el pequeño Liam no nos escuchara.

El beso se nos fue un poco de las manos. Con una de sus manos me acariciaba la espalda y la otra la tenía puesta sobre mi mejilla.

Cuando separamos nuestras bocas y cogimos un poco de aire, puso su frente contra la mía y suspiró, me hizo poner la cabeza sobre su pecho y me dio un suave beso en la cabeza mientras me daba las buenas noches.

Nos quedamos dormidos así, con la ropa puesta y todo, pero yo no quería romper la magia del momento, así que cerré los ojos pensando en la bonita experiencia que la vida me estaba regalando en esos momentos.

Estaba completamente enamorada de ese hombre...

A la mañana siguiente, cuando desperté, Liam y Paul ya estaban levantados y duchados. Los saludé y tomé una ducha yo. Cuando estuvimos todos arreglados, preparamos las maletas de vuelta. Saldríamos después de almorzar para la casa del lago pero pasaríamos la mañana en la ciudad.

Tras desayunar donde lo habíamos hecho el día anterior, dimos un paseo por el centro de la ciudad, haciendo algunas compras en los locales que estaban abiertos, y disfrutando mientras nos hacíamos decenas de fotos.

Almorzamos en un coqueto y pequeño restaurante que encontramos mientras paseábamos y, tras tomarnos un café, decidimos ir por las maletas al hotel y meterlas ya en el coche para volver a casa.

El trayecto no se nos hizo muy largo, quizás porque ninguno tenía ganas de volver a la realidad, así que llegamos a la cabaña y cada uno se fue a su habitación a deshacer el equipaje. Paul dijo que él se encargaba del de Liam, que me relajara.

Pero yo estaba demasiado nerviosa para eso, así que después de ordenar todo lo de la maleta, me fui a la cocina y me dispuse a preparar la cena ya que Magalys no estaba en casa.

Cenamos los tres juntos hablando sobre el viaje y lo bien que lo habíamos pasado, cuando Paul acostó a Liam, aún Magalys no había llegado. Nos sentamos los dos en el sofá y Paul cogió mi mano y le dio un suave beso.

— He pasado un fin de semana increíble, jamás lo olvidaré —se acercó a mí y me besó.

Yo me ruboricé y le reñí con la mirada, estábamos en su casa y en cualquier momento podían aparecer su mujer o Liam y no debería de hacer eso. Puso cara de tristeza cuando se lo dije y seguidamente volvió a besarme de nuevo.

— Paul, por favor —volví a recriminarle.

— Me va a costar no poder besarte.

— No voy a poder llevar esto adelante... —me quejé.

— Claro que lo harás, lo haremos. De eso me encargo yo.

Intentó besarme pero me eché para atrás. En ese momento escuchamos abrirse la puerta de la cabaña y ambos miramos cómo Magalys entraba en el salón.

Nos observó a ambos con las cejas enarcadas y tomó asiento en un sillón frente a nosotros.

— ¿Dónde está Liam? —preguntó de malas maneras.

— Dormido como siempre a esa hora —respondió Paul.

— Podía haberse esperado a que llegara.

— No somos adivinos para saber a qué hora llegarás, Magalys.

En ese momento hice intento de levantarme del sofá, no me apetecía presenciar ninguna discusión entre ellos. Si antes intentaba evitarlas, ahora que estaba ocurriendo algo entre Paul y yo, más aún.

Paul me puso una mano en la rodilla, diciéndome sin palabras que me mantuviera sentada. En ese momento no supe qué hacer, ¿se había vuelto loco? Su mujer se iba a dar cuenta de que... él y yo...

— Parece que el fin de semana ha ido muy bien —dijo ella, parecía a punto de explotar.

— Liam se lo ha pasado genial, ha disfrutado muchísimo.

— Y vosotros por lo que veo.

— No empieces, Magalys —le advirtió Paul.

— No, no me apetece, estoy demasiado cansada. Mejor me iré a dormir.

Se levantó y se fue a su dormitorio, cerró la puerta de un portazo. Paul y yo nos manteníamos en silencio.

Fui a recriminarle cuando él me cogió la cara entre las manos y me dio un rápido beso.

— Me iría a dormir contigo, pero mejor me quedo en el sofá —me guiñó un ojo y volvió a besarme.

— Paul...

— Está bien —se separó de mí—. Es mejor que te vayas a dormir, debes de estar agotada.

— Buenas noches —le dije antes de levantarme.

Me dirigí a mi habitación y me acosté, pensando en cómo Paul y yo íbamos a actuar a partir de ese momento y cómo lo haría Magalys. La situación era de todo menos fácil.

## Capítulo 8

Me desperté pensando en el comentario que había tenido Magalys la noche anterior, necesitaba un café bien cargado, así que me dirigí hacia la cocina para hacerme uno bien fuerte.

No dejaba de pensar en Paul y en los besos que nos habíamos dado ese fin de semana, no dejaba de fantasear con convertirnos en una pareja normal sin tenernos que escondernos ni excusarnos del mundo.

Noté cómo un papel al lado de mi hombro, miré hacia el lado y pude comprobar cómo habían dejado una nota en mi almohada, me senté en la cama y la abrí para leerla.

*Me iré recordando cada beso que nos hemos dado.*

*Paul.*

No podía creerme la nota que me había dejado, me la apreté junto al corazón, sin duda sería el hombre de mi vida, había una batalla muy dura que iba a tener que lidiar, pero iba a luchar porque fuese a su lado.

Un rato después estaba despertándose Liam que venía flechado para desayunar, así que en cuanto lo escuché me puse a hacer su Cola Cao.

— Buenos días, mi príncipe —dijo mientras que le daba un fuerte abrazo.

— Buenos días, Bea, llevaba un rato tirado en la cama pero era incapaz de levantarme, estaba muy a gusto —dijo mientras me abrazaba.

— Pues haberme llamado y te hubiese llevado allí el desayuno, la próxima vez te quedas en la cama y desayunas como un rey

— Prefiero venir aquí a desayunar y charlar contigo —dijo con una sonrisa preciosa.

— Pero allí también podemos desayunar, yo me siento en la cama de al lado.

— Vale, mañana me llevas el desayuno a la cama.

— Perfecto, lo que usted mandé señorito —dije bromeando.

Tras el desayuno encendimos la chimenea y nos quedamos en el salón ya que ese día era muy frío, decidimos quedarnos en casa y no salir.

La mañana sucedió rápida y por fin llegó Paul, al que echaba mucho de menos, venía feliz, me recibió con un fuerte abrazo, hasta al niño le salió una sonrisa.

Nos fuimos a la cocina a comer, tenía ganas de decirle cuánto lo quería, creo que mis miradas se lo estaban transmitiendo y las suyas me decían que sentía lo mismo.

Un rato después Liam dijo que quería ir a dormir y leer uno de los cuentos que le habíamos comprado el fin de semana, se fue a su habitación y nos dejó solos en el salón.

Yo estaba sentada en un sillón y Paul en otro, estaba frente a mí, se levantó y dijo que iba a por algo, vi cómo sacaba otra pequeña cajita de su riñonera.

— Esto también es para ti —dijo mientras se agachaba para entregármelo.

— No tienes que tomarte estas molestias, no creo que me merezca tanto.

— Beatrice, debes de saber que lo hago porque me sale del corazón, me encanta tener estos pequeños detalles contigo.

Abrí nerviosa la caja, dentro contenía unos bonitos pendientes de perla blanca, eran dos bolitas, el agarre era de oro.

— Me encantan, tuve unas pero las perdí —dije mientras lo miraba fijamente, poniéndole cara de agradecida.

Me las quitó de las manos y la puso sobre la cajita, acto seguido me quitó los pendientes que llevaba, me puso los nuevos.

— Estás preciosa, sabía que te quedarían ideales, te resalta más tu preciosa cara —dijo mientras me agarraba con las dos manos mis mejillas y me daba un beso en los labios.

— Muchas gracias, Paul.

— A ti, por haber entrado de esta forma en mi vida, jamás imaginé que podría volver a recobrar la ilusión por alguien, menos aún que pusiesen mi corazón de la forma que ahora mismo está.

— Yo también siento lo mismo.

— Lo sé, tengo muchos planes junto a ti, confía en mí.

— Lo hago.

Paul me observó, no decía nada, el silencio volvió a invadir, solo nos miramos, con ello nos lo decíamos todo, a la vez que nuestras manos seguían entrelazadas y acariciándose.

Vi por la cristalera cómo de lejos venía Willy, Paul me miró como reticente, parecía que ahora esa visita le molestara.

Salió hacia la puerta para abrirle, lo recibió con una gran sonrisa, pero yo sabía que estaba celoso por lo que le había contado la otra vez.

Se saludaron efusivamente, luego entró para darme dos besos, a la vez que ya me iba levantando del sillón.

Nos fuimos a la cocina a preparar un café y algo de merendar.

— Te quedan muy bien esos pendientes —dijo Willy.

No me dio tiempo a contestar cuando ya lo hizo Paul.

— Se los he regalado yo.

— Tienes buen gusto, amigo.

Sentí que se estaban tirando cuchillos con total disimulo, corté la conversación rápido preguntando cómo le fue la guardia.

— Bien, me quedé con las ganas de ir con ustedes, quizás podríamos preparar algo para este fin de semana.

— Antes estábamos hablando de ello, ¿verdad, Bea? —dijo sin que yo entendiese nada—. Habíamos decidido pasar este fin de semana aquí tranquilos en la cabaña ya que me ha comunicado Magalys que se va todo el fin de semana a Dublín y el sábado tienen que venir a arreglar la poza, así que estábamos diciendo de quedarnos aquí de tranquilos —dijo improvisando esas invención.

— Bueno, pues podemos quedar otro fin de semana —respondió Willy.

— Claro, cómo no —dijo Paul mientras servía el café.

Tras el café se fue rápidamente Willy, creo que se sintió incómodo, se olía algo, cuando salió por la puerta, Paul me miró y me guiñó el ojo.

Un rato después aparecía Magalys, nos sentamos todos a cenar, ella solo se dirigía a su hijo, a mí y a Paul nos ignoraba completamente, cuando terminé de cenar puse el plato en el lavavajillas y me despedí de todos, no me apetecía estar ahí, prefería estar en la habitación.

Volví a coger la nota que me había dejado por la mañana sobre mi almohada, me había encantado que se preocupase en entrar a la habitación y dejarla ahí, era un gesto muy bonito por su parte como al igual que el de los pendientes, me miré al espejo antes de ir a la cama, me veía realmente guapa.

Me acosté pensando en la expresión de ella que era de lo más patético que me había echado jamás a la cara, la indiferencia que tenía hacia Paul era increíble y ahora por supuesto la estaba tomando conmigo, me puse a pensar que en cualquier momento era capaz de insinuar el despedirme, pero no creía

que Paul lo permitiese. De todas formas si tenía que irme de ahí, lo haría, me gustaría otro trabajo cerca de allí para estar junto a él si hacía falta, pero no creía que llegase a ser así pues desde que había llegado yo, ella estaba muy cómoda y casi no aparecía por la casa, estaba más pendiente a su vida que a la de su propio hijo que, aunque era evidente que lo quería mucho, pero estaba muy preocupada de él dese que yo había llegado.

A la mañana siguiente ya estaba Liam en la cocina y se había preparado el solo el Cola Cao, me recibió con una bonita sonrisa y se vino hacia mí para darme un abrazo.

Tras el desayuno nos fuimos a pasear al pueblo, nos sentamos en una taberna a tomar un zumo que le gustaba mucho al pequeño, ante mi asombro Willy estaba entrando por las puertas de aquel local, parecía como si nos hubiese seguido.

— Buenos días, granujas —dijo al pequeño haciéndole cosquillas, a la vez que miraba hacia mí y me guiñaba el ojo.

— Buenos días —dije sonriendo mientras él tomaba asiento.

— Venía de comprar el periódico y os vi entrar en este local, parece que el destino se ha propuesto que nos encontremos a menudo.

— Eso parece —dije mientras pensaba que no se lo creía ni él

— Me estaba preguntando que ayer me dijo Paul que tenía que quedarse por motivos de la poza, pero es posible que a lo mejor a ti sí te apetezca venir.

— Verás, hablamos de quedarnos aquí porque tenemos pendiente hacer algunas cosas que queremos dejar listas este fin de semana —solté improvisadamente.

— Ya... —dijo no quedando muy conforme.

— Además que se tiene que quedar conmigo, si no la voy a echar mucho de menos —dijo Liam echando un capote.

— Entonces así lo acepto —dijo queriendo quedar bien.

El pequeño Liam empezó a insistir en que tenía ganas de irse para casa y creo que intentaba que nos librásemos de Willy, salimos con él del local y fuimos a comprar el pan, luego nos acompañó hasta casa, no le dije que entrase, nos despedimos quedando en volver a coincidir.

La semana pasó volando y todos los días era la misma rutina, Paul comía con nosotros y por la noche se incorporaba Magalys.

El viernes por la mañana escuché cómo ella se despedía de su hijo quedando en volver el domingo por la noche.

La mañana la pasamos comprando buena carne por el pueblo así como el pan y algunas cosas para tener para el fin de semana.

Paul llegó muy feliz al mediodía ya que se quedaba todo el fin de semana con nosotros y encima no tenía que aguantar a Magalys, comimos patatas fritas con huevo y chorizo que se la habían antojado a Liam, después nos fuimos a descansar un rato antes de llevar a Liam al médico, cuando salimos de allí nos fuimos a una bodega a comprar algunos vinos para esa noche y el fin de

semana.

Cuando volvimos me duché y me puse un pijama de algodón que me había comprado muy gracioso en una tienda de moda el fin de semana y que aún no había estrenado, bajé mientras Paul estaba haciendo una deliciosa cena.

— Te sienta genial ese pijama —dijo mientras me ha agarraba por la cintura para arrastrarme hacia él y darme un beso en los labios, Liam se estaba duchando.

Descorchó una botella de vino tinto y sirvió dos copas, el pequeño Liam vino exigiendo un sándwich y diciendo que tenía mucho sueño, se le hizo uno de jamón york y queso y se fue a la cama tras comerlo, yo dejé a Paul preparando nuestra cena y acompañé a Liam y le leí dos o tres páginas del cuento hasta que se quedó dormido.

Volví a la cocina y ya estaban los platos en la mesa, una deliciosa ensalada de pasta con unos tacos de atún y cebolla.

Estuvo muy coqueto todo el tiempo conmigo, sus miradas eran penetrantes y a mí me causaba muchas risas, me seguía imponiendo mucho.

Nos fuimos hacia el salón para quedarnos allí en la chimenea tomando más vino, él estaba súper cariñoso conmigo y a mí me encantaba.

Apoyé la cabeza en el sofá y Paul se inclinó sobre mí, me dio un suave beso en los labios y, al terminar, puso su frente contra la mía.

Estuvimos unos segundos así, con los ojos abiertos, sonriendo como tontos. Yo estaba muy nerviosa, sabía que estábamos solos y que Liam no se despertaría. El aire se respiraba cargado entre nosotros y eso me ponía aún más taquicárdica.

— ¿Estás bien? —me preguntó de repente, escudriñando mi cara.

— Sí, tranquilo. Solo que yo...

— ¿Tú qué? —preguntó al ver que me ruborizaba y evitaba su mirada—  
Beatrice —me cogió la cara con las manos—, mírame. ¿Tú qué?

— Yo... esto... nunca... —no sabía cómo decírselo.

— ¿Nunca has estado con un hombre? —preguntó asombrado.

— No —confesé, en parte un poco avergonzada y no sabía por qué. Nunca creía que fuera algo por lo que avergonzarme, yo sabía que el día que me entregara a alguien sería por amor, quizás podía sonar ridículo en la sociedad que vivíamos, pero era mi forma de sentir.

— No sabes lo que me alegra oír eso —una media sonrisa se formó en sus labios y volvió a acercar su boca a la mía.

El beso fue lo más dulce del mundo, era como si me quisiera hacer sentir segura. Y la verdad es que lo estaba consiguiendo. Con él, cualquier temor se anulaba.

Me hizo medio tumbarme en el sofá y dejó caer su cuerpo sobre el mío sin dejar en ningún momento de besarme. Una de sus manos la dejó en mi cadera y la otra comenzó a meterse por debajo de mi blusa. El contacto de su mano en mi piel hizo que un escalofrío me recorriera.

Me quitó la blusa por la cabeza, dejando al descubierto mi sujetador y me observó los pechos unos segundos antes de levantar la cabeza y mirarme de nuevo a los ojos, seguidamente volvió a besarme, dulce, sí, pero era diferente, había un ansia en ese beso que no había notado antes.

Con todo el atrevimiento del mundo, hice amago de quitarle su camisa, él acabó ayudándome a deshacernos de ella. Volvió a tumbarse encima de mí y temblé al notar su piel contra la mía.

— No sabes cuánto te deseo —dijo con voz ronca.

En ese momento me hubiese gustado decirle que podía imaginarlo porque yo lo deseaba igual pero su comenzó a besarme el cuello y de mi garganta solo salió un gemido. Bajó hasta la parte de mis pechos que dejaba libre el sujetador y la lamió.

Levantó la mirada para preguntarme silenciosamente si podía quitarme la prenda y le dije que sí con la cabeza. Tragué saliva mientras lo hacía. Pero sin entretenerse en mirar, se incorporó también para quitarme los pantalones de pijama. Me dejó solo con mis braguitas. Intenté taparme con ambas manos los pechos pero lo evitó rápidamente.

— No tienes que avergonzarte de nada conmigo. Yo no estoy interesado en tu físico, si no en lo que siento contigo.

Las lágrimas anegaron mis ojos pero intenté no derramar ninguna.

— ¿No me crees? —preguntó agobiado.

— Sí, sí —afirmé repetidamente—. Es solo que...

Me besó sin dejarme terminar la frase aunque en esos momentos tampoco era necesario explicarle a él mis inseguridades, sabría de más a qué me estaba refiriendo.

Los besos eran cada vez más intensos y nuestras respiraciones estaban demasiado aceleradas.

Se levantó del sofá y terminó de desnudarse, apenas pude contemplarlo unos instantes, ya él se había deshecho de la prenda de ropa que faltaba y se tumbó sobre mí de nuevo.

Abrí las piernas para que se acomodara entre ellas y acerqué mi boca a la suya, no quería dejar de besarlo.

Cuando su lengua tocó mis pezones, arqueé todo mi cuerpo, gimiendo de nuevo.

— Paul, por favor... —era inexperta pero no era tan tonta como para no saber lo que necesitaba en ese momento y era a él dentro de mí.

— Yo tampoco quiero esperar mucho más.

Noté cómo su miembro presionaba en mi vagina e iba entrando poco a poco. Cuando llegó al punto de no retorno, entró dentro de mí de una vez y se quedó inmóvil. Yo había esperado que el dolor fuera más grande, pero apenas un pinchazo, nada que no pudiese soportar. Me miró a los ojos, esperando que le dijera que estaba bien. Cuando lo hice, comenzó a moverse lentamente. Un calor se apoderó de mi cuerpo, sabía que el orgasmo estaba cerca.

Me empezaron a temblar las piernas y gemí cuando llegué al éxtasis, me mordí el labio para evitar cualquier ruido.

Él siguió moviéndose hasta eyacular dentro de mí y se quedó tumbado

encima de mí. Se colocó a mi lado poco tiempo después, le hice un hueco para que se acomodara detrás de mí, alargó la mano para coger la manta que estaba cerca y nos tapó a ambos con ella, pasó un brazo por debajo de mi cuerpo y me abrazó con el otro. Me dio un beso en el cuello y suspiró.

— ¿Estás bien? —preguntó de nuevo.

— Sí —suspiré—. Ha sido perfecto.

— Sí, lo ha sido. Gracias.

— ¿Por qué me das las gracias? —pregunté extrañada.

— Este es el regalo más bonito que jamás me hicieron. Y que hayas sido tú, con lo que siento por ti... Me siento el hombre más feliz del mundo —dijo emocionado—. Confía en mí, cariño, haré lo que sea pero no voy a perderte, no dejaré que te vayas de mi vida.

— Confío en ti —le dije sin dudar, era la verdad.

— Descansa —me dio un beso en la cabeza y yo cerré los ojos, feliz.

Unas horas después, Paul me despertó para decirme acompañarme hasta mi cama, no fuera a ser que Liam nos encontrara allí. Me dejó acosada en la cama, me besó y se fue a su cuarto.

El sábado, nada más encontrarnos en la cocina por la mañana, nos

besamos apasionadamente. Liam apareció y no lo oímos, casi nos pilla, por suerte no lo hizo, a ver cómo le explicábamos eso cuando su padre y su madre seguían casados. Y aunque los dos imaginábamos que el pequeño sabía más de la cuenta, teníamos que hacer las cosas como se debía. En este caso me tocaba esperar y confiar en Paul.

Pasamos el día paseando, fuimos al parque donde iba con Liam por las mañanas y los tres terminamos disfrutando de las atracciones ante las risas de Liam, se notaba que estaba contento al vernos actuar como chiquillos.

No tuvimos muchas oportunidades de estar solos y lo suplíamos con miradas y sonrisas cómplices, haciéndonos entender que ambos deseábamos que llegase la noche para poder pasarla juntos de nuevo.

Después de una cena rápida y de que Liam se durmiera, Paul me llevó hasta mi dormitorio. Estábamos de pie junto a la cama y nos desnudamos el uno al otro. Caímos desnudos en la cama e hicimos el amor de nuevo. Esta vez explorando el cuerpo del otro, sin prisas, disfrutando uno del otro.

Él estaba tumbado de espaldas y yo apoyada sobre su pecho a la vez que él acariciaba mi espalda y mi cabeza.

— No sé cómo voy a soportar no poder tocarte teniéndote cerca —entendí lo que me decía, se refería hasta que terminara la relación con Magalys.

— No quiero hablar de eso ahora, Paul, confío en ti, lo sabes, ¿verdad?

Apretó más el agarre sobre mi cuerpo y me dijo que sí.

— Lo que siento por ti no lo he sentido jamás por nadie —continuó—.

No solo haces feliz a mi hijo, sino que a mí también. Ya te dice que me devolviste las ganas de seguir hacia adelante y te lo repito. Pero sobre todo las ganas de amar.

— Yo también siento algo muy fuerte por ti —le di un beso en el pecho.

— Solucionaré las cosas, te lo prometo, y en poco tiempo. No voy a perderte.

Me abracé más fuerte a él y cerré los ojos, sonreí, amaba a ese hombre y yo tampoco quería perderlo.

Cuando me desperté el domingo, Paul no estaba en mi cama. No me extrañaba pero me hubiese gustado verlo al abrir mis ojos.

Me puse unos vaqueros, un jersey y las botas altas y salí. Ya olía a café y estaba deseando ver a Paul. Me acerqué a él por detrás, estaba cogiendo las tazas y lo abracé por la cintura.

— Buenos días —le dije, contenta.

— Buenos días, cariño —se dio la vuelta y me besó—. Quiero estos buenos días todo lo que me queda de vida.

Nos separamos cuando escuchamos los pasos de Liam. Entró en la cocina y nos observó a ambos antes de abrazarnos y darnos los buenos días.

Desayunamos y decidimos pasar el día en la casa. Preparamos algunas actividades a las que jugar con Liam y fue un día bastante divertido.

Magalys llegó justo antes de la cena y el ambiente cambió rápidamente.

Me fui a dormir sin ni siquiera poder darle las buenas noches con un beso a Paul y eso me entristeció.

En la cama pensé en mi relación con él y no pude evitar pensar en cómo acabaría todo. Tenía miedo de lo que iba a pasar a continuación y, aunque confiaba en él, era algo que no podía evitar.

Solo el tiempo diría cómo terminaría todo y decidiría el rumbo de mi vida.

## Capítulo 9

Me fui a desayunar mientras Liam seguía durmiendo, estaba presionado por lo duro que era estar aguantando a Magalys siempre con esa actitud y carácter, me quedé un rato pensativa a la vez que me di cuenta que era un poco tarde y el pequeño aún no había dado señales de vida.

Fui hacía su habitación, me eché sobre él para darle un beso y me di cuenta que estaba ardiendo, me fui corriendo a llamar al médico que me dijo que venía inmediatamente, luego llamé a Paul y le dije que de paso avisase a Magalys, me dijo que vendría enseguida.

Pronto escuché el timbre de la puerta, bajé a abrir al doctor que subió de seguida a la habitación de Liam, por desgracia ya se sabía el camino perfectamente.

Llamó a una ambulancia y dijo que se lo llevaba para el hospital a que le hiciesen unas pruebas y ver qué es lo que le estaba sucediendo, en ese momento llegó Paul que abrigó al niño, lo metió en el coche y nos fuimos hacia el hospital siguiendo al doctor.

Rápidamente le hicieron varias pruebas, estaba muy decaído y apenas hablaba, Paul no paraba de dar vueltas sobre él mismo, yo intentaba tranquilizarlo pero era inevitable que estuviese así.

Un rato después salió el doctor para decir que por ahora lo iba a dejar ingresado mientras que tuviese los resultados y que ya le habían puesto todos los medicamentos necesarios para bajarle la fiebre.

Subimos a la habitación que le habían asignado al pequeño, estaba muy cabizbajo, solo quería dormir, en esos momentos entró Magalys por la puerta, ni en esos momentos era capaz de traer paz, la cara era de un sargento enfadado, ni se preocupó esa vez en decir hola.

Se fue directa para el pequeño poniendo la cara de circunstancia y dolor más grande que pudiese poner, sabía que lo quería mucho pero estaba haciendo puro teatro.

Dije que iba a tomar un café y me salí de la habitación, salí del hospital y me dirigí al bar de enfrente, cada vez que estaba al lado de esa mujer me entraba una energía negativa increíble, cada vez me pesaba más estar en aquella casa, pero el amor que sentía hacia Paul y Liam podía compensar ese mal rollo que tenía que soportar diariamente.

Unas 2 horas después apareció Paul, el médico le había dicho que los resultados habían sido toda una sorpresa para el equipo médico ya que no aparecía nada maligno en altos niveles, como si hubiese desaparecido por arte de magia, que a partir de estos momentos el pequeño no necesitaba el tratamiento y que quizás sí podría volver a tener una vida normalizada y sin límite de tiempo.

Mientras me lo contaba no dejaba de llorar, le costaba pronunciar las palabras, la emoción y los sentimientos tan grandes que debía estar pasando en esos momentos eran difíciles de describir.

Los resultados habían venido muy rápido, los habían hecho en el laboratorio de ese hospital en un momentos por el temor a que algo estuviese saliendo mal y le estuviese afectando de tal forma que le producía esa fiebre, pero para sorpresa de todo era todo lo contrario, al final habían decidido que al día siguiente le darían el alta a Liam si le bajaba la fiebre.

— Magalys va a estar 2 horas y luego se va, me quedaré aquí con el pequeño hasta mañana por la mañana.

— Yo me quedo aquí también, no vuelvo a casa con ella sola —dije firmemente.

— Tranquila, lo había pensado, en la habitación hay una cama y un sofá, pensaba dejarte aquí conmigo.

— Gracias, cómo me alegro por lo de Liam —dije mientras las lágrimas no dejaban de caer por mis mejillas.

— Mañana hablaré con Magalys, le voy a pedir el divorcio.

En ese momento empecé a llorar más todavía, por fin iba a poder estar con él sin aguantar los desprecios de esa mujer, por fin iba a tener una vida normalizada junto al hombre que amaba.

Dos horas después subimos a hacer relevo a Magalys, estaba sentada en el sofá chateando por el móvil, cuando terminó la conversación, se levantó, le dio un beso al pequeño y le dijo que por la mañana lo vería, salió pasando por nuestro lado como si no existiésemos y se fue andando como la que estaba encima de una pasarela.

El pequeño empezó a sonreír, estaba feliz de verme ahí y me abrió los brazos para darme un abrazo, le dije que me iba a quedar allí con él y me pidió que le contara un cuento, así que le conté el único que recordaba de mi infancia y era el de Caperucita, él decía que ese era muy antiguo, así que tuve que improvisar e inventarme uno, él no paraba de reírse y Paul me sonreía.

Pasamos toda la tarde allí y por la noche baje a por dos sándwiches, a Liam ya le habían traído la cena, pusimos una película mientras cenábamos y nos quedamos rápidamente dormidos.

Por la mañana bajé a por dos cafés mientras que Paul daba de desayunar al pequeño, estaba feliz porque la salud de Liam no estaba corriendo peligro, esa

mañana se había levantado mucho mejor y apenas ya tenía fiebre.

Cogí dos paquetes de Donuts y dos cafés, lo llevaba todo en la bandejita de cartón que me habían dado en el bar, cuando llegué a la puerta de la habitación pude escuchar que Paul estaba hablando con Magalys que ya había llegado, me quedé inmóvil al escucharlos discutir, no me atrevía a abrir la puerta y entrar.

— Te estoy diciendo lo que hay, así de sencillo, si quieres bien, y si no, también.

— Magalys, no me vengas con esas que sé que tienes más amantes.

— Puedo tener lo que me dé la gana, te estoy diciendo que como me pidas el divorcio me llevo a Liam y no lo ves más.

Un enorme silencio invadió aquella habitación, estaba esperando a que Paul contestase a eso, era evidente que no lo hizo, sería muy duro para él perder a su hijo, en esos momentos me di cuenta que tenía que volver a la realidad y que aquello ya no nos iba a llevar a nada.

Me di media vuelta y me fui para fuera a tomarme el café, el resto se lo di a una persona que estaba pidiendo en la calle, me fui andando hacia una parada de autobús y allí decidí coger uno hacia el pueblo.

El trayecto lo hice con el móvil silenciado ya que no paraba de recibir llamadas de Paul, no quería cogerlo, estaba demasiado afectada, yo ya sobraba en esas vidas, tenía que salir de allí lo antes posible, tenía el corazón encogido y no paraba de llorar.

Cuando llegué a la parada del pueblo, me bajé y me fui andando hacia la

casa.

Cuando estaba frente a ella el corazón me dio un vuelco, en esa casa había aprendido lo que era el amor de verdad, me había enamorado con toda mi alma, pero ya era hora de partir e irme de allí.

Entré hacia dentro y saqué mis maletas, al meter las cosas del cajón vi el colgante que me había regalado, me toqué las orejas recordando que los pendientes que llevaba también fueron un detalle por parte de él, estaba con el corazón roto, hecha un alma en pena.

Empecé a colocar prenda por prenda en las maletas, a la vez que muchos recuerdos no dejaban de azotar mi mente, sabía que me iba para siempre, pero que mi corazón nunca olvidaría los momentos en la casa del lago, como yo le llamaba.

Me senté en el escritorio que había en mi habitación, cogió un bolígrafo y un folio, tenía que dejarle a Paul una carta, era lo más digno que podía hacer.

Quería escribirle algo que no lo dejase con tan mal sabor de boca, quería ser justa con él, conmigo se había comportado de las mejores maneras que nadie lo había hecho, tenía que despedirme y debía de hacerlo ahora, así que se respiré hondo y comencé a escribir mientras mis lágrimas no me daban ni unos segundos de tregua.

***“Querido Paul;***

***Es muy difícil para mí despedirme de esta manera, no es nada agradable y fácil partir de este lugar en el que he sido tan feliz contigo.***

***Conocí el dolor de un hombre cuando vine por primera vez a esta casa, poco a poco vi cómo los ojos se te iban iluminando, creo que me enamoré de ti desde la primera vez que te vi pero también llegué a sentir que eras***

*muy feliz a mi lado.*

*Sé que lo hubieses dejado todo por mí, pero a Liam es a lo que más amas en este mundo, no permitas que jamás nadie te separe de él.*

*Escuché vuestra conversación tras la puerta del hospital y decidí irme, tenía claro que no podía causarte el dolor de poder perder a él por mi culpa, tu silencio ante su amenaza me hizo comprender que no tenías fuerzas para enfrentarte a ella en ese tema, como padre eso te honra mucho, a veces es necesario agachar la cabeza para no perder lo que más quieres, eso hiciste, jamás te lo podría reprochar.*

*Me voy porque considero que ya no tengo un lugar en esta casa, que sería para todos un sufrimiento, solo te deseo que seas muy feliz en la medida de las condiciones en las que estás.*

*Jamás voy a olvidarte, te llevaré siempre en mi corazón, para mí fuiste el primero en todos los sentidos, creo que jamás podré amar a alguien con la intensidad que lo hice contigo.*

*Despídeme del pequeño Liam, cuéntale un cuento improvisado para explicarle el porqué me he tenido que ir, pero dile que siempre lo llevaré en mi corazón y es a una de las personas que más he querido en este mundo.*

*Cuídate.*

*Beatrice.”*

Doblé el folio por la mitad y me fui andando hacia la habitación de Paúl a dejarlo en el cajón de su mesita de noche donde estaba su ropa interior guardada, cuando llegase a ducharse lo vería al momento.

Salí de allí y me fui a coger las maletas, me metí en una taberna a tomar un café y decidir dónde pasaría los próximos días hasta tener claras mis ideas e intentar encontrar un nuevo trabajo.

Me puse a mirar el móvil y buscar por aquellos alrededores un apartamento en alquiler en el lugar más barato de todas las zonas, aún tenía el dinero de la beca y podía tirar con él unos meses, pero mirando mucho por él y estirándolo de la mejor manera posible.

Encontré un apartamento muy económico para compartir con otra chica a las afueras de Dublín, ponía que estaba disponible para atender a los interesados a partir del día siguiente, así que esa noche la tendría que pasar en algún hostel, me puse a buscar inmediatamente en el móvil.

Había un hostel en Dublín muy económico, con habitación compartida con otras chicas, para una noche estaba bien, mientras intentaba resolver lo del otro apartamento.

No hacía falta reservar por internet ya que había muchas habitaciones disponibles, me tomé el Café, miré en el móvil y el próximo autobús hacia Dublín salía en una hora así que decidí hacer tiempo en la taberna.

Tenía la sensación de que me estaba escapando por la puerta de atrás pero en el fondo no me apetecía despedirme de Magalys ni mucho menos tenerle que explicar nada, a Paul no me atrevería a decirle lo que había escrito y además sería muy duro separarme de él teniéndolo en frente, el pequeño Liam me hubiera gustado darle un buen abrazo, tenía una tristeza impresionante, quizá sí me iba por la puerta de atrás pero era para evitar más dolor en nuestras vidas.

Me fui hacia la estación de autobuses para salir en el próximo, mientras iba andando escuché cómo me llamaban.

— Beatrice.

Me giré para ver quién me llamaba y descubrí que era Willy.

— Hola, Willy —dije llorando mientras se abrazaba a mí para intentar consolarme.

— ¿Qué pasa? ¿Dónde vas con esas maletas? ¿Por qué lloras? —preguntó mientras agarraba mis hombros.

— No puedo ahora, sale el autobús —dije llorando.

— ¿Pero adónde vas? —preguntó con tono insistente.

— Tengo que irme...

Intente separarme de él y me agarró de la muñeca.

— No te vas a montar en el autobús, menos aún sin haberme contado qué es lo que ha pasado, vamos a tomar algo y luego te llevaré adonde quieras pero antes vamos a hablar —dijo firmemente.

— Tengo que coger el autobús, debo llegar a Dublín —dije llorando más aún.

— Te voy a llevar yo, ahora vas a venir conmigo —dijo contundentemente.

En esos momentos me derrumbé aún más y empecé a llorar como una niña pequeña, él me apretó contra él y me abrazó fuertemente.

Vi cómo el autobús se alejaba, me pidió que le esperase y fue a por su coche para no tener que cargar con las maletas, minutos después apareció.

Metimos las maletas en el maletero, me dijo que nos íbamos fuera de ese pueblo a charlar algún bar, iba todo el camino dándome caricias en la mano, intentando tranquilizarme.

Llegamos a una taberna a las afueras, pero yo no quise contarle nada, solo sabía llorar. Me dijo que de irme a Dublín nada, que para empezar esa noche iba a dormir en la casa familiar que tenía en otro pueblo, que no me preocupase por nada y menos por buscar algo a la ligera.

— Te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

— No te estoy diciendo que lo aceptes o no, te estoy diciendo lo que vas a hacer, no tienes la necesidad de irte sola, no vas a la aventura teniendo aquí un amigo, estoy seguro que si fuese al contrario tú tampoco lo permitirías.

— No quiero ser una molestia, Willy.

— Todo lo contrario, lo hago feliz y de corazón, cuando digo que soy amigo es que lo soy plenamente, para lo bueno y para lo malo, aquí estoy y no permitiré que te sientas en ningún momento sola.

— Gracias, Willy —dije mientras le apretaba las manos en señal de cariño y agradecimiento.

En esos momentos me sentí más fuerte, era como si no estuviese tan a la deriva como estaba hacía un rato, me sentía algo mejor, no estaba acostumbrada a que me cobijaran de esa manera, el único contacto que tenía cuando necesitaba apoyo era el directivo del centro en el que estaba acogida, ellos tenían la obligación de hacerlo, pero Willy no, por eso sentía en ese momento que por fin empezaba a importarle a alguien, que tenía un amigo que se preocupaba por mí, que estaba ahí en esos momentos cuando más lo necesitaba y sin necesidad de tener que pedirle nada.

— El domingo lo pasé en esa casa así que está la nevera y la despensa bien cargada, no te prives de coger nada.

— Gracias de todo corazón.

— No hay nada que agradecer, solo espero verte pronto sonreír de nuevo.

— Va a ser muy difícil, pero imagino que el tiempo lo cura todo....

## Capítulo 10

Llegamos a Laragh y paró delante de una pequeña casa de una planta con un hermoso jardín delantero. Sacó las maletas del maletero y entramos dentro.

Era un lugar muy acogedor, se notaba que debía de ser una casa familiar por cómo estaba adornada.

Me ofreció un té y nos sentamos en el sofá mientras lo tomábamos.

— ¿Qué ha ocurrido, Beatrice? —preguntó tras un largo silencio.

— Nada —dije limpiándome de nuevo las lágrimas de mis ojos.

— Mira, no voy a obligarte a que me lo digas, pero tengo ojos en la cara. ¿Te hizo algo Paul? Porque si es así...

— No —negué rápidamente—, no es lo que estás pensando —dije con los ojos como platos, horrorizada porque simplemente pudiera insinuar que su amigo, casi hermano, me había hecho algo malo.

— ¿Entonces? Si no quieres hablar, lo respetaré.

— Magalys y él discutieron.

— Eso no es una novedad e imagino que no sería la primera pelea que presencias.

— Por mí —a ver si así lo entendía...

— Vale, ahora sí que me estoy perdiendo. ¿Por qué pelearon por ti? —se calló y me miró unos segundos— Es por lo que creo, ¿verdad? —dijo en voz baja —afirmé con la cabeza y él resopló—. Tenía mis dudas o al menos quería pensar que no era cierto lo que estaba viendo, quizás tal vez solo mantenía la esperanza —sonrió—, pero ya veo que no. ¿Ella lo sabe?

— Ahora sí, aunque creo que siempre lo supo.

— Paul nunca ha sabido ocultar sus emociones.

— Lo amo, Willy, pero lo nuestro es imposible.

— Dudo que mi amigo te deje escapar, Beatrice.

— Ya lo hizo, ella lo amenazó con Liam y...

— Maldita zorra —dijo ante mi cara de asombro—, nunca cambiará, es demasiado dañina.

— Entiendo que Paul se callara, Willy, pero no sé —comencé a llorar de nuevo, yo pensé que...

— Escúchame —me quitó la taza de las manos y la puso junto a la suya en la mesa que había delante del sofá—. Relájate el fin de semana, necesitas descansar y dejar de pensar. Todo se arreglará.

— Lo perdí —dije llorando a lágrima viva—. Los perdí a los dos —dije refiriéndome también a Liam. Ya no lo volvería a ver y lo quería como si fuese mi propio hijo.

Él no me respondió, solo me miró a los ojos y acto seguido me abrazó. Yo me agarré a su camisa y comencé a llorar desconsolada.

— ¿Quieres que me quede aquí contigo? Puedo pedir unos días libres y...

— No, gracias. Te lo agradezco, Willy y te agradezco todo lo que estás haciendo por mí, pero necesito estar sola, tú mismo lo has dicho antes.

Él afirmó con la cabeza, entendiéndolo. Nos terminamos el té y se despidió de mí diciendo que vendría el domingo a cenar conmigo. Me dio un cariñoso beso en la mejilla y se marchó.

Di una vuelta por la casa y preparé la ropa para tomar un largo baño. Salí de la bañera cuando el agua se estaba poniendo fría. Puse un poco de música de relax, cociné algo y directamente me pasé el resto del día y la noche en la cama, no me apetecía hacer nada más.

El sábado fue aún peor. Tenía el móvil apagado no paraba de mirarlo. ¿Y si Paul me había escrito? ¿O me había vuelto a llamar? Negué con la cabeza, él jamás haría nada que perjudicara a su hijo y por eso yo no podía guardarle rencor, era lo que tenía que hacer, Liam estaba primero que nadie. Y eso

mismo es lo que le hice saber en la carta que le dejé, solo esperaba que me entendiera, que comprendiera mi decisión. Cuando la encontrase, claro, porque el sitio era un poco complicado, pero no sabía dónde dejarla si no.

Rememoré en mi mente una y otra vez la conversación de él con Magalys y las entrañas se me contraían por el dolor. ¿Cómo podía amenazarlo con no dejarlo ver más a su hijo? Además, ¿por qué quería seguir manteniendo esa farsa de matrimonio si ella tenía un amante? ¿Esa mujer no entendía que parte de ellos dos, era Liam quien sufría?

Me tumbé en el sofá tras tirar el sándwich que me había preparado a la basura, no me apetecía comer nada. Sabía que podía enfermar. Y también sabía que fui yo la que me marché pero eso no quitaba que estuviera destrozada.

Desperté y al mirar hacia la ventana pude observar que era de nuevo de noche, resoplé y me di una corta ducha a ver si así se me quitaba la mala sensación que tenía en el cuerpo.

Al salir del cuarto de baño, un escalofrío me recorrió el cuerpo, como si no estuviese sola en la casa. Respiré lentamente pensando que tal vez Willy había venido para ver cómo estaba y aunque me extrañaba que hubiese entrado así, sin avisar, pero... ¿Quién iba a ser si no?

Cuando entré en el salón casi me da un infarto al corazón. De pie, mirando a la puerta, estaba Paul.

La tristeza que vi en sus ojos hizo que los míos se llenaran rápidamente de lágrimas.

— Cariño... —dijo con la voz ronca.

Negué con la cabeza, no podía creer que estuviese allí. Se acercó

lentamente a mí y yo no podía dejar de llorar. Alargó el brazo, agarrando el mío y jalándome hacia él, me abrazó fuertemente mientras yo lloraba sin consuelo.

— Casi me vuelvo loco sin saber dónde estabas —dijo con la voz rota.

— Paul, ¿qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿No leíste la carta?

— Shhh... De una en una —agarró mi cara entre sus manos y me besó varias veces—. Necesito besarte —dijo entre beso y beso—. Te he echado de menos.

— Yo también. Pero Liam...

— Ven —me hizo sentarme en el sofá, a su lado—. Él está bien, está con Willy, así que tranquila.

— Pero...

— ¿Me vas a dejar hablar? —preguntó intentando bromar. Yo afirmé con la cabeza— ¿Por qué te fuiste? —preguntó en cambio.

— Escuché lo que dijo Magalys y...

— Eso lo sé. Pero creo que te pedí que confiaras en mí.

— Lo hago, Paul, pero entiendo que te amenazó con tu hijo y era yo la

que sobraba y...

— No vuelvas a decir —comenzó fervientemente mientras agarraba mi cara entre sus manos— que tú sobras en mi vida. Mi hijo y tú sois mi vida.

— Pero Paul...

— Shhh... El día que te dije por primera vez que no iba a permitir que te alejaras de mí, lo dije en serio.

— Pero tu hijo está antes —no era un reproche, era como tenía que ser y por eso lo amaba.

— Sí, pero tú estás al mismo nivel que él, los dos significáis mi vida. En el momento en que Magalys me amenazó, no pude reaccionar. Pero no por no luchar por ti, si no porque no podía creer lo que ella me estaba diciendo. Necesité unos minutos para recomponerme y ordenar todas las ideas en mi cabeza, porque si algo tenía claro era que ni iba a perder a mi hijo ni iba a perderte a ti. Ninguno de los dos estaríais fuera de mi vida.

— Pero te lo quitará.

— No, la custodia de Liam es mía, ya está todo firmado para que después no pueda arrepentirse. Ella tendrá un régimen de visitas pero nada más, Liam fue quien decidió quedarse conmigo. Nos quedan unos meses para que todo sea legal, los trámites de divorcio van lentos pero llamé a mi abogado y redactó inmediatamente el acuerdo para que no pudiera

atacarme después.

— ¿Pero cómo lograste eso? —me había quedado de piedra.

— Tenía pruebas guardadas de sus aventuras, tenía cosas que podía hacerle mucho daño, incluso podía perder su trabajo. Eso unido a la tristeza de Liam por tu partida, imagino que la hizo recapacitar. O al menos entender que no iba a ganar nada manteniendo un matrimonio que estaba muerto. Además, ella no tiene tiempo con su trabajo para cuidarlo. Aunque legalmente el régimen de visitas es exacto, ella podrá llevarse a Liam cada vez que quiera.

— Entonces...

— Entonces ni se te ocurra pensar que vas a deshacerte de Liam y de mí jamás.

Lloré a la vez que reía, no podía creerme eso.

— Me dolió pensar que no confiaste en mí —dijo con tristeza.

— Paul...

— No, tranquila, lo pasé mal cuando fui a buscarte pero vi que no estabas, casi me vuelvo loco. Por suerte no tardé en encontrar la carta que me dejaste y entendí porqué te habías marchado, pero seguía con la cabeza

perdida sin saber dónde estabas. Eso sin contar que Liam estaba hecho un alma en pena.

Seguí llorando con el pecho encogido pensando que Liam estuviese pasándolo mal.

— Pero sabe que vine a por ti —me consoló.

— ¿Cómo me encontraste?

— Willy me llamó —lo miré sorprendida—. Imagino que le gusta hacer de celestino. Y ahora, cariño, ¿puedo besarte como de verdad deseo?

Asentí y él me besó. El deseo se propagó rápidamente por nuestros cuerpos y nos desnudamos casi sin darnos cuenta, deseando sentirnos piel con piel.

Se introdujo dentro de mí casi sin esfuerzo, nos fundimos en uno solo, diciéndonos con los besos y las caricias cuánto nos amábamos.

Después de hacer el amor, nos fuimos a la cama y nos acostamos juntos.

— Mañana volvemos a casa, hoy solo quiero estar contigo —dijo cuando yo estaba medio dormida.

— ¿A casa? —pregunté extrañada.

— A la cabaña, si quieres que sea nuestro hogar, claro, no pienso

dejarte sola ni un día más. Eso si aceptas estar conmigo aunque no esté oficialmente divorciado.

— Contigo iría al fin del mundo —dije mirándolo—. Y claro que acepto, aunque fuese el hogar de tu esposa...

— Mi esposa eres y serás tú, solo espero hacerlo oficial pronto —dijo ante mi asombro.

— La respuesta es sí —dije con una gran sonrisa—. A todo, es sí.

Nos besamos y cerré los ojos mientras acariciaba mi cuerpo. Estaba feliz, la vida me había dado a quienes más quería y en ese momento me prometí a mí misma hacerlos felices por el resto de su vida.

— Estoy deseando ir a casa —susurré antes de quedarme dormida.

## PAUL

Hace un año que estamos los tres juntos. Aún recuerdo el día que Beatrice llegó a nuestras vidas y lo que sentí al verla, pero jamás imaginé que seríamos tan felices.

Los papeles del divorcio se firmaron hace unos meses y, aunque casi no tengo trato con Magalys, solo lo necesario por Liam, intentamos no tener discusiones.

Liam está feliz y bien, y nosotros encantados por verlo así.

Giro la cabeza y veo cómo Beatrice juega con él y la pequeña Mary.

Mary es nuestra hija, de Beatrice y mía. A los pocos días de estar de vuelta en nuestra cabaña, nos enteramos que estaba embarazada y eso nos hizo la pareja más feliz del mundo. Mary había llegado como muestra del amor entre nosotros y le daba vida a Liam, nunca la dejaba sola.

Sonreí mientras los veía jugar, tenía la mejor familia del mundo, era feliz.

A veces tomamos malas decisiones en la vida pero si es por amor, siempre se debe de luchar, es por eso por lo que merece la pena vivir.

Me levanté para unirme a las risas de las personas que más quería en el mundo. Haría que esa risa siempre se mantuviera ahí.

